



CABALLERO CRUEL

EL IMPERIO KNIGHTS RIDGE : 1

TRACY LORRAINE

CABALLERO CRUEL

EL IMPERIO KNIGHTS RIDGE : I

TRACY LORRAINE

NOTA DE LA AUTORA

La serie *Knight's Ridge* Empire está ambientada en Londres, Reino Unido. Aparte de Stella, todos los personajes hablan inglés británico, por lo que las expresiones y la gramática pueden ser un poco diferentes y ahora ha sido traducido en español Latinoamericano.

Stella se trasladó de Rosewood High al final de su primer año. Va a volver a cursar un año en *Knight's Ridge* y va a empezar como alumna de 12º/primer curso. Los chicos están todos en el año 13/sexta superior, el equivalente estadounidense del último año.

Tracy Lorraine, autora de la lista de los más vendidos del *USA Today* y del *Wall Street Journal*, te trae una nueva y oscura serie romántica de mafia.

Dicen que la verdad te hará libre... pero soy la excepción que confirma la regla.

La mía me ha llevado a lo más profundo y oscuro, alimentando mi necesidad de venganza. Quiero sangre para aquellos que me hicieron daño a mí y a mi familia. Y mi supuesta verdad me está destrozando, de una manera que las mentiras nunca podrían.

Todos los demás han seguido adelante, pero yo no puedo. No hasta que alguien pague.

Y parece que esta vez el destino está de mi parte, porque la chica del cementerio va a ser mi salvación... y me proporcionará todo lo que ansío.

Dolor.

Venganza.

Sangre.

Ella no tiene ni idea de a lo que se ha visto arrastrada, pero va a lamentar cada paso que ha dado para llegar hasta aquí.

Stella Doukas no es como ninguna otra chica que haya conocido antes.

Es feroz, decidida y mucho más fuerte de lo que esperaba.

Puede que haya encontrado a mi pareja.

Y eso no es nada bueno...

Queridos lectores

Caballero Oscuro es el primer libro de mi nueva serie sobre mafia y el primero de la trilogía de Stella y Seb.

Este es mi romance más oscuro hasta la fecha. Si lo que sigue no te acelera el pulso de todas las maneras correctas, es posible que quieras perderte este...

Contiene bullying, juegos con cuchillos y sangre, mutilación, humillación, somnofilia, violencia sexual, exhibicionismo/voyerismo. Estás advertido. Que lo disfrutes.

TABLA DE CONTENIDO

[Nota de la Autora](#)

[Tabla de Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

CAPÍTULO 1

Stella

—Parece que eres el siguiente —dice una voz desconocida desde un poco más adelante en el pasillo.

Levanto la vista. Nuestros ojos se cruzan durante un instante y reconozco su mirada de dolor. Estoy segura de que acaba de escuchar el mismo discurso que yo.

Sólo puedo suponer que también es su primer día. Aunque sospecho que ahí acaban nuestras similitudes.

Donde yo soy clara, ella es oscura. Lleva el cabello casi negro recogido desordenadamente, va muy maquillada e incluso se ha quitado los zapatos de colegio por unas botas de motera.

Ese pequeño desafío hace que se me dibuje una sonrisa en los labios. Quizá tengamos más en común de lo que pensaba.

Mientras avanza por el pasillo, miro hacia atrás cuando la mujer que me espera aparece en la entrada de su despacho.

Conocí a la señorita Hill, la directora de Bienestar Estudiantil de *Knight's Ridge*, hace unas semanas, cuando papá y yo vinimos a echar un vistazo y ultimar todo para mi asistencia aquí.

—Gracias —susurro, entrando en su despacho. Dejo el bolso en el suelo y me dejo caer en la silla frente a su escritorio, esperando a que se reúna conmigo.

Se sienta, se aparta un mechón de cabello de la cara y parece algo nerviosa. *¿Cómo de mal había ido la reunión anterior?*

—¿Cómo va tu primer día?

Exhalo un suspiro y repaso rápidamente los acontecimientos de la mañana.

Pues bien, aparecí y me topé directamente con el chico al que me tiré en un cementerio hace unos días. Sólo que no se alegró de verme, y las primeras palabras que salieron de su boca fueron una amenaza.

Me vi obligada a escuchar el discurso de mierda de este es el primer día del resto de tu vida del señor Davenport, nuestro director de Sexto aquí en Knight's Ridge College.

Y he tenido clases en dos aulas, en las que parecían estar las versiones británicas de las animadoras de mi pasado: chicas insípidas y rencorosas que me miraban abiertamente por encima del hombro en cuanto entraba en la clase.

Supongo que mi única salvación fue que no tuve clases con él.

Hago a un lado todo eso y me fuerzo a sonreír.

—Ha sido genial —miento, retorciendo el dobladillo de mi falda de tartán azul y blanco alrededor de mi dedo.

—Bueno, seguro que tienes experiencia con los primeros días de clase.

Me río, porque o es eso o empujo la silla detrás de mí y salgo tan rápido como entré.

No necesito que nadie me cuente mi pasado. Soy más que consciente de a cuántas escuelas he asistido a lo largo de los años. De cuántos nuevos comienzos he tenido. De cuántos grupos de chicas zorras me han dejado más que claro desde el primer día que no pertenezco a ellos, de cuántos profesores he conocido, de cuántas clases he empezado y nunca he terminado, de cuántos chicos con los que he tonteado sabiendo que me iría sólo unos días después y que nunca volvería a pensar en ellos.

—Aunque aquí hay un montón de primeras veces para mí. —Me tiro de la corbata y frunzo el ceño.

—Seguro que te acostumbras enseguida —dice suavemente.

Me gusta la señorita Hill. Me gustó desde el primer momento en que se me presentó. A diferencia de algunos profesores condescendientes que he conocido a lo largo de los años, ella parece... normal. Con los pies en la tierra. Tampoco tengo la impresión de que sea nacida y criada en *Knight's Ridge*, como estoy segura de que lo son algunos de los profesores. Parece un poco más... mundana, y lo respeto.

—Supongo que todo depende de si tengo la oportunidad o no.

—Tu padre parecía bastante firme en que pasarás dos años aquí.

—Sólo puedo basarme en experiencias pasadas. Creo que siete meses ha sido el tiempo más largo que hemos pasado en ningún sitio.

—Debe ser agotador. Te mereces poder instalarte aquí, Stella.

—Sí. Como dije, ya veremos.

El silencio se apodera de nosotras durante unos instantes antes de que ella deslice una copia de mi agenda por el escritorio, lista para que la discutamos.

—¿Cómo han ido tus clases?

—Genial.

—Sé que hasta ahora sólo has tenido dos, pero si crees que hay que cambiar algo, si has cometido un error, es mejor que lo digas antes.

—Confío en mis decisiones, señorita Hill —le aseguro.

—De acuerdo. Bueno, en nuestra última reunión hablaste de tu amor por las animadoras y la gimnasia. Como prometí, he hablado con la señorita Peterson para que te unas al equipo de gimnasia. Entrenan los martes y jueves después de clase. También consiguió esto para ti... Sé que varias de sus chicas asisten a clases.

La señorita Hill desliza una carpeta con la sigla UKCA impresa en el anverso.

—Gracias. Te lo agradezco, pero ya me he apuntado a un club local. Empiezo el miércoles por la noche.

—Eso es estupendo. Me alegro de que puedas seguir con algo que te gusta.

—Sí —murmuro, más que dispuesta a salir de aquí y descubrir este lugar de primera mano.

Afortunadamente, la campana suena a través del viejo edificio en el que estamos sentados, señalando el comienzo del almuerzo.

—Supongo que debería dejarte ir y buscar algo de comer. Nuestro restaurante de sexto es genial, estoy segura de que lo disfrutarás.

El hecho de que lo llame restaurante me hace fruncir el ceño. Estoy acostumbrada a cafeterías viejas con comida igual de vieja e insípida.

—Si necesitas algo, mi puerta está siempre abierta. Sé que empezar aquí va a suponer algunos retos, pero confío en que vas a prosperar.

—Gracias —digo lo más sinceramente posible, antes de coger mi bolso del suelo y dirigirme a la puerta.

—¿Necesitas indicaciones? —me ofrece.

—Estoy segura de que me las puedo arreglar sola —digo, alejándome por el pasillo.

A primera hora esta mañana me asignaron un acompañante para que me ayudara a orientarme, ya que casi todos los demás chicos han pasado toda su vida escolar en *Knight's Ridge*, pero me deshice rápidamente de la chica, que parecía a punto de estallar de emoción por haber sido elegida para el papel. Casi me sentí mal cuando le tembló el labio inferior después de que le dijera que sus servicios no serían necesarios. Tenía un mapa, cortesía de mi anterior visita a la oficina de la señorita Hill. Y después de todo, las escuelas no son exactamente tan difíciles de navegar. Es casi un pasatiempo para mí en este momento.

El olor a ajo y queso es suficiente para guiarme en dirección al restaurante. Camino por los pasillos del viejo edificio de piedra en el que se encuentra la mayoría de los alumnos de sexto curso, observo la pintura inmaculada y las obras de arte de las paredes y me pregunto cómo demonios he acabado aquí.

¿Dónde están los casilleros dañados? ¿Los repintados? Los chicos que se pelean en los rincones oscuros donde nadie mira... o algo peor.

Me pasan otros estudiantes, cada uno vestido igual que el otro.

Las chicas con sus horribles faldas a cuadros—cuyo largo me dice todo lo que necesito saber sobre su posición social, los chicos con sus pantalones grises mal ajustados y todos con la misma corbata y chaqueta azul marino.

Es extraño. Y me llevará algún tiempo acostumbrarme, estoy segura.

Sin embargo, en cuanto entro en el restaurante, todo empieza a parecer un poco más normal, aparte del edificio y sus altos techos abovedados. Hay chicos haciendo cola y otros sentados alrededor de las mesas.

No tardo más de cinco segundos en resolverlo todo.

Están los empollones de la informática, los artistas, los frikis de la ciencia, el consejo del cuerpo estudiantil, las chicas que son demasiado tímidas para mirar a un chico, y los chicos que están cachondos, pero demasiado aterrorizados para arriesgarse siquiera a mirar un par de tetas por si se corren en los pantalones. Y luego, justo al fondo del inmenso vestíbulo, está la realeza de *Knight's Ridge*.

A diferencia del resto del lugar, estos tipos están sentados encima de las mesas y uno de ellos tiene un altavoz instalado, llenando la sala de odioso hip-hop.

Veo a un par de chicas de mis clases. Todas parecen contonearse en el regazo de los chicos, mirándolos como si fueran la última Coca-Cola del desierto.

En cuanto les miro a la cara, me doy cuenta de que en realidad no lo creen. Esos chicos no son más que los mismos imbéciles arrogantes y cabezotas que parecen creer que lo controlan todo.

Están buenos. Claro. Pero todos lo saben, también.

Mis dientes rechinan y mis dedos se curvan mientras mis ojos *le buscan*.

El imbécil del cementerio que pensó que amenazarme esta mañana era la mejor forma de volver a presentarse.

Maldito imbécil. No hay manera de que no sea parte de la borreguiza.

Cuando por fin lo localizo, la rabia que se agitaba en mi estómago estalla al verle inmovilizando contra la pared del restaurante a la chica que supongo que es la cabecilla del grupo de zorras.

Lleva el cabello dorado recogido en la coleta más elegante que jamás he visto, y su rostro -incluso desde esta distancia es impecable. Por suerte, no puedo verle el cuerpo, pero sé por experiencia que tiene las curvas de una maldita diosa.

Si hubiera tenido la energía suficiente para sentir algo por ella cuando nuestros ojos se cruzaron al entrar en mi clase de literatura inglesa, la habría odiado. Pero, como la mayoría de las animadoras de mi pasado, no le hice mucho caso antes de mantener la cabeza alta y dejarme caer en una silla vacía, mientras sentía sus rayos láser de odio clavándose en mi espalda.

Para chicas como ella, cualquier hembra nueva es una amenaza.

Bueno, he tenido una muestra de lo que actualmente está moliendo en contra, y si bien podría haber sido divertido, después de la recepción menos que amable que recibí hace sólo unas horas, es más que bienvenido a él.

No tengo ningún deseo de meterme en medio de lo que sea que tengan entre manos.

Aparto los ojos de la multitud y me dirijo a la corta cola que espera para comer.

Mi estómago ruge, y cuando echo un vistazo a lo que se ofrece, me doy cuenta de que no es sólo el olor lo que es mucho mejor que mis escuelas anteriores, sino que también parece comestible.

Con una bandeja llena de comida, camino hacia las mesas, buscando la opción viable más cercana.

De ninguna manera me uniré a ninguna de las mesas de frikis.

Lo que realmente necesito es una vacía. Prefiero sentarme solo a fingir que me importa lo que hable la gente a mi alrededor.

Finalmente, mis ojos se posan en una mesa casi vacía y, cuando reconozco a la única persona que está sentada en ella, sé que es donde debo estar.

—Oye, ¿te importa? —pregunto, señalando con la cabeza hacia el lado vacío del banco.

Levanta la vista y me mira durante un instante, antes de encogerse de hombros y volver a bajar la mirada como si ya la estuviera aburriendo.

—Claro.

Bajo la bandeja y tomo asiento.

—¿Tu primer día también? —pregunto, aunque no sé por qué las palabras salen de mis labios. No es como si ella estuviera dando vibraciones de ‘hey, soy amigable, hálame’.

Tarda un segundo, pero finalmente desvía la atención de su celular hacia mí.

Entrecierra los ojos mientras me mira. Ya sé por qué. Estoy seguro de que no me parezco en nada al tipo de gente de la que suele ser amiga.

—S-sí. ¿Es tan obvio?

Copiando su movimiento, me encojo de hombros.

—Sólo que salías del despacho de la señorita Hill y ahora estás aquí sentada sola.

Lanzando una rápida mirada por encima del hombro, murmura:

—No es mi tipo de gente.

—Ni que lo digas —acepto, clavo el tenedor en un trozo de pasta y me lo meto en la boca.

Dios mío, gimo interiormente cuando los sabores del ragú me golpean. Esto realmente no es una de las cafeterías escolares de mi pasado.

—¿Eres americana? —pregunta con un suspiro, sonando totalmente aburrida por nuestra fascinante conversación.

—¿Qué me delató? —bromeo—. Por cierto, me llamo Stella —añado cuando no parece que vaya a responder.

—Emmie. ¿Qué tienes esta tarde?

—Matemáticas. ¿Tú?

—Arte.

Asiento mientras ella vuelve a mirar el móvil y empieza a navegar.

De acuerdo entonces, quizás mi primera impresión de que no íbamos a tener absolutamente nada en común era correcta.

Para asegurarse de que no vamos a tener más conversación, Emmie saca sus AirPods del bolso y se los pone en los oídos.

La entiendo. La música que retumba desde el fondo del lugar tampoco me gusta.

Sin querer, miro en dirección al DJ.

Pero me arrepiento casi de inmediato cuando me fijo en un par de ojos oscuros y furiosos.

Respiro con fuerza cuando algo cruje entre nosotros, pero no me echo atrás.

Soy la maldita Stella Doukas. Y si algo he aprendido a lo largo de los años es que lo peor que se puede hacer, sobre todo el primer día en un colegio nuevo, es parecer débil.

CAPÍTULO 2

Sebastian

—¿Qué pasa, en serio, Seb? —Teagan gimotea cuando sigue mi mirada y descubre qué -o quién- ha captado mi atención—. No es tu tipo. —Teag pone los ojos en blanco con tanta fuerza que juraría que le duele. Espero que así sea. Me rechinan los dientes y la alejo de mí—. ¿Qué?

Doy un paso más hacia ella y la miro fijamente, con expresión dura.

—No tienes que aparentar que me conoces, Teag. —Abre los labios para discutir, pero la corto—. Lo único que sabes es lo fuerte que puedo hacer que te corras. No creas que hay más que eso.

Sus labios se tuercen con irritación, pero está claro que entiende mi advertencia porque mantiene la boca cerrada.

Paso junto a ella y me reúno con los chicos de la mesa, que me miran a la cara y apartan a las chicas que les estaban manoseando.

Normalmente, lo permito. Demonios, lo permito más que de sobra, sobre todo si acaba con nosotros en ese pequeño trastero un poco más abajo del restaurante, pero hoy no. Hoy, quiero envolver mis manos alrededor de la puta garganta de alguien y exprimirle la vida... y por mucho que Teagan se me suba a las tetas, no es ella la que me interesa.

—¿Vas a decirnos ya qué coño está pasando? —Theo ladra, su mandíbula tics de frustración.

Lo entiendo. He estado como un oso con la cabeza dolorida desde el momento en que supe a quién me había follado en ese cementerio hace sólo unas noches.

Todavía estaba jodidamente furioso cuando me presenté en su puerta y le exigí alcohol no menos de una hora después de que se alejara de mí.

Supuso que era por la fecha. Llamó a Alex y los tres nos emborrachamos, levantando una copa o diez por los que he perdido. Pero poco sabían, eso era sólo la punta del iceberg.

Alex lanza una mirada a Stella y aprieto los puños, un movimiento que no pasa desapercibido para nadie en la mesa.

—Sabes que te cubrimos las espaldas, amigo. Pero vas a tener que darnos una puta pista —dice Nico, sonando extrañamente preocupado por una vez en su vida. Al hijo de puta normalmente no le importa una mierda nada.

Claramente igual de sorprendido por su preocupación, su primo, Theo, desvía la mirada de mí hacia él.

—¿Qué? —ladra—. ¿Prefieres que mate a alguien?

Theo despega los labios para decir algo, pero Toby se le adelanta.

—Déjalo en paz. Si Seb no quiere hablar, no tiene por qué hacerlo. El infierno sabe que no comparto mis secretos con ustedes, hijos de puta retorcidos —murmura con una sonrisa de

satisfacción.

Me acerco y le aprieto el hombro.

—Ves, ¿por qué no pueden ser todos más como Tobes? Dejad que me ahogue en mi propia miseria—.

Un movimiento en el restaurante me llama la atención y el corazón se me sube a la garganta al verla recoger su bandeja, tirar el contenido y dirigirse a la salida.

Buen intento, Doukas.

—Su coño debía de estar de puta madre —concluye Alex, haciendo que Nico y Theo suelten una carcajada.

—A la mierda con esto. Me largo.

Abandono lo que queda de mi almuerzo en la mesa, los dejo atrás sin pensármelo dos veces, siguiéndola como un puto yonqui que necesita una nueva calada.

Sus miradas de preocupación se clavan en mi espalda, pero me importan una mierda. En lo único que puedo pensar es en ella. En el hecho de que ella y el cabrón de su padre se atrevieran a asomar la cara por Londres, y mucho menos a empezar aquí.

Knight's Ridge es nuestro imperio. No el suyo. Y ciertamente no es de ella.

La mayoría de los chicos de este lugar me dan de lado en el mejor de los días, pero con el ceño fruncido en mi cara, todo el mundo salta fuera de mi camino mientras la sigo.

Es completamente ajena al hecho de que tiene un acosador mientras dobla la esquina, balanceando el culo, con su corta falda de tartán, que estoy seguro de que pretende ser recatada, subiéndole demasiado por los muslos a cada paso que da.

Me subo la capucha de la sudadera que no debería llevar puesta y sigo tras ella.

Unos cuantos niños miran entre nosotros con la preocupación grabada en el rostro, pero ninguno de ellos sería lo bastante valiente como para interponerse en mis intenciones.

Los únicos que se arriesgarían siguen sentados en el restaurante, completamente ajenos a cuál es mi problema con esta chica. Ni siquiera les he dicho su nombre, porque en cuanto Theo lo oiga, lo sabrá, y estará justo detrás de mí mientras le saco a esta chica exactamente lo que me debe.

Pero por mucho que aprecie su apoyo, ahora mismo, la quiero toda para mí.

Entra en el baño de chicas sin mirar por encima del hombro.

Parecía bastante perspicaz aquella noche en el cementerio, pero parece que quizá ha bajado la guardia.

Tonta, tonta.

En cuanto entro en los aseos detrás de ella, las tres chicas que se maquillan en los lavabos se vuelven hacia mí, con los ojos muy abiertos y el miedo cubriéndoles la cara. Otra que sale de uno de los lavabos grita.

Pero ninguna de sus reacciones detiene a Stella mientras cierra la puerta del cubículo tras de sí, obligándome a esperar.

Sin decir una palabra, miro por encima del hombro hacia la salida, y las chicas dejan de hacer lo que estaban haciendo y echan a correr.

Parece que la suerte está de mi lado que esta habitación estaba llena de nerds que están aterrorizados de nosotros y no Teag y sus amigas que querrían tratar de saltar sobre mis huesos en el momento en que entré.

La puerta se cierra tras el último portazo y me dispongo a asegurarme de que estamos solos, abriendo cada puerta para asegurarme de que no hay ninguna inocente niña escondida.

Una vez que sé que nadie va a saltar a rescatarla, vuelvo a apoyar el culo en el lavabo y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No creí que fueras de los que se esconden, Diablilla —gruño tras unos segundos de silencio.

—Y no te tenía por alguien que quiere escucharme mear, *gilipollas*.

La comisura de mi labio se tuerce antes de recordar que nada de esta chica pretende divertirme.

La odio.

Puro odio.

Tras unos segundos, deja escapar un suspiro frustrado antes de que la ropa empiece a crujir y tire de la cadena.

En cuanto abre la puerta y se deja ver, se me corta la respiración.

Intento frenar mi reacción antes de que se dé cuenta, pero si algo me dice la forma en que entrecierra los ojos es que tenía razón sobre su capacidad de percepción.

Sabía que la seguía, pero le pareció buena idea traerme aquí.

Mantengo la mirada en su rostro mientras avanza hacia mí.

Aquella noche, a la luz de la luna, sólo pude distinguir lo esencial de sus rasgos, pero supe que era ella en cuanto salió del carro.

Ninguna otra chica con la que me haya cruzado conduciría un Porsche 911 negro mate. Extrañamente, y aún más molesto, mi primer pensamiento fue que le quedaba bien. Nos convenía.

Su cabello rubio blanco cuelga suavemente alrededor de sus hombros, casi como una cortina, y su maquillaje se ha aplicado tan perfectamente que daría a Teag y a sus chicas una carrera por su dinero.

Sus curvas, que aún recuerdo vívidamente apretadas contra mí mientras la sujetaba al árbol, se me hacen la boca agua bajo el uniforme.

—¿Terminaste? —pregunta con el ceño fruncido mientras se pone a mi lado y coge el jabón y luego el grifo para lavarse las manos.

—Aún no hemos empezado, Diablilla —le advierto, pero ni siquiera se inmuta ante mi tono frío.

—¿Qué quieres? —Me da la espalda y saca una toalla de papel del dispensador para secarse las manos.

Aprovechando su momento de distracción, cierro el espacio entre nosotros, forzando su frente contra la fría pared de azulejos que tiene delante.

Luchando contra mi gemido mientras su culo presiona contra mi polla, que está interesada en mucho más que demostrar cuánto la odiamos, me recuerdo a mí mismo la realidad.

No grita. No se resiste. No reacciona de ninguna manera mientras aprieto más contra ella.

—No deberías estar aquí —gruño en voz baja.

—Pero aquí estoy.

Sus fosas nasales se ensanchan mientras aspira aire.

—¿Por qué? ¿Por qué estás aquí?

—¿Por *qué* estás aquí? —repite como un loro.

—Esta es mi puta escuela, Doukas. Mi imperio.

A pesar de que está a mi merced, su única reacción ante mi afirmación es echar la cabeza hacia atrás y reírse como si lo que acabara de decir fuera lo más gracioso que hubiera oído en su

vida.

En mi momento de confusión, cometo un error. Un jodido error fatal, porque mi agarre disminuye, dejándola solo medio segundo para moverse, y ella lo aprovecha.

Mis ojos se abren de par en par y ella me mira un instante antes de moverse. Me duele entre las piernas y sus manos me presionan el pecho, empujándome contra la pared opuesta.

Me lloran los ojos y siento que me estallan las pelotas mientras me agacho y me las acaricio.

—¿Recuerdas lo que te dije aquella noche? —me pregunta, mientras sus zapatos chasquean contra el suelo de baldosas al acercarse a mí.

Incapaz de mantenerme en pie, caigo de rodillas. La única parte que soy capaz de ver de ella son sus pantorrillas borrosas.

Se agacha y me mira fijamente a los ojos, con sus ojos azules brillantes de emoción y logro.

—No me subestimes, *imbécil*.

No me dedica ni un segundo más, se levanta y se marcha.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? Déjame entrar —ladra una voz femenina desde el otro lado de la puerta en cuanto Stella la abre.

—Creo que tu chico podría necesitar ayuda —dice Stella mientras otros pasos se filtran por la habitación.

—¿Qué coño? —ladra Theo, poniéndose encima de mí y taladrándome la cabeza mientras Alex me agarra del brazo para levantarme.

—No es nada —gruño, el dolor vuelve a apoderarse de mi cuerpo mientras intento ponerme en pie.

—Vete a la mierda. ¿Quién es ella?

Miro entre mis dos mejores amigos. Debería confesarme, pero también... quiero quedármela solo para jugar con ella ahora mismo.

—Aquí no —me quejo.

—Lo averiguaremos —advierte Alex.

—No lo dudo. Pero ahora mismo, lo que realmente necesito es hielo.

—Larguémonos de aquí.

—¿Quieres saltarte el primer día? —pregunto, alzando las cejas ante la sugerencia de Theo. Es algo que es más probable que escuchemos de Alex o Nico. Theo nunca es de los que se saltan—. No tenemos entrenamiento esta noche, así que nadie nos echará de menos.

Tiene razón.

—Vámonos —murmuro, más que contento de dejar a Stella navegando sola por *Knight's Ridge* durante toda la tarde, preguntándome si volveré a aparecer en cualquier momento.

—Tengo hierba —anuncia Alex—. Es buena mierda. Tal vez te afloje un poco.

Cuando llegamos a la puerta, como era de esperar, me encuentro a Nico y Toby vigilando la entrada, espantando a cualquier chica que parezca querer entrar.

—Esas dos van a ser un puto problema, amigo —le dice Nico a Theo, señalando con la cabeza hacia el final del pasillo justo antes de que dos chicas desaparezcan por la esquina.

Me rechinan los dientes al ver su cabello claro y el vaivén de sus pasos.

Aparecer aquí fue una mala idea. Pero lo que acaba de hacer fue realmente estúpido.

Y me aseguraré de que se arrepienta.

CAPÍTULO 3

Stella

En cuanto salgo del baño, vuelvo a encontrarme cara a cara con Emmie.

—Déjame entrar —suelta, mirando entre los dos tipos que custodian la puerta con las manos en la cadera y una expresión feroz en el rostro.

—No —casi gruñe uno de los chicos, dando un paso hacia ella.

Pero en ningún momento se acobarda.

—Vamos, Em. Estos imbéciles no valen la pena.

—En eso tienes razón —se burla ella, mirando de arriba abajo al tipo que se ha acercado a ella como si no fuera más que una mierda en su zapato.

Sabía que había una razón por la que me gustaba.

Se aparta de él, consiente y camina a mi lado, aunque hacia atrás, mientras sigue sosteniéndole la mirada.

—¿Alguna idea de dónde están los otros baños? —pregunto una vez que estamos fuera del alcance del oído, y ella finalmente gira, caminando a mi lado como si los dos matones no estuvieran quemando agujeros en nuestras espaldas.

—Ni puta idea. Pero tiene que ser más fácil que luchar contra esos idiotas.

—Tú también te has dado cuenta, ¿eh?

Lo sé en *cuanto* sale del baño. Un escalofrío me recorre la espalda. Pero me niego a permitirle que sepa que su mirada me afecta por sí sola, y sigo doblando la esquina sin siquiera mirar por encima del hombro.

Saco el mapa del bolsillo y lo recorro con la mirada.

—Junto a los vestidor de las chicas.

—Sé dónde están —anuncia Emmie, acelerando el paso.

No me molesto en decirle que en realidad no necesito ir al baño. Me limito a ir detrás de ella, con el cuerpo en piloto automático y la cabeza en la *suya*.

¿Cuál es su problema?

Tuvimos una noche. Una noche ardiente, seguro. ¿Pero qué espera que haga?

¿La rubia del restaurante es su novia y le preocupa que esté a punto de anunciarle lo que pasó en el cementerio?

¿Tan arrepentido está de lo que compartimos?

Recuerdo vívidamente cómo reaccionó ante mí aquella noche. Puede que se arrepintiera, pero lo deseaba tanto como yo.

Me imagino que tiene alguna otra razón que sólo él conoce. O, lo que es más probable, es que sea un cabrón.

Siguiendo a Emmie al baño, me dirijo hacia los lavabos, o más concretamente hacia los

espejos, mientras ella desaparece hacia una cabina abierta.

Al igual que el resto de *Knight's Ridge*, los baños no se parecen en nada a los que he visto antes en una escuela. Parecen algo que podrías encontrar en un hotel, no un lugar para jóvenes. De acuerdo, jóvenes increíblemente ricos y engreídos, pero aun así.

Sólo he dado dos pasos adelante cuando los ojos de alguien captan los míos en el espejo.

—Dame fuerzas —murmuro para mis adentros, sin ocultar las palabras al salir de mis labios.

—¿Y tú quién eres? —exige la rubia que no hace mucho intentaba subirse a *él* como a un árbol, girando sobre sus talones y colocando las manos en las caderas mientras me estrecha los ojos.

—Está claro que no soy tu nueva mejor amiga —bromeo, ignorándola y bajando el bolso al mostrador para sacar mi brillo de labios.

Un gruñido frustrado retumba en el fondo de su garganta.

—Pero tu noviecito parecía interesado. Lo viste mirando, ¿verdad?

No debería provocarla, lo sé. Pero darles cuerda a estas perras es demasiado fácil a veces.

—No sé quién eres, pero dejemos una cosa clara —escupe mientras retuerzo la parte superior de mi labial y me dispongo a rellenar mis labios rojos—. Seb es mío. Tengo planes para los dos este año. Planes que no implican a zorras como tú.

Mis cejas se levantan, pero no me levanto.

Seb... Sebastian. Dejo que su nombre ruede por mi cabeza durante un segundo o dos. Molesto, le queda bien.

La imagen de sus ojos oscuros clavándose en los míos mientras su polla se movía dentro de mí hace sólo unos días me golpea, pero lucho contra la sonrisa que quiere brotar en mi cara.

—Gracias por el aviso. Pero creo que probablemente deberíamos dejar que Seb tome sus propias decisiones, ¿no?

Dejo caer el tubo en el bolso, me relamo los labios y me vuelvo hacia ella.

Mis ojos recorren su cuerpo durante un instante y mi nariz se curva con disgusto.

—No es que haya realmente una decisión que tomar aquí.

Cuando me aparto de ella, veo que Emmie ha salido del cubículo y está detrás de mí, observando nuestra interacción con curiosidad.

—Tienes razón. No hay forma de que quiera tu culo americano, zorra.

Una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios ante su intento de rebajarme.

—Chica, tienes que mejorar tus insultos. Habría pensado que después de los miles de libras que tus padres han invertido en tu educación. —Alzo las manos para indicar nuestro entorno—. Serías un poco más inteligente. Cuando estés lista para una discusión de verdad, ven a buscarme. —Con un guiño en su dirección, me sacudo el cabello por encima del hombro y salgo del baño, una vez más con la cabeza alta y un zumbido de satisfacción corriendo por mis venas.

—Vale, no tengo ni idea de quién era esa zorra, pero ha sido genial —dice Emmie unos segundos después, poniéndose a mi altura.

—Gracias.

—¿Quién es Seb? —pregunta curiosa mientras seguimos caminando. Sinceramente, no tengo ni idea de adónde vamos y, francamente, mientras no me cruce con Seb y su pandilla de capullos o con esa zorra, me da igual.

—Nadie importante.

—Claramente lo es para ella.

—Ella es más que bienvenida a él en su búsqueda para subir en la escala social. Tengo cero interés en toda esa mierda.

—Lo mismo —asiente Emmie cuando salimos del edificio y vemos que brilla el sol.

—Creía que en Inglaterra siempre llovía —reflexiono mientras caminamos hacia un banco vacío.

—Estoy seguro de que experimentarás mucho, no te preocupes.

Sólo cinco minutos después de sentarnos, suena el timbre para nuestras clases de la tarde.

Con suspiros simultáneos, nos levantamos y agarramos nuestros bolsos.

—Sólo puede ir a mejor, ¿verdad? —Emmie me pregunta cuando estamos casi en la puerta.

—Oh, no lo sé. He tenido un día bastante entretenido.

—Me encanta una buena pelea de zorras —murmura.

—Hmm... ahí va una idea —susurro mientras me imagino arrastrándola al suelo por el cabello—. Siempre queda la comida de mañana.

Emmie sigue riéndose cuando nos separamos para ir a nuestras clases.

Nada más entrar en la clase de matemáticas escudriño el aula, pero no sé si me siento decepcionada o aliviada al no ver a la rubia.

Busco asiento y saco mis cosas mientras el resto de la sala empieza a llenarse de estudiantes.

Lo sé en cuanto me miran. Me arde todo el costado y, tras cuadrar los hombros para enfrentarme a quienquiera que esté tan interesado en mí, miro hacia él.

Dos chicas bloquean la puerta, para irritación de los alumnos que intentan entrar en la sala.

Las reconozco vagamente como los amigos de la rubia y pongo los ojos en blanco cuando siguen mirándome con desprecio.

—Chicas, por favor. Las dos estorban —suspira un profesor que suena exasperado y se pone detrás de ellas.

Mis ojos se abren de par en par cuando aparece por encima del hombro de una de ellas. No parece tan mayor como para estar dando clases y, joder, está buenísimo.

Ambas prácticamente se desploman para apartarse de su camino y permitirle entrar en su propia aula.

—Lo siento, señor Wicks —cantan las dos, pestañeándole sin pudor.

Santo Dios.

—Bien. Cuando estén todos listos, ¿empezamos? —pregunta al resto de la sala una vez que por fin consigue entrar.

Volviendo mi atención hacia donde él se sitúa al frente de la sala, aparto de mi mente a las chicas ceñudas, junto con los arrogantes imbéciles, y me centro en lo que he venido a hacer.

Algo me llama la atención cuando llego a casa. Lo primero que salta a la vista es que el carro de papá no está, pero no me sorprende. Casi nunca está aquí. Lo segundo es el bulto oscuro delante de la puerta.

Lo miro fijamente mientras detengo el carro, pero apago rápidamente el motor y salgo.

—Ay, qué asco —murmuro cuando me acerco y veo que es un pájaro muerto.

Al rodearla, empujo la puerta principal y descubro a Calvin, nuestro jefe de seguridad, esperándome en pantalones cortos de gimnasia y camiseta de tirantes.

—¿De verdad? —pregunto, sabiendo exactamente lo que significa esa mirada.

—De verdad, Baby D. Ve a cambiarte. Tu papá te quiere lista para la cena en dos horas.

—Ah, ¿entonces va a agraciarme con su presencia esta noche?

Calvin me mira con una ceja fruncida.

—Dos veces en un día. Es casi como si se sintiera culpable por el colegio en el que me ha matriculado —murmuro, me quito los zapatos de una patada y me dirijo a las escaleras.

—¿Buen primer día, entonces? —bromea.

—Fantástico. No puedo esperar a volver.

—Empezaste una pelea, ¿no?

No puedo evitar reírme mientras subo las escaleras.

—Me conoces muy bien, Cal.

Se queja antes de gritar.

—Nos vemos en el sótano. Puedes desatar algo de esa ira.

Puede que le eche mierda, pero hacer ejercicio con Cal es una de mis cosas favoritas.

—Por cierto, hay un pájaro muerto junto a la puerta principal —le grito antes de meterme en mi habitación y cerrar la puerta.

Ha sido nuestro jefe de seguridad durante años, desde que tengo uso de razón. Creo que he pasado más tiempo con él que con mi padre. Me entristece que haya dedicado todo su tiempo a protegernos -de qué, sólo Dios lo sabe- cuando podría haber tenido una familia propia a la que cuidar, pero nunca me ha dado ni la más mínima pista de que quiera algo de eso, y no creo que me corresponda pedirselo. Así que le permito que me entrene en cualquier arte marcial que le apetezca cada vez que me lleva al gimnasio de casa, y dejo salir un poco de la agresividad que parece que siempre llevo conmigo.

Entre él, la gimnasia, las porristas y derribar a cualquier zorra que decida atacarme, he encontrado la forma de canalizar la zorra malvada que llevo dentro. Sobre todo.

Felizmente, me arranco el uniforme del colegio. Tiro la camisa a la lavandería y cuelgo el resto, preparada para lo que estoy segura será un interesante segundo día en el *Knight's Ridge College*. El primero ha sido ciertamente agitado.

Me pongo unos pantalones cortos, un sujetador deportivo y una camiseta antes de bajar a buscar mis zapatillas y a Calvin, que seguramente ya está calentando en el sótano.

Descubro que estoy en lo cierto, mucho antes de bajar las escaleras, porque el sonido rítmico de sus pies golpeando la cinta de correr llega hasta mí.

—Bien, ¿dónde me quieres? —digo en cuanto entro en nuestro moderno gimnasio.

Al igual que en todas las demás casas en las que hemos vivido, sé que Calvin participó en su diseño, pero es con diferencia la más amplia que hemos tenido en cuanto a equipamiento. Hace que la promesa de papá de que ésta sería nuestra casa suene un poco más cierta. Pero aún así, lo tomaré con un grano de sal.

—Calentamiento y luego kick-boxing.

Se me dibuja una sonrisa en los labios al imaginarme atacando a Seb y a su rubia.

—Suena como un plan, jefe.

Para cuando termina conmigo, estoy cubierta de sudor, el maquillaje del día me gotea por la cara y tengo el cabello pegado a la nuca, pero me duelen los músculos de la forma más deliciosa mientras arrastro mi cuerpo débil y agotado escaleras arriba para ducharme, lista para la

cena.

Papá me está esperando en la cocina con Angie cuando por fin salgo casi una hora después.

—Hola, cariño —dice, con una amplia sonrisa curvando sus labios—. ¿Has tenido un buen día?

—Oh, ya sabes. La misma mierda, diferente lugar.

—Stella —me advierte, con voz grave y peligrosa. Solo que no me asusta como a la mayoría de la gente.

—¿Qué? Ella empezó —argumento.

—Tienes razón. Algunas cosas nunca cambian.

—Me entrenaste para ser una luchadora. ¿Qué esperabas?

—Sólo... por favor, que no te echen de ese sitio. No tienes ni idea de lo difícil que fue meterte en el último minuto.

—¿Me han echado alguna vez de los tropecientos colegios a los que me has enviado? —pregunto levantando una ceja.

—Listilla —murmura, volviéndose hacia Angie—. ¿Cuánto tiempo?

—Sobre las diez. Si quieres ir y tomar asiento, te lo traeré.

—Eres demasiado buena con nosotros, Angie —le dice suavemente, sonriéndole.

Los observo a los dos. Durante años me he preguntado si alguna vez ha habido algo allí.

Al igual que Calvin, Angie ha estado con nosotros desde que tengo memoria y parece más que feliz de jugar a las casitas con nosotros en lugar de tener la suya propia.

Ella es un poco mayor que papá, pero sólo por unos pocos años. Es tan encantadora y todavía tiene un cuerpo impresionante, así que no me extrañaría que papá o Calvin tuvieran algo con ella. Suponiendo que le gusten los hombres, por supuesto.

Sigo a papá al comedor, se quita la chaqueta negra y la cuelga del respaldo de la silla.

La habitación, como todas las demás, es de lo más moderno que hay en diseño de interiores. Todas nuestras casas han sido iguales, aunque la de era Rosewood, con diferencia, la más elegante. Esta tiene un toque hogareño, gracias a algunas de las características más antiguas del edificio.

Las paredes son blancas y los muebles negros. No es exactamente mi estilo, pero a papá parece encantarle, y es él quien lo paga.

—En serio, ¿qué tal tu primer día? —pregunta una vez que ambos estamos sentados.

—Estuvo bien. Las clases son geniales, los profesores son buenos. Es una escuela fantástica. —*Lástima de los otros estudiantes*—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué tal el trabajo? —le pregunto, esperando, como siempre, que se abra y me cuente algo útil.

—Sí. Bien —dice, su expresión se endurece, diciéndome que eso es todo lo que voy a conseguir.

—¿Qué hay de los otros chicos? ¿Algún amigo potencial?

Le sonrío. Para ser alguien que se las ha apañado muy bien, no tiene ni idea de nada cuando se trata de mí y de la escuela.

—Sí, crucemos los dedos. Este lugar será como un hogar en poco tiempo.

—Lo digo en serio, Stella. Nos quedamos aquí. Esto es todo para nosotros.

—Claro.

Suspira, percibiendo claramente que no me creo ni una palabra.

Está bien. Lo entiendo... creo.

CAPÍTULO 4

Sebastian

Me dejo caer en el sofá y me encorvo, apoyando la cabeza hacia atrás mientras Theo se mueve en la cocina.

Se mudó a la cochera de su familia cuando terminamos la escuela en verano, y yo me acomodé rápidamente en su habitación libre, prefiriendo estar aquí que en mi propia casa.

Es el lugar perfecto para pasar el rato, organizar fiestas y hacer todas esas mierdas que no queremos que vean los padres de Theo. No es que seamos tan ingenuos como para pensar que no lo saben, pero es mejor que estar directamente bajo su techo.

—Aquí —dice Alex, dejándose caer en el otro extremo del sofá, con los ojos clavados en un lado de mi cara.

Abro un ojo y veo que me tiende un porro.

—Necesitas relajarte de una puta vez, amigo.

Sus palabras son como un trapo rojo para un toro.

—Dame eso —exijo, arrebatándole el canuto de los dedos y poniéndomelo entre los labios, esperando a que lo encienda.

Si quieren respuestas, tendrán que trabajar para conseguirlas.

El sonido de botellas golpeando la mesita me hace levantar la cabeza y ver a Theo acercándonos cervezas.

—Dale una calada y luego cuéntalo todo, cabrón —exige mientras se echa hacia atrás y se lleva la botella a los labios, dando un trago.

Hago lo que me dice, no porque quiera seguir sus putas órdenes, pero con el porro colgando entre mis labios, la tentación es demasiado fuerte.

—Me la follé hace unos días.

—¿En serio? —pregunta Theo, con una sonrisa de suficiencia en los labios. Tirarme a una chica cualquiera no es algo inusual en mí. Paso la mayoría de las noches en la habitación contigua a la suya, así que es más que consciente. Eso si llegamos tan lejos.

—Apareció en el cementerio... —Me detengo, sin necesidad de explicarles qué noche era o por qué estaba en un cementerio desierto.

—Raro —murmura Alex.

—Sí, aunque no tan raro como el hecho de que se me acercara mientras estaba disparando latas de la pared.

—Mierda. ¿Tiene ganas de morir o es simplemente estúpida?

—Parece que ninguna —murmuro, dando otra calada y reteniéndola en los pulmones hasta que empieza a arder.

La habitación empieza a difuminarse un poco a mi alrededor, haciendo que mis palabras

fluyan mucho más fácilmente.

—Tiene unas putas pelotas de acero y es mejor tiradora que ustedes dos juntos.

—Que te jodan, amigo —se burla Alex—. Sabes que soy mejor que ustedes dos.

—Como quieras—. Theo le hace un gesto para que se vaya, demasiado interesado en lo que yo tenga que decir—. ¿Le diste tu pistola? —pregunta, con las cejas casi en la línea del pelo.

—Nunca me rindo ante un desafío, y ella era jodidamente tentadora.

—Lo entiendo, amigo. ¿Pero tu puta pistola?

—Sí, bueno, si hubiera sabido quién coño era cuando apareció, nunca la habría entregado, eso seguro, joder.

—¿Quién es ella? —pregunta Alex.

Los dos me miran fijamente, esperando como si estuviera a punto de divulgar todos los secretos de la Familia.

—Estella Doukas.

La barbilla de ambos cae simultáneamente.

—No —respira Theo, sus facciones se endurecen al darse cuenta—. No, Galen no sería tan estúpido —dice con más confianza de la debida.

—Bueno, aparentemente lo es, porque es ella, hombre.

—Bueno, que me jodan —suspira Alex, dándole una calada a su propio porro—. ¿Estaba buena?

—¿Qué? —Ladro con total incredulidad.

—Supongo que te la follaste en el cementerio. Joder, amigo. ¿Estaba buena?

Se me cae la barbilla de decirle la verdad, que estaba jodidamente loca, pero por alguna razón me parece mal.

—Eso no importa. Si hubiera sabido quién coño era, nunca la habría tocado.

—Así de bien, ¿eh? —murmura, interpretando mis palabras.

—¿Está aquí con él? —Theo pregunta, centrándose en la cuestión principal aquí en lugar de distraerse por lo apretado que estaba su puto coño.

Mi polla se hincha en cuanto lo pienso, porque joder, estaba así de apretada.

Me estiro de los pantalones y hago un poco más de espacio.

—Joder, tú también quieres otra ronda, ¿no?

—No la tocaría ni con la tuya ahora que sé que es la hija de ese cabrón traidor.

—Claro —se ríe—, sigue diciéndote eso.

—Tenemos que decírselo a mi padre —anuncia Theo.

—No —ladro—. Todavía no.

—¿Por qué coño no?

—Bueno, para empezar, el jefe no tiene ni idea de que sabemos la verdad sobre lo que pasó. Y segundo, si le avisas, irá directamente a por Galen y lo asustará. Quiero saber por qué pensó que era una buena idea volver, y mucho menos traer a su engendro diabólico con él.

—Un poco duro —murmura Alex, con la voz más clara que de costumbre. Cuando miro, veo que casi se ha fumado todo el porro y tiene los ojos jodidamente abiertos. El hijo de puta está colocadísimo.

Probablemente sea algo bueno, porque si no estuviera colocado ahora mismo, probablemente estaría a medio camino de encontrar dónde está ella, dispuesto a quemar su casa hasta los cimientos por atreverse siquiera a acercarse a nosotros-después de lo que hizo su padre.

—¿Lo es? —pregunto, soltando una bocanada de humo—. No tiene derecho a estar aquí.

Por algo los desterraron hace tantos años.

—Quizá haya más de lo que sabemos —señala Theo. La única razón por la que conocemos la existencia de Galen Doukas es porque escuchamos una conversación entre su padre, el jefe de la Familia, y su tío Evan, el subjefe, hace unos años.

—Me importa una mierda si se caga en la puta purpurina. Sé todo lo que necesito saber. Se va a arrepentir de volver aquí, y se va a arrepentir aún más de traerla—.

Theo me asiente antes de coger el porro que arde lentamente entre mis dedos.

—Lo que quieras, hermano.

Asiento. Puede que en realidad no esté de acuerdo conmigo, pero no importa, porque así es como trabajamos.

Esto tiene todo que ver conmigo, y en última instancia, es mi decisión. Y sé que mis amigos estarán detrás de mí.

—Pero está buenísima —murmura Alex, ganándose un brazo muerto cuando me acerco y le doy un puñetazo—. ¿Qué? Yo lo haría.

—Hermano, te follarías un árbol si tuviera un agujero —ladra Theo.

Alex sólo se encoge de hombros. Sabe que tenemos razón.

—Necesito echar un polvo. Esta conversación me está poniendo cachondo.

Antes de que ninguno de nosotros pueda responder, el móvil de Theo suena con una alerta que nos hace incorporarnos.

—Quiere que entremos.

Ambos miramos a Alex, que sonrío para sí mismo mientras mira fijamente a la pared.

—¿Qué coño había en su porro?

—Temo preguntar, hermano. Le traeremos un café por el camino. El jefe le va a romper las putas pelotas si no.

Los tres subimos al Maserati de Theo y nos adentramos en la ciudad, donde nos espera el jefe.

La calle en la que paramos está repleta de clubes, bares y, lo más importante, The Empire, el casino y hotel Cirillo.

—¿Así que asumimos que esto es obra de Nico, entonces? —Alex murmura desde atrás, sonando un poco más con él.

—No, no lo haría. Y dudo que al jefe le importe una mierda que nos hayamos escapado —digo. Él deja que nos ocupemos de la mayoría de las cosas que ocurren bajo el techo de *Knight's Ridge*, incluida nuestra presencia.

—Sólo podemos esperar. Últimamente está de muy mal humor —murmura Theo.

—Así que a lo mejor sí sabe lo de Doukas —añade Alex mientras bajamos del coche.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Juntos nos abrimos paso por la recepción, con nuestros zapatos chasqueando contra las baldosas negras.

Los ojos se posan en nosotros cuando nos abrimos paso entre la pequeña multitud, y no puedo evitar erguirme un poco más.

Mantener la atención de todos en la escuela es una cosa. Son todos chavales que no entienden realmente todo esto fuera de los cotilleos y las historias con las que les llenamos la cabeza si necesitamos algo de entretenimiento. Pero la clientela de aquí es en su mayoría más que consciente de quiénes somos y qué hacemos, y eso nos granjea otro nivel de respeto.

Hay una joven junto a las puertas del casino cuyos ojos devoran mi cuerpo como si me

quisiera para su próximo postre.

Una sonrisa de complicidad se dibuja en mis labios y estoy a punto de esquivar a los chicos para acercarme a ella cuando una mano me rodea el brazo.

—El trabajo primero, el coño después —gruñe Theo, sonando más como el heredero de todo esto, de lo que estoy seguro de que se da cuenta.

—Bien —murmuro, continuando hacia el ascensor.

Cualquiera que se dirigiera en esta dirección se queda atrás, permitiéndonos subir solos al ascensor.

Theo desbloquea el panel situado encima de los botones estándar del piso, revelando un juego extra antes de introducir el código que nos llevará al piso superior.

El aire es denso mientras cabalgamos en silencio. Nunca sabemos lo que el padre de Theo, el jefe, va a exigirnos. Y después del día que he tenido, no estoy seguro de tener energía para ello.

—Buenas tardes, chicos —dice el padre de Alex cuando entramos en la sala de seguridad que conduce a la parte más profunda de la planta, donde nos espera el padre de Theo.

—Bien —murmura Alex, ganándose una ceja levantada de su padre.

—¿Buen día en la escuela? —Nos guiña un ojo, diciéndonos que es más que consciente de que no hemos aguantado todo el día.

—Sí, ya sabes cómo es.

—Claro que sí, chico, pero si quieres ganarte un puesto aquí, no seas un inútil que abandona.

—No pasará. Tengo la inteligencia —dice Alex, golpeando el lado de esta cabeza.

—Claro.

—El jefe está esperando. —La profunda voz de Evan retumba en la sala, ahogando el zumbido de los ordenadores que nos rodean y llamando la atención de todos. El único hombre en la Tierra que da más miedo que él es su hermano mayor, el jefe, Damien Cirillo.

Seguimos la voz hacia el despacho del jefe, alcanzamos rápidamente a su subjefe y nos colamos en la habitación detrás de él.

Evan ocupa su lugar de pie junto a Damien, que está sentado en su enorme escritorio de caoba tallada.

A diferencia del resto del moderno hotel y casino, el despacho de Damien es de la vieja escuela. Fotografías enmarcadas de los hombres que nos han precedido se alinean en las paredes, rodeadas de ornamentados muebles de caoba. La pintura es de un rojo sangre intenso, y la moqueta me da un puto dolor de cabeza cada vez que entro aquí.

Echo un vistazo a Alex, preguntándome si le dará vueltas la cabeza por tener que estar de pie sobre ella.

Sonrío al ver su barbilla ligeramente inclinada hacia arriba. Lo entiendo; es casi como si las formas raras se movieran cuando estás sobrio, así que no puedo imaginarme cómo deben parecerle ahora mismo.

En un rincón de la sala, recostado en una silla y bebiendo un vaso de whisky, está Charon Ariti. El abuelo de Toby y el *consigliere* del jefe.

—Buenas tardes —dice Damien, su profunda voz resuena en la habitación.

De niño, recuerdo estar completamente aterrorizado por él y Evan. Son tan diferentes de cómo mis hermanas retratan a nuestro padre.

—¿Problemas con la escuela esta tarde? —pregunta.

—U-uh... —empieza Theo, pero su padre no tarda en cortarle.

—Lo que sea. Esta noche estoy de seguridad para una función privada. Los necesito a los tres listos para trabajar, sobrios —dice, dirigiendo una mirada abrasadora a Alex—, a las nueve.

—¿Y no podrías habérmelo dicho por teléfono?

—Deberías estar en la escuela. Si no estás allí, es que estás trabajando. —Sentado, desliza un trozo de papel hacia nosotros tres.

El corazón casi se me para en el pecho cuando miro a la persona de la fotografía.

—Estella Doukas —dice el jefe mientras yo lucho por mantener una expresión neutra. Lo último que necesito es que lea algo en mi cara que aún no estoy dispuesta a revelar—. Ha empezado hoy en *Knight's Ridge*.

—¿Y qué tiene esto que ver con nosotros? —pregunta Theo, frío y tranquilo como siempre. Si echara un vistazo, sé que encontraría su dura máscara firmemente en su sitio.

Es una máscara que ha heredado de su padre, y de su abuelo antes que él. Es la razón por la que sé, sin tener que preguntar, que un día será él quien se siente en esa silla, dirija esta Familia y dé órdenes.

—Necesito que los tres la vigilen.

—No estamos haciendo de canguro —suelto, arrepintiéndome al instante cuando los ojos fríos y duros de Damien se clavan en los míos.

Trago saliva y me arrepiento de haberle dado tanta importancia.

—No te estoy pidiendo que la cuides. Stella es más que capaz de cuidar de sí misma.

No lo sé, joder. Me duelen las pelotas sólo de pensarlo.

—Entonces, ¿por qué tenemos que cuidar de ella?

—Porque sí. —Damien clava a su hijo una mirada que corta cualquier discusión que pudiera tener—. Y no hace falta decir que esto queda entre nosotros. —Apartando la mirada, se asegura de que tanto Alex como yo oigamos su silenciosa advertencia. *Nico y Toby no son parte de esto. Y Stella no debe saberlo.*

Genial, simplemente genial.

—Ya que se han dado la tarde libre. Tengo algo más para ustedes. Vayan a casa de Marco. Se retrasa en el pago.

—Quieres que...

—No. Quiero que vayas allí y sirvas de recordatorio de que lo peor va a llegar si no cumple su plazo.

—Entendido, Jefe.

Damien nos saluda con la cabeza y Evan rodea el mostrador, dispuesto a acompañarnos a la salida.

—Y asumo que no oiré nada más sobre ustedes tres.

—Entendido, viejo. —Theo saluda a su padre, para irritación de Damien.

Theo es más que consciente del respeto que Damien espera de él, pero atiza al oso en cuanto tiene ocasión. No tengo ni idea de lo que espera que ocurra. Damien nunca ha sido, y nunca será, un padre blando y cariñoso. Hacerle enfadar sólo le causará dolor a largo plazo, pero Theo parece decidido a descubrir lo doloroso que puede llegar a ser.

—Alexander —llama Damien antes de salir de la habitación—. No me decepciones.

Alex asiente antes de que Evan cierre la puerta tras nosotros y nos ponga en camino.

—No me apunté para hacer de niñera de la tocapelotas —murmura Alex mientras nos amontonamos de nuevo en el ascensor, listos para partir y dar a Marco un suave empujón en la

dirección correcta.

—Seb lo tiene cubierto, ¿verdad, amigo? —Theo pregunta una vez que las puertas se han cerrado—. Él quiere de nuevo en su coño, después de todo.

—No. Quiero usarla para llegar a su viejo.

—Claro. Así que no te importará que me siente con una ración de polla —bromea Alex.

—No sé, parece que podría ser difícil. Quizá nos necesite a los dos —añade Theo, haciendo que me rechinen los dientes al pensar en ella atrapada entre los dos.

—Son un par de putos cabrones —escupo, saliendo pitando del ascensor en cuanto se abren las puertas.

Ni siquiera me molesto en buscar a la mujer que rondaba antes en mi necesidad de salir de este puto lugar.

CAPÍTULO 5

Stella

—He oído que han matado a un chico —susurra alguien mientras entro en los vestidores de las chicas al día siguiente después de clase, lista para hacer las pruebas para el equipo de gimnasia.

Pongo los ojos en blanco ante los cotilleos. El ojo morado y el labio partido del amigo de Seb, y sus nudillos y los del otro, son lo único de lo que se ha hablado en todo el día.

Habiéndolos conocido, aunque brevemente, no me sorprende que se encontraran en medio de una pelea. Después de todo, son unos imbéciles engreídos.

Probablemente estén en alguna banda de niños ricos, fingiendo ser peligrosos con la esperanza de conseguir a todas las chicas.

Idiotas.

Recuerdo sus advertencias de la noche en el cementerio y pongo los ojos en blanco. Tiene que recapacitar si espera que le tenga miedo.

No es hasta que he bajado la mochila al banco cuando cesan los cotilleos, y sé por qué. Su atención me taladra la espalda.

Supongo que es lógico que la rubia, que desde entonces me he enterado que se llama Teagan, gracias a unos cotilleos que he oído antes sobre lo que ha hecho recientemente detrás de la piscina con un chico, esté en el equipo de gimnasia. Supongo que es la versión de *Knight's Ridge* del equipo de animadoras.

Igual que cuando la oí antes, me recorre una oleada de algo que no quiero reconocer al pensar que está con Seb. Nadie ha mencionado su nombre, pero por lo que he visto, parece ser el único en el que esa zorra insípida está interesada ahora mismo.

Recordándome a mí misma que no me importa, aspiro tranquilamente y me preparo para dar la vuelta.

—¿Te has perdido? —pregunta Teagan, con sus dos compinches de pie un poco detrás de ella con miradas igualmente cabreadas mientras me miran fijamente.

—Um... no. Creo que no —digo, echándome el cabello por encima del hombro.

—No creo que tengas lo que se necesita para estar en mi equipo.

—¿En serio? —pregunto, dando un paso hacia ella—. ¿Y por qué piensas eso?

—Porque aquí hay que trabajar de verdad, no sólo sacudir los pompones para los padres del público.

—¿Es eso cierto? —pregunto, con la ira ardiendo en mis venas por su suposición sobre mí, imitando sus posturas y poniendo las manos en las caderas.

—Probablemente deberías irte ahora antes de que te avergüences.

—Sí, tal vez. O podría quedarme y ver cómo te comes un trozo de tarta de humildad cuando limpie el suelo contigo.

Sin esperar respuesta, vuelvo a darles la espalda y empiezo a prepararme.

Soy más rápida que ellas, ya que se pasan la mayor parte de los siguientes diez minutos lloriqueando como las zorritas que son e intentando intimidarme para que me rinda.

Están ladrando al árbol equivocado si esperan que me acobarde ante ellas.

Sólo algunas de las chicas más tranquilas han salido de los vestidores para cuando yo lo hago, y las encuentro calentando mientras la señorita Peterson -supongo- les habla con una amplia sonrisa en la cara.

—Hola, señorita Peterson —tartamudeo, interrumpiendo su conversación—. Yo...

—Stella —dice con una sonrisa aún más amplia.

Vale, ya me gusta.

—He investigado un poco y debo decir que estoy impresionada. Creo que vas a encajar perfectamente en este equipo.

Sí... o no.

Mientras el resto del equipo sale de los vestidores y empieza a calentar, la señorita Peterson me pasea por el gimnasio, me enseña todo su equipamiento de última generación, me habla de las competiciones en las que participan y me señala con orgullo sus trofeos. Puede que Teagan tuviera razón al preocuparse por la incorporación de nuevos miembros a su equipo, aunque se equivocara al hacerlo.

—¿Por qué no calientas con las chicas y luego nos muestras lo que sabes hacer? Vi en tus documentos de transferencia que piso es tu favorito.

—Sí.

—Teagan es nuestra gimnasta de piso campeona. Un poco de competición será bueno para ella.

—Estupendo —digo, pero llena de un sarcasmo que seguro que a ella no le pasa desapercibido.

Me uno a las demás y me detengo junto a una chica de cabello claro que está haciendo estiramientos.

—Hola —dice, con una sonrisa de bienvenida en los labios—. Soy Calli.

No puedo evitar la sonrisa que tira de mis labios, al encontrar a alguien que no me ve inmediatamente como una especie de competencia.

—Hola, soy Stella.

—No estoy segura de si debería decirte que eres estúpida o valiente por esto —confiesa, habiendo oído claramente el altercado en el vestuario.

—Supongo que lo averiguaremos —me río, cambiando de postura.

Resulta que no soy la única que ha venido a probar para el equipo. Han venido un puñado de alumnas de sexto curso, a todos los cuales conoce la señorita Peterson porque han competido en cursos inferiores de la escuela. Yo soy la única persona nueva, y por eso me han llamado para que demuestre mis habilidades.

Es evidente que la señorita Peterson ha hecho sus deberes, ya que coloca a las chicas en los diferentes aparatos una vez que otras dos profesoras se unen a nosotras, pero me mantiene a mí, a Teagan y a sus dos sombras de pie junto al suelo elástico.

—Muéstranos lo que tienes, Stella —dice, con los ojos brillantes de emoción.

Reto aceptado.

Me ajusto la cintura de los calzoncillos y me acerco a la esquina del suelo, sintiendo los ojos de todos los presentes puestos en mí.

La mayoría sólo quiere ver de lo que soy capaz, pero hay al menos tres que están rezando para que me caiga de bruces. Y son esos tres pares de ojos los que veo justo antes de empezar mi serie de volteretas por la colchoneta.

Consigo aterrizar con solidez apenas unos centímetros dentro de la línea y, tras aspirar profundamente, me doy cuenta de que el lugar a mi alrededor está en silencio.

Miro a la señorita Peterson y veo que tiene una sonrisa de oreja a oreja, con las manos juntas como si hubiera aplaudido, mientras los tres que están a su lado se enfurecen hasta el punto de que sus caras se ponen rojas, ninguna tan brillante como la de Teagan.

—Tu anterior entrenador no exageraba —dice la señorita Peterson mientras Teagan murmura:

—No es tan buena.

Lo que sea.

Paso las dos horas siguientes ignorando las miradas llenas de odio que lanzan por todo el gimnasio y me centro en perderme haciendo algunas de mis cosas favoritas.

Las porristas siempre han sido mis favoritas, pero la gimnasia me sigue de cerca. Papá me apuntó a mi primera clase cuando apenas podía mantenerme en pie y desde entonces soy adicta. Me encanta esa sensación de ingravidez al volar por el aire. Esa es exactamente la razón por la que me subí a lo alto de una pirámide de animadoras a la primera oportunidad.

—Me he decidido —anuncia Calli cuando por fin volvemos a los vestidores después de nuestra sesión—. Eres valiente.

Me río mientras me dirijo hacia ella.

—Creo que prefiero esa opción.

—Cuídate la espalda. Probablemente ya te hayas dado cuenta, pero Teagan, Lylah y Sloane son mega zorras.

—Oh, de verdad, no me había dado cuenta —digo con tono inexpresivo.

Algunas de las chicas se duchan y reemplazan la imagen de perfección con la que entraron en estos vestuarios. Yo, sin embargo, me limito a sacar una sudadera del bolso y echármela por encima de los pantalones cortos y el sujetador deportivo, prefiriendo ducharme en casa.

El campus está tranquilo cuando salgo del edificio. Por suerte, Teagan y sus perras estaban demasiado ocupadas como para prestarme atención mientras me escabullía. Su confianza en sí misma ya estaba por los suelos mientras practicábamos, así que no creo que tuviera energía para seguir otra ronda conmigo.

Todavía hay carros por el estacionamiento. Echo un vistazo a los modelos más caros, sacudiendo la cabeza ante la insana riqueza de este lugar.

En el pasado, mi Porsche ha destacado como un pulgar dolorido, pero aquí, se mezcla a la perfección. Diablos, en comparación con algunos, en realidad parece barato, que realmente está diciendo algo.

Me llegan voces desde el otro extremo del estacionamiento y me arrepiento de haber levantado la vista en cuanto mis ojos se fijan en un par de ojos oscuros.

Afortunadamente, Seb y sus fieles seguidores han mantenido hoy las distancias, aunque debo admitir que he estado esperando a que hicieran su jugada.

No me dio la impresión de que ayer fuera todo lo que Seb quería de mí. Y estoy seguro de que no va a aceptar el dolor de huevos que le di acostado. Puede que le haya puesto de rodillas, pero estoy seguro de que no es un lugar en el que tenga costumbre de estar.

Por mi mente parpadean imágenes de otra vez que lo tuve de rodillas, pero las bloqueo casi tan rápido como brotaron.

Sus ojos se detienen en los míos durante un instante antes de dar un paso adelante desde el Aston Martin en el que están parados. Tiene la cara desencajada y la rabia a flor de piel mientras recorre mi cuerpo con la mirada.

Me entran ganas de apretarme más la capucha para taparme, pero no hay forma de que me acobarde ante este imbécil, así que me quedo ahí de pie y dejo que se sacie.

—Cuidado, *Sebastian*, cualquiera pensaría que quieres otra ronda —anuncio en voz alta. Algo me dice que él es el único al que le importaría que alguien se enterara de lo que pasó esa noche. Que se rebajó a tocar a la chica nueva, o lo que sea que piensa de mí que de repente le hizo odiarme.

Sus amigos se burlan y ríen detrás de él mientras sus puños se crispan.

—Tienes que cuidarte las espaldas, Doukas —se burla.

—Oh, así que ahora nos llamamos por el apellido —bromeo—. Entonces será mejor que me digas el tuyo.

—No te voy a decir nada —gruñe, levantando la mano y apartándose el cabello mojado de la frente.

Echo un vistazo a los otros cuatro y los encuentro en un estado similar. Por los chismorreos que he oído por aquí en los dos últimos días, puedo suponer que están en el equipo de fútbol, o de fútbol americano, como se dice aquí. Parecen ser los que se creen los dueños de la escuela, y estos cinco rezuman poder. O al menos eso creen.

—Bien, bueno, tan divertido como ha sido esta pequeña puesta al día. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo. —Dejo caer mis ojos por su cuerpo, mi mirada se fija en su entrepierna—. Y estoy segura de que necesitas ir a ponerte hielo en las pelotas.

Su mandíbula tics, sus ojos se entrecierran en señal de advertencia mientras se acerca.

No se detiene hasta que sólo hay un pelo entre nosotros. Su calor me quema el cuerpo, pero ni siquiera me inmuto cuando me veo obligada a mirarlo.

Me importa una mierda que sea más pequeña. Ya he demostrado que puedo derribarlo con el mínimo esfuerzo.

—Realmente crees que eres algo, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Creo que soy mejor que tú.

Se mueve más rápido de lo que espero, su mano rodea mi garganta un instante antes de que mi espalda choque con un coche.

—Y eso sólo sería otro error que has cometido.

Frunzo el ceño en un intento de parecer aburrida por su actuación de chico malo que da miedo. Pero también espero que sea suficiente para que no se dé cuenta de cómo me afecta su actitud posesiva.

Cuanto más me rodea la garganta con sus dedos, más me hierve la sangre. Solo que ahora no es de ira.

Con él frente a mí, su aliento caliente haciéndome cosquillas en la piel y su olor a recién bañada en mi nariz, casi puedo convencerme de que estamos de nuevo en aquel cementerio, dos personas perdidas buscando algo en la oscuridad.

—Seb, bájala, joder —ladra uno de sus chicos, y todo se derrumba a mi alrededor cuando la realidad me golpea una vez más.

Inclinándose más, sus labios rozan mi oreja y tengo que luchar para reprimir el escalofrío de deseo que quiere desgarrar mi cuerpo.

—Yo que tú seguiría mirando por encima del hombro.

Retrocede con las cejas fruncidas cuando lo único que hago es reírme.

—Eres todo boca, Sebastian —digo su nombre con mi mejor acento inglés pijo con la esperanza de cabrearle.

—¿Lo soy? —gime, su voz tan baja que nadie más tiene la oportunidad de oírle—. Sigue poniéndome a prueba y puede que tengas la suerte de aprender lo equivocado que estás.

—Pruébame, imbécil. Te estaré esperando.

—¿Seb? —Una voz enfermizamente dulce atraviesa el lote y gimo exteriormente, sabiendo a quién pertenece sin siquiera mirar.

—Oh, tu juguetito está aquí. Ve y dale toda tu mierda. Estoy segura de que se lo tragará.

Sus ojos sostienen los míos, el aire entre nosotros crepita mientras estoy segura de que Teagan echa humo a lo lejos.

—Al menos no necesitaré ese hielo para mis bolas. La boca de Teag me arreglará enseguida.

Si espera una reacción tras esa declaración, se va a llevar una amarga decepción.

—Espero que muerda.

—Seb —sisea esta vez—, quita las manos de la basura.

Me suelta como un buen cachorrito.

—Así que se te *puede* adiestrar —bromeo, para su irritación, si la vena que le bulle en la sien sirve de algo—. Es bueno saberlo.

El peligroso gruñido que desgarrar su garganta me provoca cosas raras por dentro. Cosas que me dicen que tengo que alejarme de él ahora mismo.

Presiono mi palma contra su pecho, ignoro lo musculoso que es y le obligo a retroceder.

—Tienes razón —digo, mirando a una sorprendida Teagan—. La basura realmente necesita mantener sus manos para sí mismo.

—Oh, no estaba hablando de...

Salgo del carro contra el que me ha arrinconado y doy un paso hacia ella.

—Atrás de una puta vez, Teagan. No quiero nada de ti. Ese gilipollas es todo tuyo.

Le sostengo la mirada durante un rato antes de darles la espalda y dirigirme hacia mi carro.

Hasta que no cierro la puerta, no suelto el aliento frustrado que estaba conteniendo.

¿Era mucho pedir empezar aquí y pasar desapercibida?

Eso parece.

Mi móvil suena en el bolso y, en lugar de largarme de allí y alejarme de los idiotas que siguen merodeando, lo saco.

Una sonrisa se curva en mis labios cuando encuentro una llamada de Harley. Solo ver su nombre me hace sonreír.

Harley y Ruby fueron las primeras amigas de verdad que hice en años, después de prometerme que nunca me acercaría a nadie tras mis primeros estudios. Aprendí rápidamente que era una pérdida de tiempo y esfuerzo hacer amigos cuando al final me iban a arrancar de ellos en las próximas semanas o meses. Pero había algo en Rosewood que me permitía bajar mis muros, y a regañadientes los dejé entrar a los dos.

Entonces ocurrió lo inevitable y tuve que dejarlas atrás.

Pero, a diferencia de los amigos que les precedieron, ambos han mantenido el contacto, lo que ha facilitado un poco las cosas.

—Hola —digo, con una voz más ligera de lo que ha sido en mucho tiempo—. ¿Cómo te va?

—Hola. Estoy bien. Estamos almorzando, pensé en ver cómo estabas. ¿Cómo te trata la nueva escuela?

Gruñendo, me dejo caer en el asiento y le hago un resumen muy básico.

—Llevas allí dos días y ya has molestado tanto a la zorra reina como a su rey. Eso tiene que ser un récord, Stella, incluso para ti.

—Son una panda de gilipollas —me burlo.

—No lo dudo.

—¿Cómo te está tratando el último año? —pregunto con el corazón encogido. Debería estar allí viviéndolo con ellas, pero aquí estoy, empezando de nuevo una vez más.

—Es genial. Ruby ya lo está petando como capitana de las animadoras.

—Como si fuera a hacer otra cosa. —Sonrío, pensando en ella tomando el mando y poniendo en forma al nuevo equipo.

—¿Y los chicos? ¿Kyle?

Juro que la oigo desmayarse con sólo mencionar su nombre.

—Todo el mundo está genial. Los chicos van a arrasar este año, puedo sentirlo. Ash es un gran capitán —dice, mencionando al novio de Ruby—. ¿Y tú? ¿Has conseguido encontrar un club de animadoras?

—Sí, lo he hecho. Voy mañana por la noche. También me uní al equipo de gimnasia de la escuela.

—Eso es impresionante. Me alegro mucho de que estés encontrando tus pies.

—Sí, aunque unos cuantos ya me quieren quitar de encima —bromeo.

—Entonces tienen que aprender que no se puede jugar contigo.

—Estoy esperando mi momento. Aunque ya hay un chico que anda por ahí con las pelotas magulladas cortesía de mi rodilla.

—Sí, chica —chilla.

Mientras me río de su entusiasmo, alargo la mano para arrancar el coche, pero no se oye el ronroneo habitual del motor de mi chica. En su lugar, una luz de advertencia parpadea en el salpicadero.

—Joder —ladro.

—¿Qué pasa?

—Algo pasa con mi carro. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Tengo entrenamiento después de clase, así que puede que llegue tarde a tu hora.

—Vale, llámame cuando hayas terminado. Si estoy despierta contestaré, si no lo estoy no lo haré.

—Suena como un plan. Buena suerte con tu carro.

—Gracias —murmuro. Cuelgo y cualquier emoción que pudiera haber surgido al hablar con Harley se ha desvanecido por completo.

—¿En serio? —le ladro a mi carro cuando intento arrancarlo de nuevo y me sale la misma luz de aviso.

Gimiendo, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, pidiendo fuerzas.

Lo único bueno de todo esto es que Seb y su perrito faldero se han ido.

Un aullido sale de mis labios cuando alguien llama a mi ventana.

Con el corazón en la garganta y el pulso retumbando en mi cuerpo, abro los ojos y miro a un lado.

—Joder —murmuro para mis adentros, al ver a uno de los chicos de Seb ligeramente agachado para poder mirar dentro de mi coche.

Bajando la ventanilla, chasqueo:

—¿Qué?

Sus vibrantes ojos azules me dejan sin aliento cuando se clavan en los míos.

A diferencia de los oscuros de Seb, éstos no parecen odiarme, lo cual es un alivio porque no estoy seguro de tener energía para más comentarios mordaces o insultos mordaces.

—¿Tienes algún problema? —me pregunta con su suave acento británico mientras mira la luz de advertencia encendida en el salpicadero.

—Uh... Estoy bien. Llamaré a alguien que me ayude.

—¿Quieres compañía?

Mis ojos se entrecierran confundidos.

—¿Por qué?

—Porque todos los demás se han ido —me pregunta, haciéndose a un lado y dejándome ver el estacionamiento desierto, aparte de un BMW negro que sólo puedo suponer que es el suyo.

—Estaré bien. Soy más que capaz de cuidar de mí misma.

—Eso he oído —exclama—. Pero no es por eso por lo que me ofrezco.

Levanto una ceja, sin creermelo ni una palabra.

—¿No puedo ser un buen chico? —pregunta inocentemente, aunque no parece haberse ofendido por mis palabras no pronunciadas.

—Cuando eres amigo del mismísimo diablo, probablemente no.

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—No dejes que Seb te oiga llamarle así, podría subírsele a la cabeza.

—No es posible. Su ego ya es más grande que la creencia.

—Cierto. Abre y déjame entrar.

Le sostengo la mirada dos segundos más, buscando en sus profundidades oceánicas cualquier indicio de que ahora mismo está jugando conmigo.

Con un suspiro, y sabiendo que probablemente voy a arrepentirme, abro las puertas y le permito que se deje caer en el asiento del copiloto.

Su aroma varonil asalta de inmediato mis sentidos y casi le digo que se largue. No quiero que mi bebé huela a chico, o al menos eso me digo a mí misma mientras se me hace la boca agua.

Es el amigo del imbécil. Contrólate, Stella.

—Soy Toby, por cierto.

—Stella —digo, arrepintiéndome al instante cuando sus labios se curvan en una sonrisa burlona—. Pero eso ya lo sabías.

—Normalmente diría que las noticias sobre nuevas chicas guapas se extienden bastante rápido por aquí, pero parece que tú eres un poco enigma.

Ignorando el revoloteo de mi bajo vientre al admitir que cree que estoy buena, me concentro en el resto de su declaración.

—Exactamente como me gusta.

—Tú también pareces bueno haciendo enemigos.

—Mi pasatiempo favorito.

Se ríe entre dientes.

—Bueno, puedo asegurarte que eres buena en eso. No muchas chicas se enfrentan con gusto a Seb o Teagan.

—Oh, por favor. Ambos son idiotas engreídos que creen que el mundo les debe algo.

Resopla una carcajada, pero tose en un intento de disimularla.

—Y yo que pensaba que eras uno de los suyos.

Sentado en el asiento del copiloto, Toby estira sus largas piernas y la tela de sus pantalones cortos se tensa sobre sus musculosos muslos.

—Mataría por él. No significa que tenga que estar de acuerdo con todo lo que hace.

Enarco las cejas ante su contundente afirmación, pero creo que lo entiendo. No haber tenido tantos amigos a lo largo de los años, sobre todo de toda la vida, significa que me he perdido ese tipo de contactos.

—Algo así como un hermano, entonces.

—Exactamente eso. Nosotros cinco, somos familia en todos los sentidos que importan.

—Genial, así que si uno de ustedes me odia entonces al final todos lo hacen.

—Me reservo mi opinión. Aún no me ha dado nada concreto, así que sigo mi instinto.

—¿Confías en mí? —pregunto.

—No sé. Es que... —Me mira, sus ojos observan cada centímetro de mi cara—. Eres diferente. Y eso me gusta.

—Eres uno de los pocos que no me han juzgado al instante, aunque ayudaste a Seb a acorralarme en el baño e impedir que entrara ayuda... pero puedo ver más allá de eso, al menos hasta que te conozca.

—Eso es bueno de tu parte. ¿Vas a llamar para pedir ayuda o qué? —Mira el teléfono que aún tengo en la mano.

—Eh... sí. Está totalmente cubierta, así que estoy segura de que alguien saldrá enseguida —.

—¿Ella? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Sí. ¿Por qué? ¿No haces tu lo mímico con el tuyo?

—Oh, claro que sí. Es que nunca había oído a una chica personificar su carro como hacen los chicos.

—No soy una chica normal.

—Puedes repetirlo —murmura para sí mientras me llevo el móvil a la oreja.

Estoy en espera lo que parece una eternidad mientras me obligan a escuchar la música de mierda que ponen en la línea antes de que por fin me digan que todos sus mecánicos de rescate están ocupados y que pasarán al menos dos horas antes de que alguien pueda atenderme.

—Esto es una gilipollez —chasqueo, clavando el dedo en la pantalla para cortar la llamada.

—Vamos —dice Toby, sentándose hacia delante y cogiendo el asa—, te llevaré a casa.

—¿Y dejarla aquí?

—Nena, este lugar tiene más cámaras de vigilancia que el Palacio de Buckingham. Va a estar segura. Además, no es como si alguien pudiera irse en ella.

—Bien —suspiro, incapaz de discutir con eso.

Le sigo hasta su coche y me dejo caer en el interior, notando el mismo olor a coche nuevo mezclado con el del chico fresco que persiste en el mío.

—Esto es bonito —digo, pasando los dedos por el rojo que atraviesa el salpicadero de lo que obviamente es un M3 personalizado.

—Fue un regalo de cumpleaños.

—Vaya, obviamente alguien te quiere.

Gruñe de acuerdo y rápidamente le sigue:

—El dinero no lo es todo.

Le veo con la mandíbula desencajada y los nudillos blancos al agarrar el volante, así que no creo que sea el mejor momento para pedirle que dé más detalles.

—Vas a tener que decirme adónde voy —dice Toby después de unos minutos tensos.

—Mierda, lo siento. —Rápidamente le doy indicaciones y me da un respingo cuando le digo la calle—. ¿Qué?

—Casas caras por ahí —murmura, abriendo una botella de Gatorade y tragando unos cuantos bocados.

—Lo dice el de un BMW personalizado.

—Lo siento, no debería juzgar.

—No pasa nada. He sufrido cosas peores.

—Teagan es una perra.

—Ah, así que es de conocimiento común entonces. No me digas, su coño está hecho de diamantes, por eso los chicos la aguantan.

La bocanada del líquido azul que acababa de verter en su boca sale rociada, cubriendo su parabrisas, el volante, su mano y sus pantalones cortos.

—Oh mierda, lo siento yo...

—Es lo mejor que he oído en toda la semana.

—Sólo es martes —murmuro, rebuscando en mi bolso algunos pañuelos de papel.

—No tengo muchas esperanzas puestas en mi semana.

Todavía está intentando tragar Gatorade cuando por fin llegamos a la entrada de mi casa.

—Pagaré para que me lo detallen —ofrezco, porque en cuanto se seque va a ser un desastre pegajoso.

—No te preocupes, lo tengo cubierto.

—Vale, bueno... —Dudo, mirando la fachada de la casa cuando se detiene—. ¿Te gustaría entrar?

—Eh... S-sí —dice, volviendo hacia mí sus ojos hipnotizadores y su sonrisa de megavatio—. Me parece bien.

—Y ni siquiera he tenido que ofrecerte la tarta que sé que te estará esperando.

Sus ojos se iluminan ante la mención de la tarta de Angie.

—Sólo espera. Según lo que haya hecho nuestra ama de llaves, es mejor que el sexo.

—¿A quién demonios te has estado tirando? —pregunta mientras ambos salimos de su coche.

Su pregunta me dice muchas cosas, sobre todo que no tiene ni idea de lo que ha hecho últimamente su supuesto hermano.

—Nadie decente, obviamente —disparo por encima del hombro antes de dejarme entrar.

La casa está en silencio cuando entramos en el vestíbulo.

—Vaya, esto es... moderno —comenta Toby mientras le conduzco a la cocina.

—Sí, es cosa de papá —murmuro, acercándome a las rebanadas de pan de molde millonario que me esperan en la encimera.

Pongo unas rodajas en un plato antes de pasarle a Toby un par de latas de refresco y decirle que me siga.

Me sigue hasta el último piso de la casa—mi apartamento—y hasta mi dormitorio.

—¿Sueles invitar a chicos a tu habitación a los pocos minutos de conocerlos? —me pregunta mientras me quito las zapatillas y bajo el plato a la mesilla.

—Los que me rescatan, sí —me río, me quito la sudadera y la dejo caer sobre la silla.

Siento un cosquilleo en la piel y, cuando miro hacia atrás, lo encuentro de pie en el umbral de mi puerta con los ojos clavados en mi culo.

—¿Te parece bien quedarte un rato? Necesito ir a limpiarme. Soy un desastre.

Se aclara la garganta y se adentra en la habitación.

—A mí me parece que estás bien.

—Tardaré cinco minutos. Siéntete como en casa.

Agarro ropa limpia y me meto en el baño, cerrando la puerta antes de que pueda decir nada más.

¿Qué demonios estás haciendo?

El corazón me golpea en el pecho mientras vuelvo a apoyarme contra la puerta.

Estoy jugando con fuego, invitando aquí a uno de los amigos de Seb, pero a la parte malvada de mí le encanta.

No hay nada más entretenido que atormentar a imbéciles que se creen que mandan.

Me doy la ducha más rápida de mi vida antes de ponerme unos calzoncillos limpios y una camiseta de tirantes. Probablemente sea una mala idea, pero ya estoy metida en esto, así que mejor continúo.

CAPÍTULO 6

Sebastian

—Lo siento, ¿Toby está dónde? —ladro mientras mastico la moussaka que mandó la madre de Theo.

—Con Stella —repite Nico como si no lo hubiera oído con suficiente claridad la puta primera vez.

Theo y Alex me miran preocupados, pero estoy demasiado cabreado para preocuparme por lo que piensen.

—¿Por qué? —gruño.

—Probablemente porque quiere follársela —dice simplemente como si fuera lo más obvio del mundo—. Quiero decir, está buena y es totalmente su tipo.

De todos nosotros, Toby es el único que es remotamente exigente con las chicas con las que pasa el tiempo, y no puedo negar que lo que Nico está diciendo es cierto. Ella es totalmente su tipo, lo que hace que el hecho de que esté dentro de su casa ahora mismo sea aún peor.

No me doy cuenta del gruñido que llena la habitación y que retumba en mi garganta hasta que todos los ojos de la mesa se clavan en mí.

—¿Algo que tengas que confesar, hermano? —pregunta Nico, aunque por su mirada no creo que realmente necesite que le confirme lo que ya sospecha.

—A la mierda con esto —ladro, apartando mi plato casi vacío y empujando la silla detrás de mí tan rápido que se estrella contra el suelo—. A la mierda todo esto. —Salgo volando de la habitación como una tormenta y, rápidamente después, de la casa.

El sol de última hora de la tarde calienta mi piel mientras salgo por la parte trasera de la mansión Cirillo y marchó hacia su demencial gimnasio casero, al fondo del jardín.

De niño, siempre pensé que el que teníamos en el sótano era impresionante, pero como la mayoría de las cosas que toca Damien, tiene que ser lo mejor de lo mejor. Solo unas semanas después de que se mudaran a esta casa tras la muerte del abuelo de Theo, convirtió esto en algo que rivaliza con los mejores gimnasios de la ciudad.

Al entrar, respiro el aroma fresco y las luces automáticas se encienden.

Saco mi teléfono del bolsillo, ignoro la tentación de rastrear el de Toby para descubrir dónde vive y, en su lugar, me conecto al Bluetooth para poder hacer sonar mi airada lista de reproducción de entrenamiento por todo el edificio.

Me quito la camiseta, me subo a la cinta y aumento la velocidad, necesito sentir algo más que la rabia, la ardiente necesidad de venganza que ha ocupado cada uno de mis pensamientos desde que supe la verdad.

Encontrarla sólo lo ha empeorado.

La amargura que ha estado supurando en mi interior está empezando a envenenarlo todo

en mi vida.

Corro hasta que me duelen las piernas y los pulmones me arden por la necesidad de aire, pero por fin, joder, las imágenes de lo que quiero hacerle a la cabrona que me ha arruinado la vida, que ha destrozado a mi familia, se calman lo suficiente como para centrarme en otra cosa.

Pulso el botón de parada y ralentizo mis movimientos hasta que la cinta se detiene.

Cuando me bajo y me doy la vuelta, no me sorprende encontrar a alguien sentado en la máquina de remo, esperándome con cara de preocupación.

—Estoy bien —digo, agarrando una toalla enrollada de la estantería y limpiándome la cara y el pecho sudorosos.

—No, no lo estas. Y no lo estado sido durante mucho tiempo. Pero esto... ahora mismo... me preocupa.

—Lo arreglaré.

—No, estás alimentado por la ira, y eso es peligroso. Tomas jodidas decisiones estúpidas cuando estás enfadado.

Aguanto la mirada de Theo un instante. No puedo discutir.

—Está bien.

Saco una bebida energética del refrigerador y me la bebo de un trago antes de tirarla a la basura.

—Necesito ir a su casa.

—Ves... decisiones estúpidas.

—Necesito ver si sigue viva. —Y, de todas formas, no es tan estúpido como ir a verla. ¿En qué demonios está pensando Toby?

—Hablaré con él.

—¿Y decirle qué? Ya has oído al jefe. Este es nuestro trabajo. ¿Sabe siquiera quién es?

Theo se encoge de hombros.

Aprieto los puños y mi necesidad de seguirle la pista, de averiguar la verdad sobre por qué está en su casa, casi se apodera de mí.

—Vete a casa a ver a tu madre. Ya sabes dónde estoy si me necesitas.

Dejo escapar un largo suspiro antes de agarrar mi camiseta del suelo y arrastrarla por encima de mi cabeza.

—Gracias, amigo.

Theo no vuelve a hablar hasta que estoy en las puertas.

—Nos aseguraremos de que pague, Seb. Nos aseguraremos de que ambos lo hagan—.

Con una inclinación de cabeza que estoy seguro de que él no puede ver, salgo volando del edificio y me dirijo hacia mi carro.

Mi Aston ronronea en cuanto pulso el botón de arranque y salgo a toda velocidad de la calzada, con la esperanza de que el viaje me relaje un poco.

No es así.

Cuando llego a casa, no recuerdo ninguna de las curvas que tomé ni si me detuve en algún semáforo en rojo. Las únicas imágenes que tengo en la cabeza son las de la noche en el cementerio, solo que no era yo quien estaba con Stella, sino Toby.

—Puto gilipollas —ladro, golpeando el volante con la palma de la mano.

Mi teléfono vuelve a quemarme el bolsillo para saber dónde están los dos.

Ir a su casa tan pronto es un riesgo. Tropezarme con su padre antes de haber pensado un plan sería una puta estupidez.

Permanezco sentada allí mucho tiempo, mirando fijamente nuestra silenciosa casa.

A diferencia de la que acabo de dejar, no hay movimiento en el interior, no hay señales de ningún tipo de vida. No hay felicidad.

Es el lugar donde crecí, pero me cuesta encontrarle apego, ya que la vida dentro es aún más miserable de lo que parece desde fuera.

Esto no es un hogar familiar. Ni siquiera es un hogar. Es una pila de ladrillos donde un par de personas apenas existen.

Con un suspiro, empujo la puerta y me dirijo hacia la puerta principal, las piedras crujen bajo mis pies. Debería alertar a cualquiera de mi presencia, pero dudo mucho que la mujer que está dentro esté en condiciones de esperarme.

Un escalofrío me recorre en cuanto abro la puerta principal.

La casa apesta. Es rancio, mohoso y sin amor.

Érase una vez, solía ser completamente diferente. Pero sólo he visto pruebas de ello en fotografías o he oído hablar de ello a mis hermanas. Un tiempo que no recuerdo. Un tiempo que apenas he vivido. Un tiempo que murió junto al corazón de este hogar.

Puede que nos reunamos aquí cada dos semanas y finjamos ser una familia normal, pero estamos lejos de serlo.

—Mamá —llamo, mi voz grave resuena en el silencio de la casa.

Al no obtener respuesta, doy un paso hacia su lugar favorito y me detengo en la puerta para prepararme para lo que pueda encontrarme.

Tres. Dos. Uno.

—Joder —murmuro, asimilando el estado del lugar antes de que mis ojos se posen en el montón de mujer que hay en la vieja alfombra entre el sofá y la mesa de centro, rodeada de botellas y agujas.

Tiene buenos momentos. Momentos en los que podría cumplir sus promesas de limpiar y volver a ser madre. Pero esos momentos siempre van seguidos de esta devastación.

Lo entiendo, hasta cierto punto. La pérdida es dura.

Diablos, lo siento todos los putos días. Lucho contra ello todos los putos días. Y ni siquiera conocía a uno de ellos.

Fue difícil de sobrellevar siendo un niño rodeado de mujeres y teniendo a los padres de mis hermanos ayudando a criarme.

Pero en cuanto supe la verdad, mi dolor por el hombre al que no puedo recordar pero echo de menos algo feroz se convirtió en esta bestia dentro de mí que estaba empeñada en vengarse.

Cada paso que he dado desde ese momento ha sido para hacer las cosas bien.

No sólo perdí a mi padre ese día. Mis hermanas no sólo perdieron a su padre, mi madre perdió a su marido. Toda nuestra familia lo perdió todo. Todo lo que es importante.

Y volver a ser golpeado sólo quince años después.

Es cruel. Realmente cruel.

Damian Cirillo nunca habría permitido que estuviéramos en la calle, ni yo tampoco, por eso exigí que me trajeran a la Familia mucho más joven de lo que estoy seguro de que le habría gustado. Pero de ninguna manera iba a quedarme sentado viendo cómo todo se convertía en polvo a mi alrededor.

Pasando por encima de todo y apartando de un puntapié un par de botellas, cojo en brazos el cuerpo casi ingravido de mamá y la levanto del suelo.

No emite ningún sonido, aparte de su respiración entrecortada y superficial, mientras la alejo del desorden y me dirijo a las escaleras.

Ya lo he hecho tantas veces que soy capaz de distanciarme de la situación mientras sigo monótonamente los pasos de asearla, cambiarle la ropa asquerosa y meterla en la cama.

No ha dicho ni pío en todo el rato, y cuando me siento en el borde de su cama y cojo su mano fría entre las mías, todo vuelve con fuerza y el corazón se me cae al estómago.

Saco el teléfono del bolsillo y hago la llamada que siempre hago cuando ella está así.

—¿Otra vez? —retumba la voz grave en la línea.

—Sí. ¿Podrías...?

—Voy para allá, chico —dice el doctor Rosi, rezumando simpatía por su voz.

—Gracias.

Antes he dejado la puerta abierta para que pudiera entrar, así que dejo a mamá y me dirijo a mi habitación.

Está llena de todas mis cosas, menos la mayor parte de mi ropa, que ahora vive en la cochera de Theo, pero sigue sin parecerme un lugar al que pertenezco.

Las estanterías están repletas de trofeos de fútbol, que he tenido que celebrar solo, en su mayoría.

Sophia y Zoe, mis hermanas mayores, lo hicieron lo mejor que pudieron. Pero ahora se han ido y se han buscado la vida, algo que no puedo reprocharles. Yo tampoco quiero estar aquí.

Me quito la ropa y me dirijo a la ducha. La enciendo al máximo y espero a que salga el vapor para meterme bajo el torrente de agua ardiente con la esperanza de que el dolor me distraiga de todo lo que llevo dentro.

Aprieto las palmas de las manos contra las baldosas y cuelgo la cabeza, desesperada por idear un plan, algo que calme esta ardiente necesidad de venganza que no amaina.

Podría mirar el rastreador, encontrar la casa y subir con un arma.

Pero eso sería demasiado fácil, demasiado indoloro.

He sufrido durante casi dieciocho años. Una bala en la cabeza me parece demasiado después de todo lo que nos ha hecho pasar.

Tiene que ser mejor que eso. Es por eso que estoy empezando con su hija.

Intentó protegerla todos esos años, así que no dudo de que es su máxima prioridad estos días.

En última instancia, si la rompo a ella, lo arruino a él. Y eso es exactamente lo que necesito. Lo que anhelo.

Para cuando me he duchado y me he puesto ropa limpia, el doctor Rosi está hablando con mamá en su habitación, aunque no creo ni por un segundo que me esté escuchando.

—Hola —digo, entrando en la habitación y encontrándola conectada a algunos fluidos.

—Hola, Seb. —Odio la tristeza en su voz, la lástima—. Dos veces en otras tantas semanas —murmura en voz baja, como si necesitara recordármelo.

—Cada visita es una menos que vas a tener que hacer —susurro. No podemos seguir así. El cuerpo de mamá se está rindiendo tras años de abusos. No necesito que un médico me diga cómo va a acabar esto. Sólo necesito cumplir dieciocho años antes de que ocurra para ahorrarme toda la mierda de tener que estar al cuidado de alguien.

El Dr. Rosi deja escapar un suspiro. Sé lo que quiere decir. Quiere que intentemos que vuelva a rehabilitación. Pero después de todos los intentos fallidos anteriores, no puedo evitar pensar que deberíamos dejar que ponga fin a todo.

Es una desgraciada. Lo ha sido desde el día en que se enteró de que era viuda, y sólo ha empeorado desde entonces.

Al menos entonces tenía niños pequeños que la distraían un poco. Pero ahora que sus hijas se han ido y solo quedo yo -una versión en miniatura de mi padre para recordarle lo que ha perdido-, se ha rendido totalmente.

Sabe que no pasará mucho tiempo hasta que yo también me vaya. Diablos, prácticamente vivo con Theo sólo para alejarme de todo esto. Es sólo mi culpa la que me hace volver.

—Gracias —digo, sin necesidad de escuchar ningún tipo de sermón por su parte.

—Cuando quieras, Seb. Ya lo sabes.

Asiento mientras empieza a recoger sus cosas.

—Ya conoces el procedimiento —dice, retrocediendo hacia la puerta.

A mí me pasa. Diablos, ocurre tan a menudo que hasta mamá sabrá qué hacer cuando por fin se despierte, cada vez más enfadada que la anterior porque la he salvado.

—Hasta la próxima —digo, con voz fría y sin emoción.

Desaparece de la habitación y yo me quedo unos minutos mirando su rostro casi irreconocible.

Sólo puedo imaginar lo que nuestro padre debe pensar de ella ahora.

El timbre de mi teléfono me saca de mis pensamientos y lo saco del bolsillo mientras salgo de la habitación.

Sentarse aquí a mirarla no va a conseguir nada.

Pongo los ojos en blanco cuando veo el nombre de Sophia en mi pantalla.

—Hola, hermanita —le digo con la mayor ligereza posible.

—¿Estás bien?

—Theo te llamó, ¿eh?

—Me envió un mensaje, sugiriendo que te llamara. ¿Qué está pasando?

Me dejo caer en el último escalón y me paso la mano por la cara.

—El doctor Rosi se acaba de ir —confieso.

—¿Otra vez?

—Sí. Está empeorando.

—Déjanos ayudarte, Seb. Por favor —suplica. No es la primera vez y probablemente no será la última. Quiere ingresar a mamá en un centro y que yo me mude con ella y su marido, Jason. Estaría bien si vivieran lo bastante cerca para que yo pudiera seguir yendo a *Knight's Ridge*. Pero no es así. Y me niego a dejar el único lugar donde tengo algún tipo de consuelo para el resto de mi vida.

Es el único sitio donde no me recuerdan constantemente lo mierda que es mi vida. Aunque con *ella* ahora caminando por los pasillos, mi respiro podría ser más corto de lo habitual.

—No voy a dejar la escuela —argumento.

—Lo sé. Prácticamente estás viviendo en casa de Theo. Estoy segura de que a Damien no le importaría hacerlo más permanente.

—Ella no querrá estar en un lugar así. ¿Por qué queríamos hacerla aún más miserable?

—Se está suicidando, Seb.

—¿Y quiénes somos nosotros para impedirselo? Si realmente no quiere estar aquí por sus hijos, ¿por qué tenemos que obligarla?

—Seb —suspira.

—Sophia —me hago eco.

—¿Vas a volver a casa de Theo? —pregunta, cambiando ligeramente de tema.
—No lo sé. —No tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo ahora mismo.
—Deberías.
—Ya veremos. ¿Cómo está Phoebe? —pregunto, pensando en mi sobrina.
—Está muy bien. Ya casi camina. Va a pasar cualquier día de estos.
—Envíame un vídeo. Quiero verlo.
—Por supuesto.
—Deberías irte. Seguro que tienes mejores cosas que hacer que hablar conmigo.
—Seb, sabes que estoy aquí si me necesitas.
—Me gusta. Pero estoy bien. Lo prometo —miento.
Ahora mismo, soy exactamente lo contrario de bueno.
—De acuerdo. Te quiero, hermanito.
—Yo también te quiero. Dale a Phoebe un beso de mi parte.
—Podrías venir aquí y darle uno tú mismo.
—Basta, Soph —le advierto.
—Lo sé. Lo siento. Te veré el domingo, ¿sí?
—Entendido.

Corto la llamada y me inclino hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, el teléfono colgando de los dedos.

No tengo ni idea de cuánto tiempo paso allí sentado, ahogándome en la miseria que es mi vida. Pero cuando mi teléfono vuelve a sonar, me cago de miedo.

¿Me necesitas?

Levanto las cejas ante su pregunta antes de darme cuenta de que Theo decidió que entrometerse en mi familia no era suficiente. También ha ido por Toby.

Aunque, no puedo negar que estoy mayormente feliz por esto.

Mi dedo golpea el lateral de mi teléfono durante unos segundos, tratando de idear algo que le obligue a dejar a Stella.

Un pensamiento me asalta y empiezo a teclear mi respuesta, esperando que sea suficiente para alejarlo de ella.

CAPÍTULO 7

Stella

**Toby: ¿Has conseguido arreglar tu carro?
¿Necesitas que te lleven al colegio?**

No puedo evitar sonreír mientras miro su mensaje.

Anoche estuvo muy dulce. Mucho más de lo que jamás le hubiera creído, ya que es amigo de Seb y no parece más que un imbécil.

Cuando salí del baño, aparte de alguna que otra mirada, se comportó como un perfecto caballero. No sé si estaba agradecida o decepcionada de que no intentara nada.

El último tipo que me tocó necesita ser borrado por alguien más. Pero igualmente, ya he cometido suficientes errores estúpidos para al menos una semana, así que pensé que era lo mejor por ahora.

Hablamos de las clases, del futuro y, por suerte, nos mantuvimos alejados de las cosas pesadas.

Estuvo bien. Tranquilo. Y cuando su móvil sonó y puso fin a nuestro tiempo juntos, me dio un poco de pena que tuviera que irse.

Mientras pasábamos el rato, recibí un mensaje de papá en el que me decía que no iba a llegar a casa, así que me alegré mucho de tener compañía. Me prometió que se pondría manos a la obra para arreglar mi carro y asegurarse de que tuviera un sustituto a primera hora de la mañana.

Pero por el momento, eso no se ha materializado, y el camino de entrada está vacío aparte de los carros de Calvin y Angie.

Me he pasado la mayor parte de la última hora al teléfono intentando solucionarlo, así que ahora no sólo no tengo un carro de sustitución que me lleve al colegio, sino que estoy a punto de llegar muy, muy tarde. El mensaje de Toby no podía haber llegado en mejor momento.

Stella: Eres un salvavidas. Gracias.

Toby: Cuando quieras. Tardaré quince minutos.

Doy vueltas por la habitación como un torbellino, me pongo la ropa y me maquillo la cara. Cuando bajo las escaleras, diecisiete minutos más tarde, estoy hecha un desastre.

Que yo llegue tarde el tercer día es una cosa, pero no quiero que Toby llegue tarde también.

Por la forma en que hablaba anoche, le encanta la escuela -está en sexto curso por tercer año, desde que volvió a empezar después de cambiar de asignatura desde primero- y me odiaría a

mí misma por hacerle faltar a algo cuando sólo está intentando ayudarme.

Paso por la cocina y agarro una barrita de cereales para desayunar mientras Angie me observa.

La grava del camino de entrada cruje bajo mis pies cuando casi corro hacia el BMW de Toby, con las maletas volando detrás de mí. Tengo mi primera clase de animadoras después de clase, y no tengo ni idea de cómo voy a llegar hasta allí si todavía no tengo carro. Uber, supongo. Pero aún no lo he probado aquí.

Abro la puerta de un tirón, tiro las maletas dentro y los sigo rápidamente, dejándome caer en el asiento del copiloto.

—Lo siento, llego tarde, yo... —Mi primer indicio de que algo va mal es que las cerraduras se cierran casi al segundo de empezar a hablar.

El segundo es el aroma.

Es diferente de anoche.

—¿Qué coño pasa? —Ladro, con los ojos entrecerrados en el tipo del asiento del conductor.

—Buenos días, Diablilla. ¿Cómo te va?

A pesar de haber oído los cerrojos, mis dedos siguen temblando por alcanzarlos y probarlos. Pero me quedo quieta, no quiero que vea lo desesperada que estoy por escapar.

—¿Dónde está Toby? —escupo, sintiéndome aún más nerviosa de lo que estaba cuando salí corriendo de casa y odiando que sea testigo de mi falta de concentración y serenidad.

—Luchando contra la resaca del infierno. —Una sonrisa se dibuja en sus labios y me dice todo lo que necesito saber.

—Lo emborrachaste para que no pudiera recogerme, ¿no?

—No sabía que definitivamente iba a recogerte así que... llámalo golpe de suerte.

—Estás conduciendo su carro —señalo.

—Bien hecho, Diablilla. Nada se te escapa, ¿verdad?

—Eres exasperante.

Por fin asoma su sonrisa amenazadora, como si en realidad se alegrara de que me haya dado cuenta.

—Esa es la menor de tus preocupaciones, cariño.

—No me llames así —siseo, cruzando los brazos bajo las tetas. A pesar de que estoy cubierta con mi uniforme escolar, sus ojos siguen bajando como si acabara de hacerle un flash—. ¿Has terminado?

Se mete el labio inferior en la boca y lo arrastra entre los dientes mientras sus ojos se vuelven hacia los míos. Son más oscuros de lo que eran cuando subí al coche, y eso me provoca una oleada de deseo.

—No voy a follarte en el carro de Toby —suelto antes de poder pensarlo mejor.

Seb resopla disgustado.

—No me interesan las repeticiones ni los descuidados segundos de Toby.

—Probablemente algo bueno, viendo que era mucho mejor que tú —miento—. Sería una decepción total.

Mis entrañas se animan un poco cuando sus labios se aprietan en una fina línea y sus dientes rechinan.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Vas a encerrarme aquí y sentarte fuera de mi casa todo el día? No quiero reventar tu burbuja, pero probablemente alguien se dará cuenta. Si quieres

secuestrarme, seguro que puedes ser un poco más creativo.

Sus ojos sostienen los míos durante tanto tiempo que empiezo a preguntarme si realmente me ha oído, o si siquiera he dicho las palabras en voz alta.

En el momento en que queda claro que ha entendido todas y cada una de las palabras, me doy cuenta de que he bajado la guardia.

Me rodea la garganta con la mano y me inmoviliza en la silla.

El corazón me golpea en el pecho. Ahora mismo no tengo suerte para ayudarme a mí mismo.

Calvin me ha enseñado a defenderme en la mayoría de las situaciones, pero estar en los confines de un coche no es una de ellas.

—¿Qué quieres de mí? —Me fuerzo a decir mientras su agarre se hace más fuerte.

Sonríe una vez más, pero esta vez no hay diversión en ella. Sólo malicia.

—Quiero hacerte daño. Castigarte. Arruinarte. Romperte —sisea, casi como si estuviera hablando consigo mismo—. Quiero hacerte llorar, suplicar, suplicarme clemencia a pesar de que sabes que nunca llegará.

La cabeza me da vueltas mientras trato de asimilar sus palabras y la seriedad de cada una de sus amenazas.

—Eso es una mierda pesada para alguien que acabas de conocer.

—No tienes ni idea de quién eres, ¿verdad, Doukas?

Sacudo ligeramente la cabeza, porque creo que está más que claro que no tengo ni puta idea de lo que está hablando.

—Tu enemigo mortal, por lo que parece —me burlo—. No es que crea que eres lo suficientemente valiente como para hacer algo al respecto.

Se acerca y su cuerpo se cierne sobre la consola central.

—Debes tener cuidado con lo que dices, Diablilla. No deberías desafiarme.

—El único de nosotros que ha acabado herido hasta ahora eres tú, que yo sepa. Así que deberías redoblar tus esfuerzos, grandullón.

Su mandíbula tics, sus dedos apretados como el sonido de un coche que se acerca llena el pequeño espacio que nos rodea.

El carro de Calvin aparece por detrás de los arbustos cuando sale de la entrada.

—Nuestro jefe de seguridad está entrenado en todas las artes marciales que existen. A menos que quieras probarlo, te sugiero que me quites tus asquerosas manos de encima ahora mismo.

Intuyendo que podría estar diciendo la verdad, aparta sus ojos de los míos y mira por encima del hombro justo cuando el maletero y medio coche aparecen a la vista.

Con un gruñido frustrado, me suelta y se deja caer en su asiento.

Antes de que Calvin pueda dar marcha atrás, Seb pisa el acelerador del M3 de Toby y volamos hacia delante, con el motor ronroneando bajo nuestros pies.

Si no estuviera tan conmovida por sus palabras y su agarre posesivo, entonces incluso podría apreciar el sonido.

Una parte de mí espera que me lleve a otro sitio que no sea la escuela. Está claro que tiene intenciones poco deseables conmigo, si lo que me dice es cierto. Pero para mi sorpresa, nos lleva directamente a *Knight's Ridge*.

Todavía estoy tratando de decidir si está mintiendo, o si está esperando su momento, poniéndome al borde y listo para el momento perfecto para atacar. Si es así, espero que sepa que

voy a estar esperándole.

A diferencia de ayer, no estaciona en ninguna de las plazas libres donde yo las encontré. En lugar de eso, conduce hasta la última fila, una plaza más abajo de donde mi pobre Porsche aún parece descuidado, asegurándose de que estemos al abrigo de los árboles, protegidos de miradas indiscretas.

—¿Qué quieres? —Ladro, harta de sus juegos—. Tenemos diez minutos antes de la clase.

—¿Salón comunal? —se burla, intentando poner acento americano.

—Lo que sea, imbécil. Sólo déjame salir.

—¿Cuánto vale?

—Lo siento, ¿qué? —escupo, completamente incrédula de que esté solicitando algún tipo de pago para permitirme salir del puto carro. Aunque no sé muy bien por qué me sorprende. Es un comportamiento totalmente de gilipollas.

—¿Por qué debería dejarte salir? Debería dejarte aquí, que todo el mundo piense que te has escaqueado.

—Vaya, si esa es tu idea de ‘arruinarme’, entonces no creo que tenga nada de qué preocuparme. Puedo pedir ayuda antes de que cruces el estacionamiento, gilipollas—.

Apaga el motor, sumiéndonos en un silencio en el que sólo se oye nuestra respiración acelerada.

Al instante, todo se vuelve más intenso y mis dedos se enroscan en el asiento, clavando las uñas en el suave cuero.

Se inclina, su olor es más fuerte mientras me mira a los ojos con puro odio.

Trago saliva con ansiedad, esperando lo que va a hacer a continuación.

Se oye un clic que me sobresalta y me hace fruncir las cejas mientras me retumba el corazón.

En cuanto se mueve y algo frío presiona suavemente mi muslo, sé que tenía razón al estar nerviosa.

Aunque, diablos, no puedo negar que sus dedos envueltos alrededor de su navaja no se ven calientes como el infierno.

—Seb —suspiro. Pretende ser una advertencia, pero al ver cómo la punta de su navaja me recorre el muslo, arañándose levemente la piel y dejando ligeras marcas rojas, me parece cualquier cosa menos eso.

Se detiene al llegar al borde de mi falda y sus ojos se elevan de mi pierna a la mía.

Mi pecho se agita cuando se conectan. Odio que pueda ver exactamente lo que me provoca el contacto de su navaja con mi piel, pero no puedo evitarlo.

—Estás jodidamente mojada por mí ahora mismo, ¿verdad, Doukas?

—Que te jodan —ardo en cólera, aunque es inútil. Los dos sabemos la verdad.

—Eres una maldita mentirosa, ¿lo sabías? Una mentirosa y una puta.

—Y tú eres un cretino engreído que cree que el mundo le debe algo sólo por ser guapo.

Una sonrisa malvada se dibuja en sus labios y al instante me doy cuenta del error que he cometido.

—¿Crees que soy guapo, Doukas?

Me rechinan los dientes mientras reprimo un gemido de frustración.

Sus ojos se apartan de los míos en favor de mis labios en el momento en que mi lengua sale para humedecerlos, y una oleada de deseo me recorre al pensar en él besándose.

Puede que le odie, pero maldita sea, si los recuerdos de lo bien que estuvimos juntos en

aquel cementerio no me hacen desear todas las cosas que no debería.

Su navaja se clava un poco más, haciendo que se me corte la respiración.

Las miradas de ambos se posan en la hoja mientras un pequeño charco de sangre rodea la punta.

Arrastrando la navaja hacia arriba, Seb pasa el pulgar por la rojez antes de llevárselo a los labios y chuparlo hasta la boca.

Sus ojos se oscurecen más de lo que creía posible hasta que lo único que me devuelve la mirada son los oscuros orbes del diablo.

—Casi tan dulce como tu coño —murmura cuando suelta el pulgar.

—Eres un...

—Cuidado, Diablilla. Recuerda quién tiene la navaja.

—Realmente crees que te tengo miedo, ¿no?

—No importa si creo que lo tienes. Todo lo que necesitas saber es que deberías serlo.

Extiendo los brazos a los lados y digo:

—Haz lo peor que puedas.

Una sonrisa malvada se dibuja en sus labios, y me concentro en eso. En el hecho de que realmente cree que tiene las de ganar solo porque es él quien lleva la navaja.

Le sostengo la mirada mientras la cuchilla empieza a moverse una vez más. Me sube la falda hasta llegar a las bragas, su propio pecho empieza a moverse a un ritmo acelerado, su respiración acelerada se abanica sobre mi cara.

Sea lo que sea lo que está pensando hacer con ella le está poniendo las pilas.

Bien.

Va a jugar justo en mis manos.

—Seb —vuelvo a gemir cuando la hoja conecta con el encaje que me cubre, solo que esta vez pretendo que suene como la puta que me ha acusado de ser.

Sus ojos se encienden y sus labios se entreabren mientras sigue moviéndose.

La hoja atraviesa el endeble encaje y se clava en mi piel, pero nunca he tenido problemas con el dolor, sobre todo cuando me va a llevar a la cima.

Espero con el corazón en la garganta el momento adecuado, y lo encuentro ni un segundo después, cuando hace una pausa y respira entrecortadamente.

Recordando todo lo que Calvin me ha enseñado a lo largo de los años, agarro el antebrazo de Seb con una mano y lo golpeo contra la consola central.

Está tan jodidamente conmovido que suelta la hoja sin pensarlo.

El mango metálico está caliente por su agarre cuando lo rodeo con los dedos y se lo acerco a la garganta.

—Buen puto intento, gilipollas.

Presiono la hoja contra su piel, obligándole a sentarse de nuevo en su silla.

El deseo en sus ojos se transforma en furia cuando se da cuenta de lo que acaba de pasar.

—Te lo advertí —suspiro, poniéndome justo en su cara como él lo estuvo en la mía no hace tanto—. No soy un puto juguete con el que puedas jugar o intimidar. No soy esa jodida chica, y cuanto antes te des cuenta, mejor te saldrá todo esto—.

Traga saliva, su nuez de Adán se balancea contra su navaja.

—¿Sabes qué? —pregunto, con mi propia sonrisa en los labios—. Estás aún más guapo cuando estás a mi merced.

—Estás jugando con fuego —advierte.

—Oh, cariño. Fui yo quien encendió las putas llamas. —Sus cejas se disparan ante mis palabras—. Directamente del infierno, ¿recuerdas? —digo, recordando nuestra conversación de aquella noche—. Ahora, así es como va a ir —le digo, presionando la hoja un poco más fuerte hasta que empiezo a romper la piel—. Voy a salir de este carro antes incluso de llegar a clase, joder, y me vas a soltar. Pero no te preocupes, nene —digo, suavizando mi voz como si de verdad me gustara, joder—. Esto no ha terminado. Puede que tú hayas empezado esta guerra, pero voy a ser yo quien la acabe.

Parpadea dos veces, pero no dice nada.

Tomando eso como su acuerdo, alejo ligeramente la navaja para ver qué va a hacer. Se queda quieto, con los ojos clavados en los míos, pero cuando vuelvo a sentarme, se mueve, abre las puertas y me permite salir del carro.

Mis bragas están hechas jirones, y aprovecho la intimidad que nos ha concedido metiendo los pulgares bajo la falda y dejándolos caer por mis piernas.

Observa todos mis movimientos, le tiembla la mandíbula y le palpita la vena de la sien.

—Oh —digo inocentemente—, ¿querías esto? —Lanzo mis bragas al carro, asegurándome de que golpean su cara antes de caer sobre su regazo—. Son el último par mío que te vas a poner, te lo aseguro. Y gracias por esto —le digo, mostrándole la navaja—. No es tan bonito como el mío rosa, pero parece bastante afilado.

Antes de que alcance a responder, me echo las maletas al hombro y cierro de golpe la puerta del pasajero.

La satisfacción me invade mientras me alejo.

El viento me azota a pesar de que el sol de primera hora de la mañana me calienta la piel y el corazón me da un vuelco cuando me roza la falda. Ese ligero pánico pronto es sustituido por satisfacción, porque sé que sus ojos me están taladrando y no hay forma de que se le haya escapado.

Me doy la vuelta y veo que tengo razón. Sus ojos oscuros y peligrosos se clavan en mí mientras levanto la mano y le hago un gesto de desprecio, con la sonrisa más amplia que puedo dibujar en mi rostro.

CAPÍTULO 8

Sebastian

Levanto la mano y mis dedos tocan la tierna zona de piel que estaba justo bajo la hoja de mi propia navaja mientras la veo alejarse.

No sé si me mortifica que haya vuelto a dominarme o si me impresiona la facilidad con la que ha cambiado las tornas.

Definitivamente es una de los nuestros, y no sé si me gusta saber que, si se le diera la oportunidad, podría encajar perfectamente. Diablos, parece que Toby ya la ha acogido en su vida si la sonrisa en su cara y la forma en que habló de ella cuando llegó a casa de Theo la noche pasada eran algo a tener en cuenta.

En cuanto vi su reacción, supe que alejarlo era lo correcto.

No nos dijo nada de lo que había pasado, y yo estaba demasiado asustado para preguntar, pero Stella seguro que se complacía en anunciar que era mejor que yo.

Se me encoge el puño ante la idea de que la toque, de que me quite lo que es mío, cuando sopla una ráfaga de viento otoñal y me alegra la mañana, joder.

Es sólo un instante, pero la visión de su culo desnudo y sin bragas hace que mi polla se endurezca aún más de lo que ya está y me saca todo el aire de los pulmones.

—Jodeeeeeeeeeer —suspiro, mi mano cae de mi cuello en favor del trozo de encaje arruinado que está en mi regazo.

Estoy a punto de levantarlos cuando de repente se vuelve y clava sus ojos azul claro en los míos. Están llenos de logros y alegría. Y cuando me levanta el dedo corazón, su sonrisa me haría caer de culo si no estuviera ya sentado en él.

Sacudo la cabeza, con los ojos entrecerrados en señal de advertencia, pero es una lucha no dejar que mis verdaderos sentimientos se muestren en este preciso momento.

Stella Doukas es un misterio que tal vez quiera destruir, pero diablos si de repente no me interesa averiguar un poco más sobre la desaparecida princesa de la mafia antes de acabar con todo.

Después de todo, parece que podría ser muy divertida mientras dure.

Cuando por fin se da la vuelta, hago mi movimiento, levantando sus bragas hasta mi nariz e inhalando su aroma. Tan jodidamente dulce como la noche en el cementerio que inició mi adicción a mi pequeña diablilla.

Decido darme treinta segundos para controlarme, pero enseguida descubro que no voy a tener tanto tiempo porque el Maserati de Theo entra en su espacio y un Toby de aspecto furioso sale a trompicones del asiento del copiloto y se dirige directamente hacia mí.

—¿Qué coño, Seb? —ladra cuando está a medio camino entre nosotros.

—No deberías haber bebido tanto, ¿eh?

Mis palabras son como combustible para su fuego ya fuera de control, y él cierra el espacio entre nosotros con una velocidad sorprendente teniendo en cuenta su resaca furiosa.

Mi espalda choca con su carro.

—Me has emborrachado para poder llegar a ella, gilipollas —me suelta en la cara, con su saliva golpeándome la piel.

—Alguien tenía que ayudarla, y tú no eras precisamente capaz.

Sus labios se tuercen con rabia, y me preparo para el golpe que seguramente vendrá.

Puede que Toby no muestre su monstruo interior tan a menudo como el resto de nosotros, pero no creas que es porque no esté ahí. Simplemente es mejor controlando sus demonios.

—Eres un puto cabrón por hacer esa jugarreta, Seb —me dice, segundos antes de que el dolor que esperaba aparezca en mi cara cuando su puño choca contra mi mandíbula.

Estoy a punto de tomar represalias cuando nos separan.

Nico rodea el pecho de Toby con los brazos mientras Theo se interpone entre nosotros.

—¿Terminaste?

—Apenas he empezado —se queja Toby, y su cara se enrojece aún más cuando mi única respuesta es sonreírle por encima del hombro de Theo.

—Vámonos, joder —ladra Theo, empujándome en la dirección que deberíamos tomar.

—No puedes mearte encima de ella y reclamarla como tuya —murmura Toby.

—¿Ah, sí? —pregunto, dándome la vuelta para verle todavía sujeto por Nico—. Mírame, hijo de puta.

—Seb —sisea Theo.

—¿Qué? Yo la vi primero —me quedé mudo.

—Sí, no lo sabemos, joder.

Caminamos en silencio hacia el edificio, y sólo unos minutos después Alex entra en el estacionamiento y corre para alcanzarnos.

—¿Qué pasa? —pregunta, percibiendo claramente la tensión.

—Stella Doukas —Theo contesta—. Toby la quiere.

—Oh, joder. —Mira por encima del hombro—. ¿Cómo va eso?

—Cierra la boca. Ella es mía.

—Aunque en realidad no la quieres, ¿verdad?

—No. Pero te aseguro que no quiero a Toby cerca de ella.

—No creo que tengas que preocuparte de que Toby exponga lo cabrón que eres. Algo me dice que ya lo sabe.

—Espera —escupe Alex, haciendo que los dos nos detengamos—, ¿por qué estás sangrando? —pregunta, echando un vistazo a mi garganta.

—Nuestra princesa es jodidamente hábil tanto con la navaja como con la pistola —digo mientras se me dibuja una sonrisa en los labios y se me hincha la polla al recordarlo.

—Galen la ha entrenado, ¿verdad?

—Claro que sí. Quizá no sea del todo estúpido. Sabía que en algún momento se enfrentaría a nosotros. La ha convertido en su jodido soldado personal —explico.

—¿A qué coño está jugando? ¿Y por qué coño les protege el jefe? —Alex murmura el mismo tipo de pensamientos que me rondaban por la cabeza mientras estaba en la cama anoche, escuchando a Toby roncar como un poseso.

—Que me jodan si lo sé —murmuro, dirigiéndome hacia el edificio, más que preparado para que empiece la distracción de la clase. No creo ni por un segundo que vaya a ser capaz de

sacármela de la cabeza. O el hecho de que tiene mi puta navaja. *La navaja de mi padre.*

—Seb —dice una voz aguda en cuanto entramos en la sala común—. No me has devuelto la llamada —se queja Teag, se acerca a mí y me pasa las manos por el pecho antes de enlazarlas detrás de la nuca.

—Porque no quería hablar contigo —le digo. Anoche me mandó un mensaje de texto, pero después de toda la mierda con la que ya había tenido que lidiar, lo último que necesitaba era que se quejara al oído de una gilipollez que había pasado en el entrenamiento del gimnasio. Ya sé de quién se habría estado quejando, porque parece que Stella no sólo se ha enemistado conmigo.

Y también es la única razón por la que permito que Teag permanezca pegada a mi cuerpo, porque su mirada llena de odio me quema la piel.

Está aquí en alguna parte, sólo que aún no he descubierto dónde.

—A las siete —susurra Theo, sabiendo exactamente lo que necesito.

Aprieto con la mano la parte baja de la espalda de Teag para estrechar su cuerpo contra el mío y miro en su dirección.

Tal y como esperaba, me mira fijamente con sus curvilíneas piernas estiradas y la falda subida.

Me rechinan los dientes al pensar en ella desnuda por debajo y mostrando a todos los hijos de puta de *Knight's Ridge* lo que esconde.

Vuelve a sentarse y cruza los brazos sobre el pecho, con una sonrisa de suficiencia en un lado de la boca.

—Amigo, estás en un maldito problema —murmura Theo.

—Nada que no pueda manejar —digo mientras los labios de Teag conectan con mi cuello.

Los ojos de Stella se encienden de irritación. Apartándolos de los míos, se vuelve hacia la chica sentada a su lado.

Ella también es nueva, pero a diferencia de Stella, que parece un ángel -uno jodidamente letal, eso sí-, es oscura y peligrosa.

—¿Quién es esa? —Theo pregunta, claramente mirando a la misma chica que yo.

—Ni idea. ¿Te interesa? —pregunto, levantando una ceja.

—¿En la mala puta motera? No lo creo, joder —se burla. Pero a pesar de sus palabras, sus ojos se detienen un poco más de lo necesario.

Claro que no.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Teag cuando por fin se da cuenta de que tengo un corte en la garganta.

—Ah, ya sabes cómo es, Teag.

Sus ojos se iluminan de emoción al pensar en lo que hacemos. Es la única maldita razón por la que está interesada. Para construir su estatus social. Estoy bastante seguro de que no rechazaría a ninguno de nosotros por una oportunidad de unirse a la Familia y todo el factor de celebridad que ella cree que conlleva.

No tiene ni idea. Despistada y jodidamente delirante.

Afortunadamente, suena el timbre y se ve obligada a apartarse de mí.

—Nos vemos luego, ¿sí? Tengo un rato libre si quieres quedar. —Mueve las cejas sugestivamente y mi polla amenaza con arrugarse solo de pensarlo.

Un movimiento por encima de su hombro me llama la atención y, cuando levanto la vista,

me encuentro a Toby y Nico en la puerta. Segundos después, Stella salta hacia ellos y mira a Toby como si acabara de colgar la puta luna.

—Lo siento, tengo todo el día ocupado —digo, con voz fría y carente de cualquier tipo de emoción.

—O-oh. —Por desgracia, sigue mi línea de visión y se tensa cuando encuentra a Stella—. ¿En serio, Seb? No es más que basura americana.

—Tienes razón, joder —murmuro, empujándola con menos delicadeza a un lado y cruzando furioso el lugar.

Me detengo junto a Stella y le rodeo el hombro con el brazo. Ella se tensa de inmediato y yo me preparo para el impacto, que para mi sorpresa no llega a producirse.

—Espero que no le estés dando a mi chico todos nuestros sucios secretos, Diablilla.

—Vete a la mierda, Seb —escupe, ganándose divertidos bufidos tanto de Toby como de Nico.

—Me quiere de verdad, ¿verdad, princesa? —Bajando el brazo, le agarro el culo y aprieto hasta que duele.

—Oh, sí. Apenas puedo contenerme a tu lado. —Pone los ojos en blanco y sale de mi agarre—. ¿Querías algo, Sebastian? —gruñe.

Extiendo la mano y digo:

—Sí. Creo que tienes algo que me pertenece.

—No. Yo no, así que hasta luego —dice, con un tono mucho más suave cuando se dirige tanto a Toby como a Nico antes de desaparecer por el pasillo y escabullirse entre la masa de estudiantes que se dirigen a clase.

—Retiro lo que dije antes. Cómete el corazón intentándolo con esa, Seb. Te odia, joder —dice Toby.

—Eh, tú también te has dado cuenta —murmuro—. Hace que ganar sea mucho más dulce —. Empieza el juego, Tobes. Que empiece el puto juego.

—Joder —murmura Nico, apartándose de nosotros dos y dirigiéndose a su propia clase.

—Si vuelves a hacer algo así, acabaré contigo —me advierte Toby, con las cejas fruncidas y sus habituales ojos azules brillantes oscurecidos por las malas intenciones. Es una mirada con la que estoy bastante familiarizado... pero nunca dirigida a mí.

—Todo vale en el amor y en la guerra, Toby. ¿No lo has aprendido ya? —Desaparezco del lugar, dejándole plantado en el sitio y probablemente planeando un millón de formas de matarme.

Ponte a la cola, hijo de puta. Algo me dice que Stella está justo al frente.

CAPÍTULO 9

Stella

—¿Qué es eso? —me pregunta Emmie durante la comida, bajando al otro lado del banco.

Echo un vistazo al objeto que estoy retorciendo bajo la mesa y sonrío.

—Una navaja —respondo con sinceridad.

—¿Deberías... eh... tener eso en la escuela?

Me encojo de hombros—. No es mío. Se lo robé a Seb esta mañana.

Levanta las cejas.

—Así que de eso se trataba el intenso contacto visual en la sala común.

—Algo parecido. Estoy esperando a ver qué se le ocurre para recuperarlo.

—Me parece justo —murmura, clavando el tenedor en una papita frita y metiéndosela en la boca.

Cualquier otra chica haría un millón de preguntas, o incluso parecería un poco preocupada, pero Emmie sigue con su día como si sólo estuviéramos hablando del tiempo.

Ella sigue comiendo su almuerzo, aunque el mío se queda casi intacto. Estoy demasiado nervioso después de mi interacción con Seb esta mañana.

Estoy cabreada con él por la jugarreta que hizo con Toby. Sólo Dios sabe por qué son amigos. Seb es un idiota de proporciones épicas y Toby parece el tipo más dulce que he conocido en mucho tiempo. Polos opuestos que se atraen.

Vuelvo a pensar en cuando estaba dentro del carro con él y mis muslos se frotan sin pensar.

Me divierte que probablemente piense que voy por ahí con el coño a la vista de todo el que quiera mirar. No es así, por supuesto. Lo primero que hice cuando llegué a la escuela fue meterme en el baño y sacar el par de bragas de repuesto que llevaba en la bolsa de las animadoras.

Es más que bienvenido al par que le lancé. Otro recuerdo de nuestro tiempo juntos.

Me pregunto qué habrá hecho con el par que me arrancó en el cementerio. A lo mejor es uno de esos chicos pervertidos que guardan las bragas de todas las chicas a las que violan en el cajón de arriba de su cómoda.

Me pregunto cuántas de Teagan tiene.

Mi cuerpo se enfría instantáneamente al pensarlo.

Un escalofrío me recorre al recordarla frotándose contra su cuerpo en la sala común esta mañana, como si necesitara marcar su territorio.

—Cuidado, perra entrante a las doce en punto.

—Joder —murmuro, sin molestarme en girarme para ver cómo se acerca.

¿La invoqué en silencio o algo así?

Una sombra cae sobre los dos cuando Teagan y sus cachorros se detienen al final de nuestra mesa.

Aun así, mantengo los ojos bajos, al igual que Emmie, lo que me divierte enormemente. Aunque Teagan tiene una opinión diferente, a juzgar por su irritada burla.

Tras largos segundos, me giro para mirarla, aunque dejo entrever que realmente no tengo energía para ello.

—Lo siento, ¿podemos ayudarte? —pregunto, sonando aburrido—. Si está buscando a su dueño, no lo he visto desde esta mañana.

Su cara se pone roja, para mi diversión.

—La señorita Peterson quiere darte la bienvenida al equipo de gimnasia —dice entre dientes.

—¿Ah, sí? —pregunto con una amplia sonrisa de complicidad. Parece que mi día mejora cada vez más—. Dile que no puedo esperar. Y si necesita una nueva capitana en algún momento, estoy más que dispuesta a dar el paso.

Teagan baja la barbilla y yo me pongo a su altura.

—Sigue jodiéndome, Teagan. Te reto.

Antes de que pueda responder, agarro la bandeja de la mesa y salgo hacia el edificio.

Preferiría estar haciendo los deberes a verme obligada a respirar el mismo aire que esa zorra.

—Vale, eso ha sido increíble —dice una voz familiar detrás de mí cuando entro en el edificio.

Mirando a mi izquierda, encuentro a Calli, la chica del gimnasio de anoche.

—Me alegro de haberte entretenido.

—No he visto a nadie enfrentarse a Teagan desde... bueno, hace tanto tiempo que ni me acuerdo—.

—Ya era hora de que conociera a su par, entonces.

—Estoy bastante segura de que fue en octavo curso —reflexiona Calli mientras seguimos caminando una al lado de la otra—. Tiró a Ashleigh al suelo por el cabello por besar a quien le apetecía en ese momento.

—Me alegro de que haya madurado —digo.

—Las chicas como Teagan nunca lo hacen, ¿verdad? —pregunta.

—Espero no estar cerca para averiguarlo.

Calli se ríe mientras reducimos la velocidad para entrar en el baño. Crucemos los dedos para que sea menos dramática que la visita del lunes.

—¿Qué tienes esta tarde? —pregunta.

—Lengua inglesa. ¿Y tú?

—Historia.

—Suena divertido.

—Meh, no sé. Realmente no sé lo que quiero hacer. Probablemente acabe siguiendo los pasos de mi hermano y vuelva a cursar este año cuando lo tenga claro —confiesa mientras se mete en uno de los reservados.

—No es algo malo.

—Tal vez no. Sólo quiero saber cuándo todo va a empezar a tener sentido, ¿sabes?

—No creo que lo haga nunca. Sólo hay que ir a por ello y esperar lo mejor.

—No estoy segura de que me guste esa opción.

—La vida es impredecible. Hay que dejarse llevar.
—¿Eso es lo que estás haciendo con Teagan?
—Más o menos. Sobre todo, estoy disfrutando.

—Hola —suspiro, con una amplia sonrisa jugando en mis labios cuando salgo de mi clase de inglés y me encuentro a Toby apoyado en la pared de enfrente, esperándome—. ¿Cómo sabías qué clase tenía? —

—Tengo maneras. —Me guiña un ojo, se aparta de la pared y se pone a mi lado.

—¿Alguna noticia de tu carro?

—Bueno, han recogido el mío. Recibí un mensaje de mi padre diciendo que un reemplazo debería estar en nuestra casa al final del día. Útil ya que estoy aquí, ¿verdad?

—¿Quieres que te lleve a tu clase? —me pregunta, recordando que le había dicho lo de empezar a animar esta noche.

—No, está bien. Llamaré a un Uber. Ya te he robado bastante tiempo.

—Confía en mí, no tengo nada mejor que hacer esta noche.

—¿No sales con los chicos? —pregunto, tanteando el terreno para saber cuál es su relación con Seb. Anoche me dijo que lo veía como a un hermano, pero esta mañana había una tensión evidente entre los dos.

—No, tengo deberes.

—Buen punto.

Saco el móvil, busco la aplicación Uber y espero a que se abra.

—Guarda eso, Stella. Te voy a llevar. —Me mira, sus ojos azules sostienen los míos y cortan cualquier discusión que pudiera haber tenido.

—Gracias —digo, esperando que oiga lo sincero que es.

Casi hemos salido del edificio cuando un brazo pesado se posa en mi hombro. Lo primero que pienso es que es Seb, pero cuando me giro me encuentro con otro de su pandillita de gilipollas.

—¿Adónde vamos, niños?

—Vete a la mierda, Alex.

—¿Quién tiene tus bragas en un giro, Tobes? ¿Sigues enfadado con Seb? Sabes que no tuve nada que ver con eso, ¿verdad?

—Cierra la boca. ¿No tienes nada mejor que hacer que irritarme?

—Umm... —Piensa por un segundo—. No, soy libre como un pájaro.

—Joder —murmura Toby mientras seguimos hacia donde Seb abandonó su coche esta mañana—. Sabes que tu carro está allí, ¿verdad? —Señala un Audi negro al otro lado del aparcamiento.

—Sí, pero no estoy de humor para estar solo.

—Eres un grano en el culo, Deimos.

—Me quiere de verdad—. Alex abre la puerta del pasajero de Toby y espera a que me deje caer en el asiento antes de volver a cerrarla. Es mucho más caballeroso de lo que esperaba.

Ninguno de los dos se une a mí durante uno o dos minutos mientras mantienen una breve discusión sobre el techo del coche, con sus voces tan bajas que no puedo distinguirlas. Pero cuando ambos suben, la tensión entre ellos es palpable.

—¿A dónde vamos, Princesa?

—Tiene una clase de animadoras en Chelsea —dice Toby por mí.

—Suenan genial. Me apetece un viaje por carretera.

Alex se acomoda detrás de mí mientras Toby arranca el carro y sale del estacionamiento.

—¿En serio? —ladra Toby cuando suena hip-hop por los altavoces.

—¿Qué? —pregunta Alex, afrentado—. Estoy seguro de que Stella está de acuerdo, ¿verdad, chica?

—Eh... da igual —murmuro, sin muchas ganas de meterme en medio de los dos.

—Ves, a la princesa le encanta.

—Yo no iría tan lejos —digo, en voz lo bastante baja como para que solo Toby pueda oírme, y él suelta una carcajada a mi lado.

El viaje a través de la ciudad es más corto de lo que esperaba, y pronto estoy bajando de su carro y agradeciendo a Toby una vez más el viaje.

—¿Quieres que vuelva cuando hayas terminado?

—No, en serio. Ya has hecho bastante.

Quiere discutir, lo veo en cada centímetro de su cara, pero se contiene y asiente.

—Diviértete.

—Haré lo que pueda. Gracias.

—Cuando quieras, Princesa.

—Sí... eh... que no se te pegue. No soy una puta princesa.

Los ojos de Alex se cruzan con los míos antes de que cierre la puerta. Hay algo en ellos, pero no me quedo lo suficiente para intentar averiguarlo.

—Tienes que estar de coña —digo en voz demasiado alta una vez me he dirigido a los vestidores tras rechazar la ayuda de la mujer de recepción.

Todas las caras se vuelven hacia mí. La mayoría parecen completamente ajenas, aparte de aquel en el que están clavados mis ojos.

Teagan Weston se está convirtiendo rápidamente en mi mayor grano en el culo, y eso es algo teniendo en cuenta que tengo a Seb detrás de mí, queriendo *arruinarme* o cualquier gilipollez que me haya escupido esta mañana.

—Tienes que estar de broma —chilla.

—De verdad, de verdad que me gustaría.

—¿Estás literalmente tratando de apoderarte de mi vida?

No puedo evitar reírme.

—Créeme, tu vida es lo último que quiero.

Dándole la espalda, me adentro en la habitación y, afortunadamente, me encuentro con alguien que se alegra mucho más de verme.

—¿Calli? —Suspiro, con una sonrisa genuina en la cara.

No sólo elegí unirme a este equipo porque tiene la mejor reputación, sino también porque no es el más cercano a la escuela, y esperaba poder dejar atrás a todas las zorras engreídas. Parece que no soy el único que piensa así.

—Deberías haber dicho que te unías.

—Si hubiera sabido que animabas, lo habría hecho.

—Estoy tan contenta de que estés aquí.

Le sonrío mientras Teagan sigue enfadada detrás de mí.

Me cambio, totalmente preparada para una repetición de mis pruebas de gimnasia en

cuanto entre en el gimnasio.

Afortunadamente, esa no es mi experiencia en absoluto. Resulta que nuestra entrenadora es jodidamente feroz, y no acepta ni una mierda de sus chicas ni que se metan con ella.

Es perfecto, y aparte de los rayos láser de odio que Teagan me dispara cada vez que nos acercamos a unos metros el uno del otro, no pasa nada.

Y para que siga siendo así, en cuanto terminamos, cojo mis cosas y me largo de allí.

Puede pensar que estoy huyendo si quiere, pero francamente, estoy harto de mirarle la cara. Amarga no se ve bien en ella.

Estoy casi trotando al salir del edificio, y lo último que espero es toparme con un cuerpo macizo que bloquea las puertas.

—¿Qué demonios? —jadeo, intentando recuperar el aliento.

—He oído que necesitas que te lleven —retumba una voz grave.

Al levantar los ojos de su ancho pecho, me encuentro con unos divertidos ojos verdes que me miran fijamente.

—¿Qué demonios les pasa? Cualquiera pensaría que son mis putas niñeras. —Dando un paso atrás, aspiro profundamente que no está lleno de olor a chico caliente—. Déjame que te ahorre tiempo... No quiero, ni necesito, que ninguno de ustedes me cuide. Soy más que capaz de cuidar de mí misma. Sólo pregúntale a Seb, tiene las heridas para probarlo.

—Soy más que consciente, Princesa.

—¿Y a qué viene ese apodo de gilipollas?

—¿Vamos? —pregunta, haciendo un gesto hacia la calle e ignorando por completo todo lo que acabo de decir.

—No, joder, no lo haremos. —Marchando a su lado, me subo las maletas al hombro y salgo furiosa del edificio—. Por supuesto —murmuro cuando descubro que está lloviendo a cántaros.

Miro calle abajo en cada dirección, preguntándome qué camino tomar mientras me asalta lo que parecen gotas heladas.

—¿Ya estás lista para rendirte? —dice una voz engreída—. La estación de metro más cercana está a unos ocho minutos andando, o puedes quedarte aquí y esperar a un Uber. O podrías subirme a mi puto carro seco y dejar que te lleve a casa.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres acompañarme a casa? Teagan está ahí. Seguro que le encantaría una visita.

—No, Seb es bienvenido para ella —dice.

Poniendo los ojos en blanco, salgo hacia el estacionamiento, es la decisión más sensata si no quiero acabar empapado.

—Quiero que sepas que no estoy contenta con esto, y si intentas algo, todavía tengo esto. —Saco la navaja de Seb y lo abro.

Sus ojos se abren de golpe, pero pronto descubro que no es porque le esté amenazando.

—¿Seb te dio su navaja? —me pregunta mientras subimos a su lujoso Maserati.

—Sí, somos amigos del alma. Compartimos todo. También tiene dos pares de mis bragas. Su cabeza se echa hacia atrás en estado de shock.

—¿Dos? —Sé lo del cementerio, Princesa. ¿Pero hay algo más que deba saber?

—Gilipollas —siseo.

—Es Theo, en realidad. Buena suposición, sin embargo.

Me suelto el pelo del moño desordenado que me hice antes del entrenamiento y me lo

vuelvo a hacer mientras Theo arranca el coche y enciende la calefacción, supongo que por mi bien, ya que no llevo mucha ropa y ahora estoy empapada de agua de lluvia.

—¿Qué te trae a Londres? —empieza una vez que estoy atada.

—¿Quién dice que no he estado aquí un tiempo?

Me mira y levanta una ceja con expresión de ¿parece que nací ayer?

—Bien. El trabajo de mi padre. Nos hemos mudado por toda América. He ido al menos a una escuela nueva al año antes de mudarnos de nuevo.

—¿Cómo es que has cruzado el charco esta vez?

—¿Honestamente? Ni idea. Papá no entra en detalles sobre lo que hace.

—¿Qué es?

—Seguridad, creo. Me dejó claro que no era asunto mío hace unos años, así que me mantengo al margen y le dejo hacer lo suyo.

—¿Y tu madre? ¿Cómo se siente con tanta mudanza?

Me quedo mirando su perfil durante un rato, preguntándome por qué está tan interesado de repente si hasta ahora no me había dicho ni una palabra.

Al sentir mi atención, echa un vistazo.

—Sólo conversaba —murmura, respondiendo a mi pregunta no formulada.

—No tengo madre. Murió cuando yo era un bebé.

—Eso apestá.

—Es lo que es. No puedes echar de menos algo que nunca has tenido, ¿verdad? —pregunto, recostándome y mirando por la ventanilla mientras un Londres muy mojado nos pasa por delante.

—Te sorprenderías.

Una parte de mí quiere exigirle que se explique, pero la otra no quiere que sepa que me importa lo que tenga que decir.

—Entonces, ¿qué pasa con ustedes? ¿En alguna jodida banda o algo así?

Se ríe, y no puedo evitar sonreír por lo divertido que resulta.

—O algo así, Princesa.

—¿Te importa explicarlo?

—No, la verdad es que no. Seguro que has oído los cotilleos —dice crípticamente.

—¿Parezco el tipo de chica que cae en ese tipo de tonterías?

—Me parece justo. Tienes razón. Probablemente es mejor que no creas todo lo que oyes.

—¿Tus amigos incluidos?

—No eres estúpida, Stella. Estoy seguro de que puedes solucionarlo.

—¿Qué le pasa a Seb conmigo? —pregunto, notando que empezamos a acercarnos a casa.

—Seb es... complicado.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—A mí me parece bastante simple. Un imbécil privilegiado que no puede manejar cuando no consigue lo que quiere.

—Aunque eso pueda ser cierto en parte, hay mucho más en él de lo que parece.

—¿Cómo?

Theo se detiene ante un semáforo en rojo y levanta una mano para apartarse el pelo de la frente mientras piensa cómo responder a mi pregunta.

—Digamos que no eres la única que perdió a un padre joven.

—¿Y eso lo convierte en un cabrón cruel conmigo por qué?

—Mira, puedo sentarme aquí poniendo excusas por él toda la noche si quieres. Pero si realmente quieres respuestas, no soy la persona con la que deberías hablar.

—Sin embargo, fuiste tú quien al azar decidió llevarme.

—¿Hubieras preferido que fuera Seb?

—Me dejó jugar con su navaja. Él era más divertido —le digo con tono inexpresivo.

—Sabes que va a querer eso de vuelta, ¿verdad?

—Entonces será mejor que venga a buscarlo.

Theo entra en mi casa y por primera vez me doy cuenta de que nunca le he dado indicaciones.

—Oh, mira. Tu sustituto está aquí —dice, señalando el parabrisas.

—Es rojo de cojones —escupo en cuanto mis ojos se posan en el nuevo Porsche que hay en la entrada, junto al carro de Angie.

—Tampoco es mi favorito —murmura Theo, deteniéndose detrás de ella.

—¿Dónde está Toby? ¿Por qué no acaba de recogerme? —pregunto antes de empujar la puerta para abrirla.

—Está trabajando.

—Trabajando. Bien.

—Cierto —murmura.

—Bueno, gracias, supongo. Todo este viaje fue... esclarecedor.

—Hasta mañana, Stella. Intenta no meterte en líos.

Le hago un gesto con la cabeza, fingiendo que acepto su advertencia, pero en realidad la escucho como un desafío.

—Hola, cariño —responde Angie desde la cocina cuando la llamo—. Las llaves están en la palangana por si quieres echarle un vistazo.

—Ella es sólo temporal, ¿verdad?

Angie se ríe, sabiendo ya lo que pienso del color.

Dejo las maletas a un lado y paso la llave antes de volver a salir una vez he comprobado que Theo se ha ido.

El modelo, todo sobre el 911 parece ser el mismo que el mío. Todo aparte del color.

Abro la puerta y estoy a punto de dejarme caer en el asiento cuando un sobre blanco me detiene.

Lo recojo y le doy la vuelta, pero lo encuentro en blanco.

Suponiendo que es del garaje, la dejo caer sobre mi regazo mientras arranco el motor y me siento unos minutos, dejando que su ronroneo me tranquilice. No es mi bebé, pero se acerca.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me tomo un momento para asimilarlo todo.

Theo era la última persona -bueno, quizá no la última, pero estaba bastante abajo en mi lista- que esperaba encontrar después de la práctica de porristas. Y aunque puede que haya dicho bastante de camino hasta aquí, no siento que haya aprendido nada realmente. Bueno, aparte del hecho de que Seb ha perdido un padre. Eso apesta. Debería saberlo. ¿Pero qué demonios tiene que ver eso conmigo?

El rugido de mi estómago me obliga a sentarme de nuevo, listo para ir a buscar lo que Angie podría haber hecho para mí. La visión del sobre me detiene y lo abro rápidamente.

Dentro hay un papel cuadrado y lo saco rápidamente.

Pronto descubro que no es algo del garaje, sino una fotografía que me hace saltar el

corazón a la garganta.

Miro fijamente la imagen. Está un poco borrosa, pero es obvio que somos Toby y yo... en mi habitación anoche.

—¿Qué coño pasa?

Me tiembla la mano mientras lo miro fijamente. ¿Quién demonios ha tomado esto? ¿A quién le importaría tanto tomar esto?

Al dar la vuelta a la imagen, encuentro una nota garabateada en el reverso.

No deberías haber venido aquí.

—Hijo de puta —ladro, mientras arrugo la nota con el puño.

Maldito Sebastian.

No me extraña que enviara a Theo a recogerme. Estaba ocupado tratando de jugar conmigo.

CAPÍTULO 10

Sebastian

- Ha vuelto a casa sana y salva —dice Theo, entrando en su casa poco después de las siete.
- Genial —murmuro, sin levantar la vista de mi tablet.
- ¿Dime otra vez por qué no pudiste recogerla tú mismo?
- Porque no pude, ¿vale?
- Bien. Deberías ir allí y follártela, sacártelo de encima para poder concentrarte.
- Un consejo estelar, Theo. Gracias.
- ¿Qué? Es lo que harías normalmente —argumenta, apoyando los codos en la encimera de su cocina y mirándome.
- Sí, bueno. Esto es diferente.
- ¿Porque es nuestra princesa desaparecida?
- No, porque ella... porque su padre... —Corto, sin permitirme decirlo en voz alta.
- Lo sé, Seb —dice, poniéndose de pie una vez más y apartándose el cabello de la frente
- . Pero...
- ¿Pero qué, Cirillo? Dime cómo debo manejar todo esto.
- No hay bien o mal, pero... no eres el único que ha perdido gente.
- El silencio se extiende entre nosotros mientras intento interpretar sus palabras. Me doy cuenta.
- No me jodas. Estás de su lado.
- ¿Qué? No. Nunca. Pero, ¿alguna vez has considerado que tal vez ella está sufriendo tanto como tú?
- Levanto una ceja.
- No se trata de ella —digo bruscamente, saltando del sofá y saliendo furiosa de la casa.
- Seb, vamos, hombre —me llama. Pero he terminado. Tan jodidamente hecho.

No es tan tarde como la última vez que estuve aquí, así que todavía hay luz -aunque apenas, con las pesadas nubes de lluvia oscureciendo el cielo- mientras me abro paso por los viejos caminos llenos de baches para llegar a las dos lápidas que normalmente sólo visito una vez al año. Sigue lloviendo, pero no tanto como antes. Pero todo desde mi anterior visita aquí ha sido tan jodido que es el único lugar en el que puedo pensar en estar.

Con una botella de vodka y un porro preparados, me bajo a descansar contra la misma piedra contra la que me senté aquella noche.

—Todo está jodido —murmuro con la esperanza de que alguien me escuche—. Mamá es un desastre. Soy un puto desastre. —Apoyo los brazos sobre las rodillas, bajo la frente hacia los

brazos y aspiro entrecortadamente—. Esto no tenía que ser así —susurro.
Levanto la cabeza y miro la piedra que tengo enfrente.

Christopher Papatonis
Amado esposo y padre

La pena me consume mientras lo miro fijamente, dolor por el hecho de no tener ningún recuerdo del hombre del que tanto hablan Sophia y Zoe. Mamá también, cuando puede.

Pero eso no es nada comparado con el dolor que me recorre cuando miro por encima del hombro la piedra contra la que me apoyo.

Tengo un sinfín de recuerdos de éste, y no tengo ni idea de si eso lo hace más fácil o simplemente más doloroso, sabiendo que nos arrebataron una luz tan brillante.

Demi Papatonis.

La emoción me quema la garganta cuando pienso en su cara sonriente mientras correteábamos juntos por el jardín, provocando un caos general en la casa del que Sophia y Zoe no tenían más remedio que ocuparse, ya que eran mayores y mamá se había dado de baja incluso entonces. Si supiéramos lo mal que nos iba a ir cuando perdiéramos también a Demi.

Apenas había un año entre nosotros dos, y aparte de los chicos que siempre han estado a mi lado, ella era mi mejor amiga.

Y un día, ya no estaba allí.

—*Se ha ido con papá* —recuerdo que Sophia intentaba decirme, como si eso fuera a mejorar las cosas.

Joder, no lo hizo. Nada podría hacerlo mejor.

Me llevo la botella a los labios y trago la mitad con la esperanza de ahogar el dolor. Siempre he fracasado en el pasado, así que no tengo motivos para pensar que esta noche vaya a ser diferente.

Sólo hay una cosa que mejore el dolor.

Perderme en otra persona.

En ella.

Enciendo el porro y aspiro profundamente, con la esperanza de que haga que todo en mi vida cobre sentido por arte de magia.

El tiempo parece detenerse mientras permanezco sentado con la llovizna empapando mi sudadera y el suelo empapado haciendo que mi culo esté igual de mojado.

Pero no me importa. Aquí, me siento más cerca de ella. A él, aunque nunca lo conocí.

—Dime qué tengo que hacer —susurro en el silencio mientras la oscuridad empieza a engullirme por completo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasa mientras estoy allí sentado, temblando de frío, con la cabeza dándome vueltas por la mezcla de vodka y hierba.

Pero, a pesar de todo, en cuanto oigo una ramita romperse detrás de mí, me pongo en pie, más sobrio que nunca.

Las imágenes de encontrarla aquí aquella noche se reproducen en mi mente como una jodida película mientras busco en la oscuridad a alguien, cualquier cosa.

Llego a la decisión de que era sólo un animal cuando veo algo.

—Espera —llamo antes de salir en dirección a la sombra.

La figura oscura se mueve hacia la salida, pero esta vez no la voy a dejar escapar.

Mis pies aceleran el paso y, en cuanto estoy a poca distancia, retuerzo los dedos en la espalda de su sudadera húmeda y la arrastro de nuevo hacia mi cuerpo.

Todo el aire de sus pulmones sale disparado cuando choca contra mi pecho.

No necesito mirar bajo su capucha para saber que es ella. Mi cuerpo lo sabe.

—¿Qué estás haciendo aquí, Diablilla?

Se niega a responder e intenta zafarse, pero esta vez estoy preparado y la rodeo con mis dos brazos, pegando los suyos a su cuerpo.

Sin embargo, no se rinde fácilmente, incluso intenta pisotearme el pie con la esperanza de que sea suficiente para que la suelte.

Cada vez que una parte de su cuerpo choca con el mío, causando el más mínimo dolor, mi polla se endurece contra su culo.

—Puedo seguir toda la noche si quieres —gruño en su oído, mis brazos se tensan, aplastando sus curvas contra mi dureza.

—No he venido aquí por ti —sisea finalmente.

—¿No? ¿Entonces por qué estás aquí?

Se queda quieta, sin duda luchando contra su necesidad de desafiarme. Hasta que suelta un largo suspiro y finalmente dice las palabras.

—Theo dijo algunas cosas. Dijo que perdiste a alguien. Pensé que...

La ira me desgarró al pensar que se ha enterado de mis verdades, de mi fealdad, pero temo que ya sea demasiado tarde para detenerla.

Maldito Theo. Le advertí que no dijera nada. Que la recogiera y la llevara a casa como el maldito caballero blanco que intenta ser. Pero no, tuvo que abrir su puta boca.

—Pensaste en meter las narices en mi vida y esperar encontrar algunas respuestas.

Arriesgándome, suelto uno de mis brazos alrededor de su cuerpo y arrastro su capucha hacia abajo, dejando al descubierto su cabello rubio claro.

Enhebro los dedos en los suaves cabellos y arrastro su cabeza hacia atrás para que no tenga más remedio que mirarme.

Recorro con la mirada cada centímetro de su rostro antes de centrarme en sus ojos oscuros de ira.

Mi mandíbula tics mientras la miro, mi polla dura como la mierda contra su culo.

Ella también lo sabe, a juzgar por la ligera sonrisa que se dibuja en sus labios.

Los segundos pasan mientras nos miramos fijamente, con el odio crepitando entre nosotros. Es tan jodidamente espeso que me cuesta tomar el aire que necesito, sobre todo cuando está impregnado de su olor.

La llovizna vuelve a arreciar hasta que caen gruesas gotas sobre los dos, empapándonos el pelo hasta que empieza a resbalarnos por la cara.

Debería arruinar su maquillaje, hacerla parecer un desastre, pero joder, sólo la pone más cachonda ver su rímel emborronándose bajo sus ojos como si estuviera llorando. Llorando por mí. Lo único que lo mejoraría sería ver sus labios hinchados por mi beso.

No. Joder, no.

—¿Quieres la verdad, Diablilla?

Un grito ahogado sale de sus labios cuando la empujo hacia delante con la mano en el cabello. Tropieza, pero no la dejo caer. Todavía no.

Juntos, chapoteamos en los charcos que han surgido en la hierba mientras nos acercamos a la lápida de papá.

Me retuerce los dedos y ella sisea cuando tiro, sin dejarle otra opción que arrodillarse en el barro.

—Eres un gilipollas —se queja, pero no se me escapa que no se enfrenta a mí.

Ella podría. Ambos sabemos que podría, pero me permite hacer esto.

¿Realmente siente tanta curiosidad por mí como para dejar pasar esta mierda, o voy a encontrarme con el culo al aire en cualquier momento?

Mi polla se estremece al pensar en su furia contra mí, y me doy cuenta de que cualquier dolor que piense infligirme merecerá la pena.

—Ahí —gruño, forzando su cabeza hacia delante para que no tenga más remedio que mirar la talla de la piedra.

Sólo se oye el sonido de la lluvia que empapa todo a nuestro alrededor y nuestras respiraciones agitadas mientras ella lo mira fijamente. Leyendo las palabras, las fechas. El comienzo de mi vida convirtiéndose en una puta mierda ante mis inocentes ojos.

—Sólo eras un bebé —susurra en voz tan baja que no me daría cuenta si no estuviera tan interesada en lo que pueda decir de todo esto.

—No tenía ninguna posibilidad de acordarme de él —me fuerzo a decir a través de la emoción que me obstruye la garganta.

No importa que nunca lo haya conocido. Siempre me he sentido cerca de él. Siempre. Soy parte de él. La Familia era parte de él.

—¿Qué le ha pasado?

Mi cuerpo se estremece ante su pregunta, y no hay forma de que no se dé cuenta. Es demasiado perspicaz.

—Fue asesinado.

Su grito de sorpresa corta el silencio.

—Pero eso no es todo.

Tirando de ella hacia atrás, la giro hacia la lápida en la que me apoyé tanto esta noche como la noche en que me encontró aquí por primera vez.

Su grito ahogado de sorpresa, combinado con su mano levantándose para taparse la boca, me da la pista de que lo entiende inmediatamente.

—Seb —casi solloza.

El sonido de su empatía amenaza con hacer que un nudo de emoción me suba por la garganta, pero me lo trago. Joder, voy a dejar que vea lo mucho que me afecta todo esto.

Me arrodillo detrás de ella e ignoro la humedad que me empapa al instante los vaqueros mientras tiro de su cabeza hacia atrás y acerco mis labios a su oreja.

—¿Esto responde a algunas de tus preguntas? —gruño, haciendo que se estremezca en mi abrazo.

—Sí y no —confiesa.

—¿Qué más querías saber? —pregunto, sabiendo exactamente lo que va a salir de sus labios.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Una risita oscura y malvada sale de mis labios.

La tumbo de espaldas en un santiamén. Su pecho se agita cuando le clavo las dos muñecas en el barro por encima de la cabeza y atrapo sus muslos con las piernas.

Se retuerce, pero ambos sabemos que no va a ninguna parte.

—Hace frío. ¿Es realmente necesario? —pregunta, con voz casi aburrida, mientras su

cuerpo cuenta otra historia.

—¿Todavía tienes mi navaja, Diablilla? —le pregunto, mientras mis ojos recorren sus rasgos. Incluso en la oscuridad de la noche puedo ver que tiene las pupilas dilatadas, pero sé que no es por miedo. Por mucho que quiera que me tenga miedo, sé que no es así. Tiene los labios entreabiertos por la respiración entrecortada y el pecho agitado.

Niega con la cabeza, lo que hace que la ira corra por mis venas.

Si ha perdido esa navaja...

—No es una gran pérdida —miento—. Tengo una copia de seguridad.

Tomo sus dos muñecas con una de mis manos, busco detrás de mí y saco mi navaja de repuesto del bolsillo.

—Oh, Dios —gime mientras observa cómo caen las gotas de lluvia sobre el frío metal de mi mano.

—Cometiste un error al venir aquí esta noche, Diablilla. Demonios, cometiste un error viniendo aquí.

—¿Por qué? —grita—. Dime por qué.

Se agita debajo de mí, demostrando que si quisiera escapar probablemente podría. Pero tengo la sospecha de que escapar ahora mismo es lo último que tiene en mente.

Inclinándome sobre ella, apoyo la parte plana de mi navaja contra su mejilla.

—Hay tantas cosas que no sabes, Diablilla —murmuro, arrastrando la punta de mi nariz por su mejilla mientras imito el movimiento del otro lado con mi navaja.

CAPÍTULO 11

Stella

Joder.

Llueve tan fuerte que me escuece la piel. El agua me empapa hasta el último centímetro y mi cuerpo tiembla, pero con sus caderas clavándose en el barro, no es por el frío.

Sus ojos son oscuros mientras sostienen los míos.

Esa jugada fue tan tierna que me descolocó, pero es lo que hay.

Es un juego.

Puede que no tenga ni idea de dónde está la línea de meta, pero ya sé quién va a ganar.

Con cada destello de sus ojos perversos, ya siento que me entrego a él de buena gana.

Es un lugar peligroso, pero ahora mismo no estoy seguro de querer estar en otro sitio.

Necesito más. Ansío saber más de sus secretos, cualquier cosa que me ayude a abrir todo lo que estoy desesperada por saber sobre este lugar y por qué se volvió contra mí en cuanto supo quién era.

—Soy todo oídos, Sebastian.

Hace una mueca de dolor cuando pronuncio su nombre completo, y eso sólo añade más preguntas sobre quién es en realidad.

Se ríe una vez más, su breve muestra de vulnerabilidad desaparece mientras su rostro vuelve a su fría máscara habitual.

—¿De verdad crees que te lo voy a poner tan fácil? Todo lo que necesitas saber ahora es que eres mía, Doukas. —Su navaja sigue por mi barbilla hasta mi garganta, donde presiona un poco más fuerte en mi piel. No lo suficiente como para cortarme, pero sí para asegurarse de que soy consciente del aprieto en el que podría encontrarme ahora mismo.

—Mía para hacer lo que me plazca. Después de todo, me lo merezco. —Sus ojos se apartan de los míos, se detienen en mis labios un instante antes de bajar a donde está la punta de su navaja—. Podría acabar con todo aquí —musita, hablando consigo mismo.

Tengo que morderme el interior de los labios para detener cualquiera de los millones de preguntas que se me ocurren. Quiero que diga todo lo que tenga que decir por sí mismo. Ya sé que se callará en cuanto le exija algo.

Su navaja se mueve de nuevo, arrastrándose sobre mi clavícula con suficiente presión como para escocerme.

Sus ojos se encienden y sé al instante que ha sacado sangre.

Cuando inclina la cabeza, tengo que contener el gemido de placer que quiere salir de mi garganta cuando sus labios se cierran sobre la pequeña herida y su lengua roza la piel sensible.

Mis caderas rechinan contra el suelo blando debajo de mí mientras él saborea mi sangre, mi coño vergonzosamente húmedo para él.

Debería sentir repulsión. Debería exigirle que me dejara en paz y se alejara de mí tanto como fuera físicamente posible.

Cualquier chica normal lo haría.

Estoy seguro de que Teagan lo haría.

Pero no soy una chica normal, y si no lo supiera ya, esto de ahora sería una jodida pista enorme.

Sus labios abandonan mi clavícula y suben por mi cuello hasta que su aliento caliente me hace cosquillas en la oreja, provocándome un violento escalofrío.

—Mía —susurra—. Y nada me gusta más que arruinar todo lo que tengo.

Mi cerebro sigue tan perdido en la niebla de lujuria que su profunda voz de advertencia provoca en mi interior que no me doy cuenta de que se ha movido hasta que un mordisco de dolor se suma a mi deseo cuando atrapa la piel bajo mi sujetador deportivo.

—Seb —jadeo mientras mis ojos asimilan lo que está haciendo.

La hoja de su navaja está bajo la tela de mi sujetador, lista para arrancarlo de mi cuerpo.

—Dime que no, Diablilla. Te reto.

Levanto la barbilla en señal de desafío y él sonríe.

—Que te follen, Seb.

—No, la única que va a ser follado aquí esta noche eres tú—.

Parpadeo y, en una fracción de segundo, él se mueve, la tela que me rodea se separa y me deja expuesta a él.

—Joder, Diablilla. Me gusta que mis juguetes sean bonitos antes de joderlos. Y creo que romperte va a ser la tortura más dulce.

Mi espalda se arquea cuando su mano ardiente se posa en mi pecho desnudo. Tiro del fuerte agarre que me da en las muñecas, intento soltarme, golpearle o acercarme a él, no estoy segura, pero no importa porque me tiene demasiado agarrada.

—Seb —grito cuando me pellizca el pezón tan fuerte que juro que lo siento en el clítoris—. Oh, mierda.

Se retuerce, y joder, quema, pero joder...

—Joder.... —Mis caderas ruedan, mis muslos se frotan con mi necesidad de más.

—Tenía razón. Tan jodidamente hermoso cayendo a pedazos debajo de mí, Diablilla.

—Aprovéchalo. No lo volverás a ver.

—Estás lleno de mierda, Doukas. —Y para demostrarlo, inclina la cabeza y me rodea el pezón con la punta de la lengua, lamiéndome a mí y al agua de lluvia que sigue cayendo sobre nosotros.

—Por favor—. La súplica cae de mis labios antes de que consiga tragármela.

Sus ojos se encienden de deseo. Justo cuando un fuerte trueno atraviesa el aire que nos rodea, me mete el pico en su boca ardiente y me muerde.

—Sí —grito, todo al sur de mi cintura se tensa con mi inminente liberación de esto solo.

—¿Quieres correrte, Diablilla? —me pregunta, moviéndose un poco, dándome a entender que no soy el único que está en el subidón de esta pequeña cita.

—¿Qué te parece, gilipollas? —Siseo cuando está claro que ha terminado de burlarse de mí.

—Creo que... —Se sienta lo más alto que puede sin dejar de clavarme las manos en el barro. Empiezan a hundirse, siendo tragadas por el frío y sucio suelo sobre mi cabeza.

Quiero que me importe. Realmente quiero. Pero no puedo encontrarlo en mí cuando me

está tocando, escupiendo su odio hacia mí. Me revuelve las tripas. Puede que no quiera reconocer lo que son esas sacudidas porque estoy bastante segura de que sólo un psiquiatra muy experto sería capaz de descifrarlas, pero al diablo si no quiero que continúen.

—Creo que sólo uno de los dos va a conseguir lo que quiere esta noche. —Su mano libre se lleva a la cintura y veo cómo se abre el cinturón y se baja torpemente la tela empapada de los pantalones lo suficiente como para dejar libre la polla.

Se me hace la boca agua cuando se rodea con los dedos y se sienta un poco sobre mi pecho.

Lo observo acariciarse descaradamente durante largos minutos, mis muslos se frotan entre sí en un patético intento de amortiguar el incesante palpitir de mi coño. Pero no sirve de nada. Sólo su tacto, su boca y su polla me darán lo que necesito. Es una pena que ya tema que no vaya a suceder.

Aparto los ojos de su polla y levanto la vista hasta encontrar sus ojos casi oscuros, que se clavan en los míos con una expresión fría e ilegible.

Los músculos de su cuello se tensan y su mandíbula se contrae mientras se entrega al placer.

Mis dedos se flexionan. Poco a poco pierdo sensibilidad en ellos por el frío y su duro agarre, pero más que eso, solo quiero tocarle, sentir su dura longitud bajo ellos y verle caer sobre mi propia mano.

No se dice nada en voz alta, pero leo más de una de sus silenciosas advertencias cuando su orgasmo comienza a acercarse y su máscara empieza a resbalar sólo un poco.

Me mira con odio puro y sin filtros. Es una visión tan extraña que se mezcla con el movimiento justo encima de mis tetas. Puede que me odie, pero es obvio que me desea tanto como yo a él.

No debería. Debería querer a Toby. Demonios, incluso a Theo. Ambos me han mostrado al menos un poco de decencia desde que aparecí en *Knight's Ridge* el lunes, a diferencia del tipo que ahora se está masturbando con el subidón de su odio hacia mí.

Jodido. Todo está jodido.

Entonces, ¿por qué carajo se siente tan bien?

Su cuerpo se bloquea y mis labios se entreabren para que pueda contemplar en primera fila el placer que cubre su rostro segundos antes de que cuerdas de su semen caliente aterricen sobre mi pecho frío y cubierto por la lluvia.

En cuanto termina, se aparta y se inclina sobre mí, sacando otra cosa de su bolsillo.

—Sonríe, puta asquerosa. Apuesto a que a papá le encantaría ver la verdad sobre su preciosa princesita.

—Jodido cabrón —ladro, agitándome contra su agarre mientras me hace una foto tras otra cubierta de su esperma, empapada y cubierta de barro. Puedo decir con seguridad que me he visto mejor.

—Empieza a escarbar en mi vida otra vez, Diablilla —advierte—, y no sólo nosotros dos sabremos lo que ha pasado aquí esta noche. Todo *Knight's Ridge*, tu padre, tus amigos en Rosewood...

Mis cejas se fruncen cuando menciona mi pasado.

—¿Y soy yo la que está cavando?

Se inclina más hacia mí, su embriagador aroma llena mi nariz y reaviva mi deseo.

—Retrocede, Diablilla. No te va a gustar lo que vas a encontrar si sigues adelante.

Mis labios se separan para discutir, pero él se aparta, la mirada feroz de su rostro me hace olvidar mis palabras.

—Deberías irte a casa. Eres un maldito desastre.

En cuanto me suelta, mi primer instinto es alcanzarle, pero consigo detenerme antes de ponerme en ridículo.

Sin decir nada más, pero con una mirada en dirección a la lápida de su hermana, cruza el cementerio y otro trueno resuena a mi alrededor cuando desaparece.

—Joder —suspiro, empujándome desde el suelo y tirando de mi empapada sudadera a mi alrededor.

Levanto las rodillas, dejo caer la cabeza entre las manos e inmediatamente me doy cuenta de mi error.

—Joder. Joder. JODER —grito, empeorando la situación al intentar limpiarme el barro de la cara—. TE ODIO —grito tras él, esperando que esté lo bastante cerca como para oírme.

Me late el corazón y se me revuelve el estómago al pensar en lo que acaba de hacerme. La forma en que me tocó, me usó, me degradó.

Debería estar asqueada. Me trató como nada más que la puta que me acusa de ser.

Pero me gustó. Demonios, quería más. Todavía quiero.

Mi coño sigue resbaladizo de necesidad, desesperado por sentir algo, cualquier cosa.

Y sé a ciencia cierta que si se diera la vuelta ahora mismo y volviera, le dejaría hacerlo todo de nuevo.

¿Qué dice eso exactamente de mí?

Me pongo en pie, me miro y hago una mueca de dolor.

No se equivocaba cuando me dijo que parezco una puta asquerosa.

Me subo la capucha con la esperanza de que me ayude a esconderme antes de ceñirme más la capucha al cuerpo y salir en la dirección por la que acaba de desaparecer.

En el último momento, me vuelvo y echo un vistazo entre las dos tumbas.

¿Qué mala suerte tienen tu padre y tu hermana si mueren el mismo día con quince años de diferencia? Ese tipo de pérdida es suficiente para joder a cualquiera. Pero esto es más que eso. Es más que el dolor de perder a un ser querido.

Entrecierro los ojos al ver la fecha de la muerte del padre de Seb. Seb era sólo un bebé. Igual que yo cuando perdí a mi madre.

Quizá los dos tengamos algo en común.

Se me escapa una risa amarga al pensarlo. No es que vayamos a estrechar lazos por una mierda así. Está claro que el único tipo de conexión que habrá entre nosotros es ese odio ardiente y lleno de lujuria que tenemos.

Tal vez si follamos otra vez se nos pase a los dos.

Mis muslos se aprietan una vez más. El latido entre ellos ha disminuido, pero sigue ahí. Y vuelve a aumentar cuando pienso en cómo se corre sobre mis tetas como una especie de reclamo primitivo.

Pues que se joda. No tengo intención de convertirme en propiedad de nadie. Especialmente no un arrogante y engreído hijo de puta como él.

Con la cabeza bien alta y esas mentiras que acabo de decirme dando vueltas todavía en mi cerebro, salgo de aquel cementerio, con las zapatillas chirriando y el cuerpo temblando, cediendo finalmente al frío.

Para cuando camino por la parte trasera de la casa con la esperanza de colarme dentro, los

dientes me castañetean violentamente y tengo los dedos de las manos y los pies entumecidos por el viento helado.

Me quito los tenis y los tiro directamente a la basura mientras me dirijo al calor de la casa.

—Stella, ¿eres tú? —Papá me llama en cuanto abro la puerta trasera.

Por supuesto que está aquí ahora.

Pongo los ojos en blanco ante la coincidencia. Cuando veo que el camino de entrada está vacío suspiro aliviada. Parece que me relajé demasiado pronto.

—Sí. He salido a correr bajo la lluvia —miento—. Déjame ducharme y vuelvo.

—De acuerdo, cariño.

Una sonrisa se dibuja en mis labios y él ni se inmuta.

Cuando pasamos unos meses en Nevada, salía corriendo en cuanto veía una gota de lluvia y me quedaba empapada hasta que caía la última gota.

Era mi lugar feliz. Papá solía observarme desde la ventana de la cocina si estaba en casa cuando ocurría y se reía de mí como si estuviera completamente loca. Solía bromear diciendo que mis raíces británicas corrían por mis venas por lo mucho que me gustaba la lluvia.

Por aquel entonces, nunca entendí muy bien a qué se refería. Pero esta noche, a pesar de que me estoy congelando el culo y estoy cubierto de barro, es lo que solía soñar cuando teníamos días interminables de calor abrasador. Seb, el barro y su navaja son sólo una ventaja añadida.

Me detengo a mitad de la escalera cuando me asalta un pensamiento.

¿Acaba de arruinarme la lluvia?

Gilipollas.

Me despojo de la ropa mojada mientras me dirijo a mi baño para ocuparme más tarde y, tras girar el dial, me meto bajo la ducha. Me salpica agua helada durante unos segundos, pero apenas la noto. En cuanto empieza a calentarse, me siento de puta madre.

Me quedo allí de pie, dejando que el torrente de agua se lleve los errores de la noche junto con el barro y la evidencia de su retorcido viaje de poder que perdura en mi piel.

Por suerte, cuando vuelvo abajo con papá con el cabello mojado y envuelta en el jersey más abrigado que he encontrado, no ve nada preocupante. Se limita a comprobar cómo estoy antes de soltar la no tan sorprendente bomba de que va a estar fuera el fin de semana. El hecho de que haya venido varias veces esta semana es más de lo que esperaba.

—Tal vez podrías invitar a algunos amigos o algo así —sugiere mientras bebe un vaso de whisky.

Entorno los ojos hacia él.

—¿Amigos? —pregunto.

—Sí. Nos quedamos aquí, Stella. Es seguro acercarse a la gente. —Me clava una mirada.

—Ya veremos—. Doy un par de pasos fuera de la sala de estar, más que dispuesta a emprender la huida si esta charlita se ha limitado a hacerme promesas que no tengo motivos para creer que vaya a cumplir.

—Sé lo que piensas, Stel. Pero este es nuestro hogar.

No sé si es el frío o la influencia de Seb, pero hago algo que casi nunca hago con mi padre.

—Bueno, ¿qué tal si me das ganas y me cuentas algunos secretos? Me tuviste encerrada en esta casa durante semanas la primera vez que nos mudamos, ¿y ahora estás más que contento de que esté corriendo bajo la lluvia? ¿Qué ha cambiado? Joder, a la mierda... ¿cuál es tu

verdadero trabajo, papá?

—Stella —me advierte, haciéndome sentir de nuevo como una niña de seis años.

—Siento que ni siquiera sé quién soy —digo, escuchando inmediatamente las palabras de Seb en mi oído de esta noche.

—No seas tan ridícula.

Sus palabras son como un trapo rojo para un toro. Mi ira se desborda más rápido de lo que puedo contener.

—¿Ridícula? ¿Crees que soy ridícula? ¿Cómo no puedes ver lo frustrante que es esto? Lo he dejado pasar antes porque confío en ti, pero esto es una locura. Dime algo, papá. Dime algo real. —Tiendo las manos, sintiéndome totalmente desesperada.

Odio que Seb me haya afectado. Pero ya he tenido suficiente con todos los secretos y la mierda.

Vinimos aquí por una razón. Una muy buena razón, y antes, eso era suficiente para mí. Pero ahora no. Ahora quiero algo de verdad, algo real.

Papá se toma el contenido de su vaso y se levanta. Es alto y ancho. Para ser un hombre de su edad, sigue siendo muy guapo y tiene un cuerpo de infarto, gracias a las sesiones regulares de ejercicio de Calvin. Cualquiera mujer tendría suerte de tenerlo. Entonces, ¿por qué nunca ha tenido una? ¿Por qué ni siquiera parece querer una? O un hombre. Diablos, me importa una mierda si es gay.

Quizá ese sea el gran secreto.

No. Me sacudo el pensamiento de la cabeza. Esto es más grande que sus preferencias sexuales.

No se detiene hasta que está justo delante de mí.

Alarga la mano y me acaricia la mejilla.

—Eres lo más importante de mi vida, Stella. Todo lo que hago es para mantenerte a salvo y asegurar tu futuro—.

—Papá —suspiro, inclinándome hacia él—. Te lo agradezco, de verdad. Pero necesito más. Pero necesito más. Mudarme aquí, ha sido... —Más duro de lo que imaginé—. Diferente a todas las otras veces. No sé quién soy aquí.

—¿No te ha gustado animar esta noche? —Su mano se desliza de mi cara, dejándome helada.

—Esto no se trata de animar. Ni siquiera se trata de la escuela. Se trata de mí. Se trata de nosotros. Nuestra familia, nuestras vidas.

Deja escapar un largo suspiro, una mirada atormentada que no veo muy a menudo pasar por su rostro.

—Cuando llegamos aquí... —empieza, se lleva la mano al cabello y se lo aparta de la frente como si estuviera nervioso. No puede ser. Galen Doukas nunca se pone nervioso. Jamás—. Hay algunas personas de mi pasado que no me quieren aquí. Y a su vez, yo estaba preocupado por ti.

—¿Yo? A nadie le importaré. No tengo nada que ver con tu pasado.

—Cariño... —Suspira una vez más—. Estoy relacionado con gente peligrosa. Hombres despiadados que no se lo piensan dos veces antes de hacer lo que sea necesario para corregir algunos errores.

Mi ceño se arruga mientras le miro fijamente, con el corazón hundiéndose en mi pecho.

—Cierto. No sé por qué me molesté.

Giro sobre mis talones y me alejo de él, furiosa porque por una vez no puede darme una respuesta directa.

¿No cree que me he dado cuenta de esa mierda? Tenemos un equipo de seguridad, joder. No creí que fuera la maldita Madre Teresa.

Doy un portazo, sintiéndome como una niña petulante que no se ha salido con la suya, y me tiro en la cama.

Me llega el persistente olor de Toby de la otra noche y siento el impulso de llamarle. Algo me dice que lo entendería.

Lo dudo durante diez segundos antes de sacar el móvil del fondo del bolso y encontrar su número.

Me vuelvo a sentar contra el cabecero y me lo acerco a la oreja mientras suena la llamada.

Se me revuelve el estómago cuando se conecta la llamada, pero hay una conmoción al otro lado antes de que la línea se corte.

—De acuerdo entonces —murmuro para mí mientras bajo el móvil.

Miro fijamente la pantalla, esperando a que me devuelva la llamada, pero el silencio es inquietante.

La emoción me sube por la garganta y las lágrimas me queman el fondo de los ojos.

Doblo las piernas, las rodeo con los brazos y apoyo la cabeza en las rodillas.

He estado sola la mayor parte de mi vida de una forma u otra, pero nunca me había sentido tan sola.

Es culpa mía. Me permití necesitar a la gente en Rosewood, y ahora anhele esa conexión, esa amistad sin la que me las arreglé durante todos esos años.

Pienso en Emmie, en Calli. Demonios, incluso Theo aparece en mi cabeza mientras me niego a permitir que cierto chico moreno con malvadas intenciones en los ojos se deslice de nuevo en mis pensamientos. ¿Podría alguno de ellos convertirse en lo que necesito?

Me cubro con las sábanas y me tumbo con la cabeza llena de pensamientos a mil por hora.

Estoy agotada, pero el sueño parece eludirme, mi cuerpo feliz de permitir que mi cerebro siga provocándome hasta bien entrada la noche.

No tengo ni idea de qué hora es cuando llaman suavemente a mi puerta, pero no reacciono. No estoy en condiciones de mantener otra conversación con mi padre cuando sé que lo único que va a hacer es mentirme a la cara.

Al cabo de unos segundos, se invita a entrar. La luz del pasillo llena mi habitación, pero sigo sin moverme. Le doy la espalda y me concentro en mantener la respiración tranquila.

—Ojalá pudiera contártelo todo, nena —susurra, haciendo que mi cuerpo traidor se estremezca ante la emoción de su voz—. Pero me aterra lo que pensarás cuando descubras la verdad—.

Me quedo tumbada, con la cabeza en guerra consigo misma. Una parte de mí quiere darse la vuelta y exigir más, pero la otra escucha el dolor, el miedo en su voz, y eso finalmente vence.

—Lo siento, cariño.

No es hasta que se ha ido y mi puerta ha vuelto a cerrarse que suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo y las lágrimas contra las que luchaba por fin salen.

Y cuando por fin me duermo, es porque he llorado hasta dormirme.

CAPÍTULO 12

Sebastian

—¿Qué coño te ha pasado? —Theo pregunta en cuanto entro en su sala con cara de vagabundo.

—Quedé atrapado en la tormenta.

—Oh, no me había dado cuenta de que llovía barro. —Arquea una ceja.

—No seas un maldito sabelotodo. No te pega.

—No seas odioso, hermano. Ambos sabemos que mi culo es mucho más inteligente que el tuyo.

Le doy la espalda mientras camino con los zapatos mojados y llenos de barro por su precioso suelo de madera maciza hasta la cocina.

—¿Te importa, joder? —ladra detrás de mí.

—Ni un solo polvo.

Abro el armario de arriba y saco una botella de Jack que guardamos para emergencias.

Lo odio, joder, pero cuando has tenido una noche como la mía es una necesidad.

—Vaya, has debido de pasar una noche estupenda —bromea mientras me llevo la botella a los labios y bebo un trago tras otro. Me arde mucho la garganta, pero en cuanto el calor me llega al estómago y tengo la primera señal de que va a hacer su trabajo, sigo.

—Vaya, Seb. El entrenador tendrá tus cojones por la mañana si apareces colgando de tu culo. Tu concentración se ha disparado toda la semana—.

—¿Es una sorpresa? —ladro, finalmente me quito la botella de los labios y me limpio la boca con el dorso de la mano mientras lucho contra la necesidad de volver a vomitarlo todo.

Abandona el portátil en la mesita y se desliza hasta el borde del sofá.

—Has estado con ella, ¿verdad?

Coloco la botella sobre la encimera, dejo caer los antebrazos sobre ella y agacho la cabeza.

—Joder, Seb. Te va a joder.

Levantando la cabeza, encuentro sus ojos.

—¿Más de lo que ya estoy?

Sacude la cabeza, claramente sin ganas de sumergirse en mi desquiciado cerebro.

Se acerca, agarra la botella y se toma un trago. Después de tragar, hace un gesto de dolor y vuelve a dejarla en el suelo.

—¿Te la has vuelto a follar? —pregunta, con la mirada fija en mis manos cubiertas de barro.

—No. No le di el placer.

Una sonrisa de complicidad se dibuja en sus labios.

—Estás jugando con fuego. Espero que lo sepas.

—Si no, no sería divertido.

Saltando sobre el mostrador, toma otro trago.

—Ella no es como las otras.

—No me digas. La perra aún tiene mi navaja.

—Sí, sobre eso. ¿Cómo es que ni siquiera me dejas tocarla, y ella lo ha tenido por cuánto? ¿Doce horas?

—Ella es mejor acostada que tú —le digo.

—Curioso, porque no estoy seguro de recordar haber sido alguna vez tu putita.

—Tampoco quiero matarla con él. Dejaré que se lo quede un tiempo si eso le hace pensar que tiene ventaja. Pero lo recuperaré, y tendrá su sangre.

Si le escandalizan mis palabras, no lo demuestra.

—Me parece justo. Pero no lo hagas aquí. No me ocuparé del desorden.

—Veré lo que puedo hacer. Voy a darme una ducha.

—Y yo que pensaba que querías conservar la evidencia de esta noche.

Me viene a la cabeza la imagen de mi esperma cubriendo su pecho.

—La única con pruebas de lo que ha pasado esta noche es nuestra princesita.

El teléfono casi me hace un agujero en el bolsillo. Mi necesidad de sacarlo y mirar la imagen con la que la amenacé es casi demasiado fuerte para negarlo.

—¿Qué es esa mirada? —pregunta Theo. Hemos crecido como hermanos desde que íbamos en pañales. Puede leerme casi mejor que yo mismo.

—Nada que vaya a compartir contigo.

—Eso ya lo veremos. Resulta que creo que nuestra princesa se vería jodidamente bien entre los dos, ¿no?

Una oleada de posesividad abrumadora me golpea de repente. La idea de ver a Theo tocar lo que es mío me hace querer volver a sacar mi navaja.

Me rechinan los dientes mientras nos miramos fijamente, él esperando una respuesta verbal, aunque no creo que la necesite ni por un segundo.

—Tócala y te mataré.

—Me dirás que te estás enamorando de ella y que lo próximo será ponerle un anillo—.

Un gruñido retumba en mi garganta ante sus palabras, pero lo único que hace es echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

—Estaré en mi habitación si me necesitas. Duerme la mona para que no tenga que lidiar con el entrenador —dice, señalando la botella ya medio vacía antes de coger su portátil y una botella de Coca-Cola y desaparecer por el pasillo.

Saludo su espalda en retirada antes de ignorar su petición y llevarme la botella conmigo mientras me dirijo a mi dormitorio.

Juro por Dios que esta cochera se diseñó pensando en nosotros dos hace tantos años. Es un gran edificio de ladrillo adyacente a la casa familiar de Theo. No solo hay cuatro garajes debajo de nosotros para nuestros queridos bebés, sino que en cada dormitorio cabe una cama tamaño king con baño privado. La sala de estar es lo bastante grande para celebrar unas fiestas de muerte y, lo mejor de todo, estamos lo bastante lejos de la casa principal como para que ni la madre, ni el padre, ni los hermanos pequeños de Theo tengan ni idea de lo que hacemos.

El paraíso.

El único momento en que es mejor es cuando tengo compañía en mi enorme cama.

Miro mis sábanas negras y mi imaginación se desboca cuando me viene a la cabeza la

imagen de Stella retorciéndose en ellas. Sus tetas, sus pezones duros y pidiendo mi boca como esta noche.

Estiro la mano hacia abajo y froto mi largo a través del pantalón.

A la mierda con castigarla. Debería habérmela follado esta noche. Mi propia mano sólo me llevó hasta aquí.

Caigo desnudo en la cama tras una larga ducha que, si bien me ha servido para quitarme el barro del cuerpo, no me ha aclarado mucho la cabeza.

Pensaba que la mierda estaba mal antes, pero con ella aquí, ahora mi cabeza da vueltas más rápido de lo que puedo controlar.

Los pensamientos de venganza han estado en mi mente desde el día en que supe la verdad. Siempre pensé que era una quimera, una fantasía. Pero ahora está aquí. Todo en lo que he pensado, todo lo que he anhelado durante tanto tiempo está... estaba... justo bajo mis manos.

Tengo el poder de causar exactamente el mismo dolor que se impuso a mi familia.

Podría haberlo hecho ya. Podría haberlo hecho esa primera noche.

Tenía la pistola allí mismo.

Podría haberlo hecho esta noche mientras tenía esa navaja en su garganta. Podría haberlo hecho y dejarla allí para que su padre la encontrara en horas o incluso en un día. Su cuerpo sin vida en medio de un cementerio embarrado. Él no lo habría visto venir, porque piensa que su inocente princesita está a salvo con nosotros. Puede que el jefe haya dado la orden de que la protejamos, pero no tiene ni idea de las ideas que me rondan la cabeza desde hace años cuando se trata de la persona más preciada de su vida.

Permanezco tumbado, mirando al techo, repasando los acontecimientos del día. Cada músculo de mi cuerpo está tenso mientras sigo preguntándome si debería haberme hundido dentro de ella, si eso habría ayudado a asentar algo dentro de mí. Tal y como están las cosas, estoy aquí tumbado, duro como una puta roca, repitiendo una y otra vez que la tengo atrapada debajo de mí.

No tengo ni idea de a qué hora me desmayé, pero cuando me desperté a la mañana siguiente, la cabeza me latía con fuerza a causa del Jack con el estómago vacío y de mi sueño agitado, lleno de sueños retorcidos y sucios sobre Stella en aquel cementerio.

Acerco la mano a la mesilla de noche y tanteo hasta que toco el teléfono.

Al despertarme, hago una mueca de dolor mientras miro fijamente la brillante pantalla, pero en cuanto la imagen se aclara, me pongo de pie como un rayo y el corazón me salta a la garganta.

—Putra madre —suspiro, con los ojos clavados en la cara de Stella.

A la luz del día, la imagen que tomé de ella es totalmente distinta.

Joder, es preciosa.

Sus manos y antebrazos están casi completamente sumergidos en el agua. Tiene la cara salpicada de barro, el maquillaje corrido, los labios carnosos, casi como si hubiéramos pasado la última media hora besándonos. Me muerdo el labio inferior y se me hace la boca agua al recordar lo que sentí al hacerlo.

Caigo de espaldas sobre la cama y mantengo la imagen frente a mí mientras envuelvo mi longitud con los dedos.

El sonido de sus gemidos mientras me burlaba de ella con mi navaja y me metía su pezón en la boca me llena los oídos mientras me masturbo, deseando como un demonio estar a punto de correrme sobre sus perfectas tetas una vez más.

Con los ojos clavados en la segunda mejor cosa, gimo mientras mi liberación me golpea en minutos vergonzosamente cortos.

—Seb, saca el culo de la cama. Tenemos entrenamiento —me llama Theo, golpeando la puerta con el puño y dándome un susto de muerte.

—Vete a la mierda —ladro, volviendo a apoyar la cabeza en la almohada.

—No se puede. Tienes diez minutos o iré a buscar a los niños.

Yo gruño. No sería la primera vez que Theo deja entrar aquí a sus hermanos pequeños para que salten sobre mí hasta que no tenga más remedio que levantarme de la cama si algún día quiero tener hijos propios. No me imagino que les dijera que entraran aquí y me pisaran los trastos a la mínima oportunidad, pero así fue más o menos.

—No querrás que me vean ahora.

—Deja de masturbarte, Seb. Se te va a caer.

Sus pasos suenan mientras me deja.

—Hace falta ser uno para conocer a otro, gilipollas —grito lo bastante alto para asegurarme de que lo oye.

Me aseo antes de ponerme un pantalón de chándal y una camiseta de *Knight's Ridge*, cojo las maletas de un lado y abro la puerta de un tirón.

—Vamos entonces —exijo mientras camino por la casa—. Me debes un café por el camino.

—¿Cómo lo has sabido? —murmura, cogiendo sus bolsas y dirigiéndose hacia la puerta.

—Me cortaste la inspiración.

—No cuenta si es con tu propia mano, gilipollas.

—Claro que sí. Tu voz me hizo perder el subidón.

—Deja de hablar.

—Estaba justo en ese momento. Lo sabes, el punto de no retorno, y entonces tu voz simplemente... lo mató —digo, luchando contra una sonrisa burlona.

—Mi voz nunca te había molestado en plena acción —bromea.

—Si te refieres a cualquier momento en que ha habido una chica entre nosotros, eso es totalmente diferente. Su desnudez mitiga tu presencia.

—Increíble. Te invito a un café si así te callas. —Casi arranca la puerta de su Maserati antes de tirar sus maletas en la parte trasera y dejarse caer en el asiento.

—Trato hecho. De todas formas no quería darte los detalles de mi sesión en solitario.

Me mira con los ojos entrecerrados por la frustración.

—Oh, vamos, como si no te hubieras cargado a una esta mañana. Vi cómo mirabas a la chica emo ayer por la mañana. Apuesto a que te encantaría tener su lápiz labial negro en tu...

Theo pisa a fondo el coche, tirándome de espaldas al asiento y cortando mis palabras.

—¿Un tema delicado? —pregunto con humor.

—Estás siendo un capullo esta mañana. Deberías habértela follado. Podría haberte relajado un poco.

Le hago señas para que se detenga al final del camino de entrada y salgo a la calle en dirección a Costa.

Somos los dos últimos en entrar en los vestidores para nuestro entrenamiento matutino y todas las miradas se vuelven hacia nosotros. La mayoría tienen la habitual expresión de duda en sus rostros, pero siempre hay un par que se creen lo bastante hombres como para plantarnos cara y cuadrar los hombros en señal de desafío. Los únicos tres que apenas nos prestan atención

mientras entramos son Alex, Nico y Toby.

—¿A qué hora llamas a esto? —exclama Alex, poniéndose las botas.

—Ese cabrón estaba demasiado ocupado masturbándose con la princesa —anuncia Theo, para diversión de Alex y Nico. La cara de Toby, sin embargo, se desencaja cuando sus ojos encuentran los míos.

—¿La viste anoche?

—Deberías haber visto su estado. Llegó empapado y cubierto de barro —dice Theo, ya sea ajeno a la reacción de Toby o alimentándola. A veces es difícil saberlo con él.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Está enfurruñado porque ella no le dejó llegar hasta el final.

—Theo —ladro.

—Siempre está como un oso con la cabeza dolorida cuando no tiene suficiente coño —se une Alex.

—Es demasiado temprano para esta mierda. Como si alguno de ustedes, cabrones, hubiera tenido suerte anoche.

Tanto Alex como Nico sonríen.

—Váyanse a la mierda, todos ustedes.

Saco las botas de la mochila y salgo furiosa, dejándolas para que cotilleen sobre mí. Esta mañana no tengo paciencia para estas gilipolleces.

Recorro la corta pasarela que conduce a nuestro campo de entrenamiento con el banco del fondo a la vista cuando me topo de frente con un cuerpo macizo.

—Vaya —dice el entrenador, apoyando las manos en mis hombros y empujándome hacia atrás. Me mira a la cara durante un segundo. No tengo ni idea de lo que ve. Mi resaca. Mi enfado. El hecho de que estoy al límite de mi maldita paciencia. Sea lo que sea, hace que frunza el ceño preocupado.

—¿Estás bien, hijo?

Mis labios se separan para mentir, para decirle como a todos los demás que todo va bien. Pero, por alguna razón, las palabras no salen de mis labios como de costumbre.

—Vamos.

Me da un suave empujón en dirección a su despacho, y no tengo más remedio que dirigirme en esa dirección.

Me dejo caer en la silla frente a su escritorio antes de que él ocupe su sitio al otro lado.

—Sé que es un momento difícil para ti ahora, Seb.

Me burlo, porque duro ni siquiera empieza a describir lo que es esta época del año.

Jodidamente insoportable es más bien.

Me siento hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y le miro, esperando qué más va a decir para intentar mejorarme la vida.

—¿Cómo está tu madre?

Sigo mirando fijamente.

Sólo hay un puñado de personas que saben la brutal verdad de lo mal que está mi madre, y Coach no es una de ellas. Él sabe que ella lucha desde la pérdida que sufrió nuestra familia, pero no tiene ni idea de que está a un disparo de dejarme huérfano.

—Lo mismo de siempre. Creo que a estas alturas hace mucho que no tenemos una cura milagrosa, entrenador.

Asiente, parece totalmente fuera de sí.

En su día, tuvo una carrera futbolística bastante prolífica, pero no estoy seguro de que ser entrenador de instituto fuera nunca realmente su vocación en la vida. Quiere ayudar, lo veo en sus ojos. Quiere apoyarnos, ayudarnos a conseguir lo que nuestro corazón desee, ya sea el fútbol profesional o cualquier otra cosa. Pero hablar de cosas pesadas con adolescentes dañados no es realmente su fuerte.

—Sólo necesito un par de semanas —miento—. Las cosas se calmarán, volverán a la normalidad. —Sea lo que sea eso—. Me centraré de nuevo.

—No me preocupa tu concentración en el campo ahora mismo, Seb. Estoy preocupado por ti. Por el camino que estás tomando.

—Sé lo que hago.

Arquea una ceja y pregunta en silencio:

—¿Y tú?

Todo el mundo sabe quiénes somos, lo que representan nuestros apellidos y el tipo de cosas que se esperan de nosotros en el futuro. Nadie más que Theo. Y veo preocupación en los ojos de la mayoría de nuestros profesores.

Supongo que ser un soldado de la Familia no es exactamente lo que ellos consideran un futuro exitoso. Quieren que vayamos a Oxbridge y hagamos fortuna como abogados, médicos, doctores de grandes corporaciones, igual que los padres que pagan las locas matrículas que este lugar exige para permitir que sus hijos asistan.

Pero esa no es nuestra realidad. Puede que lleguemos a la universidad -siempre ha estado en mis planes y en los de Theo, dependiendo de lo que quiera el jefe-, pero nuestro futuro quedó sellado el día que nacimos con sangre Cirillo corriendo por nuestras venas.

—Te quedan nueve meses aquí, Seb. Aprovechalos al máximo. Vas a ser adulto durante mucho tiempo.

No lo sé, joder. Pero lo que el entrenador no entiende es que llevo años siendo un puto adulto. Cada vez que le quitaba un biberón de las manos a mamá, la llevaba a la cama, la bañaba, le cepillaba el pelo enmarañado, crecía un poco más hasta que no era más que un niño ahogándose en la realidad de ser un hombre en nuestro mundo.

Sangre, muerte y corrupción.

Ahí es adonde nos dirigimos, y no hay nada que podamos hacer al respecto.

Llevo trabajando el tiempo suficiente para saber exactamente lo que se espera de mí. Me he ensuciado las manos en más ocasiones de las que quiero pensar sólo por intentar mantener viva a mamá. Es parte de lo que soy.

Forma parte de todos los que me rodean.

Incluso mi pequeño infierno.

Sólo que ella aún no lo sabe.

Y va a ser tan jodidamente hermoso cuando por fin sepa la verdad. Cuando descubra de lo que soy capaz y de cuántas maneras he soñado vengarme.

Mis puños se enroscan, el hambre de sangre y represalias hace que mi odio arda al rojo vivo.

—¿Qué me dices? —La voz del entrenador vuelve a mí, pero no tengo ni puta idea de lo que acaba de decir. Las imágenes en mi cabeza son de nuestra princesa a mi merced, su piel manchada con su sangre cortesía de mi navaja, que ha robado. Y todas me consumen.

—Sí, de acuerdo, entrenador —digo, esperando que sea lo que quiere oír antes de levantarme de la silla, coger mis botas y salir de su despacho.

Para cuando salgo corriendo al campo, los demás ya están haciendo ejercicios.

Me pongo al lado de Toby, que me mira, con una advertencia en sus ojos azul claro que yo ignoro.

Está preocupado por la princesa. Bueno, que se joda él y que se joda ella.

Ella no necesita que nadie la cuide, y él necesita mantener su maldita nariz fuera de mis asuntos.

CAPÍTULO 13

Stella

Un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras estoy en mi casillero unos minutos antes de que suene el timbre de fin de la comida del viernes por la tarde.

Ayer fue sospechosamente tranquilo tanto de Seb y su pequeña pandilla, y Teagan.

Me pasé todo el día mirando por encima del hombro, esperando que me tiraran de la manta, pero cuando llegué al entrenamiento de gimnasia después de clase pronto descubrí que Teagan y sus zorras no sólo me estaban evitando, sino que se habían saltado todo el día.

La práctica fue increíble sin sus miradas penetrantes cortándome la piel. Por primera vez desde que empecé aquí, pude perderme en algo que me gustaba y olvidarme de toda la mierda de papá y de los idiotas de los que me rodeaba. Quiero decir que también pude olvidarme de *él* y de nuestro segundo altercado en el cementerio, pero sería una gran mentira, porque los recuerdos de tenerlo encima de mí, presionándome contra el suelo blando y fangoso bajo mis pies, no se van.

Como volvía a tener carro, no encontré a nadie esperándome para acompañarme a casa. Mi tarde era casi agradable, por lo que esperaba que alguien viniera corriendo a arruinarla.

A pesar de saber que me está observando, me niego a darle la vuelta. No debería tener tanto poder sobre mí, y de ninguna puta manera voy a permitirle que vea que su mera presencia me afecta de alguna manera. Su ego ya es demasiado grande. Teagan y su banda de zorritas lo han inflado a base de bien.

Todo el mundo aquí, de hecho, parece estar aterrorizado de Seb y sus chicos o adorar el suelo que pisan.

Son los reyes -o caballeros, supongo- de la escuela, pero no se diferencian en nada de los gilipollas arrogantes de todos los demás institutos a los que he ido. Sólo tienen cuentas bancarias del mismo tamaño que sus egos para comprar lo que se les antoje.

La cara de Toby parpadea en mi mente.

¿Por qué es amigo de esos idiotas? Puede que sólo haya pasado unas horas con él, pero no parece como ellos. Bueno, no como Seb.

Cojo el libro que necesito para esta tarde y cierro la taquilla. Normalmente, tengo que ir hacia donde está él, pero como me niego a acercarme a él, doy un paso en dirección contraria, más que contenta de tomar el camino largo hacia mi última clase del día.

Sólo doy dos pasos cuando alguien aparece ante mí.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —pregunto, mirando el ojo morado y el labio partido de Toby.

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en el lado sano de su boca mientras apoya los hombros en el banco de taquillas que hay junto a nosotros.

—Deberías ver al otro tipo.

Pongo los ojos en blanco ante su intento de dejarlo de lado.

—No te tenía por un rufián. —Sé que Theo y Alex todavía tienen heridas de lo que sea que se metieron la otra noche, pero tengo esas vibraciones de ellos. Son privilegiados, gilipollas ricos. Es lógico que también sientan la necesidad de demostrar su valía con los puños.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Oh, misterioso.

Sus ojos se clavan en los míos, una suave sonrisa se dibuja en sus labios antes de mirar detrás de mí por un instante.

—Dios mío, era él —suspiro, dándome cuenta de repente.

—Déjalo, ¿vale?

Aprieto los puños y frunzo los labios.

Está claro que Toby también tiene mucho que aprender sobre mí, porque de ninguna puta manera voy a dejarlo así.

Giro sobre mis talones, dispuesta a marchar hacia él, pero justo cuando estoy a punto de dar un paso me doy cuenta de que no necesito moverme ni un centímetro.

—Diablilla, ¿cómo te va? —pregunta, su voz tan suave como el chocolate derretido y una sonrisa de satisfacción jugando en su rostro molesto guapo.

—Tú —escupo, golpeándole justo en el pecho—. ¿Cuál es tu puto problema?

—¿Yo? —pregunta, con una falsa inocencia cubriendo su rostro antes de inclinarse hacia mi oído para que sólo yo pueda oír su respuesta. Su aliento caliente me hace cosquillas en el cuello y tengo que luchar como una loca para no reaccionar—. Creo que los dos sabemos que tengo más de un problema. Pero ahora mismo, mi problema es tu compañía.

Se retira, pero no lo suficiente como para salir de mi espacio.

—No comparto mis juguetes, Diablilla —advierte.

—Menos mal que no soy tuya para jugar, ¿no?

—Curioso, no recuerdo que dijeras eso la otra noche.

Entrecierro los ojos en señal de advertencia, pero Toby se me adelanta.

—Déjalo, Seb.

—Vete a la mierda, Tobes. Esto no te concierne.

—Y una mierda que no. No me quedaré aquí viendo cómo le arrancas las tiras para tu propia diversión.

Los fríos ojos de Seb abandonan por fin los míos en favor de los de su amigo.

—Atrás —gruñe.

—A la mierda —ladro, sin ganas de estar en medio de este concurso de meadas de machos. Me alejo de los dos y doy un paso cuando una mano me agarra el brazo.

El bolso que llevo en la mano cae al suelo y actúo por instinto, algo que Seb claramente no se espera cuando tres segundos después se encuentra apretado contra la pared de enfrente, con mi rodilla en la parte baja de la espalda y el brazo retorcido tan hacia atrás que probablemente esté a punto de salirse de su sitio.

Respiro hondo y el corazón me late a mil por hora mientras recuerdo lo que me rodea.

El silencio ondea por el pasillo un instante antes de que la atención de todos los estudiantes que merodean por aquí antes de clase me erice la piel.

—Ya lo has dicho, Diablilla. Ya puedes soltarme, joder —se queja Seb, con la voz baja por la rabia apenas contenida.

No me puedo imaginar que alguien consiga lo mejor de cualquiera de estos chicos, y

mucho menos la chica nueva.

Intento no sonreír cuando se estremece contra mi abrazo, pero no puedo evitarlo y mis labios se crispan.

—Que me jodan —anuncia una voz familiar desde algún lugar detrás de mí—. Eso ha sido lo mejor que he visto en todo el año. Princesa —suspira, con el orgullo rezumando en su voz—, hazme esos movimientos, chica. Estaré feliz de forcejear contigo todo el día.

Un gruñido retumba en la garganta de Seb.

—Diablilla —me advierte, pero sigo sin aflojar.

En lugar de eso, me inclino más hacia él. Tengo que ponerme de puntillas, pero consigo que mis labios toquen su oreja.

—Te has equivocado de enemigo, Sebastian. Ahora pídemelo amablemente —exijo con una sonrisa burlona, lo que me hace ganar un aullido de quienquiera que esté detrás de mí tragándose como si estuviera viendo una puta película.

Las fosas nasales de Seb se inflan mientras exhala un suspiro tenso.

—Espero que sepas que podría tenerte de espaldas en dos segundos si quisiera —advierte—. Podría joderte aquí mismo delante de todo el sexto curso—.

Sus palabras están muy lejos de la realidad. Puede que esté acostumbrado a que los demás le tengan miedo, pero yo no se lo daré.

Su mandíbula tics como mi única reacción es reír.

—Aunque tuvieras cojones, sabes que te los cortaría con tu propia navaja antes de que te acercaras—.

La tensión y el odio crepitan entre nosotros mientras aprieto la rodilla con más fuerza.

La campana suena a nuestro alrededor y el murmullo de la gente que empieza a moverse llena mis oídos, pero la atención sobre nosotros dos no se aparta en ningún momento.

—¿Qué están haciendo? —ladra una voz grave por el pasillo—. Vayan a clase—.

Retrocedo justo a tiempo para ver al señor Davenport con cara de pocos amigos al ver a casi todos sus alumnos holgazaneando cuando deberían estar yendo a clase.

Seb se arregla la camisa y la corbata mientras nuestro Jefe de Sexto se detiene ante todos nosotros.

—¿Todo bien, señorita Doukas?

—Nada que no pueda manejar, señor—. Le sonrío dulcemente y él asiente, lanzando miradas penetrantes a los chicos que están detrás de mí.

—Clase, por favor. Todos ustedes.

—Señor —murmuran todos a la vez. Él les cree o, como casi todo el mundo por aquí, les tiene pánico y desaparece al doblar la esquina.

Me doy la vuelta, coloco las manos en las caderas y entrecierro los ojos hacia el público.

Mis labios se separan para arrancarles uno nuevo cuando noto algo.

—Joder, ¿te estás multiplicando? —Mis ojos se centran en el chico nuevo. Es obvio quién es, o al menos con quién está emparentado, y gimo, cinco se han convertido rápidamente en seis.

—Princesa —dice Alex con una amplia sonrisa—. Te presento a mi gemelo malvado, Daemon.

Miro entre los dos, observando todas sus similitudes. En realidad, son tan jodidamente idénticos que dudo que fuera capaz de distinguirlos si no estuvieran uno al lado del otro.

—Oh, genial. Otro con el que lidiar.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Daemon.

—No te preocupes, princesa. No estoy mucho por aquí. —Su voz es profunda, más profunda que la de Alex, y cuando sus ojos recorren todo mi cuerpo no puedo evitar sentir un ligero temor. Y eso ya es algo, porque me han enseñado a no temer a nadie. Pero este tipo, hay algo... en realidad, no. No hay nada. Su cara es una máscara. Pensé que Seb llevaba bien la suya, pero realmente no es nada comparado con este tipo.

—Bien, por muy divertido que haya sido ver cómo la princesa le pateaba el culo a Seb, deberíamos ir a clase —dice Theo, indicando a sus secuaces que se muevan.

No hizo falta observarles mucho estos últimos días para darse cuenta de que él es el líder aquí. En cuanto ladra una orden, todos suelen saltar como buenos cachorritos. Es casi divertido.

Theo, Alex, Nico y el nuevo se van, dejándome de nuevo entre Toby y Seb.

—Bueno, como él dijo, esto fue divertido y todo...

—Esto no ha terminado, Diablilla.

—Por supuesto —murmuro, alargando la mano para cogerle el bolso a Toby, ya que es todo un caballero y me lo rescató después de que yo lo abandonara para patearle el culo a su colega—. ¿Qué gracia tendría dejarlo aquí? —exclamo, con los ojos tan en blanco que me duelen.

Lo miro por encima del hombro, lo despido con un gesto de la mano y salgo por el pasillo.

Me pisan los talones, pero sé que es Toby. No siento el odio de la mirada de Seb clavándose en mi espalda.

En cuanto doblamos la esquina y nos perdemos de vista, sus cálidos dedos rozan mi mano. Está claro que ha aprendido la lección de Seb, porque no llega a agarrarme.

—Espera.

Me detengo y me giro para mirarle.

—Tu apellido —dice, con el ceño fruncido—. ¿Es griego?

—Eh... S-sí, aunque no estoy segura de que haya realmente un hueso griego en mi cuerpo —bromeo—. ¿Por qué?

Sus ojos sostienen los míos unos segundos más.

—Nada en especial. ¿Qué clase tienes? Te acompaño.

—No —afirmo—. Ya llegamos tarde. Puedo seguir yo. Después de todo, sé cuidar de mí misma. —Le guiño un ojo y, por suerte, vuelve a la realidad y esboza una sonrisa—. Eso fue muy sexy, para que lo sepas.

—Me alegro de que lo disfrutaras. Hasta luego. —Con una sonrisa, salgo por el pasillo hacia mi última clase de la semana.

He sobrevivido a la primera semana en *Knight's Ridge*... a duras penas. Sólo puede mejorar de aquí en adelante. No es como si me hubiera hecho enemigo de uno de los reyes de la escuela, quien, en sus propias palabras, me quiere muerta.

Lo que sea. He manejado cosas peores.

—Es fin de semana —canta Calli mientras volvemos al vestidor después del entrenamiento de animadoras.

Extrañamente, Teagan y sus perras siguen felizmente ausentes, algo de lo que no podría

alegrarme más. Todo el equipo parece más relajado sin ellas.

—Sí —suspiro—. Estoy más que lista para un fin de semana de nada.

—¿Nada? —me pregunta Calli, abriendo su taquilla y sacando su mochila.

—Sí. Esta semana ha sido... —No tengo oportunidad de encontrar una palabra, porque ella toma el relevo.

—Emocionante. Derribaste a Seb delante de todo el sexto curso. Chica, no hemos visto esa emoción en... nunca. Fue jodidamente épico.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

Sí, fue bastante espectacular, si me permiten decirlo.

—Ni siquiera lo vio venir, por lo que oí. Le has dominado totalmente.

—Necesita una o dos lecciones.

—Bueno, creo que definitivamente lo hiciste. Nadie se va a meter contigo pronto—.

—Sólo puedo esperar, ¿verdad? —murmuro mientras me dejo caer en el banco y me llevo la botella a los labios.

—Así que vienes a la fiesta esta noche —anuncia Calli.

—Err... Realmente no creo que lo haga.

—Oh, vamos. Tienes que celebrarlo.

—¿Celebrar qué? —pregunto, mirándola mientras se pone una sudadera.

—Ser la nueva zorra mala de *Knight's Ridge*.

—¿Es una etiqueta lo que quiero? —Bromeo.

—Podría ser peor. Podrías ser invisible como yo.

—Tú no... —Calli me mira con el ceño fruncido—. Sólo llevo aquí una semana. ¿Qué sé yo?

—Es culpa de mi maldito hermano. Asustó a todos los chicos en un radio de treinta kilómetros antes de que me crecieran las tetas.

Resoplo una carcajada.

—¿Quién es tu hermano?

Me mira fijamente como si acabara de preguntar mi propio nombre.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Ha sido una semana intensa. No he estado precisamente aprendiéndome los árboles genealógicos de todo el mundo.

—Entonces definitivamente tienes que venir a esta fiesta esta noche. Averigua quién es cada uno. Te daré una clase magistral.

—Creo que ya he descubierto de quién tengo que alejarme.

—Eso puede ser cierto. Pero, ¿funciona?

El silencio llena el espacio entre nosotros durante un par de segundos y me vienen a la cabeza pensamientos sobre copas y baile. Quizá no sea tan mala idea.

—Toby estará allí —añade, con la esperanza de convencerme.

—Lo que significa que los otros idiotas también lo serán.

—Que se jodan. No son tus dueños. Y tú mereces divertirte.

—¿Y qué hay de ti? ¿No tienes otros amigos con los que salir?

Calli palidece ligeramente, y la expresión de su cara me golpea como un bate de béisbol porque la reconozco demasiado bien. Demonios, la estoy viviendo.

Está sola. Algo me dice que quienquiera que sea su hermano no sólo ha asustado a los chicos, sino también a las chicas.

—¿Sabes qué? Me encantaría ir de fiesta. —Su cara se ilumina como un maldito árbol de Navidad mientras la sonrisa más genuina que he visto se dibuja en su rostro—. Pero tengo que irme a casa. Tengo que dejar el carro y agarrar algunas cosas.

—Te seguiré —dice Calli entusiasmada—. Puedes agarrar lo que necesites y luego podemos ir a prepararnos a mi casa. Nuestros padres están fuera el fin de semana, así que puedes quedarte. Quiero decir, si quieres.

—Suenan muy bien.

Después de recoger nuestras cosas, Calli prácticamente sale rebotando del vestidor y, por primera vez desde que me mudé aquí, siento de verdad que podría haber encontrado algo fuera de todo el drama.

CAPÍTULO 14

Sebastian

—Hermano, eso fue brutal. ¿Quién iba a saber que lo llevaba dentro? —Alex se ríe, y no por primera vez desde que me encontraron contra la pared con el cohete de bolsillo.

—¿Aún no hemos superado esto? —pregunto después de darle un trago a mi cerveza.

—Amigo, nunca vamos a superar esto —añade Theo, dejándose caer en el sofá de enfrente y pasándome otra botella—. Estaba así de bueno.

—Lo que sea —murmuro—. Se lo he puesto fácil. Podría haberme librado en un santiamén si hubiera querido.

—Claro que sí —añade Toby, su ojo morado por intentar meterse en medio de este asunto entre Stella y yo es un recordatorio constante de que no es de su puta incumbencia y que tiene que mantener sus putas manos quietas.

No mentía cuando les dije tanto a Theo como a Stella que no comparto, joder.

Puede que lo haya hecho en el pasado. Theo y yo, diablos, incluso Alex y yo, hemos tenido nuestra parte justa de diversión con cualquier chica dispuesta. Pero esa no es Stella. Y no sólo porque ella es cualquier cosa menos dispuesta.

—¿Dónde aprendió todos esos movimientos? —Nico pregunta.

Los ojos de Theo se encuentran con los míos, los de Alex un instante después.

—Obviamente hace MMA además de gimnasia y animación —dice Toby, aunque por la forma en que mira entre los tres, diría que cada vez sospecha más de lo que ocultamos.

—Explica su cuerpo, supongo —añade Nico—. Está jodidamente buena—.

Mi cabeza se inclina hacia un lado para mirarle.

—Reclama todo lo que quieras, hermano. Ella claramente no está interesada en lo que tienes que ofrecer. Por lo que veo, todo vale en el amor y en la guerra. —Me guiña un ojo antes de sonreír a Toby.

—No, ella es mía.

Nico se ríe mientras se levanta.

—Y es mi puto cumpleaños —bromea antes de desaparecer por el pasillo con Toby pisándole los talones.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Alex, dándole una calada a su porro.

—Sospechan algo. —Theo dice exactamente lo que estoy pensando—. Tenemos que decirles.

—Tenemos que decirles que se jodan.

—Seb —suspira, pasándose los dedos por el pelo—. No me refería a todo. Sólo... a quién es. El hecho de que no tiene ni idea.

—Tal vez es hora de que aprenda —sugiere Alex.

—¿Para que pueda correr? Que se joda.

Los dos me miran incrédulos.

—En primer lugar —dice Theo, levantando un dedo—. Pensé que querías que se fuera. Y segundo, ¿parece el tipo de chica que huye de todo?

—Quiero que se vaya. Pero quiero ser yo quien lo haga.

—Tienes que calmarte —dice Alex, pasándole el porro.

—¿Daemon viene esta noche? —le pregunto, cogiendo una fumada y aguantándolo.

—Está trabajando.

—No me sorprende. ¿Alguna vez se deja de tonterías de actos malvados?

—¿De verdad necesitas que responda a eso? —pregunta Alex, exigiendo que le devuelvan su porro.

—Me parece justo. —El trino del timbre atraviesa la casa antes de que unos pasos se dirijan en esa dirección—. ¿A qué hora llega el marica? —pregunto, tratando de ignorar el hecho de que la única chica que quiero cerca de mí no estará aquí esta noche.

Lo más probable es que esté en casa. Sola. Me froto las manos por la suave tela vaquera que cubre mis muslos, tratando de apartar los pensamientos de alejarme de esta fiesta para tener una privada para mí sola.

—Eso no va a ayudar. —Theo murmura como si pudiera leerme la mente.

—Da igual. —Robo lo que queda del porro de Alex, cojo una botella llena de cerveza de la mesa y me dirijo a la puerta trasera.

—Seb —advierte Theo—. Mantente alejado de ella.

Tirándole por encima del hombro, doblo la esquina y atravieso la puerta.

La casa de Nico está en el mismo terreno que la de Theo, aunque la mayoría de la gente nunca lo sabría con el espeso bosque que los separa.

Me dirijo al bosque que hay al final del jardín y me dejo caer con la espalda apoyada en el viejo roble mientras me llevo el canuto de Alex a los labios.

Saco el móvil del bolsillo y vuelvo a abrir la foto de Stella.

—Joder —chasqueo, tirándolo al suelo antes de volver a levantarlo rápidamente—. Joder.

Abandono la cerveza y me encuentro junto al coche antes de darme cuenta de que he tomado una decisión. Y a pesar de que sé que es una mala idea, me subo y salgo volando de la entrada.

El viaje a casa de Stella dura menos de cinco minutos. Parece que a Galen no le preocupaba demasiado que volvieran, porque los ha trasladado de nuevo justo al centro del territorio de Cirillo.

Su carro es el único que está estacionado delante de su casa cuando llego después de dejar el mío un poco más abajo.

Echo un vistazo por las ventanas de la parte delantera de la casa y la encuentro vacía. Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras me deslizo por la parte trasera de la casa y localizo una puerta. Espero que esté cerrada con llave, pero, para mi sorpresa, cuando empujo el picaporte hacia abajo, éste se desliza con facilidad y la puerta se abre con un chasquido.

En silencio, me deslizo por la casa y encuentro las escaleras. El sonido de alguien moviéndose en una de las habitaciones que hay detrás de mí hace que el corazón me dé un vuelco en la garganta mientras subo, pero no es suficiente para detenerme.

Asomo la cabeza por todas las habitaciones del primer piso y no paro hasta encontrar una que sólo puede ser la de Galen.

Mi necesidad de entrar y causar estragos es casi demasiado fuerte como para ignorarla, pero por muy tentador que sea, destrozar su dormitorio difícilmente va a darle donde más le duele.

Puede que se marchara hace tantos años, pero está claro por esta casa, por el hecho de que Stella asista a *Knight's Ridge*, que aún tiene mucho dinero.

Me hace preguntarme si hay algo más en toda esta historia de lo que nos han hecho creer.

Me deshago de esos pensamientos tan rápido como surgen porque nada de eso importa. Lo único que importa es que corrijo un error. Que aprenda que no puede volver a esta familia como si nada hubiera pasado. Como si nunca nos hubiera traicionado.

Al fallar en el primer piso, subo al segundo.

En cuanto abro la primera puerta, sé que le pertenece. Me llega su olor y mi polla se agita en mis jeans.

Escudriño la habitación mientras me deslizo dentro en busca de alguna pista de que pueda estar aquí, pero no hay ninguna. Una puerta al otro lado de la habitación me llama la atención y se me dibuja una sonrisa en los labios. Si está en la ducha, me ha tocado la lotería. No solo tendré el factor sorpresa de mi lado, sino que ella se habrá despojado de su armadura.

Atravieso la habitación y me fijo en todo lo que tiene expuesto, que para ser justos no es mucho. Hay una fotografía de ella y otras dos chicas que supongo que es de Estados Unidos, pero aparte de eso, no hay nada personal. Sólo el maquillaje habitual y ropa desechada sobre una silla en un rincón.

Me detengo cuando llego a su cómoda y miro por encima del hombro para asegurarme de que no me está mirando cuando abro el cajón y encuentro exactamente lo que esperaba.

Con una risa silenciosa, saco un tanga rojo de encaje y lo balanceo entre mis dedos.

Perfecto para añadir a mi creciente colección.

Echo un vistazo al resto del cajón y me planteo llevármelo todo sólo para cabrearla, pero me abstengo de llenarme los bolsillos con su ropa interior y me limito a un par.

Necesitado de actuar antes de que me descubran, me dirijo a lo que espero sea la puerta del baño y, tras exhalar un largo suspiro, la abro de golpe y entro, dispuesto a abalanzarme sobre ella.

Sólo que la habitación está vacía.

—Joder —ladro, dándome la vuelta, medio esperando que me ataque por detrás, pero no hay nadie.

Como no quiero irme sin decirle que he estado aquí, encuentro un pintalabios abandonado en su tocador y le dejo un mensaje en el espejo del baño. Es de la vieja escuela, pero me gusta.

Todavía sonrío para mis adentros mientras vuelvo a bajar las escaleras, pero enseguida se me borra la sonrisa cuando me encuentro cara a cara con una señora mayor con un rodillo de amasar en la mano.

—Oh... eh... estaba buscando a Stella —digo, sosteniéndole la mirada como si estuviera exactamente donde debo estar.

—Ha salido con una amiga. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Uh, no. Su carro estaba aquí así que supuse... que la llamaría en su lugar. Lo siento mucho si te he asustado.

Me dirijo hacia la puerta que me permite entrar, sus ojos entrecerrados me siguen todo el camino.

—Que pases una buena noche —le digo, lanzándole mi mejor sonrisa antes de desaparecer de su vista.

Cuando vuelvo a mi carro, encuentro mi teléfono donde lo dejé, en la consola central, iluminado como Oxford Street en Navidad.

El nombre de Theo parpadea en la parte superior y gimo. Ha descubierto que he desaparecido.

—Joder —murmuro cuando descubro que esa ha sido solo una de las quince llamadas desde que salí del carro.

Tarda treinta segundos en volver a intentarlo.

—¿Qué? —ladro cuando se conecta la llamada.

—¿Dónde coño estás?

—Conduciendo.

—Seb, ¿qué has hecho?

—¿Qué te hace pensar que he hecho algo?

—Porque estás cabreado, y soy más que consciente de algunas de las jodidas decisiones que has tomado en el pasado.

—No voy a hacer nada estúpido. —Como entrar en la casa de los Doukas y robar un par de bragas de Stella como un acosador espeluznante.

—Tienes que volver aquí.

—¿Por qué? ¿Alex está mal de la cabeza otra vez? —pregunto, aunque sé que no. Le robé el porro y me siento bien. Lo que había en el del lunes por la tarde claramente no estaba en el de hoy.

—Sólo trae tu culo de vuelta aquí.

—Sí, vale. Como quieras.

Casi le ignoro, me meto en Facebook a ver si encuentro dónde vive la amiga emo de Stella, pero al final decido que probablemente ya la he acosado bastante por una noche y sigo las órdenes como un buen soldadito.

La entrada de Nico está abarrotada cuando vuelvo a estacionar y me pregunto cuánto tiempo he estado fuera. La fiesta apenas había empezado cuando me fui, pero ahora parece estar en pleno apogeo.

Abandono mi carro, bloqueando el paso a muchos otros, pero no le doy importancia mientras me dirijo al interior.

El sol empieza a ponerse, la temperatura se enfría rápidamente a medida que nos acercamos al otoño, pero eso no molesta a los chicos de *Knight's Ridge*, que están encantados de pasar el rato bebiendo en el jardín delantero de Nico.

Los ojos siguen mi movimiento hacia las puertas principales. Los chicos me observan con celos en los ojos mientras las chicas lo hacen con deseo.

Podría tener cualquiera de ellos. Más de uno si quisiera, estoy seguro. Pero, ¿por qué la idea de pasar tiempo con alguna de ellas no me interesa lo más mínimo?

Con un suspiro, empujo la puerta y entro.

La música suena en la sala de estar, donde Nico había instalado unos altavoces enormes. Los chicos cubren cada centímetro de espacio, bebiendo, bailando y besándose.

Empujo a algunos de ellos a un lado mientras avanzo por la casa, intentando encontrar a Theo o a Alex mientras voy de habitación en habitación.

Los localizo al otro lado de la sala y me dispongo a abrirme paso entre la multitud que ha

convertido el espacio principal del salón en una pista de baile. Estoy a medio camino cuando un destello de cabello rubio blanco me llama la atención.

Oh no, no lo está.

Arrastrando a un tipo con la parte de atrás de su camisa, me quedo clavado en el sitio mientras veo a Stella bailando con una copa en la mano, Calli delante de ella y nada menos que el puto Toby detrás.

—Fuera de mi puto camino —ladro violentamente, abriéndome paso a empujones entre la multitud hasta una desprevenida Stella.

CAPÍTULO 15

Stella

—Vale, tu casa es una locura —anuncio, siguiendo a Calli por el vestíbulo después de hacer nuestra parada en mi casa para hacer la maleta.

—Es un poco exagerado.

—¿Quién es tu padre, el maldito Bill Gates? —bromeo.

El largo camino de entrada superaba todo lo que jamás pensé que encontraría en Londres. Pensaba que debía estar abarrotado de gente viviendo literalmente unos encima de otros. Pero este lugar parece estar justo en medio del campo.

—Es nuestra finca familiar. La hemos tenido durante generaciones. Es... mucho.

—No me digas. Pensaba que había vivido en casas grandes, pero esto —digo mirando alrededor de la cocina de última generación—, es otra cosa.

—Al final te acostumbras.

Abre el enorme frigorífico y coge un par de refrescos.

—Pensé que podríamos pedir pizza antes de que lleguen todos.

—Me parece bien. ¿Dónde está tu hermano?

—Fuera causando problemas, probablemente.

Miro a mi alrededor, buscando pistas.

—¿Vas a decirme ya quién es?

—Vamos —dice riendo.

Con las maletas al hombro, la sigo escaleras arriba, pero me detengo bruscamente cuando mis ojos se posan en la primera foto de familia.

—¿Tu hermano es Nico?

—Desgraciadamente.

Asiento mientras miro fijamente a la familia de cuatro que sonríe para la cámara. Es una foto antigua. Calli tendrá unos ocho años. Parece una niña tan dulce con su cabello dorado colgando de los hombros en tirabuzones.

Nico parece... menos dulce. Incluso entonces parece haber un brillo en sus ojos. Algo que grita problemas. Su madre parece encantadora, amable, como una madre de la tele, y su padre parece poderoso, realmente poderoso con su traje afilado y con una mirada decidida en la cara incluso mientras se las arregla para sonreír. En cierto modo, me recuerda a mi padre. No importa lo que estemos haciendo, siempre hay algo muy serio en él.

—Espera... ¿este es Theo? —pregunto, mis ojos saltan a otra imagen y encuentro un par de ojos verdes que reconozco mirándome fijamente.

—Sí, todos somos primos. Son sus hermanos pequeños —dice, señalando a niños que apenas son bebés y niños pequeños.

Sigo recorriendo el collage de fotos familiares que cubren la enorme pared.

—Mierda —suspiro, fijando los ojos en una imagen con seis chicos vestidos de negro de pies a cabeza.

Parecen... vaya.

Theo está en el centro, ligeramente por delante de los demás, pero no es él quien capta mi atención. Es el chico de los ojos oscuros y tormentosos que me mira fijamente como si me odiara incluso en una fotografía.

—Son realmente algo, ¿eh? —murmura Calli, viniendo a ponerse a mi lado—. Ese fue el día que... —Se interrumpe.

—¿El día que qué?

Calli duda unos segundos.

—Venga, vamos a mi habitación. Podemos hablar allí—.

Mira a su alrededor como si le preocupara que alguien pudiera estar escuchando.

—¿Dónde están? —pregunto. Si la fiesta se celebra aquí dentro de unas horas, no creo que estén lejos.

—Probablemente en el sótano. Es su guarida. —La amargura llena su voz mientras sube el resto de las escaleras.

—¿Su guarida? —Murmuro—. No me digas, ¿no se permiten chicas?

—Algo así. Son idiotas. Sólo porque tienen un poco de poder, creen que son el maldito regalo de Dios a la ma...

Vuelve a cerrar los labios.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Sin decir nada más, se dirige hacia una puerta cerrada y la abre de un tirón.

Entro detrás de ella, dejo las maletas junto a la puerta y la veo asomarse a unas puertas francesas que dan a lo que parece un enorme balcón.

—Calli, ¿qué está pasando? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí y adentrándome en la habitación.

—¿Cuánto sabes de esta parte de Londres? —pregunta sin volver a mirarme.

—Eh... que todo el mundo parece tener más dinero que sentido común —murmuro sarcástica, porque sinceramente, no tengo ni idea.

Se ríe.

—Bueno, ahí está eso.

—Pero supongo que no te referías a eso.

Se vuelve hacia mí, con el rostro serio mientras me mira.

—¿Has oído hablar de la familia Cirillo?

—Eh... ¿la Familia? —pregunto divertida—. ¿Como una familia de la mafia? No, creo que no la he visto. ¿Está en Netflix? —pregunto, aunque por la expresión de su cara, mi comentario se ha quedado un poco lejos de la realidad.

—No es un programa de televisión, Stella. Es mi vida.

—¿Tu vida?

Extiende las manos a los lados.

—Callista Cirillo, sufrida princesa de la mafia protegida de la realidad de esta vida que te mira.

—Vete a la mierda. Estás de broma, ¿verdad? —Pero por increíble que sea, viendo la miseria en su cara, sé que está hablando en serio.

—Ojalá. —Se deja caer en la cama y se queda mirando al techo.

Me siento a su lado y pienso en sus palabras.

Por disparatadas que parezcan, tienen algún sentido.

Tras unos segundos, se vuelve hacia mí.

—¿Stella?

—¿Sí?

—Tu apellido. Es griego, ¿verdad?

Mis cejas se fruncen al recordar a Toby preguntándome exactamente lo mismo antes.

—Eh... creo que sí, sí. —Mi herencia nunca me ha preocupado mucho cuando he estado demasiado ocupada intentando entender el presente—. ¿Pero eso qué tiene que ver? La mafia es italiana, ¿verdad?

—Los famosos sobre los que has leído, sí. ¿La familia Cirillo? Somos griegos.

Se me cae la barbilla cuando algunas de las piezas que me faltaban encajan en su sitio.

Mis amigos de Rosewood bromeaban diciendo que mi padre formaba parte de la mafia, pero era sólo una broma.

Papá trabaja en seguridad. Dirige su propia empresa. Y él... *joder*.

—Lo siento —dice Calli con una mueca de dolor.

—Mi padre es parte de...

—No lo sé con seguridad. El hecho de que tu nombre sea griego y que hayas aparecido en *Knight's Ridge*, podría ser una total coincidencia. —Pero incluso mientras lo dice, creo que ambas sabemos que podría ser una coincidencia demasiado lejana.

—Supongo que eso responde a muchas de mis preguntas. Llevo años intentando averiguar a qué se dedica mi padre.

—Puede que me equivoque —vuelve a intentar.

Se pone de lado y me mira con simpatía y pesar en el rostro.

—No pasa nada —digo suavemente—. Me alegro de que me lo hayas contado. El infierno lo sabe, todos los demás lo han mantenido en secreto durante mucho tiempo.

—¿No estás enfadada?

—¿Contigo? Por supuesto que no. Eres la única que ha tenido la valentía de decirme las cosas como son. Sin embargo, creo que voy a necesitar algo más fuerte que eso —digo, señalando hacia donde abandonó las latas de refresco cuando entramos.

—Eso puedo hacerlo—.

Calli se apresura a pedir más pizza de la que podremos comer en una noche antes de salir de la habitación con la promesa del alcohol en los labios.

Saco el móvil del bolso, abro el navegador y tecleo mi apellido en Google.

Doukas: significa duque o señor.

—Me lo apunto —murmuro para mis adentros antes de teclear *Familia Cirillo* en la búsqueda—. Puta madre.

—¿Estás bien? —me pregunta Calli unos minutos después cuando me encuentra mirando el móvil con la boca abierta.

—¿Has leído todo esto? —le pregunto, dándole la vuelta al móvil para mostrarle lo que estoy mirando.

—Hace unos años. No tengo ni idea de cuánto de eso es verdad, y no es que nadie me

cuenta nada de buena gana por aquí. Es como la maldita Edad Media. Los hombres mandan y las mujeres mantienen la boca cerrada y se ponen guapas.

—Eso es mentira —escupo.

—Dímelo a mí. —Pone los ojos en blanco—. Pero esto se lo robé a los chicos—. Levanta una botella de vodka, con una sonrisa de complicidad cubriéndole la cara.

—Dame —le digo, agarrándola con las manos.

Se ríe y se lo pasa alegremente.

Al girar el tapón, casi me tiemblan las manos al probarlo mientras me llevo la botella a los labios.

No estoy segura de haber necesitado más una copa en mi vida.

Mi padre es potencialmente parte de una puta familia mafiosa. ¿Qué demonios?

El primer trago quema, pero no dejo que me detenga mientras trago bocado tras bocado hasta que el alcohol empieza a calentarme el vientre.

—Vale, tómatelo con calma —dice Calli, cogiendo la botella y apartándola de mis labios.

—Yo sólo... ¿qué coño, esta es mi vida?

—Que me jodan si lo sé. Vivo esta mierda y no tengo ni idea de lo que pasa a mi alrededor la mayoría de los días. Tienes que averiguar si realmente eres parte de esto antes de dejarte llevar.

—Calli —suspiro—, creo que sería ingenuo por nuestra parte asumir que esto es una coincidencia.

—Pero...

—Entiendo lo que haces, pero con los secretos de mi padre, el dinero, la casa, *Knight's Ridge*... La reacción de Seb hacia mí... La forma de ser de Theo y Alex. Toby y Nico, incluso —. Me restriego una mano por la cara mientras mis pensamientos vuelan por mi cabeza a una velocidad incomprensible—. Saben cosas —afirmo, empujando para ponerme en pie y empezando a pasear de un lado a otro—. Saben cosas que necesito saber. Ellos...

—Stella, no puedes empezar a indagar. No en sus asuntos.

Me detengo y miro a Calli, de pie junto a la cama, con el ceño fruncido por la preocupación. Es tan dulce. Demasiado dulce, sobre todo para alguien como yo. Por primera vez, me doy cuenta de lo que significa estar protegido. Puede que tenga mil millones de preguntas, puede que haya un sinfín de secretos en torno a mi vida, pero papá se ha asegurado de que no me asfixiaran mientras crecía.

—¿Nunca quieres rebelarte? ¿Hacer todas las cosas que te dicen que no hagas? —le pregunto, con verdadera curiosidad por saber cómo soporta que no le digan nada.

—¿Sinceramente? Todos los días —se ríe, cogiendo la botella a la que sigo aferrado como un salvavidas—. Pero nunca lo haría. Puede que no sepa mucho de esta vida, pero sé que es peligrosa, y lo último que quiero es meterme en medio de eso.

—Lo entiendo, de verdad. Pero mierda. —Me dejo caer en la cama a su lado y vuelvo a coger la botella, llevándomela a los labios una vez más, desesperado por el coloccón que puede darme.

Suena una campana por toda la casa mientras estamos sentados en silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos.

—Llegó la pizza —dice Calli, saltando emocionada—. Creo que la vas a necesitar. —Sus ojos encuentran la botella y rápidamente descubro que he bebido más de lo que pensaba.

—Podrías tener razón. Esta noche será divertida—. Me froto las manos, emocionada.

—Oh Dios. Cometí un error trayéndote aquí, ¿verdad? —La sonrisa que me dedica está llena de placer y picardía, y me encanta.

—Ve a buscar la comida. Tenemos toda una noche de desenfreno por delante.

Se dirige a la puerta, pero se detiene con los dedos en el picaporte.

—Creo que vas a ser una mala influencia, Stella Doukas, y —continúa antes de que consiga decir una palabra—, creo que es exactamente lo que necesito.

La excitación burbujea en mi vientre mientras ella se escabulle de la habitación.

Oh sí, Calli es mi chica. Puedo sentirlo.

Una hora más tarde, nos hemos comido todo el peso de nuestro cuerpo en pizza, nos hemos terminado la primera botella de vodka y estamos bailando por la habitación de Calli en ropa interior mientras intentamos prepararnos para la fiesta.

Es exactamente lo que necesitaba.

Nunca nos pusimos de acuerdo, pero en cuanto terminamos de comer, se acabó hablar de nuestras vidas y de la realidad y nos centramos en disfrutar, en conocernos sin tantas tonterías. Hemos hablado de animadoras, de gimnasia, de sextos y de esperanzas para el futuro, y por supuesto, de chicos. Y eso nos ha llevado exactamente a donde estamos ahora.

—¿Te lo follaste en un cementerio? —Calli suelta una risita, con las mejillas sonrosadas por la vergüenza.

—Oh, sí, fue espeluznante —me río, moviendo las cejas.

—¿Es raro que esté tan celosa?

—¿Quieres a Seb? —pregunto, ignorando mi propio cosquilleo de celos que quiere estallar.

—¿Qué? No, asco. No tocaría a ninguno de esos idiotas con la de otro. Sólo me refiero a la libertad, incluso sólo tener la oportunidad de hacer algo así.

—Vale, tenemos que salir. Necesitamos alejarnos de este lugar, de tu hermano y niñeras, y mostrarte cómo es la vida realmente.

—No tengo edad suficiente —me recuerda.

—Oh, Calli. Eres tan dulce. Déjame a mí. —Te guiño un ojo—. Te encontraremos un chico malo con el que volverte loca.

—Oh, Dios —dice nerviosa, llevándose una nueva botella a los labios.

—Has estado con chicos, ¿verdad? —pregunto, aunque enseguida me arrepiento porque la forma en que se le cae la cara me dice todo lo que necesito saber.

Ella sacude la cabeza.

—Literalmente ahuyentan a todo el mundo de mí. Es asfixiante.

—Prepárate, Cal. Vamos a encontrar la manera de que despliegues tus alas. Que le den a tu hermano. Que se jodan sus amigos idiotas. Ellos no pueden controlarte. Eres tu propia persona, y mereces salir ahí fuera y experimentar la vida. Experimenta a los chicos. —Muevo las cejas y ella gime.

—Me voy a arrepentir de esto.

La inmovilizo con la mirada.

—Sólo puedes arrepentirte de las cosas que no hiciste, Calli Cirillo. Ahora —digo, me dirijo a mi bolso, saco los dos vestidos que he traído y los levanto—. ¿Cuál?

Sus ojos pasan de uno a otro antes de fijarse en uno.

—El negro. Definitivamente el negro.

La fulmino con la mirada.

—No me visto para él —suelto, más que consciente de que parece ser su color favorito.

—No estoy sugiriendo que lo seas, pero igualmente, lo dejará con el puto culo al aire, especialmente si tu perita se está frotando contra los trastos de otro.

—Eres malvado para alguien que ha estado encerrado en tu castillo, *Princ... Hijos de puta* —siseo, la razón detrás de su estúpido apodo golpeándome.

—¿Qué pasa?

—Esos imbéciles no tienen ni idea de con quién están tratando —murmuro, sobre todo para mí.

—Oh, mierda. ¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Pero ya es hora de que aprendan -Seb aprendió- que se están metiendo con la chica equivocada. Todos los demás pueden ceder a sus deseos, pero yo no lo haré.

—Chica, creo que te quiero.

—Aún no has visto nada.

—Pagaría con la pierna para verte llevarlos a todos al suelo. No tengo dudas de que puedes.

No puedo evitar reírme ante la imagen que me viene a la cabeza de todos ellos gimiendo de dolor en el suelo y yo victorioso en medio del desastre.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. ¿Qué llevas puesto? —Abro su armario y paso la mano por la infinita variedad de ropa de diseño que me devuelve la mirada—. ¿Tu abuela compra para ti o algo así? —le pregunto.

—Mi abuela está muerta —responde ella, haciéndome sentir de un palmo de altura.

—Mierda. Lo siento, yo...

—Está bien. Sinceramente, era una zorra. Pero no, mi madre lo hace, y ella es todo acerca de hacer feliz a mi padre, así que ...

—De acuerdo —digo, cerrando la puerta una vez más—. Puedes ponerte éste. —Le tiro el vestido rojo que no eligió para mí.

—Oh, no, no, no —se ríe, retrocediendo para alejarse del vestido con los brazos alrededor de la cintura como si estuviera a punto de atacarla.

—Vamos. Estabas diciendo que querías un paseo por el lado salvaje. Rompe algunas reglas, Cal. Sé malvado conmigo.

—Nico, él...

—Probablemente se cagará en los pantalones, y será jodidamente hilarante.

—Se pondrá furioso.

—Pues déjale. Es un gilipollas. Estás en sexto curso. Ya no eres un niño. Deja de dejar que te trate como tal.

—Pero los otros...

—Puede chupar su pequeña polla. Estamos haciendo esto.

Le lanzo el vestido y coloco las manos en las caderas mientras espero a que le crezca un par y se lo ponga.

En el momento en que lo hace, me alegro de haberme mantenido firme, porque ... vaya.

—Si me gustaran las chicas, te lo haría ahora mismo.

—Stella —jadea—. No puedes decir esas cosas.

—¿Qué? Estás buenísima. Los chicos se van a amontonar como moscas en la miel para ver esas tetas.

—Me van a matar —murmura.

—Me gustaría ver cómo lo intentan.

Me acerco por detrás, le pongo las manos en los hombros y la dirijo hacia el espejo de cuerpo entero.

—Mira, estás buena. —Le recojo el pelo en un recogido desordenado, dejando algunos mechones cayendo alrededor de su cara—. Ojos oscuros, labios rojo sangre. Ni siquiera te reconocerán.

—Prométeme que no me dejarás —me suplica, con sus ojos sosteniendo los míos por encima del hombro en el espejo.

—Promételo, nena. Y tampoco dejaré que te toquen.

—De acuerdo. Hazlo.

Una amplia sonrisa se dibuja en mis labios ante la determinación que veo en su rostro.

—Claro que sí, chica.

CAPÍTULO 16

Stella

—¿Qué demonios ha sido eso? —Calli murmura desde detrás de mí mientras me meto la navaja en la liga.

Bajando el pie del borde de su cama, me enderezo el vestido.

—Protección.

—¿P-protección? —tartamudea, con los ojos brillantes por la cantidad de vodka que ya ha bebido. Apenas ha bebido nada en comparación conmigo, lo que me demuestra lo asfixiada que ha estado. Antes me contó que suele quedarse encerrada en su habitación cada vez que Nico organiza una fiesta, después de que él la amenazara una vez con hacerla salir de casa. Así que... lo hizo.

Toda la situación me parece extraña, porque lo primero que yo haría en esa situación sería exactamente lo contrario de lo que me han dicho. Pero bueno, no soy normal. Y desde luego no soy Calli.

—Ya sueñas como uno de ellos —murmura, caminando a mi alrededor para encontrar sus zapatos.

—Mi padre me ha educado para que pueda valerme por mí mismo. Calvin, nuestro jefe de seguridad, lleva años entrenándose en todo tipo de MMA. Es mi forma de vida.

Sus hombros caen mientras me mira, sus ojos, antes excitados, de repente se llenan de tristeza.

—¿Por qué no podían tratarme así? ¿Por qué no podían confiar en mí para formar parte de esto en lugar de tratarme como si fuera un completo estorbo? Sé que papá quería otro chico, otro hijo para continuar nuestro legado o lo que sea. Pero me tiene a mí. Sólo porque tenga un foofoo, no significa que no sea capaz.

Suspiro y doy un paso hacia ella.

—En primer lugar, que se jodan. A todos ellos. ¿Quieres aprender todo esto, quieres cuidarte? Pues hazlo. No esperes a que te den permiso. Esta es tu vida, Calli. Tómala por las pelotas. Y segundo, nunca la llames foofoo delante de un tío. Nunca querrá follársela.

Resopla una carcajada mientras levanta la mano para secarse una lágrima perdida.

—Vamos a convertirte en una malvada, Calli Cirillo. Las princesas no sólo llevan vestidos con volantes y bonitos diamantes. También llevan pistolas, botas de mierda y pisotean a cualquiera que se interponga en su camino.

Me sonrío y se me encoge un poco el corazón. No tengo ni idea de cómo Calli y yo estamos conectados en todo esto, pero estoy bastante segura de que ya hemos forjado un vínculo bastante irrompible.

—Un trago más y nos vamos. —Le paso la botella después de que haya metido los pies

en los zapatos y ella hace lo que le sugiero mientras yo hago lo mismo.

Me subo un poco el vestido de tirantes, dando un meneo a las chicas, bebo un trago y bajo la botella de golpe.

—Cuidado mundo, Calli Cirillo ha llegado. —No le doy la oportunidad de asustarse. En lugar de eso, cojo su mano entre las mías y la saco de la seguridad de su habitación.

La música atronadora de debajo de nosotros se hace más fuerte en cuanto salimos al pasillo.

La mano de Calli tiembla entre las mías y, cuando la miro, veo una expresión de aprensión en su rostro.

—Abraza ese sentimiento, Cal. No dejes que te detenga. —Ella asiente, y juntas damos el primer paso escaleras abajo.

Bajar a la fiesta que se está celebrando abajo es extraño ahora que sé todo lo que hago. La escalera es tan extravagante que no puedo evitar sentirme como la princesa que los chicos llaman, haciendo mi gran entrada.

El hecho de que todas las miradas se dirijan inmediatamente hacia nosotros cuando aparecemos no hace que esa sensación disminuya en absoluto.

—Esto podría haber sido una muy mala idea —susurra Calli a mi lado para que pueda oírla por encima de la música.

—Nunca. Mantén la cabeza alta. Todos los chicos que te miran ahora mismo te desean. Recuérдалo.

—Le aseguro que hay unos cuantos que no.

Sigo su línea de visión y me encuentro con cuatro tipos muy cabreados que miran fijamente a Calli.

Nico tiene los ojos duros, la mandíbula tics de irritación y una vena en la sien que juro que está a punto de estallar.

Ahogo una carcajada, pero creo que no lo hago muy bien porque ni un segundo después esos ojos duros y furiosos encuentran los míos.

Da un paso adelante, Theo, Alex y Toby se mueven como uno solo con él.

Idiotas.

Arrastro a Calli conmigo, me acerco a su hermano mayor y no me detengo hasta que estoy justo en su espacio personal. Gracias a la altura de mis tacones, no tengo que estirar el cuello para mirarle a los ojos, que son jodidamente mortales cuando se clavan en los míos. Pero me niego a acobardarme ante estos idiotas.

Extiendo la mano libre hacia delante, le agarro entre las piernas y aprieto, lo justo para advertirle.

Sus ojos se abren de par en par, pero su máscara no se mueve ni un milímetro.

—Si le arruinas esto, te los arrancaré de cuajo. ¿Me entiendes, Cirillo? —Siseo lo suficientemente alto para que sólo él me oiga.

—¿Tienes alguna puta idea de con quién estás tratando?

Doy un paso atrás y le suelto, para su alivio, si su larga exhalación sirve de algo.

Mirándole de arriba abajo, vuelvo a encontrar sus ojos.

—¿Y tú? —Una sonrisa de satisfacción se dibuja en un lado de mi boca.

Mantengo su mirada mortal durante otros tres segundos antes de lanzarles a cada uno una mirada que grita ponme a prueba.

Ninguno de ellos dice una palabra. Se limitan a observarme con una mezcla de confusión,

orgullo e incredulidad absoluta.

—Vamos, chica. Necesitamos bebidas y luego algunos chicos buenos con los que bailar. Tiene que haber muchos por aquí en alguna parte.

Cuando me vuelvo hacia Calli, encuentro exactamente la misma expresión en su cara que en la de los chicos, aunque su orgullo gana cuando me sonríe como si yo fuera literalmente la mejor persona del mundo.

Se pone a mi lado, les damos la espalda y nos dirigimos a la cocina.

—Dios mío, ha sido una puta locura. ¿Has visto la cara de Nico? —grita emocionada mientras los dejamos atrás.

—Te dije que casi se caga en los pantalones.

—Sí, sólo que no esperaba que fuera porque ibas a exprimir la vida de su basura.

—Eso no estaba planeado. Simplemente no me dio la impresión de que mis palabras hubieran sido suficientes. Y creo que probablemente es un poco temprano en la noche para sacar mi navaja.

—Eres otra cosa —dice, se acerca a la barra, donde hay botellas y vasos Solo, y nos prepara una copa a los dos. Me doy cuenta de que es una bebida muy fuerte en cuanto le doy un sorbo.

—Por la escotilla. Vamos a bailar —nos dice Calli, que ha recuperado la confianza en sí misma ahora que nos hemos ocupado de su autoritario hermano mayor.

Me guía a través de la masa de gente hacia lo que supongo que es el salón. Han retirado todos los muebles y en el centro hay una multitud machacándose al ritmo de la música.

Sonrío mientras nos acercamos, mis caderas se mueven al compás mucho antes de que nos unamos al borde de los cuerpos.

—¿Quién es toda esta gente? —le grito a Calli.

—Algunos son de la escuela. Ni idea del resto.

Bailamos juntas como si no nos importara nada. El calor de la gente que me rodea hace que mi piel se enrojezca enseguida mientras nos movemos, chocando el uno contra el otro y riendo como si la mitad de la sala no nos estuviera mirando.

Sé que lo son. Puedo sentirlos.

Puede que Calli no sepa quiénes son estas personas, pero apostarí dinero a que casi todos saben exactamente quién es ella.

A lo mejor hasta me conocen, quién demonios sabe. Pero no dejo que eso me perturbe, me desprendo de todo y por fin disfruto.

No tengo ni idea de cuántas canciones han pasado ni de lo tarde que es. Incluso he dejado de notar el ojo vigilante que alguien siempre parece tener sobre nosotras para cuando dos tipos aparecen de la nada y se colocan detrás de nosotras.

—Se ven muy solitas —me dice uno de ellos al oído. Su voz grave y su acento británico me llegan justo donde los necesito, y enseguida me inclino hacia él, sin dejar de bailar.

Calli me lanza una mirada de preocupación cuando su chico hace un movimiento y yo le hago un breve gesto con la cabeza.

Aquí estamos a salvo. Parece que tenemos la casa llena de guardaespaldas.

Los únicos que no están a salvo son los que lo arriesgan todo al tocarnos.

—Te he estado observando toda la noche —continúa, sus dedos se clavan un poco en mis caderas, arrastrando mi culo contra él.

—¿Es eso cierto?

—La forma en que te mueves es embriagadora.

Echo la vista atrás y me sorprende gratamente. Al igual que su amigo, que susurra algo al oído de Calli, es guapo. Muy mono.

—Bueno, entonces veamos lo que tienes. —Me sumerjo, rechinando mi culo contra él mientras me mira con ojos hambrientos.

Claro que sí. Definitivamente puedo subir a bordo con esto.

Cuando vuelvo a estar a su altura, me giro hacia él, segura de que Calli está bien, y le echo los brazos por encima de los hombros.

—¿Nos conocemos? —pregunto, sabiendo perfectamente que no, pero necesito hacerme una idea de si sabe quién soy.

—Lamentablemente no, nena. Pero vamos a cambiar eso ahora mismo.

Sus manos se posan en mi cintura, deslizándose hacia abajo mientras nos movemos juntos hasta que me toma por el culo, arrastrando mi cuerpo hacia el suyo.

—Eso parece.

Le miro fijamente a los ojos y espero a ver si tiene los huevos de hacer algo.

Si mi realidad es la que ahora sospecho y él sabe quién soy, no se atrevería a hacerlo. ¿No?

La mirada acalorada de mis protectores me quema la espalda mientras me paso la lengua por el labio inferior. Estoy más que preparada para perderme en alguien. Y no solo porque quiera demostrar algo.

Su cabeza baja y mi corazón se acelera mientras espero a que nuestros labios choquen, pero justo antes de que ocurra, me veo arrastrada hacia atrás y hacia otro par de brazos.

—No lo creo —me gruñe una voz enfadada al oído mientras miro con nostalgia al chico con el que estaba bailando—. Vete a la mierda ya.

El tipo sostiene la mirada de mi captor durante un rato antes de decidir que sería muy mala idea hacer algo de esto y se funde con la multitud.

La ira me invade, convirtiendo mi sangre en lava, me arranco de sus fuertes brazos y giro hacia él.

—¿Era Bobby? —Tartamudeo. Sabía que era uno de ellos. Pero no pensé ni por un segundo que esa voz fría y furiosa le perteneciera.

Santo cielo.

Miro a Calli, que sigue bailando con el amigo del chico.

¿Por qué no la han detenido?

—Sorpresa —dice, se le cae la máscara y su habitual sonrisa fácil, y ligeramente ebria, aparece en su apuesto rostro—. ¿Bailas conmigo?

—Eh... —Vuelvo la mirada hacia donde desapareció el tipo y luego a Toby—. S-seguro.

Echo mis brazos sobre sus hombros, cierro los ojos y continúo donde lo dejé, pero pronto me doy cuenta de que mi subidón de antes se ha esfumado por completo cuando Nico se acerca marchando con dos copas en las manos.

Sus ojos siguen llenos de desprecio mientras sostienen los míos.

—Toma —escupe, lanzándome una de las copas.

—Vaya, qué considerado de tu parte.

Se burla antes de darme la espalda para encararse con su hermana y su chico.

No tengo ni idea de lo que le dice Nico, pero tres segundos después el tipo casi sale corriendo del lugar.

—¿Era necesario? —Ladro.

Nico ni siquiera se molesta en contestar. Se limita a gruñirme por encima del hombro antes de volver a centrar su atención en Calli.

—No pinches a la bestia, nena —me dice Toby al oído.

—Está siendo un idiota. Calli también se merece disfrutar.

—¿Crees que algún chico quiere ver a su hermana pequeña vestida así y siendo abusada por un gilipollas en el que no confías?

Ignoro la última parte, porque por lo que sé, Toby y los chicos saben exactamente quién era y lo digno de confianza—o no—que es.

—No estaba abusando de ella, estaban bailando. Inocentemente.

—Claro que lo estaban. Igual que tú con las manos de ese tipo en el culo.

—Cuidado, Toby. Suenas terriblemente celoso.

—No le des demasiada importancia a las cosas, cariño. Puede que no te guste lo que encuentres.

—Como quieras. —Ignoro su críptico comentario—. Me sacaste a bailar. Ahora cúmplole o encontraré a alguien más.

Me doy la vuelta, le doy la espalda y empiezo a moverme, cortando cualquier otra cosa que quisiera decir.

Nico se ha ido, por suerte. Aunque ahora Calli está bailando sola.

Le tiendo la mano, le hago un gesto para que se acerque y, tras abandonar su copa vacía, la coge y bailamos los tres juntos.

No es lo que era antes, pero es mejor que nada.

De todos modos, es mucho mejor que lo que ocurre a continuación.

CAPÍTULO 17

Sebastian

Puede que haya aprendido algo de esta tarde, porque cuando me acerco a Stella, Calli y Toby, no la cojo. Demonios, ni siquiera la toco.

Tiene los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el hombro de Toby mientras se mueve con él.

Mis dientes rechinan mientras los observo, mi frustración alcanza niveles peligrosos.

Calli me ve venir y sabiamente se aparta para dejarme pasar delante de Stella.

Los ojos de Toby encuentran los míos, entrecerrándose en señal de advertencia, pero me importa una mierda lo que piense.

Stella Doukas es mía, y ya es hora de que lo aprenda.

Aprieto la longitud de mi cuerpo contra ella y sus ojos se abren de golpe, clavándose en los míos.

Alargo la mano, rodeo su cuello con los dedos y me inclino hacia ella.

—No eres bienvenida aquí.

En lugar de asustarse como la mayoría, se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Que te jodan. Me invitaron. Tal vez tú eres el que no es bienvenido aquí.

—Seb, déjalo —ladra Toby.

—Joder. Te. Quiero. Fuera. De. Aquí. —Sus fosas nasales se agitan con irritación y sus labios se aprietan en una fina línea como si se estuviera preparando para pelear conmigo por ello.

Puede intentarlo todo lo que quiera. Ya lleva las pruebas de cómo le fue la última vez que intentó involucrarse.

—Vamos. —Arrastro a Stella lejos de él, mi agarre en su garganta se hace más fuerte.

Sorprendentemente, no se resiste. No tengo ni idea de si es porque está borracha o si es tan masoquista como yo y también quiere ver adónde va esto.

La hago retroceder entre la multitud, que por suerte se separa ahora que se dan cuenta de que está pasando algo. Tropieza con los tacones, pero no la dejo ni le permito darse la vuelta.

No le debo ninguna amabilidad.

—Seb, déjala ir —grita Calli detrás de nosotros—. Seb. —Su pequeña mano se posa en mi hombro y me encojo de hombros.

—Toby, ponle una correa al chico.

—Vete a la mierda, Sebastian.

—Esto no te concierne, C.

—Sí, cuando manoseas a mi amiga —continúa, siguiéndonos mientras muevo a Stella por la cocina.

—No quieres ser amigo de este pedazo de mierda, Cal. —La miro—. Quiero decir, mira

la puta en la que te ha convertido.

Crack.

Debería haber sabido que apartar la mirada de la zorra peleona era el movimiento equivocado.

Me arde la mejilla por la bofetada y respiro entrecortadamente mientras intento disuadirme de romperle el cuello aquí y ahora.

Sacudiendo lentamente la cabeza, le sostengo la mirada.

—Te vas a arrepentir.

—Oblígame —sisea, tomando mis palabras como nada más que un desafío.

Estamos casi en la puerta del sótano cuando se abre y aparece Theo con una chica morena pegada a él.

Me echa un vistazo antes de que sus ojos se disparen hacia la persona que está detrás de mí.

—Vete a tu habitación, Calli —exige.

—¿Sabes qué? —Calli, gruñe mientras Stella sonríe complacida—. Estoy harta de que me des órdenes. Si quiero ir allí, entonces voy a ir allí.

Theo se ríe para sus adentros y sacude la cabeza.

—Bien. Pero no digas que no te lo advertí. —Calli corre a nuestro alrededor, lista para bajar las escaleras en cuanto Theo se aparte—. Puedes pensar que somos unos gilipollas controladores, Calli. Pero créeme cuando te digo que eso es sólo la mitad.

—Como quieras. Idiota.

En cuanto él se mueve, ella desaparece.

Finalmente, hago girar a Stella, presionando mi frente contra su espalda mientras bajamos las escaleras tras Calli, pero no la suelto.

La música cambia a medida que nos movemos, y el aire que nos rodea se vuelve denso por el humo de los cigarrillos y la hierba. Puede que la fiesta principal se celebre en el piso de arriba, pero aquí abajo, en nuestra guarida, es donde tiene lugar la verdadera diversión.

Y Calli está a punto de llevarse el susto de su vida. Espero que Stella sepa lo que está haciendo.

Cuando llegamos al final de la escalera y entramos en la habitación que se extiende a lo largo de toda la casa, Stella aspira un suspiro.

Nico vive aquí abajo. Es un enorme apartamento independiente y tiene casi todo lo que nuestros oscuros corazoncitos desean.

Hay un par de chicos esnifando coca de la mesita. Chicas bailando que llevan bastante menos ropa que la mujer que tengo entre mis manos, y justo en el otro extremo de la habitación, Nico está sentado en el borde de su cama, afortunadamente de espaldas a nosotros, recibiendo una mamada especial de cumpleaños de una de las chicas.

—Dios mío —grita Calli a nuestro lado—. Esto es lo que haces aquí abajo.

—Sí, C. ¿Todavía quieres salir con los chicos grandes?

Se vuelve hacia mí y me mira durante un instante antes de mirar a Stella, que se encoge de hombros.

—¿Sabes qué? Que sí. Tal vez incluso le dé a la puta de mi hermano un pequeño espectáculo propio.

Se adentra en la habitación mientras alguien grita:

—Cirillo, hermanita en casa.

Si no fuera por la rata que tengo en la bodega, me partiría de risa al ver cómo se levanta de un salto, arrancándose la polla de la boca más que dispuesta, y se recoge frenéticamente.

Su cara está casi morada cuando se acerca a Calli y empieza a ladrarle órdenes.

Stella se sacude en mi abrazo como si quisiera ir a ayudarla.

—Veamos cuánto has contagiado a nuestra inocente princesita, ¿te parece?

Calli grita, dando lo mejor de sí.

Estoy extrañamente orgulloso de ella, ya que normalmente es tan callada como un ratón de iglesia cuando se trata de tratar con todos nosotros.

—Joder —suspiro conmovido mientras vemos a Calli dirigirse al chico más cercano y pegar sus labios a los de él.

Duda un segundo -con razón- antes de que Nico empuje a su hermana a un lado y le clave el puño en la cara.

—Ups, probablemente fue un error.

—Todos son una panda de cabrones hipócritas —espetta Stella.

—Me han llamado cosas peores, Diablilla —gruño en su oído, luchando contra mi sonrisa cuando se estremece contra mí.

Al notar que aflojo el agarre, se zafa de mí y se vuelve hacia mí, con sus brillantes ojos azules clavados en los míos.

Está jodidamente guapa con su maquillaje cargado y el cabello recogido apartándoselo de la cara.

Sin poder contenerme, mis ojos abandonan los suyos en favor de su cuerpo.

Sus curvas están envueltas en un pecaminoso vestido negro. El único lugar donde quedaría mejor es en el suelo de mi habitación.

Mi polla se hincha sólo con mirarla.

Le queda alto sobre los muslos, tanto que puedo ver el encaje que envuelve sus piernas.

Joder, ¿lleva medias?

Levanto la mano y me paso los dedos por el pelo mientras observo el resto de sus piernas antes de volver a subir.

—¿Has terminado? —pregunta cuando por fin vuelvo a encontrar sus ojos antes de acercar un porro a sus labios. ¿De dónde coño ha sacado eso?

Al ver mi confusión, lanza una mirada a su izquierda, donde Alex está de pie con una sonrisa en la cara, también mirándola abiertamente.

Le guiña un ojo y le lanza un beso antes de volverse hacia Daemon, que ha decidido dar la cara por una vez.

Vuelvo a mirar a Stella y veo cómo sus labios rojos se fruncen alrededor de la culata del canuto y aspira una calada.

Asiente, reconociendo claramente la buena hierba cuando la encuentra, antes de expulsar un lento chorro de humo por los labios.

El movimiento es tan jodidamente erótico que casi me corro en los pantalones allí mismo.

—Bueno, esto ha sido divertido y todo, pero parece que es hora de ir de fiesta de verdad. Disculpame.

Me quedo atónito mientras ella se aleja de mí, balanceando seductoramente el culo mientras se dirige hacia Alex... o, más concretamente, hacia Daemon.

No tengo ni idea de por qué me sorprende. Parece que a nuestra nueva princesa le gusta bailar con el diablo.

—Hola, cariño. —Una voz familiar llena mis oídos antes de que unas manos se deslicen por mis costados y un cuerpo se apriete contra mi espalda.

Me giro hacia un lado y veo a Teagan sonriéndome como si me hubiera echado de menos.

—Teag —digo a modo de saludo. Si no fuera porque Stella la nota pegada a mí, la apartaría físicamente—. No pensé que estarías aquí.

—No podía faltar en una de las fiestas de Nico, ya sabes cómo es.

—¿No se está muriendo tu abuela? —pregunto, sabiendo que es donde ha estado los últimos días.

—Sí —suspira, deslizándose para colocarse frente a mí. Se lleva la mano a la garganta y hace un mohín como si estuviera destrozada.

Teag es muchas cosas, pero una buena actriz no es una de ellas.

—Han sido unos días muy duros. Necesito desahogarme, ¿sabes? Desmelenarme un poco, desinhibirme—. Se acerca, me roza el estómago con la mano y se dirige rápidamente a mi polla, que no tiene ningún interés en que ella la toque.

—Aquí no, Teag —le digo, rodeando su muñeca con mis dedos.

Su mohín se hace más grande.

—Vamos, Seb. No es propio de ti ser tímido. Ambos sabemos cuánto te gusta el público.

—Esta noche no. —Es mentira. Me encantaría una maldita audiencia. Pero no es a ella a quien quiero de rodillas ante mí.

Le rodeo el brazo con la mano, dispuesto a apartarla, pero tres cuerpos me llaman la atención al otro lado de la sala y, en lugar de poner distancia entre nosotros, arrastro a Teag más cerca mientras mis ojos se clavan en Stella, que está atrapada entre Alex y Daemon mientras los tres bailan juntos.

¿Quiere jugar? Puedo jugar, joder.

CAPÍTULO 18

Stella

—Sé lo que estás haciendo —me gruñe Alex al oído mientras aprieta la longitud de su cuerpo contra el mío, asegurándose de que no haya ni un pelo entre los tres.

—Lo dudo mucho —murmuro, siguiendo cada uno de los movimientos de Seb y Teagan.

Mis dedos agarran con más fuerza la cintura de Daemon mientras sus caderas ruedan con las mías.

No vine aquí con la intención de bailar con ellos dos, pero parece que Alex quiere divertirse un poco, y a pesar de la frialdad de su gemelo, no me costó mucho convencerle para que se uniera a nosotros.

Miro fijamente los ojos sin emociones de Daemon e intento comprender quién es en realidad. No lo tenía por un bailarín, pero está claro que se mueve.

Aparta sus ojos de los míos y mira hacia donde Seb ha arrastrado a Teagan al centro de la habitación y le permite restregarse sobre él como la puta desvergonzada que es.

—Uf, ¿acaso lleva bragas? —murmuro para mis adentros, aunque parece que no estoy lo bastante callada, porque Daemon se vuelve hacia mí y, por primera vez desde que lo conocí antes, veo algo más que la necesidad de matar a alguien en sus ojos. Los orbes negros brillan con picardía.

—No, estoy bastante seguro de que no lo es.

—Cobarde —siseo, para su diversión.

—¿De verdad quieres jugar a este juego, princesa?

Me echo un poco hacia atrás.

—¿De verdad quieres empezar con ese apodo?

Su ceño se levanta.

—Si quieres jugar, me apunto, *Princesa*.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —Alex añade, claramente escuchando cada palabra—. Quieres presionarlo. Estamos aquí para ello.

Miro por encima del hombro, una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Creo que los tres podríamos ser grandes amigos —anuncio, deslizando la mano por el pecho esculpido de Daemon y rodeándole la nuca.

—¿Hasta dónde quieres empujarlo, princesa? —Alex pregunta.

—Quiero arruinarlo.

Daemon se ríe. Es un sonido oscuro y peligroso que, estoy segura, provocaría un escalofrío de miedo en la mayoría de la gente.

—Tu funeral, princesa —dice antes de pegar sus labios a los míos.

Casi al instante, su lengua se sumerge en mi boca, buscando la mía.

Me quedo quieta un instante, sin esperar que lo haga con tanta fuerza, pero en cuanto Alex se une a mí, sus manos suben por mi vientre y me acarician los pechos, un gemido de placer sale de mi garganta.

Mi cabeza me grita que mire para ver la reacción de Seb, pero mi cuerpo tiene otras ideas y se une a lo que están haciendo los gemelos.

Trabajan juntos en perfecta sincronía. Ya lo han hecho antes. Más de una vez.

La idea me produce un calor intenso entre las piernas.

He estado con dos chicos antes, pero nunca con gemelos. La idea es seriamente caliente.

—Joder —gimo cuando Daemon separa sus labios de los míos, besándome a lo largo de la mandíbula y bajando por el cuello hacia el lado opuesto al de Alex.

Los dos están duros contra mí mientras nuestras manos exploran y nuestras caderas rechinan.

—¿Cuántas veces han hecho esto antes? —pregunto, intentando mantener la calma y no lanzarme directamente al placer que sin duda podrían ofrecerme.

La risita oscura de Daemon es toda la respuesta que necesito.

—Ahí viene.

Apenas noto las palabras de Alex cuando una mano se desliza por mi cabello y me veo arrastrada físicamente entre los dos.

—¿Qué coño estás haciendo, Neanderthal? —Gruño, sabiendo exactamente quién es.

—Disfruta del viaje —oigo gritar a Alex detrás de nosotros mientras Seb sigue moviéndonos.

—Quieres actuar como una puta, entonces hagámoslo bien.

Mis rodillas chocan contra el suelo de baldosas, el dolor me sube por los muslos mientras sus dedos se retuercen con más fuerza en mi cabello, haciendo que me lloren los ojos. Me echa la cabeza hacia atrás y no tengo más remedio que mirarle mientras se abre la bragueta y se baja la cremallera.

Ay, Dios.

El calor inunda mi interior al pensar en lo que está por venir, mi clítoris palpita al compás del fuerte ritmo de la música que llena el espacio aquí abajo. El murmullo de las voces me recuerda que no estamos solos, pero en ningún momento son suficientes para detenerme, para exigirle que me libere o para hacer algo que le obligue.

Mis dos manos están libres y tengo una navaja en mi ligero. Podría salir de esto en un santiamén... si quisiera.

Seb se baja los pantalones, liberando su tensa polla, y rodea el ancho con los dedos.

Se me hace la boca agua y mi coño se aprieta de deseo cuando acerca mi cara a él.

—¿Qué te hace pensar que no lo morderé?

Haciendo caso omiso de las palabras que le escupo, aprovecha que tengo los labios entreabiertos y empuja su polla más allá de ellos, con los dedos apretándome el pelo, obligándome a recibir toda su longitud.

Le miro fijamente, con los ojos llenos de odio. Y aunque los suyos sean oscuros, con una ira que rivaliza con la mía, también veo el desafío en ellos.

Quiere que me eche atrás, que sea un poco nenaza y me asuste de que estemos en una habitación llena de gente.

¿No ha aprendido nada sobre mí esta semana?

Lo succiono más profundamente y tarareo satisfecha cuando sus ojos se ponen en blanco

y sus caderas se sacuden ante la sensación.

¿Quién tiene todo el poder ahora, hijo de puta?

Si no tuviera la boca alrededor de su cuerpo, sonreiría de satisfacción. Pero tal como están las cosas, lo único que hago es dejar que me tire un poco hacia atrás antes de que vuelva a penetrarme, follándome la boca como si me odiara. Lo cual, por supuesto, me odia.

Sus embestidas son brutales, su agarre sobre mí doloroso mientras fuerza la cabeza de su polla hasta mi garganta.

Respiro hondo por la nariz, relajo la garganta y lo tomo, cada puto centímetro.

Me mira fijamente con los párpados encapuchados, los ojos llenos de deseo y... ¿orgullo?

Alejo ese pensamiento. Le importo una mierda. Sólo quería dejar claro que yo era una puta.

Bien. No tengo ningún problema en admitir que me gusta el sexo. Que me gusta el goteo de malestar que fluye por mis venas. Cualquiera podría dar la vuelta al mostrador y encontrarme aquí abajo. Diablos, la anticipación de que cualquiera de sus amigos podría venir y unirse a nosotros. No me extrañaría que convirtieran esto en una fiesta de grupo. Tienen ese tipo de vibraciones con su cercanía. A los gemelos les gusta volverse locos juntos, así que es lógico que a los otros también.

Empuja sus caderas una vez más, su polla más adentro que antes, haciéndome luchar contra la necesidad de tener arcadas antes de que se calme y sus dedos se retuerzan, casi arrancándome el pelo.

Su polla se sacude, todo su cuerpo se bloquea antes de que el esperma caliente salga disparado por mi garganta.

No le quito los ojos de encima mientras echa la cabeza hacia atrás y ruge su liberación, asegurándose de que cualquiera que no supiera lo que estaba pasando aquí ahora se haga una muy buena idea.

En cuanto termina, se aparta y me pone en pie. Sus ojos se clavan en los míos durante dos segundos antes de que unas manos me rodeen la cintura y me encuentre volando por los aires.

—¿Qué coño estás haciendo? —grito, la cabeza me da vueltas. He bebido demasiado vodka para estar colgado boca abajo.

Sale corriendo de la cocina y yo me quedo mirando su culo redondo que tengo delante.

Alargo la mano, aprieto un globo firme con la palma y aprieto todo lo que puedo.

—Bájame de una puta vez, gilipollas —grito cuando su palma conecta con mi culo.

Me meneo sobre su hombro, sacudiendo las piernas, intentando obligarle a que me baje, pero lo único que hace es sujetarme con más fuerza.

Pasamos a otra sala y una puerta se cierra detrás de nosotros, separándonos de la música atronadora y de toda la gente.

El corazón me salta a la garganta, al saber que estamos solos, y la cabeza me da vueltas pensando en lo que podría ocurrir a continuación.

Un dolor desesperado me oprime los músculos y me froto los muslos para contenerlo, aunque no sirve de mucho.

—No finjas que no te encanta, Diablilla. Sé que estás muy mojada por chuparme la polla. Puedo olerlo.

Mis pies tocan el suelo un segundo antes de que mi espalda se estrelle contra la pared y su mano encuentre su hogar alrededor de mi garganta, apretando con la presión más deliciosa.

Mi labio se curva con desprecio mientras lo miro fijamente. Puedo fingir todo lo que

quiera que no lo quiero cerca de mí ahora mismo, pero los dos sabemos que es una puta mentira.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Sus dedos se flexionan como si intentara contenerse físicamente para no exprimirme la vida.

Me gustaría verle intentarlo.

Su otra mano se extiende y, en un instante, mi vestido de tirantes y mi sujetador me rodean la cintura y sus labios se dirigen a mi pezón.

Me golpeo la cabeza contra la pared mientras me succiona en su boca caliente.

—Sí —grito, enredando los dedos en su cabello para mantenerlo en su sitio, aunque no necesita que lo anime.

Me lame como un muerto de hambre, y yo se lo permito encantado.

—Argh —grito, mis dedos se retuercen en su pelo hasta que debe doler cuando hunde sus dientes en la suave piel de mi pecho—. Más. Joder.

—Putas de mierda —murmura, arrastrando su lengua por mi pecho hasta llegar a mi cuello.

Desesperada por él, le echo el cabello hacia atrás, obligándole a mirarme.

—Bésame.

—¿Después de que ya le has dado tus labios a otra persona? No lo creo, joder.

Me inclino hacia delante en un intento de reclamarlos de todos modos, pero su agarre en mi garganta se tensa y acabo rondando a milímetros de mi objetivo.

—No comparto mis juguetes —sisea.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí? —Gruño, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—No recuerdo haber tocado o besado a nadie más esta noche, Diablilla.

La imagen de las manos de Teagan por todo su cuerpo aparece en mi cabeza haciendo que se me haga un nudo en el estómago.

—Quizá debería haberlo hecho, porque los celos te sientan bien.

—Vete a la mierda. Puedes salir y follarte a cualquiera de esas zorras si quieres.

Sus ojos sostienen los míos, buscando la mentira que sabe que está ahí. Pero dejaría que pasara. Incluso lo miraría sólo para probar un punto.

—Joder —ladra, vuelve a hundir la cara en mi cuello y me chupa el trozo de piel que tengo debajo de la oreja hasta que no me cabe duda de que llevaré la marca durante días.

Me suelta la garganta y me sube las manos por los muslos, llevándose el vestido antes de levantarme del suelo y rodearle la cintura con las piernas.

—Joder, Diablilla. Te has vestido tan guapa para mí esta noche —me gruñe al oído, haciendo que sucedan todo tipo de locuras al sur de mi cintura.

—La única persona para la que me visto soy yo.

—Diablilla —me advierte mientras sus dedos encuentran la navaja que está metida en mi liga.

Lo libera y sostiene la navaja rosa entre nosotros, sacando la hoja.

—Huh —murmura, girándolo y asimilándolo—. Por un segundo pensé que habías tenido un pedazo de mí atado a tu cuerpo toda la noche.

—¿Por qué demonios querría eso?

Sus ojos permanecen fijos en la afilada punta de la hoja mientras la mueve hacia delante y presiona la parte plana contra mi labio inferior.

—Dime, Diablilla. ¿Tenías intenciones de apuñalar a alguien esta noche, o realmente

esperabas que lo usara contigo?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Puedo asegurarte que tenía cero intenciones de verte esta noche.

—Sin embargo, aquí estamos.

—Sí, esta noche ha estado llena de todo tipo de sorpresas.

Aspira agudamente, confirmando lo que ya sabía. Sabe mucho más de lo que me dice.

—Claro que sí. —La navaja baja sobre mi barbilla y comienza un viaje por mi cuello, la punta arañando mi piel pero no lo suficiente como para extraer sangre.

Mi corazón se acelera y mi pecho se agita mientras él continúa, pero intento mantenerme lo más quieta posible: un movimiento en falso y esa navaja me atravesará la piel.

Su tacto es casi delicado mientras rodea mi pecho, sus ojos observan el movimiento de la navaja como si estuviera totalmente hipnotizado por la marca roja que deja tras de sí... hasta que presiona un poco más fuerte y la hoja me raja fácilmente la piel justo al lado del pezón.

—Uy —dice insinceramente antes de inclinarse hacia delante y lamer el pequeño charco de sangre que aflora a la superficie.

Cuando se retira, tiene un poco de rojo en el labio. Parece aún más peligroso de lo que es habitual en él, pero a mí no me hace el efecto que debería, porque una nueva oleada de calor me invade por dentro.

El sonido del bajo profundo del exterior de esta habitación se disipa. Lo único que oigo son nuestras respiraciones agitadas mientras nos miramos fijamente, desafiándonos, odiándonos.

Me cierra la navaja y se lo guarda en el bolsillo antes de volver a centrar su atención en mí, rodeando con sus dedos los laterales de mis bragas y tirando de ellas hasta que se separan de mi cuerpo.

Haciéndolos bola, desaparecen en el mismo lugar que mi navaja.

—No puedes... follar —grito, olvidando lo que estaba diciendo cuando sus dedos encuentran mi coño empapado.

—Oh, Diablilla. Mira cuánto me odias —murmura, atacando mi cuello una vez más.

Me mete dos dedos hasta el fondo, haciéndome gemir mientras la dobla.

—Oh Dios. Sí. Joder.

Esto es lo que necesitaba aquella noche en que me dejó sin mirarme.

Mis dedos se agarran a sus hombros, mis uñas se clavan en la tela de su camisa mientras él sigue sobándome.

—Seb, joder —grito, arqueando la espalda cuando me muerde el cuello con fuerza suficiente para perforarme la piel—. Joder. Joder. NO —ladro cuando de repente se separa de mí justo antes de que me caiga—. Te odio, joder —grito, pero pronto cambio de opinión cuando me levanta un poco y se baja los pantalones por el culo, liberando su polla.

—¿Todavía tomas anticonceptivos? —gruñe.

Asiento, casi demasiado perdida en mi deseo de escuchar siquiera las palabras.

Se alinea y me deja caer, empalándome en su cuerpo mientras mis ojos se ponen en blanco.

Sin darme la oportunidad de adaptarme a su tamaño, se retira casi de inmediato antes de volver a penetrarme con tanta fuerza que veo las estrellas.

—Fóllame. Sí. Sí —grito.

Sus dedos se clavan en la carne de mi culo mientras me sostiene con un solo brazo y sus caderas. Con la otra mano me agarra el pecho, me pellizca y retuerce el pezón y me envía un

rayo de placer adicional directamente al coño.

Su aliento caliente me hace cosquillas en la oreja y me baja por el cuello mientras continúa con su ritmo castigador.

—¿A quién coño perteneces, Diablilla? —exige, con su áspera mejilla rozando la mía, arañando mi suave piel.

—Vete a la mierda.

—Respuesta equivocada.

—Argh —grito cuando me pellizca el pezón con fuerza. Casi demasiado fuerte.

—Voy a arruinarte, Princesa. —Sus palabras no son una advertencia, son una promesa, y joder si no hacen que mi orgasmo se adelante a toda velocidad—. Ven, Diablilla. Quiero que te corras en mi polla.

—Se...Oh Dios —grito, negándome a dejar que su nombre salga de mis labios en caso de que lo tome como que admito su propiedad sobre mí.

Me libero de golpe cuando la polla de Seb se sacude dentro de mí y un gruñido sale de sus labios.

Grito mi liberación, clavándole las uñas en los hombros mientras experimento una oleada tras otra de placer.

Mi orgasmo es tan intenso que me deja sin vida y me aferro a él, con el cuerpo flácido y sin vida.

Pero ese jodido éxtasis sólo dura unos segundos, porque me saca y me baja los pies al suelo.

En un momento de pánico, alargó la mano y le agarró la cara, no dispuesta a soltarle todavía.

Me permite arrastrarlo hacia mí hasta que nuestros labios casi se rozan.

—Bésame. Te reto.

—No, gracias. —Apenas ha terminado de hablar cuando cae de rodillas ante mí.

Mi primer pensamiento es joder, sí, pero entonces vuelve a sacarme la navaja y trago saliva nerviosa.

—¿Qué mier...? —Envolviendo sus dedos alrededor de mis tobillos, fuerza mis piernas más abiertas, dándole la vista perfecta de mi coño y mis muslos que brillan en la evidencia de nuestras liberaciones—. ¿Seb? —pregunto, odiando que mi voz tenga un ligero temblor.

—No beso putas, pero nadie se follará nada que me pertenezca.

—Joder... —Mis palabras se entrecorta cuando levanta la navaja hacia la parte superior de mi muslo y empieza a grabarme una S en la piel—. Estás como una puta cabra —chillo, aunque no se me escapa que ni una sola vez intento zafarme mientras él se aparta para estudiar su obra antes de añadir una P.

—Ya está —dice, frotando la yema del pulgar sobre la piel dolorida para recoger la sangre.

Sus labios se separan y miro como la puta que me acusó de ser mientras chupa su dedo.

Mordiéndome el labio inferior, se me hace la boca agua por volver a ser la que está pegada a su boca.

Hay algo jodidamente mal en mí.

—Eres tan bonita cuando sangras por mí, Diablilla —susurra, mirando fijamente la herida mientras la sangre vuelve a acumularse.

Esta vez, renuncia al pulgar y se inclina hacia delante, lamiendo la sangre como si yo

fuera su sabor favorito.

Un gemido retumba en mi garganta mientras su lengua me lame, el agudo escozor del corte solo hace que me vuelva a sentir deseosa y necesitada de él.

—Oh, mierda —siseo cuando su dedo recorre mi humedad, arremolinándose en el semen que ha dejado dentro de mí.

—Abre las piernas a cualquiera y sabrán que eres mía, Diablilla. Mía —repito, doblando el dedo y provocando una oleada de placer que me recorre.

Echando la cabeza hacia atrás, me arranca el dedo y lo pasa por sus iniciales, mezclando mi sangre y su semen.

Es como un jodido ritual satánico, y mis ojos están pegados a la parte de mi piel que está tocando.

Súbitamente arrancado de su trance, empuja para ponerse en pie.

—Abre —exige, levantando el dedo, y mi cuerpo traidor sigue las órdenes como una buena princesita.

Sus ojos brillan de calor mientras chupo su dedo, haciendo girar mi lengua como lo habría hecho con su polla si me hubiera dado la oportunidad.

Sacándolo, arrastra mi labio inferior con él.

Sus ojos bajan por mi cuerpo, fijándose en el vestido que me rodea la cintura y en el ligero y las medias que exhibo.

Saca el móvil del bolsillo y lo levanta. Sus ojos encuentran los míos. Hay un desafío en ellos mientras espera a que le diga que pare.

¿Pero qué sentido tiene? Ya tiene una de la otra noche con mis tetas cubiertas de su semen. ¿Qué es otra para añadir a su munición para arruinarme?

Inclino la barbilla y esbozo una sonrisa.

—Putas —exhala, pero la palabra carece del veneno que estoy segura esperaba que tuviera.

—Mejor que una puta con derecho —le respondo.

Con una mirada más a su obra en mi muslo, se sube los pantalones, gira sobre sus talones y sale de la habitación.

—Puto gilipollas —grito tras él, y justo antes de que la puerta se cierre tras él, juro que veo cómo le tiemblan los hombros de la risa.

Coño.

Me reclino contra la pared y levanto la cabeza hacia el techo. No estoy seguro de lo que espero. Desde luego, Dios no va a ayudarme después de todo lo que he hecho.

Echo un vistazo a la habitación por primera vez desde que me trajeron aquí, y me encuentro con un gran baño en blanco y negro que parecería estar en mi casa.

Me dirijo al lavabo y empiezo a ponerme el sujetador y el vestido en su sitio. La tela me roza los pezones y me estremezco.

No hay nada suave en estar con Seb, eso es seguro.

Sus toques ásperos y sus palabras perversas alimentan algo dentro de mí, algo que he estado desesperando durante tanto tiempo.

Sabía que faltaba algo. Supongo que por eso no me costó encontrarlo.

Pero eso...

Lo que acaba de pasar aquí, igual que nuestras dos veces en el cementerio... Era exactamente lo que yo quería. El odio, la pasión, el dolor. Todo eso.

Y joder si no lo volvería a hacer si él volviera a irrumpir aquí ahora mismo.

Me aparto el pelo revuelto de la cara, me echo hacia atrás y pienso en esos minutos una y otra vez, con el corazón acelerado como si estuvieran sucediendo ahora mismo.

Consciente de que la puerta no está cerrada y de que cualquiera puede irrumpir, termino lo que estoy haciendo y me limpio, con cuidado de no abrirme más de lo que ya están los cortes del muslo.

Miro fijamente su obra, mis sentimientos por el hecho de que me haya marcado como a una puta vaca guerreando en mi interior.

Estaba caliente, de eso no hay duda, pero joder. Ahora estoy literalmente caminando con su nombre en mí como si realmente le pertenezco.

Una cosa es segura, sin embargo. Está jodidamente trastornado.

Me agacho para subirme las bragas antes de darme cuenta de mi error. El muy imbécil me las ha robado, y también la navaja.

Supongo que es justo, ya que yo tengo el suyo.

Pongo los ojos en blanco ante sus tendencias cavernícolas y me dirijo al lavabo para lavarme las manos. Me escuece el muslo al moverme, recordándome lo que me ha hecho a cada paso que doy.

Encuentro mi bolso abandonado en el suelo y saco mi brillo de labios, intentando arreglarme para que parezca menos que me acaba de joder un bebé miembro de la puta mafia.

Pronto lo doy por mal hecho. Puede que no tenga los labios hinchados por sus besos como yo quería, pero tengo el cuello lleno de chupetones y el pecho lleno de arañazos rojos y furiosos de mi propia navaja.

Suspiro y me preparo para volver a salir. Todo el mundo sabrá exactamente lo que ha pasado aquí hace unos momentos. Vale, probablemente no *todo*. Me gustaría pensar que la pequeña marca en mi muslo es entre nosotros dos.

Justo antes de moverme del lavabo, la puerta se abre de golpe y nada menos que la maldita Teagan entra dando tumbos.

—Ew —dice, girando la nariz en el momento en que me encuentra de pie en su camino—. No sabía que este baño estaba lleno de basura.

—Da igual —murmuro, cogiendo el bolso del mostrador y echándomelo al hombro. No tengo energía para otro combate con esta zorra. Hay alguien a quien quiero cabrear más.

—Lo siento. —Me abalanzo sobre ella, asegurándome de que mi hombro choque con el suyo.

Grita como una perra antes de que cierre la puerta tras de mí, dejándola en la habitación que huele al sexo que acabo de tener con el tipo por el que está tan desesperada.

No lo veo inmediatamente, pero estoy segura de sentir su mirada llena de odio desde el otro lado de la habitación.

Me acerco al mostrador donde no hace mucho me metió la mano en la boca y agarro una de las botellas de vodka que hay allí.

Las miradas interesadas del resto de la sala se clavan en mi espalda mientras alineo una fila de vasos de chupito y vierto vodka en cada uno de ellos.

—Vale —dice una voz suave y familiar a mi izquierda—, no estoy segura de que sea buena idea.

—No te ofendas, Calli, pero no puedes entender por qué es completamente necesario—.

Levanto el primer vaso y lo tiro hacia atrás, con una mueca de dolor cuando el alcohol me

golpea la garganta.

—Um... —Calli duda, sin saber qué hacer.

—Toma. —Le ofrezco uno de mis chupitos. Ella lo toma, pero no hace ningún movimiento para beberlo—. Tengo que ser honesta, me sorprende que Nico no te haya sacado de aquí todavía.

Se encoge de hombros, inclinando la cabeza hacia la esquina de la habitación.

—Se distrajo.

De reojo, le veo follando en seco a una chica. Una completamente diferente de la que se la estaba chupando cuando llegamos. Supongo que es su cumpleaños, después de todo.

—Bonito.

—Es un cerdo.

—Odio reventar tu burbuja, Cal. Todos los tipos de aquí abajo son exactamente iguales.

—No sabría decirte —murmura con tristeza—. La mayoría ni siquiera me habla, y mucho menos se acerca.

—Bueno, después de que Nico golpeará a ese tipo, no puedo decir que me sorprenda.

—Incluso asustó a ese tipo de arriba. —Suspira, parece emocionada y agotada.

—Quizá deberías dejarlo por hoy —sugiero.

—Tal vez. ¿Quieres subir?

Un movimiento por encima de su hombro me llama la atención, y descubro a Seb hablando con las zorritas de Theo y Teagan.

—Tal vez en un rato. Tengo algo que hacer primero.

Siguiendo mi mirada, gime.

—No vas a ganarles, lo sabes, ¿verdad?

—¿Quién lo dice? Nunca se han enfrentado a alguien como yo.

Me estudia un momento, como si pudiera leer mis intenciones en mi cara.

—Esos idiotas llevan el bromance a un nuevo nivel. No los romperás. Créeme, más de unos pocos lo han intentado.

—Otra vez. Yo no.

Me vuelvo hacia las bebidas y me las bebo de un trago. El líquido me calienta la barriga al instante.

—Ve tú. Subiré en un rato. Te lo prometo.

Le doy un beso en la mejilla y me alejo dándole palmadas en el culo.

Casi todos los ojos de la sala me siguen mientras recorro el vasto espacio con la cabeza alta y una mirada decidida.

Al pasar junto a Alex, le quito el porro de los dedos y aspiro una calada, viendo que mi subidón de antes ha sido fácilmente aniquilado por el gilipollas cuyos ojos me disparan tanto odio que me sorprende no haber ardido en llamas todavía.

Theo se inclina hacia Seb y le susurra algo al oído, pero mis ojos están fijos en los de Seb, enfadado, así que no tengo posibilidad de leer lo que sea. No es que me importe una mierda.

Apartando a Lylah y Sloane de mi camino, me acerco a Theo.

—Mira por dónde vas, zorra —gimotea una de ellas, pero no les presto ninguna atención.

Con mi mano en el centro de su pecho, Theo me permite empujarlo de nuevo contra la pared mientras sigo sosteniendo los ojos de Seb.

La advertencia es alta y clara, y no hace más que espolearme, junto con el alcohol y el canuto.

—Princesa, realmente no creo...

CAPÍTULO 19

Sebastian

El aire se me escapa de los pulmones cuando Stella aprieta su cuerpo contra el de Theo y hunde sus labios en los de él.

Es mi chico, así que no me sorprende que su primera reacción no sea devolverle el beso inmediatamente.

Se lleva las manos a los hombros, dispuesto a apartarla mientras sus ojos encuentran los míos, pero no tiene oportunidad de hacer nada porque ella le agarra de las muñecas y le lleva las manos al culo.

Duda más de lo que debería, pero lo entiendo. Ella está jodidamente buena y acaba de lanzarse sobre él.

Apoyo la espalda en la mesa de billar que hay detrás de mí, cruzo los brazos sobre el pecho y los observo.

Lo hace para cabrearme, para castigarme por no besarla en el baño. Pero de lo que no se da cuenta es de que ha errado el tiro por mucho.

Confío en mis chicos con mi vida. Y aunque les haya advertido que no se acerquen ni de coña, también les confío a ella.

Me he asegurado de que no vayan a por ella, pero eso no significa que siempre se comporten, sobre todo con mi permiso.

Sus ojos siguen clavados en los míos mientras ella le besa, instándole a que le devuelva la atención.

Basta un movimiento de cabeza para que se rinda. Sus ojos se cierran de golpe y una de sus manos se mueve desde su culo, rozando sus curvas hasta que enhebra sus dedos en su cabello y toma el control del beso, inclinándola exactamente como él quiere.

Se me retuerce el estómago al verlos... pero también se me hincha la polla y la necesidad de acercarme y participar es casi insoportable.

Estoy a punto de levantarme de la mesa cuando veo a dos personas que se acercan desde distintas direcciones.

Calli es la primera en llegar a mí.

—¿Qué coño estás haciendo? —chilla. Tiene los ojos muy abiertos y la cara enrojecida como nunca la había visto. Probablemente tenga algo que ver con el hecho de que nunca la hemos dejado salir de fiesta con nosotros. Nico parece haber olvidado que ella está aquí, mientras rodea su cintura con la pierna de una zorra y se la mete descaradamente al otro lado de la habitación.

Apostaría por el hecho de que Calli no ha visto lo que está haciendo, de lo contrario no tengo ninguna duda de que estaría en el extremo equivocado de su ira en este momento en lugar

de mí.

Hace un gesto con la mano en dirección a Stella y Theo, con los ojos imposiblemente abiertos mientras me mira fijamente.

—¿Por qué dejas que eso ocurra?

—Seb —advierte Toby, con los labios apretados en una fina línea cuando se une a nosotros.

—¿Por qué hacemos lo que hacemos, bebé C? Sólo nos divertimos. ¿No es cierto, Tobes? —Me siento en la mesa de billar y me apoyo en las palmas de las manos, con los ojos fijos en Stella y Theo, deteniendo la partida que la pareja de borrachos intentaba jugar detrás de mí. Sin inmutarse, ambos se alejan.

—No, joder. Tienes que parar esta mierda antes de que acabe herida.

—Aw, Tobes. Es tan bonito que te importe. Pero no es más que una puta de mierda. Sólo estoy dejando que se divierta.

Su puño vuela hacia mí, pero lo veo venir a la legua y lo atrapo antes de que me dé en la cara.

—Te equivocas, ella no es nada de eso.

—¿No? ¿Entonces no me la chupó en la cocina, me folló en el baño y luego vino directamente aquí y empezó de nuevo con Theo? —Me vuelvo a sentar, más que preparado para otra copa.

Me acerco a Toby y le golpeo el pecho con la palma de la mano.

—Eres un puto iluso si crees que es una inocente princesita enviada desde arriba, amigo. —Me inclino hacia su oído—. Es una de los nuestros. Que actúe como tal.

No necesito mirarle para saber que la ira cubre su rostro. La irradia en oleadas.

—Si no puedes, tal vez coge al bebé C y vete a jugar con sus Barbies o algo.

Con una sonrisa de satisfacción, me dirijo a la cocina y a la botella de vodka medio vacía que Stella se ha dejado.

—¿Suficiente para mí? —Teagan pregunta, deslizándose hacia mí y envolviendo su mano alrededor de la mía que sostiene la botella.

—No —le digo bruscamente, arrancándoselo cuando intenta cogerlo.

—Sabes, si estás tenso, tengo una forma genial de ayudarte a relajarte.

Aparto los ojos de Stella y Theo y miro fijamente a Teagan. Siempre he sabido que es una aspirante desesperada que quiere probar nuestras vidas, pero no es el tipo de chica que realmente puede lograrlo. Se preocupa demasiado por su cabello, sus uñas, todo lo que está por fuera. Tal vez sería la esposa trofeo perfecta para uno de los otros chicos. Pero ciertamente no lo es para mí. No estoy interesado en ese tipo de falsedad. La única razón por la que la he dejado quedarse tanto tiempo es porque sé que nunca me enamoraré de ella, y eso la hace segura.

El amor te debilita y, al final, te deja como una cáscara de ti mismo con el corazón roto.

Todo lo que necesitas hacer es mirar a mi madre como prueba de ello. No tengo ni idea de quién era la mujer antes de morir junto a mi padre. Perder a Demi sólo lo empeoró.

—¿Por qué sigues intentándolo? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir? —La falsa inocencia de su voz me da escalofríos.

—Sabes muy bien que acabo de follarme a Stella en ese baño. No te hagas la tonta, Teag. Puede que seas rubia, pero no eres tonta, joder—. Su ceño se frunce cuando digo esas palabras, y empiezo a dudar de si son ciertas o no. ¿De verdad es tan tonta?

—Tenemos algo.

—¿Algo tan especial que me follé a alguien que no eras tú?

Las lágrimas le queman los ojos, pero intenta apartarlas parpadeando.

Debería importarme, pero realmente no me importa.

Ella no me quiere. Lo único que le interesa es su posición social.

—Vamos, Seb. No seas así. Es una fiesta, todos hacemos locuras. Está claro que no la quieres o no estarías aquí conmigo mientras le mete la lengua en la garganta a Theo—.

—¿Cuándo he dicho que la quiera? Lo único que he dicho es que no te quiero a ti —digo, con la voz fría y carente de cualquier tipo de emoción a pesar de los celos que quieren aflorar a la superficie—. Deberías irte.

Dándole la espalda, me alejo con mi botella y me dejo caer en uno de los enormes sofás de Nico.

Hay una pareja follando en seco a mi lado, impidiéndome ver dónde bailan ahora Stella y Theo.

—Vete a la mierda —gruño.

El tipo me echa un vistazo y levanta a la chica para que se ponga en pie, y ambos salen corriendo. Cualquiera pensaría que les he apuntado con una pistola o algo así.

Apoyo un pie en la mesita y sigo viendo el programa que Stella insiste en ponerme.

Cree que está ganando.

Le permitiré pensar eso por un tiempo. Sólo hará que el otoño sea más delicioso cuando llegue.

Divisa a alguien por encima de su hombro, y cuando sigo su línea de visión, encuentro a Alex al final de ella.

Ella le hace un gesto para que se acerque y, sin pensárselo dos veces, él se enciende un porro recién hecho y se acerca a ella, entregándoselo antes de colocarse detrás de ella y mover las caderas al compás de las suyas.

El sofá se mueve a mi lado cuando alguien se une a mí.

Estoy a punto de partirles la cara por habérmelo planteado cuando estira sus largas piernas e imita mi postura.

—¿Pensaba que trabajabas esta noche?

—Salí temprano —es la rápida respuesta de Daemon—. ¿Entonces es ella? —No miro, pero sé que asiente hacia Stella.

—Claro que sí. ¿Qué escuchaste?

Puede que los seis hayamos crecido juntos, pero Daemon nunca ha sido uno de los nuestros. Siempre ha preferido estar solo, perderse en su ordenador y seguir a su padre a todas partes como un cachorro necesitado.

Ha vivido y respirado la Familia desde que comprendió su importancia y su lugar. La quiere. La quiere tanto que juraría que roza la obsesión, pero no soy precisamente de los que critican las decisiones de la gente. Las mías son cuestionables.

—A Galen le han dado un pase. ¿Sabías que ha estado trabajando todo este tiempo, desde el otro lado del charco?

Agarro con fuerza la botella que tengo en la mano.

—No, no lo hice—. Aunque ya me lo imaginaba, ya que ha vuelto sin problemas y su preciosa cría es tan importante como para que el jefe exija que la cuidemos.

—¿Acaso caga oro o algo así? No puedes hacer algo así y salirte con la tuya.

—No conocemos toda la historia —reflexiona Daemon.

—Ahora no, pero lo haremos.

—Puede ser. Pero sé una cosa.

—¿Ah, sí? —pregunto, girándome finalmente hacia él y entrecerrando los ojos. Daemon no suele decir mucho, ni opinar abiertamente sobre nada. Suele estar demasiado ocupado cumpliendo órdenes con la esperanza de saltar algunos peldaños en la escala de la Familia.

—Ella encaja perfectamente. Y besa de puta madre. —Me da una palmada en el muslo, murmurando—: Estoy fuera. —Empuja para levantarse. Si aún no me arrepentía de no haberla besado antes y de haberla obligado a hacer su pequeño espectáculo en solitario, ahora sí que me arrepiento.

Vuelvo a sentarme en los cojines del sofá y me llevo la botella a los labios, reajustándome los vaqueros mientras observo cómo mis chicos se revuelcan contra mi pequeña Diablilla.

La forma en que se mueve, incluso apretada contra ellos, me pone duro como el puto acero.

CAPÍTULO 20

Stella

A la mierda mi vida.

Tengo la lengua pegada al paladar cuando vuelvo en mí al sonido de una maldita banda de música dentro de mi cerebro.

Gimo, intentando mover mi cuerpo, pero está hundido en la cama más cómoda en la que creo que he dormido nunca.

Unos fuertes ronquidos procedentes de otro lugar de la habitación llenan mis oídos, obligándome a recordar la noche anterior.

Ninguno de ellos me hace sentir mejor.

Oh, Dios.

—Buenos días, princesa —me dice una voz grave y áspera desde mi lado.

Se me revuelve el estómago. ¿Con quién demonios estoy en la cama y cómo demonios he llegado hasta aquí?

Lo último que recuerdo es haberme liado con Theo y Alex. Hubo baile, besos, molienda, hierba y vodka. Dios, había mucho vodka.

Respiro hondo antes de abrir un ojo.

La cara de Theo aparece delante de mí, y gimo cuando bajo la mirada y lo encuentro encima de la cama en nada más que un par de bóxer.

Por favor, no me digas que fui allí. Por favor.

—¿Cómo te sientes, preciosa?

—Exactamente como me merezco. ¿Tiene Nico algún analgésico?

—Mira en la mesilla de noche. —Echa un vistazo detrás de mí y yo hago acopio de toda la energía que puedo para darme la vuelta.

Casi suspiro de alivio cuando encuentro un vaso de agua y un paquete de pastillas esperándome. Alguien se organizó. O vio el puto desastre que fui anoche.

Todo es culpa *suya*. Si me hubiera besado...

Pensar en él me hace mirar alrededor de la habitación. Está aquí, sé que está. Siento un cosquilleo en la piel.

Encuentro a Nico desmayado en el suelo con una chica semidesnuda a cada lado. Alex está acurrucado en la mesa de billar, con una botella vacía de vodka aún en la mano.

Sigo buscando, con los ojos entrecerrados por el sol que entra por la pared de ventanas del suelo al techo que no vi la noche anterior.

Jadeo en cuanto lo encuentro.

Está sentado en el sofá exactamente en el mismo sitio en el que recuerdo que me miraba anoche. Está recostado, con las piernas abiertas, y en lugar de una botella de vodka, tiene una

botella de agua colgando de los dedos. Pero sus ojos, igual que anoche, están clavados en mí.

Trago saliva nerviosa mientras las imágenes de mi comportamiento pasan por mi mente como una película.

Me muevo en la cama y me escuece el muslo al hacerlo.

Lo que...

Mi navaja. El baño. Sus iniciales.

Jesús, ¿cuántos remordimientos puede tener una persona en tan sólo unas horas?

Necesito salir de aquí.

Aparto los ojos de él, me incorporo y por primera vez me fijo en lo que llevo puesto, o no, según el caso.

La imagen de él metiéndose mis bragas estropeadas en el bolsillo invade mi mente y aprieto los muslos, lo que me vale una risita del chico que está a mi lado.

—¿Qué? —Suelto.

—Princesa, no tienes nada que ocultar.

Dejo caer la cabeza entre las manos y me presiono las sienes con los pulgares.

¿Qué demonios pasó anoche?

Sin mirar a nadie -especialmente al tipo enfadado del sofá-, me tomo dos pastillas y me bebo el vaso de agua.

El silencio se extiende por la habitación, aparte de los ronquidos de Nico y Alex. La tensión es densa, completamente insoportable mientras los ojos se clavan en mi espalda.

—Disculpen —murmuro, levantándome de la cama. Las palabras no van dirigidas a nadie en concreto, y nadie responde mientras atravieso la habitación, con el cuerpo dolorido y la cabeza martilleándome a cada paso.

—Joder —susurro cuando me acerco a Nico y lo encuentro a él y a sus dos amiguitos completamente desnudos en el suelo. ¿Cuánto habrán bebido para no darse cuenta todavía?

Al menos Alex sigue con los pantalones puestos cuando paso junto a él acurrucado en la mesa de billar.

No hay otros cadáveres merodeando por los alrededores, como habría esperado, y eso me hace preguntarme quién estuvo con él lo suficiente como para vaciar realmente el lugar.

Me pregunto qué habrá pasado arriba. ¿Todavía hay gente desmayada y lamentando las decisiones que tomaron la noche anterior?

¿Qué le ha pasado a Calli?

Se me hunde el corazón al saber que la abandoné después de prometerle que la vigilaría. Todo salió volando por la ventana en cuanto Seb me arrastró hasta el sótano del pecado.

Su mirada sigue clavada en mi espalda cuando entro en el baño y cierro la puerta tras de mí, aislándome de todo lo que ocurrió anoche. No me doy cuenta de mi error hasta que me doy la vuelta. Puede que haya dejado algunos remordimientos al otro lado de la puerta, pero también tengo muchos aquí dentro.

Me duele el muslo mientras recuerdo vívidamente a Seb de rodillas ante mí, cortándome la piel.

—Hijo de puta.

¿Pero tenía razón? ¿Sus iniciales en mi muslo impedían que alguien más me follara?

Mierda. Ojalá pudiera recordar cómo acabé llevando sólo la camiseta de Theo y desmayándome a su lado en la cama de Nico.

Bajo al retrete y dejo caer la cabeza entre las manos. Gimo de frustración.

¿Por qué acepté venir aquí anoche?

Imagino la dulce cara de Calli y recuerdo todas las cosas que me contó sobre ser asfixiada por los chicos del otro lado de la puerta, junto con su padre y el resto de la Familia.

Joder. La familia.

Me incorporo de golpe, con fragmentos de nuestra conversación pasando por mi mente.

Necesito ir a casa e investigar un poco. Necesito hablar con papá. Necesito...

Suspiro, con los hombros caídos una vez más. ¿Me dirá siquiera la verdad?

Toda mi vida he confiado en mi padre. En todas nuestras mudanzas, en su ausencia en mi vida, siempre he confiado en que hacía lo mejor para mí.

¿Pero mantener algo así en secreto?

Me ha sacudido, y mi confianza en el hombre al que amo más que a nada pende de un hilo.

Jadeo cuando me miro en el espejo. No entiendo cómo Theo se las ha arreglado para no echarse a reír. Tengo el pelo enmarañado y despeinado en todas direcciones. El maquillaje está por todas partes, el pintalabios se me ha corrido por los labios, por la mandíbula y por... —Joder—. Levanto los dedos y me los paso por los chupetones y las marcas de mordiscos que tengo en la garganta.

Todos esos eran de Seb... ¿verdad?

A la mierda mi vida.

Con sólo agua, me lavo lo mejor que puedo los restos del maquillaje de anoche. Me veo mejor de lo que esperaba una vez que he conseguido eliminarlo casi por completo. Y después de lavarme los dientes con los dedos, vuelvo a sentirme casi humana.

Encuentro un peine en el estante que hay sobre el lavabo que me ayuda a domar mi alborotado pelo, y cuando enrosco los dedos alrededor del mango para escapar por fin del santuario del baño, casi me siento con fuerzas para enfrentarme a los imbéciles del otro lado.

Lo único que puedo esperar es que dos de ellos sigan desmayados y que, por algún milagro, Seb me deje escabullirme para encontrar a Calli sin ningún drama.

Sí, es una ilusión, y me doy cuenta de mi error cuando entro en la sala principal y me encuentro a los cuatro sentados en los sofás con cafés en la mano.

Las chicas de Nico no aparecen por ningún lado, y por suerte, él lleva pantalones.

—Buenos días, princesa. —Alex guiña un ojo y sus ojos se posan en mis piernas cubiertas de medias. La camisa de Theo llega hasta los muslos, así que no es ningún secreto lo que llevo debajo. Aunque si nos guiamos por sus palabras de antes, podría estar aquí desnuda y no importaría.

Trago saliva y desvío la mirada de él a los otros tres idiotas que me miran hambrientos.

—¿Dónde está mi vestido? —Tartamudeo, odiando parecer insegura de mí misma.

El silencio recorre la habitación y me recorre un escalofrío de inquietud cuando Seb se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Ven aquí, Diablilla —me exige, con sus ojos oscuros clavados en los míos y desafiándome a que le desafíe.

Una parte de mí quiere hacerlo. Una parte jodidamente enorme quiere que gire sobre mis talones y corra tan rápido como pueda de esta guarida de pecado. Pero no lo hago, porque clavada en su mirada, pierdo el control de mi cuerpo y me encuentro dando un paso hacia él.

Una mueca se dibuja en sus labios, la satisfacción de que haya seguido las órdenes llena sus ojos.

Los demás siguen todos mis movimientos mientras rodeo la mesa de café, en cuyo centro hay dos tazas humeantes, y me coloco frente a él.

Su rostro es totalmente ilegible mientras le miro fijamente. Tiene la máscara bien puesta. Se me eriza el vello de la nuca, porque no puedo leer nada de sus intenciones, y eso es peligroso.

—¿Dónde está Toby? —pregunto, aunque en cuanto su nombre sale de mi boca me doy cuenta de que probablemente no era lo correcto, porque Seb hace un tic con la mandíbula, frustrado.

Sin decir una palabra, me coge la mano y tira de ella, asegurándose de que caigo sobre su regazo.

Me rodea la cintura con las manos y me hace girar, colocándome exactamente dónde quiere entre sus muslos abiertos, de espaldas a él.

Inclinándose hacia delante, su aliento caliente recorre mi oreja, haciéndome estremecer. Es algo que él no echa de menos, si su risita me dice algo.

—¿Te divertiste anoche, princesa? —pregunta, lo suficientemente alto como para que le oigan los demás.

Incapaz de mirar a ninguno de ellos, mis ojos encuentran los humeantes cafés sobre la mesa que tengo delante. Aprieto los puños con la necesidad de coger uno.

Seb debe de notar mi desesperación, porque justo cuando estoy a punto de moverme, alarga la mano y me rodea la garganta con su mano caliente.

Gilipollas.

—Respóndeme, Diablilla —gruñe, enviando traicioneros cosquilleos al sur de mi cintura.

—¿S-sí? —No quiero que parezca una pregunta, pero tengo tantas incógnitas sobre lo que pasó anoche que no tengo ni idea de cuál podría ser la respuesta correcta.

—¿Ah, sí? ¿Así que disfrutaste prostituyéndote con mis chicos, a pesar de lo que te dije sobre a quién perteneces?

No respondo, e intuyo que en realidad no quiere que lo haga.

—Lo hiciste, ¿verdad?

A pesar de sus duras palabras, en el momento en que su otra mano se posa en mi estómago y empieza a deslizarse hacia arriba hasta que me toca los pechos a través de la camiseta de Theo y del sujetador que, por suerte, aún llevo puesto, mi pecho empieza a agitarse y mi respiración empieza a aumentar.

Realmente sólo soy una puta.

Tengo las manos de un tipo sobre mí y otros tres mirándome, y mi cuerpo arde más rápido de lo que puedo soportar.

—Creo que tengo que darte otra lección. ¿No es así, Diablilla?

Me aprieta el pecho con más fuerza y no puedo contener el gemido de placer que arranca de mis labios.

Metiendo los pies detrás de mis pantorrillas, me abre las piernas y, como la zorra desvergonzada que soy, se lo permito.

El calor me quema las mejillas, me baja por el cuello hasta el pecho sabiendo que Theo, Alex y Nico pueden verlo literalmente todo ahora. No es solo que vean mi coño lo que me llena de humillación, sino la marca de Seb. La cicatriz roja y furiosa que ahora lleva sus iniciales, probablemente para siempre, si nos atenemos a la profundidad de sus cortes.

No quiero parecer débil, abro los párpados y los miro a los tres.

Se me corta la respiración cuando veo que el peligro y la lujuria me miran fijamente.

Los ojos de Alex pasan de mi cara a mi coño mientras levanta la mano para pasársela por el desordenado cabello de recién levantado.

La atención de Nico está firmemente en mi coño, su propia excitación en esta situación jodida más que obvio detrás de sus pantalones.

¿Y Theo? Parece jodidamente intrigado. Gilipollas.

A pesar de saber que no está aquí, busco a Toby en el sótano.

No permitiría que Seb hiciera esto, que me humillara delante de sus amigos.

Pero no está aquí. Y Seb es más que consciente de ese hecho. Aunque algo me dice que Toby podría ser el verdadero al que quiere dar este mensaje.

Nico casi gruñe mientras se mete la polla en el pantalón.

Maldito perro. Uno pensaría que se sació anoche con sus dos amiguitas.

Los dedos de Seb me aprietan la garganta y, joder, otra oleada de calor se acumula en mi coño.

—Dilo, Diablilla —me gruñe al oído, y mi espina dorsal se endereza ante la aspereza de su voz.

Sé que Nico no es el único afectado por este pequeño espectáculo. Siento la polla de Seb dura y preparada a mi espalda.

Parece que este pequeño exhibicionismo le pone las pilas.

Vuelvo a inclinar la barbilla y cierro los labios, negándome a decirle lo que sé que quiere.

Quiere que me someta.

Pues que se joda.

—¿Realmente crees que estás en posición de desafiarme en este momento?

—Me importa una mierda, Sebastian. Haz lo que quieras conmigo, serás tú quien tenga que vivir con tus actos. Yo, sin embargo, ya sé que soy una puta, así que puedes aprovecharlo—.

Un gruñido de frustración le desgarran la garganta en cuanto me llamo puta.

¿Y qué? ¿A él le parece bien, pero a mí no?

Maldito hipócrita.

Bajando el tono de mi voz, asegurándome de que sale ronca y necesitada, miro entre los tres tipos que tengo delante.

—¿Qué dicen, chicos? ¿Quieren divertirse? Estoy aquí para tomarla. —Le guiño un ojo un segundo antes de que me eche la cabeza hacia atrás, con el cuero cabelludo ardiendo por haberme arrancado casi el pelo de cuajo con sus brutales movimientos.

—Nadie te toca, Diablilla. Eres mía. —Sus ojos oscuros, casi trastornados, se clavan en los míos y todo el aire sale de mis pulmones.

Ahora mismo, no hay forma de que pueda refutar nada de lo que Calli me dijo anoche. Puede que haya visto a Seb tanto con una pistola como con una navaja en las últimas dos semanas, pero nunca ha parecido más peligroso, más letal que ahora mismo.

—Mía —dice con la boca.

Al soltarme el cabello, suspiro aliviada cuando retira la mano y no encuentro mechones entre sus dedos.

Esa sensación sólo dura un instante, porque su mano cae entre mis piernas, sus dedos danzan por mis muslos y hacen que mis músculos se agolpen de deseo.

—¿Vas a montar un bonito espectáculo para mis hermanos, Diablilla? Creo que necesitan ver a quién perteneces tanto como tú necesitas entenderlo.

Mi pecho se agita y respiro entrecortadamente. Me muerdo los labios e intento no exigirle

que deje de tomarme el pelo y lo haga de una vez.

Nico no estaba equivocado. Estoy tan jodidamente lista para sentirlo dentro de mí.

Me duele el coño de que me abra, de que me castigue por lo que sea que haya pasado anoche y que no recuerdo.

Se le escapa un gemido de necesidad mientras sube más, arrastrando el dedo por mis labios pero sin acercarse a donde lo necesito.

—Mira cuánto te desean, Princesa. Todos se mueren por probarte.

Incapaz de hacer otra cosa que seguir órdenes con la esperanza de conseguir lo que necesito, encuentro los ojos de cada uno de ellos.

El verde de los de Theo brilla más que nunca mientras siguen los movimientos de Seb, con la polla abultada contra los pantalones. Los ojos de Alex y Nico están tan llenos de deseo que parecen las oscuras profundidades del infierno, como los de Seb detrás de mí. Nico, sin embargo... lo está llevando al siguiente nivel, porque su mano se ha deslizado bajo la cinturilla y se acaricia lentamente mientras me mira.

Al notar mi atención, levanta los ojos hacia los míos y me guiña un ojo.

Nada como ayudarme, imbécil.

Frunzo el ceño, pero lo único que hace es sonreír.

—Oh, Dios —suspiro cuando Seb roza por fin mi clítoris antes de empujar más abajo y hundir dos dedos en mi interior.

—Joder, Diablilla. Te gusta volver locos a mis chicos, ¿eh?

Enrosca sus dedos dentro de mí y pierdo cualquier hilo de control al que me aferraba.

Mi cuerpo se hunde contra el suyo, entregándome a lo que está haciendo. Se me cierran los ojos mientras me concentro en las sensaciones y en mi rápida liberación.

—Míralos —ladra, sus dedos se calman—. Quiero que vean exactamente lo que no pueden tener.

Tengo una discusión en la punta de la lengua, una exigencia de saber si en realidad se trata más de castigarles por lo de anoche que de mí.

Aunque en cuanto abro los ojos, me doy cuenta de que están disfrutando tanto como yo. No es que alguna vez lo admita.

Nico ha renunciado a ocultar lo que se está haciendo. Su pantalón están ahora alrededor de sus muslos, su gruesa polla abiertamente en la palma de su mano mientras la aprieta.

Alex tiene los pantalones desabrochados y su mano se hunde rápidamente bajo la tela. Theo es el único que parece un poco sereno, sentado con la mano moviéndose lentamente sobre el bulto de sus pantalones.

La visión de cómo se desmoronan ante mí es tan jodidamente erótica que casi encuentro mi voz y les exijo que se quiten la ropa, que me dejen ver exactamente lo que esto les está haciendo.

Pero si lo hiciera, probablemente pondría fin a la intensa liberación hacia la que estoy volando, así que me conformo con gemir el nombre de Seb en su lugar, más que consciente de que es lo que quiere y dispuesta a jugar a este pequeño juego suyo.

No estoy segura de si esperaba que lo disfrutara, pero joder, no estoy seguro de querer estar en otro sitio ahora mismo.

—¿A quién perteneces, Diablilla? —vuelve a intentarlo, sabiendo que empiezo a caer.

Lucho por tomar el aire que necesito mientras él me mantiene al borde de ese tortuoso placer. Si digo o hago algo mal, me lo arrancará, y eso no puede ocurrir. Esta vez no. Estoy

demasiado ida, y eso me llevaría a cometer una estupidez, como correr directamente hacia Nico, que estoy segura de que estaría más que dispuesto a terminar el trabajo, suponiendo que estuviera vivo el tiempo suficiente para hacerlo.

—A ti —suspiro, parte de mí esperando que no pueda oírlo por encima de los crecientes gruñidos y gemidos que llenan la habitación.

—Más alto —retumba, sobresaltándome—. Dile a mis chicos quien es tu dueño.

—Tú —grito mientras suena un fuerte estruendo en algún lugar de la habitación—. Tú, Seb. Tú eres mi dueño, te pertenezco —grito mientras sus dedos vuelven a acelerar el ritmo.

Estoy a punto de caerme cuando mis ojos encuentran una figura al otro lado de la habitación.

Toby.

CAPÍTULO 21

Sebastian

Ya era hora.

Mis labios se curvan cuando los ojos asesinos de Toby encuentran los míos después de haberse tomado un momento para evaluar la escena que se desarrolla ante él.

Puede que quiera hacer un comentario a los tres gilipollas que se masturban delante de nosotros al ver a mi Diablilla deshaciéndose bajo mis manos, pero en realidad sólo hay una persona que necesita ver esta advertencia tal y como es.

Mi propiedad.

Puede que Toby fuera el único que no la probó anoche, pero también es el único que la mira de otra manera, como si no fuera sólo un juego. Y eso es un puto problema, porque me lo va a joder todo si sigue así. Si sigue intentando protegerla y tratarla como es debido.

No se merece ninguna de esas cosas.

Sé que probablemente debería ser honesto sobre mis razones detrás de todo esto, pero a la mierda con eso. Debería confiar en que sé lo que hago. Es mi maldito hermano en todos los sentidos que cuentan. Debería confiar en mí.

Sus labios se entreabren para decir algo, para intentar abrirme una nueva brecha, pero yo me muevo primero, introduciendo mis dedos profundamente en el coño de Stella y apretando el talón de mi mano contra su clítoris. Y como el puto demonio que es, cae justo a tiempo. Para horror de Toby.

—Seb. —Su grito resuena en el silencio casi insoportable del sótano mientras su cuerpo aprisiona mis dedos y sus jugos chorrean por mi mano.

Jodidamente perfecto.

Los ojos de Toby se abren más de lo que creía posible y sus puños se cierran en señal de rabia, mientras el reconocible sonido de uno de los chicos al terminar cubre los persistentes gemidos de placer de Stella, que tiembla entre mis brazos.

Saco los dedos de su interior, levanto la mano y me los meto en la boca mientras sigo sosteniendo los ojos de Toby. Su sabor estalla en mi lengua, haciendo que me duela la polla por ella.

—¿Qué coño estás haciendo? —suelta. No sé por qué parece tan jodidamente horrorizado. No es nuestra primera fiesta en grupo. Y resulta que recuerdo que en el pasado ya se lo había montado todo. Puede que intente aparentar que es todo recto y mierda, pero es una puta mentira. Es tan raro y perverso como el resto de nosotros cuando quitas algunas capas.

—Únete o vete a la mierda, hermano. Estamos disfrutando.

Su mandíbula tics mientras lucha por tomar una decisión.

—Suéltala —exige, dando un paso de advertencia hacia nosotros, aunque no estoy del

todo seguro de lo que está a punto de hacer, a menos que esté planeando sacar una pistola de sus pantalones, lo cual es poco probable viendo que casi nunca lleva la maleta.

—¿Qué tal si le preguntamos?

Deslizo la mano por su cuerpo y le aprieto el pecho, pellizcándole el pezón a través de la tela.

Reprime un gemido, así que subo la apuesta y le meto la mano por el vientre, rodeando su clitoris hinchado.

—¿Qué dices, Diablilla? ¿Te dejo ir?

Su respuesta es un fuerte gemido, así que vuelvo a meterle los dedos.

Los ojos de Toby se clavan en los míos. Nunca bajan para ver lo que le hago a su cuerpo. Respeto su autocontrol, porque los otros tres lo tienen todo.

—Respuesta correcta —le gruño al oído—. Ahora ponte de rodillas.

Se queda quieta cuando mis palabras quedan grabadas en su neblina post-orgasmo.

—U-uh.

—Arrodíllate para mí, Diablilla.

En cuanto ella sigue mis órdenes y se deja caer entre mis muslos, Toby nos da la espalda y sale del sótano, dejando tras de sí sólo el eco del portazo.

—¿Por qué andas tan de malas? —bromea Nico.

Ignorándole, me centro en la mujer que tengo entre las piernas.

Descansando hacia atrás y estirándome, levanto las caderas en señal de invitación y enarco las cejas.

Su mirada se desvía de mi evidente excitación y recorre mi pecho cubierto por la camisa hasta que por fin me mira a los ojos.

Me trago el gemido que quiere retumbar en mi garganta al verla.

Joder, es preciosa.

Su rostro está limpio del maquillaje de la noche anterior, y sus ojos brillan de deseo, el azul claro parece ahora el océano más profundo. Sus labios están entreabiertos, dejando escapar sus agudos jadeos.

—¿A qué esperas, Diablilla?

En un momento de debilidad, mira por encima del hombro hacia la puerta por la que desapareció Toby.

Alargo la mano para agarrar su mejilla y obligarla a acercarse a mí.

—Que se joda, princesa. Es un marica. Ahora —le digo, desabrochándome el cinturón para ayudarla.

Sus manos se levantan y en segundos tiene mis jeans alrededor de mis caderas y mi dolorida polla en la palma de su mano.

—Recuerden esto, chicos. Es lo más cerca que van a estar de experimentarlo.

Deslizo una mano por su cabello y la guío hacia delante mientras apoyo la otra en el respaldo del sofá.

Los celos queman el aire mientras ella me succiona en su boca y yo me deleito en ello, porque ella es toda mía.

A diferencia de la noche anterior, le permito hacer lo suyo, y joder, me alegro de hacerlo. Follarle la garganta estuvo bien, pero la sensación de que me lama la polla, adorándome como si fuera su puto rey, lo es todo.

Mis dedos se tensan en su cabello, pero nunca tomo el control mientras mis ojos observan

cada uno de sus movimientos.

Sé lo que hacen los chicos a nuestro alrededor. Puedo ver sus movimientos por el rabillo del ojo. Pero mi única reacción a que se exciten con esto es sonreír, porque nunca lo van a experimentar, joder.

—Mía —gruño cuando me quita la longitud, mis dedos se retuercen hasta que duele.

Sus ojos se encienden de deseo antes de que vuelva a empujarla y me pierda en su boquita caliente.

Quiero aguantar para siempre, pero es demasiado pronto cuando mis pelotas empiezan a hincharse, el cosquilleo familiar brotando en la base de mi columna vertebral.

Al sentirlo también, acelera el ritmo, me chupa con más fuerza y me hace caer de cabeza en una intensa descarga que no olvidaré en mucho tiempo, si es que alguna vez lo hago.

Mi polla se sacude mientras gimo de placer y mi semen cubre su lengua.

Sus ojos se clavan en los míos mientras traga, lamiendo mi punta, tomando cada gota que puede.

Soltándome, se queda de rodillas, con los labios hermosamente hinchados por mi polla.

Me duele el pecho al verla a mis pies, y me arden los músculos por alcanzarla y subirla a mi regazo. Pero no se trata de eso.

—Ya puedes irte —me obligo a decir, subiéndome los jeans y alejándome de ella como si nada.

Me dirijo al baño con toda la intención de no mirar atrás, pero mi cuerpo me traiciona. Justo antes de que la puerta se cierre tras de mí, me doy la puta vuelta.

Verla de rodillas con la cabeza inclinada por la vergüenza me provoca algo, pero no es algo que tenga la capacidad de reconocer ahora mismo.

Apoyo la espalda contra la puerta cerrada, escucho si hay movimiento o voces al otro lado mientras deseo que el corazón deje de latirme con fuerza en el pecho y que mis dudas desaparezcan.

Lo necesitaba.

Lo necesitaban.

Ella es mía. Y sólo mía.

Vuelve a mí la imagen de ella a mi merced entre mis muslos y una sonrisa petulante y satisfecha se dibuja en mis labios.

Sí. Ahora también lo sabe, joder.

Me alejo de la puerta y le doy un tajo antes de limpiar con pesar su olor de mis dedos, mientras me pregunto cuánto tardaré en tenerla gritando mi nombre de nuevo.

Sus bragas me queman el bolsillo.

Sí, tal vez haga otra pequeña visita por otro par pronto.

No me sorprende, aunque sí me decepciona un poco, cuando salgo del baño y veo que se ha ido.

Se lo dije, después de todo.

Tres miradas intrigadas me siguen cuando voy a la cocina a por una taza de café, ya que la última está sobre la mesa, fría y abandonada.

—¿Qué? —ladro cuando vuelvo a caer en el sofá.

—Eso —empieza Nico—, fue ardiente de cojones, pero completamente innecesario.

—¿En serio? —pregunto, con las cejas casi en la línea del pelo—. Anoche me quedé mirando cada una de sus lenguas en su boca. Lo siento por sentir la necesidad de probar un

punto.

—Es una guerrera —dice Alex alegremente—. Me cae bien.

—Sí, ese es el puto problema —murmuro, dando un sorbo a mi café demasiado caliente.

—Hermano, lo entendemos. De verdad que lo entendemos, pero...

Lanzo a Theo una mirada que corta sus palabras. Nico no sabe lo que nosotros sabemos y, por lo que a mí respecta, quiero que siga siendo así.

—Está bien. Ustedes tres pueden tener su pequeña reunión si lo desea. Yo voy a darme una ducha. Tengo chica por todas partes —Nico resopla.

Alex se ríe de su comentario pero no señala la jodida razón obvia para ello, y los tres vemos cómo desaparece en el baño.

—Sé lo que hago —les digo, con voz firme y segura.

Ambos me miran fijamente, sus ojos dicen todo lo que sus bocas no dicen. Estoy agradecido, porque la verdad es que no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Pensaba que sí, pero Stella me sorprende a cada paso, y los planes que tenía ayer se van al garete porque ahora mismo, en lo único que puedo pensar cuando se trata de mi pequeña Diablilla es en cómo voy a ver de cerca mis iniciales en su piel dentro de poco.

CAPÍTULO 22

Stella

Me arden las piernas y los pulmones cuando atravieso volando la puerta de la habitación de Calli y caigo sobre la alfombra exhausta y humillada.

—¿Stella? —La preocupación en la voz de Calli mientras sus sábanas crujen hace que un sollozo quiera desgarrarme la garganta. Pero me niego a permitirlo.

Soy más fuerte que Seb y sus amigos idiotas.

Es sólo mi cansancio, me digo.

Siempre he sido una mentirosa de mierda.

Unas manos cálidas me rodean el brazo. Dejo a un lado mi reacción inicial de luchar y permito que me ayude a levantarme.

No me he mirado en un espejo desde que huí del sótano, pero no necesito hacerlo para saber que tengo un aspecto horrible.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Calli, de pie ante mí mientras me poso en el borde de su cama.

—Eh... —Dudo, no quiero empañar su pureza e inocencia con la horrible verdad.

—La última vez que te vi, le habías metido la lengua en la garganta a Theo —afirma con naturalidad y las manos en la cadera.

Afortunadamente, no hay juicios, sólo curiosidad.

—Había bebido demasiado. Y el porro de Alex era muy fuerte —murmuro, dejando caer la cabeza entre las manos.

—¿Necesitas pastillas? Tengo...

—He tomado un poco, pero gracias. Debería irme. Salir de tu camino y dejarte seguir con tu día.

—No voy a dejar que te vayas de aquí así. Habla conmigo. Puede que no lo entienda, pero quiero ayudar.

Se deja caer a mi lado y me coge la mano.

—No te ofendas, pero hueles a chico. Y por el estado de tu cuello, puedo adivinar por qué.

Una risa amarga sale de mis labios.

—No puedo decir que me sorprenda.

—¿Qué pasó, Stella?

Le hago un resumen muy breve y muy vago de lo que pasó entre Seb y yo en el baño antes de salir con la intención de darle una lección.

Recuerdo haber besado a Theo. Recuerdo a Alex uniéndose a nosotros y hay un recuerdo muy, muy borroso de sus labios también.

Pero todo lo que pase de ahí es un borrón de nada.

Por la forma en que Nico me miró esta mañana, sé que estaba involucrado en alguna parte.

Lo único que me hace sentir un poco mejor por todo lo que no puedo recordar es que cuando Seb me metió los dedos antes, no me dolía como si me hubieran follado de siete maneras desde el domingo.

Espero que eso signifique que mi noche llegó al máximo de besos, y que Theo mentía cuando dijo que ya lo habían visto todo.

Me estremezco internamente al pensar en cómo acabé sin mi vestido y en quién pudo meterme en la camisa de Theo.

Miro a Calli y sonrío suavemente, más que agradeciendo su apoyo en estos momentos.

—¿Puedo usar tu ducha?

—Por supuesto. Usa lo que quieras. ¿Tienes ropa?

Asiento y hago las maletas para hoy.

—Tal vez deberíamos salir una vez que estés lista, ¿a desayunar o algo? Salir de casa, lejos de ellos.

Mi primera reacción es negarme en mi necesidad de ir corriendo a casa y encerrarme en mi habitación. Pero entonces la miro a los ojos y me doy cuenta de que necesita ese tiempo fuera tanto como yo.

—Vale. Me ducharé y luego iremos a comer. Puedes contarme todo sobre tu noche. —Le guiño un ojo y ella se sonroja.

—No puedo creer que vi a Nico conseguir... —Ella cierra los labios, sus mejillas sólo se ponen más brillantes.

—No te preocupes, se despertó con dos chicas desnudas a cada lado. Se puso peor.

—Dios mío. ¿Qué parentesco tengo con ese perro?

Riendo, la dejo con su mortificación en favor de su ducha.

Suspiro aliviada cuando compruebo que tiene un aspecto completamente distinto al del sótano. Sin duda es un baño de chicas, y mi espalda se endereza un poco. Aquí estoy a salvo.

Enciendo la ducha lo más caliente que puedo, me despojo de la camisa de Theo, me quito el sujetador, el ligero y las medias estropeadas de las piernas y me meto dentro.

El agua quema, mi piel rechaza la temperatura, pero me obligo a permanecer allí, a soportar el calor que ayudará a lavar la noche pasada, a ellos, a *él*, de mi cuerpo. Es una pena que no pueda quitármelos a todos de la cabeza tan fácilmente.

Aprovecho al máximo el champú y el acondicionador de lujo de Calli, de los que nunca he oído hablar, y no salgo de casa hasta que cada parte de mi cuerpo se ha lavado a conciencia. Bueno, eso no es del todo cierto. Había una parte que no podía soportar ese tipo de tratamiento, una parte que me negaba siquiera a mirar. Si ignoro la existencia de esas dos letritas, quizá desaparezcan como si nunca hubieran ocurrido.

Sí, buena idea.

Cuando salgo, vestida con ropa limpia y con el cabello mojado colgando de los hombros, vuelvo a sentirme la de siempre.

—Toma, me escapé a tomar un café.

—Dios mío. —Corro hacia ella y cojo la taza que me ofrece, abrazándola contra mi pecho mientras respiro el aroma de los granos recién molidos—. También está bueno.

—Por supuesto. Sólo lo mejor de la casa Cirillo, ya sabes. —Pone un acento inglés

remilgado. No tengo ni idea de a quién está imitando, a su madre tal vez, pero es divertido.

—Bébetelo, sécate el cabello y nos vamos de aquí. Te voy a llevar a desayunar de verdad. Nada de la mierda de tortitas y tocino a la que estás acostumbrada.

—¿Mierda? —pregunto, fingidamente ofendida.

—Sólo hay una forma de afrontar las resacas, y es a la británica.

Una hora más tarde, me encuentro sentado frente a la mesa de Calli en una cafetería londinense. No es donde esperaba que me trajera, pero después de la noche y la mañana que he pasado, esconderme aquí no podría ser más perfecto.

Ni siquiera me molesté en mirar el menú cuando llegamos, dejé que Calli se encargara. Ella parece saber lo que necesito para arreglar todo lo que ha ido mal en mi vida en las últimas doce horas, así que se encargue ella.

—Mira lo que tengo —dice entusiasmada, deslizándolo un papel desordenado por la mesa.

Miro el número de teléfono garabateado y frunzo las cejas.

—¿De quién es? —pregunto con una sonrisa orgullosa en los labios.

—El tipo con el que estaba bailando antes de ir al sótano. No tenía ni idea hasta que me quité el vestido y lo encontré en mi bolsillo.

No sé qué me sorprende más: si que lo haya hecho él o que el vestido que le presté tuviera bolsillos, joder.

—¿Vas a llamarle? —pregunto, la emoción empieza a burbujear en mi vientre al ver que ha encontrado una vida fuera de su prisión.

—Le mandé un mensaje cuando lo encontré. —Se ríe como una colegiala.

—¿Y? —Insisto, más que feliz de ahogarme en su drama de chico, en lugar de revivir el mío.

—Me disculpé por mi hermano y le dije que era un poco autoritario. —Me burlo de esa descripción—. Dijo que entendía que él también tiene una hermana pequeña. Quiere conocerme.

—Dios mío. ¿Vas a hacerlo?

Aparece una sonrisa nerviosa, sus ojos brillan de emoción.

—Dije que lo haría.

—Síiiii —chillo—. Qué emoción.

Su nerviosismo aumenta con mi reacción.

—¿Qué pasa?

—Yo... eh... dije que vendrías. Su amigo también quiere volver a verte.

—Calli —suspiro, el pavor ya asentándose en mi vientre—. No puedo. ¿Te imaginas si...?

—No se enterarán. Nos encontraremos con ellos en algún lugar al otro lado de la ciudad.

Sus ojos me suplican que diga que sí, que esté a su lado mientras se despoja de las cadenas que la han retenido durante tanto tiempo.

Y supongo que tiene razón. Si inventamos una mentira lo suficientemente buena, deberían creérsela... ¿no?

Puede que sean protectores, pero no pueden seguirla cada minuto del día. Al menos ahora no hay nadie vigilándonos.

Un escalofrío me recorre al pensar que uno de ellos está cerca después de lo ocurrido esta

mañana.

—¿Estás bien? Se te ha ido todo el color de la cara.

—S-sí. Supongo que tengo hambre. —Miro por encima del hombro, esperando que nuestro desayuno aparezca por arte de magia para cambiar de tema, pero no hay ninguna camarera dirigiéndose hacia nosotros.

—¿Qué me dices? ¿Quieres conocerlos conmigo?

—¿Cuándo? —pregunto tímidamente.

—El próximo fin de semana.

Respiro aliviada al ver que no ha planeado nada para esta tarde. Le sostengo la mirada durante un instante, pero la ilusión de hacer algo tan normal como conocer a un chico por primera vez me rompe el corazoncito negro y me encuentro accediendo, aunque algo a regañadientes.

—Síiiii —sisea—. Ant dice que a Enzo le gustas mucho. Estará encantado.

Me fuerzo a sonreír, aunque no lo siento.

Pasar tiempo con los dos tipos que Nico amenazó con alejar de nosotros es una mala jugada. Un jodido mal movimiento, pero ya es demasiado tarde. Además, Calli necesita esto. Realmente lo necesita.

Afortunadamente, por fin llega nuestro desayuno y puedo experimentar por primera vez lo bueno que es un desayuno inglés completo para la resaca.

—Dios mío, qué rico —gimo, sentándome de nuevo en la silla y frotándome el vientre hinchado con la mano.

—Te lo dije —dice Calli con un guiño—. ¿Te sientes mejor ahora? Porque tengo planes.

—¿Oh?

—Vamos, ya verás.

—Misterioso. Me gusta.

Pagamos la cuenta y salimos hacia el Mercedes de Calli. El sol brilla, así que en cuanto subimos, ella pulsa el botón para bajar la capota y me mira con una sonrisa.

—Realmente eres la princesa perfecta, ¿eh? —pregunto, fijándome en su larga melena dorada, su jersey rosa claro y su coche.

—Quizá, pero algo me dice que eso está a punto de cambiar.

—¿Ya te has dado cuenta de que soy una mala influencia?

—Stella, creo que eres todo lo que necesito.

Arranca el carro y salimos por las calles de la ciudad. Es sorprendentemente tranquilo para ser sábado por la tarde y no tardamos en llegar a un lujoso edificio de cristal.

No hay ningún cartel ni nada fuera, así que sea lo que sea es muy exclusivo.

—¿Qué es este lugar?

—Espera y verás.

La sigo mientras sale.

—Siempre he querido hacer esto —dice entusiasmada cuando entramos en el escaso vestíbulo. Todo es de cristal, e incluso la mujer que está detrás del mostrador parece frágil. Perfecta, pero frágil.

—Hola, tengo citas reservadas para Calli Cirillo.

En cuanto el apellido de Calli sale de su boca, la actitud de la mujer cambia de inmediato.

—Por supuesto, señorita Cirillo. ¿Le gustaría un acompañante?

—No, gracias —Calli mira la placa con el nombre de la mujer—. Julie. Creo que

podemos navegar por el ascensor.

Ahogo una carcajada ante el sarcasmo en la voz de mi amiga y choco los cinco mentalmente.

Realmente soy una mala influencia. Algo me dice que nunca antes habría hablado así. Los ojos abiertos de Julie sólo confirman mis sospechas.

Con un movimiento de cabeza, Julie nos deja adentrarnos en el edificio.

—¿Has visto su cara? —Calli pregunta emocionada una vez que las puertas del ascensor se cierran detrás de nosotros.

—Supongo que vienes aquí a menudo.

—Más o menos. Aunque normalmente estoy con mamá.

El ascensor sube, los números aumentan hasta llegar a la vigésima planta.

Con un tintineo, las puertas se abren y tengo la primera pista de dónde estamos. El aroma familiar nos delata. También lo son las velas y el burbujeo del agua cuando salimos al vestíbulo, mucho más lujoso.

—Buenos días, señorita Cirillo.

—Soy Calli, y esta es Stella —me dice, volviéndose hacia mí.

—Encantada de conocerte, Stella. —Su voz suena sincera, pero sus ojos son tan asesinos como el infierno.

—No te preocupes, Stella tiene plena aprobación. Puedes pedirle confirmación a mi padre.

Mis cejas se levantan al oírle hablar de él. ¿Sabe que Calli y yo somos amigas? ¿Sabe de verdad que estamos aquí?

Diablos, ¿puedo reunirme con él y obtener algunas malditas respuestas sobre mi vida?

—Estoy seguro de que todo va bien, Calli. ¿Por qué no me siguen? Les prepararemos y les llamaré cuando estemos listos.

—Suena genial, Ellie. Gracias.

Ambas la seguimos a través de unas puertas dobles y casi se me salen los ojos de las órbitas cuando aparece la habitación que hay detrás.

—Oh, vaya —suspiro, contemplando la reluciente piscina azul, la cascada y los burbujeantes jacuzzis. Pero lo mejor de todo es que está vacía y, aparte del agua, reina un silencio feliz.

Apartando los ojos del pedazo de cielo que tengo delante, miro a Calli.

—Reservaste todo este lugar para nosotras, ¿no?

Se encoge de hombros como si nada.

—Vamos, quiero un chapuzón.

—Ya sabes dónde está todo. Me aseguraré de que las bebidas y los aperitivos estén listos y avisaré a los terapeutas de que has llegado.

Calli da las gracias a la mujer que nos ha hecho pasar y desaparece por la puerta.

—Calli, esto es una locura.

—Nunca he dicho que todo en mi vida fuera una mierda —contesta—. Tener como padre a uno de los hombres más peligrosos de la ciudad te permite ciertos privilegios.

—Por no hablar del dinero que conlleva.

—Mamá es dueña de este lugar. Una cadena entera de ellos, en realidad. Bastante seguro de que es sólo una manera para que papá pueda lavar su dinero sucio, pero lo que sea. Funciona para mí.

Quiero escandalizarme por sus palabras, pero la verdad es que, aunque me haya sorprendido su revelación de toda esta situación de la mafia, no soy tan ingenuo como para no saber el tipo de cosas que pueden estar tramando para financiar su extravagante estilo de vida.

Sin duda ayuda a explicar el tipo de casas en las que siempre hemos vivido.

Se me revuelve el estómago al pensar en todas las cosas que mi padre podría hacer para ganarse la vida. ¿Mi vida no sólo ha sido una mentira, sino también totalmente ilegal?

La mano de Calli se desliza entre las mías, sacándome de mis pensamientos.

—Vamos, nos espera pura relajación.

Me arrastra hacia los vestidores, donde nos esperan dos bañadores de la talla exacta.

—¿Cómo...?

—Tengo mis maneras. —Guiña un ojo, saca su traje de la percha y se desnuda rápidamente.

Dudo un instante, sabiendo exactamente lo que este diminuto traje va a dejar al descubierto en mi muslo y que no había confesado antes.

—¿Qué pasa?

—Um... Hay algo más que necesito decirte sobre lo que pasó anoche.

—¿De verdad? —dice levantando una ceja.

Me desabrocho los pantalones y me los quito antes de girar la pierna para enseñárselos.

—Dios mío, Stella —chilla—. ¿Le dejaste marcarte?

—No recuerdo haberlo dejado, como tal.

—Bueno, parece que no lo detuviste.

Mis labios se separan para discutir, pero pronto descubro que no tengo palabras. Ella tiene razón. No hice absolutamente nada para intentar detenerlo.

Calli deja escapar un suspiro.

—Tienes problemas con él, Stella. No va a parar hasta conseguir lo que quiere.

—Sí, lo que sea eso.

Ambas nos cambiamos en silencio, los ojos preocupados de Calli encuentran los míos más de una vez antes de volver a salir, donde nos espera zumo de naranja recién exprimido y una locura de fruta.

—¿Supongo que no hay efervescencia en estas bebidas? —murmuro, llevándome el vaso a los labios.

Calli me lanza una mirada con el ceño fruncido.

—¿De verdad quieres más alcohol después de lo de anoche?

Me encojo de hombros.

—Algo tiene que ayudarme a olvidar.

—¿Y esta mañana?

Gruño—: No necesitas recordármelo.

—¿Sabes algo de Toby?

—No. Nada. Bastante seguro de que me odia.

—No, será a Seb a quien odie. No te culpará por esto.

Mis mejillas se calientan al recordar exactamente lo que presencié.

Sí, es imposible que no me odie.

CAPÍTULO 23

Sebastian

Theo se levanta del sofá de un salto en cuanto mira la pantalla del teléfono que suena y desaparece por las puertas que dan al jardín.

—Algo me dice que estamos a punto de ser convocados —murmura Alex, restregándose la mano por la cara y sobre la barba que parece estar intentando dejarse crecer.

—Vístanse, cabrones —ladro, levantándome del sofá y llevando todas las tazas sucias a la cocina. El infierno sabe que Nico no lo hará.

—Vístete. Tenemos que irnos —brama Theo, confirmando mis sospechas sobre quién estaba al teléfono.

—¿De verdad? —Alex gime.

—De verdad. Nico, estás libre. Puedes quedarte y descansar tu pequeña y sobreutilizada polla.

Me río mientras Nico busca a tientas una respuesta.

—Estás celoso, hermano. Anoche nadie te tocó la polla —murmura Nico con una sonrisa en los labios.

—No sé, Stell...

—Termina esa frase y no llegarás a lo que sea este trabajo —le advierto a Theo, para diversión de Alex.

—Hermano, estás tan jodidamente ido por la princesa —anuncia Alex.

Antes de que se dé cuenta de lo que está pasando, la espalda de Alex se golpea contra la pared mientras mi antebrazo presiona su garganta.

Apenas reacciona, sólo me mira con ojos cómplices.

—No estoy jodidamente *ido* por ella. Apenas puedo soportar mirarla.

—Claro. Lo siento —dice, con total falta de sinceridad.

Me rechinan los dientes mientras le miro fijamente y cierro el puño con la mano libre, dispuesta a borrarle la sonrisa que sé que va a sonreír.

—Chicos, tenemos un puto trabajo que hacer —ladra Theo, dándome una bofetada en la cabeza mientras pasa junto a nosotros dos.

—Te voy a hacer daño, joder —le advierto a Alex. Él solo pone los ojos en blanco y murmura—: Me gustaría ver cómo lo intentas, cabrón.

Dejamos atrás a Nico, que sigue tumbado en el sofá con la mano en los pantalones, y nos dirigimos hacia nuestros carros.

Una hora más tarde estamos sentados fuera, esperando a que Alex saque el culo de casa, vestido

y listo para trabajar.

—¿Vas a decirme ya qué estamos haciendo? —le pregunto a Theo, que sigue apretando el volante a pesar de que estamos quietos.

Conozco su problema. Es el mismo cada vez que el jefe llama y le exige algo. Theo quiere impresionar, quiere demostrar que tiene lo que hay que tener para ocupar algún día el lugar de su padre. Y, sobre todo, quiere demostrarle a Nico que, a pesar de ser más joven, sigue estando por encima de él y merece su lugar allí.

Deja escapar un suspiro frustrado al ver que Alex aún no está preparado.

—Marco no pagó.

—Mierda. Pensé que habíamos entregado un mensaje bastante sólido el lunes por la noche.

—Sí, aparentemente no. Papá está cabreado. —No necesita decir más. Ya entiendo por qué.

El restaurante de Marco está justo en el límite de nuestro territorio. Todos los negocios Cirillo en ese lado de la ciudad están constantemente en riesgo con la familia Mariano dirigiendo las cosas justo al otro lado de la calle.

Si Marco no está pagando, entonces podría significar...

Sacudo la cabeza, sin querer considerar esa posibilidad.

Las cosas han ido bien entre los Cirillos y los Marianos durante años. Casi toda nuestra vida. Ninguno de nosotros recuerda realmente la época en la que luchaban por el dominio de este lado de la ciudad, pero las pérdidas de entonces aún pueden sentirse. Perdimos buenos soldados. Familiares. Amigos.

Lo último que necesitamos es que los Mariano se harten de la pequeña parcela con la que acabaron y empiecen a presionar de nuevo.

Sabíamos que había una posibilidad después de que su jefe dimitiera hace un par de años, cediendo el poder a su hijo mayor.

—Estará bien. Probablemente esté pasando por una mala racha o algo así.

—¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida por eso? —pregunta Theo, con la voz tensa y la paciencia a punto de agotarse—. Gracias a Dios —murmura cuando se abre la puerta de la casa de Alex y Daemon.

—¿Por qué coño Daemon no está haciendo esta mierda? —Murmuro mis pensamientos en voz alta.

—Vete a la mierda. El jefe dijo que nos quería. No dijo las palabras, pero sabes que es una mierda de iniciación.

Gruño, recordando brevemente las otras mierdas a las que nos hemos visto obligados para demostrar nuestra valía, nuestra dedicación a la Familia.

—Genial. No podría haberlo hecho en un día en el que no estuviéramos todos con el culo al aire, ¿no?

—Exactamente por qué lo ha hecho, amigo.

—¿Quién coño es esa? —pregunto, ignorando a Theo cuando una mujer sale de la casa en lugar de Alex. Aunque cuanto más la estudio, más familiar me resulta.

—A la mierda, voy a por él. —Theo tiene la mano en la puerta y está a punto de empujarla para abrirla cuando Alex sale por fin, lanzando a la mujer una mirada asesina mientras corre a su lado.

Va vestido igual que nosotros, de negro de los pies a la cabeza, y tiene un aspecto letal

con la ira arremolinándose en sus ojos. Exactamente lo que el jefe espera de nosotros.

—¿Qué coño pasa, hermano? —ladra Theo, sin molestarse en esperar a que Alex cierre siquiera la puerta antes de empezar a retroceder.

—El último juguete de mi padre.

—Está buena —añado, observando a la mujer que ahora está de pie junto a un coche viejo y destartado.

—Es nuestra maldita ama de llaves.

—¿Tu padre se está tirando a la empleada? —Theo pregunta, arrastrando la cabeza de nuestra tarea inminente.

—Eso parece. Es de la maldita finca Lovell.

—No es su tipo habitual —murmuro.

—Va a tener que pensárselo otra vez si piensa hacer de ésta mi última madrastra.

—¿Podemos centrarnos en el puto trabajo? —Theo gruñe, sus niveles de irritación al máximo.

—Dime qué es y quizá pueda —dice Alex, asomando la cabeza entre los asientos y mirando a Theo.

—Marco. No pagó —repite Theo—. Tenemos que averiguar por qué.

Alex cruje los nudillos.

—Me parece bien. Vamos a asar a este hijo de puta.

El trayecto hasta el límite de nuestro territorio se hace eterno debido al tráfico de última hora de la tarde, pero en cuanto aparcamos frente a la cafetería de Marco, nos ponemos manos a la obra.

—No nos vamos de aquí sin respuestas.

—Ya lo tienes —digo, empujando la puerta para abrirla.

—Vámonos.

Puede que aún no estemos hechos, pero en cuanto entramos en Marco's con nuestros trajes negros y escudriñamos el espacio, una oleada de miedo recorre el aire.

Uno de los meseros nos mira y sale corriendo por detrás, con toda la sangre drenada de su cara.

—Parece que está aquí —murmura Theo—. Vamos a buscarlo.

Los ojos siguen cada uno de nuestros movimientos mientras nos deslizamos sin ser invitados detrás del mostrador y nos abrimos paso hasta la cocina.

Las navajas repiquetean ante nuestra repentina llegada, y la charla anterior cesa de inmediato.

Una chica mira por encima del hombro, hacia un largo pasillo, y Theo sale en esa dirección.

Empuja cada puerta que pasamos y mira dentro antes de llegar a la última.

Me meto la mano bajo la chaqueta, envuelvo mi pistola con los dedos y él sale corriendo por la puerta, sin importarle un carajo.

—Joder —murmura, dirigiéndose a las escaleras.

Por supuesto, el marica ha huido a su piso. ¿De verdad cree que puede esconderse de nosotros?

En cuanto irrumpimos en su sala, lo encontramos de pie en el centro. Está tan blanco como una sábana, su cuerpo tiembla de miedo. Los moratones que le dejamos la noche del lunes apenas se han borrado, pero aquí estamos de nuevo.

—No pensábamos que tendríamos que volver aquí, Marco. —La voz de Theo es grave, mortal. Alex y yo lo flanqueamos, listos para entrar en guerra con él si es necesario.

—Lo siento. Yo... yo...

—¿Dónde está el dinero del jefe, Marco?

Theo da un paso adelante y nosotros le seguimos hasta que se oye un crujido detrás de nosotros y un gruñido dolorido de Alex.

Levanto la pistola, quito el seguro y pongo el dedo en el gatillo en cuanto reconozco a los tres hombres que están junto a Alex como Marianos.

—Hijo de puta —gruñe Theo cuando mira hacia atrás y encuentra a uno de los marianos con su arma apuntándome—. Eres un maldito estúpido hijo de puta, Marco.

Su gemido aterrorizado llena la habitación, pero no me asomo para ver qué está haciendo. Tengo los ojos fijos en el tipo que me apunta con la pistola.

—Marco's, y toda esta calle, pertenece ahora a los Marianos —afirma uno de ellos.

—Estás empezando una puta guerra, lo sabes, ¿verdad?

—Siguiendo órdenes, amigo. Ya sabes cómo es —dice el otro Mariano mientras Alex se pone en pie.

—Sí, claro que sí.

Antes de que me dé cuenta, Alex se lanza sobre el tipo armado, arrancándole la pistola de la mano, aunque no antes de disparar.

Espero el dolor, pero como no llega, me lanzo a la pelea, atravesando con mi arma la cara del tipo que viene a por mí mientras el tercero va a por Theo.

Los tres son mayores que nosotros, pero eso no significa nada. Hemos sido entrenados para este tipo de mierda desde que aprendimos a caminar y a cerrar el puño.

Consigo dominarlo, lo tiro al suelo y le golpeo la cara con los puños hasta que finalmente se desmaya. Me detengo en cuanto su cuerpo se queda inerte, matar a cualquiera de estos hijos de puta solo servirá para echar leña al fuego.

Claramente están haciendo un movimiento, tratando de probar un punto.

Preferiría que no mandáramos una de las nuestras metiendo a estos tres en bolsas para cadáveres antes de que nos lo ordenen.

Se me agita el pecho y me duele la cara como a un hijo de puta en el lugar donde consiguió golpearme mientras me pongo en pie, sacudiendo los puños.

—Seb —brama Theo, arrastrando mi atención hacia donde está forcejeando con un tipo mientras el otro tiene a Alex inmovilizado debajo de él, con la mano alrededor de la garganta de Alex lo suficientemente fuerte como para que su cara se ponga morada.

—Mierda —siseo, pero antes de que consiga incorporarme, un pequeño punto láser rojo aparece en la sien del tipo.

Miro por la ventana y entrecierro los ojos, pero no veo nada.

Sólo me queda esperar que haya encontrado su objetivo y no sea un puto Mariano que nos quiere tomar el pelo.

No tengo ni un segundo más para considerar la posibilidad de que ese francotirador no esté de nuestro lado antes de que dispare.

El calor de la sangre del tipo me salpica, cubriéndome la cara y el cuerpo mientras cae inerte encima de Alex.

Con un último golpe al tipo con el que lucha Theo, cae al suelo como un saco de mierda.

—Hermano, ¿estás bien? —pregunto, apartando el cadáver de Alex y ayudándole a

levantarse mientras respira hondo.

—Sí, amigo. Estoy bien. ¿Qué coño acaba de pasar?

La puerta detrás de nosotros se abre mientras estamos en medio de la carnicería y un jodido Daemon engreído entra paseando con un puto rifle en la mano, como si no acabara de matar a un hombre y salvar la vida de su gemelo.

—Ese fue el comienzo de la guerra —dice Daemon tan despreocupadamente como si estuviera hablando del puto tiempo.

—Y nos pusieron en medio porque...

—Una prueba.

—Genial —murmura Theo, claramente cabreado porque Daemon estuviera en esto cuando debería ser uno de los nuestros.

Se oye un ruido en la esquina de la habitación y todos nos volvemos para encontrar a Marco encorvado en un rincón. No estoy seguro de si es él o el cadáver que yace en el suelo, pero huele sospechosamente como si alguien se hubiera meado encima. Por la cara que pone Marco, me atrevería a decir que es él.

—Alex y yo lo llevaremos. Ya tengo hombres en camino para coger a esos idiotas. Ustedes dos limpien este maldito desastre y reúnanse con nosotros en el hotel—.

Antes de que ninguno de los dos pueda discutir, Daemon levanta a Marco del suelo y lo saca del piso.

—Hasta luego —dice Alex, saludando a Theo.

—¿Es de verdad, joder? —ladra Theo en cuanto desaparecen sus pasos.

—Daemon es un maldito psicópata. El jefe puede dejarle entrar en esta mierda, pero nunca tomará el control—.

A Theo le rechinan los dientes de frustración antes de sacar el teléfono del bolsillo y ponerse a llamar al equipo de limpieza. No se molesta en avisar al jefe: sabe muy bien que Daemon y Alex lo harán por él.

—Ve a buscar un baño y límpiote la puta cara —murmura, agachándose para recoger el par de pistolas esparcidas por el suelo—. Estás cubierto de sangre italiana.

Afortunadamente, los refuerzos llegan antes de que ninguno de los italianos se despierte, y es poco más de una hora después cuando por fin salimos de la cafetería. Sólo que esta vez, salimos por la puerta trasera.

Si quisiéramos cerrar este lugar, podríamos hacerlo en un santiamén, pero el restaurante de Marco es un buen negocio, gracias a la cocina extra en el sótano, y por eso lo quieren los malditos Marianos.

—Así no era como esperaba que me fuera el día —murmuro mientras volvemos al carro de Theo.

—¿Qué, tirarse a la princesa delante de todos nosotros y luego acabar en una pelea con los italianos? Pensé que eso sería con lo que pasarías la noche soñando.

—Bueno, si lo pones así.

Nos quedamos en silencio mientras Theo se aparta de la acera y se une a la cola del tráfico.

Todavía está al volante, o al menos lo estaría si su piel no estuviera completamente destrozada y cubierta de sangre.

—¿Estás bien, amigo? —pregunto, preguntándome dónde tiene la cabeza.

—Sí, estoy bien. Un maldito aviso habría estado bien, sin embargo. Éramos un puto cebo.

—Sí, pero hicimos el trabajo.
—Alex podría haber muerto.
—Todos podríamos haber muerto, T.
—Supongo —murmura, tirando hacia el carril de la izquierda, listo para volver a nuestro lado de la ciudad.
Sólo hemos recorrido unas cuantas calles cuando alguien me llama la atención.
—Detente —exijo.
—¿Qué? —Theo se sobresalta, claramente perdido en su propia cabeza.
—Detén el maldito auto.
—¿Por qué? ¿Qué has...? —Sigue mi línea de visión, sus palabras titubean al ver qué -o a quién- veo—. Seb —gruñe, no contento con nuestra parada en boxes.
—Detente, carajo.
—Bien —suspira, cortando el paso a alguien y deteniéndose a un lado de la carretera justo detrás del Mercedes de Calli.

CAPÍTULO 24

Stella

—Ese lugar es como el cielo en la Tierra —suspiro mientras salimos del edificio—. Y tu cabello se ve precioso.

—Mi madre me va a matar —se ríe, sin importarle una mierda por lo que parece.

Calli ha dejado atrás su larga melena dorada para lucir un corte recto chocolate hasta los hombros. Le queda genial y el color le sienta de maravilla.

—Meh, es tu cabello.

—Exacto. —Me sonrío, con la confianza brillando en sus ojos color avellana.

Intento resistirme a un bostezo cuando me da el sol de la tarde.

—Vamos a llevarte a casa. Parece que podrías dormir una semana.

—Lo siento.

—¿Ya recuerdas algo de anoche?

—No. Nada. O me lo dicen o será para siempre un oscuro agujero de nada.

—No puede haber sido tan malo —dice Calli, intentando tranquilizarme.

—Me has oído explicar lo que ha pasado esta mañana, ¿verdad?

—Sí, todavía estoy horrorizada. ¿Toby? —pregunta preocupada.

Meto la mano en el bolso, rebusco hasta encontrar el móvil y lo saco.

Mi corazón se hunde cuando no encuentro nada de él.

—No. Le mandaré un mensaje cuando llegue a casa.

—Intenta llamarle. Toby no es como los otros, probablemente lo apreciaría.

La vergüenza me inunda cuando me planteo qué debo decirle después de lo que ha presenciado esta mañana.

—Ya veré.

Calli se aleja por el otro lado del carro y yo abro la puerta, dispuesta a entrar. Pero justo antes de levantar el pie del suelo para subir, me tira hacia atrás y me golpea contra el lateral de su carro.

Alargo la mano, dispuesta a reaccionar, a luchar contra quienquiera que sea, pero su mano me rodea la garganta y la familiaridad se apodera de mí.

—Seb, ¿qué estás...? —jadeo cuando enfoco su cara, encontrando sangre salpicada sobre su piel.

Ha intentado lavárselo, eso es evidente, pero ha hecho un trabajo de mierda.

—¿Qué demonios has hecho? —Suspiro, con el corazón en la garganta mientras mis ojos recorren su rostro.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios, y sólo sirve para darle un aspecto aún más peligroso.

—Esta mañana te veías preciosa, Diablilla. —Levantando la otra mano, me pasa la punta del dedo por los labios—. Aún recuerdo cómo se sentía esta boca perversa alrededor de mi polla. Suspiro, odiando que sus sucias palabras me afecten.

—Seb, quítale las manos de encima —llama Calli desde el carro—. Esto no está funcionando.

Sus ojos sostienen los míos durante un instante antes de posarse en mi pecho agitado.

Lucho por mantener la respiración, pero es inútil. Es imposible que no sienta mi pulso retumbar contra sus dedos.

—¿Estás segura? —pregunta, y sus ojos se arrastran hasta encontrarse con los míos.

—Seb, vamos, hermano. El jefe está esperando.

—Sí, Sebastian. Hora de correr como un buen soldadito.

Su mandíbula tics mientras me mira fijamente.

—Seb —ladra Theo, su voz baja y aterradora.

Mueve los labios y se inclina hacia delante hasta que nuestras narices casi se rozan.

—Te veré muy pronto, Diablilla. —Lo dice como una promesa, pero oigo la amenaza subyacente en su voz.

—Genial. Me muero de ganas —siseo, respirando hondo cuando me quita la mano de encima.

Me quedo mirándole mientras marcha de vuelta hacia el Maserati de Theo, cada una de sus zancadas más poderosa que la anterior. El traje negro rezuma riqueza e importancia. Quiero decir que no me gusta, pero mentiría.

No me muevo hasta que vuelve al carro y Theo se va rodando calle abajo.

Caigo en el asiento del copiloto de Calli, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Vaya —respira Calli—. Estoy bastante segura de que ustedes dos no han sacado lo que sea eso de sus sistemas todavía. Eso fue intenso.

—¿Puedes llevarme a casa, por favor? Lo siento, pero necesito... necesito estar sola—.

—Por supuesto.

El carro retumba debajo de mí y Calli arranca.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanezco allí inmóvil, pero al final cedo a una de las preguntas que dan vueltas en mi cabeza.

—¿A menudo aparecen cubiertos de sangre?

Calli vacila un segundo, y es el tiempo suficiente para que yo arrastre la cabeza hacia delante y la mire.

—No es tan común, no.

—¿Pero ocurre?

—Sí.

—¿De quién era?

Se encoge de hombros.

—Me gusta asumir que siempre es alguien que se lo merece. Si no, es demasiado joderse la cabeza.

—No puedo creer que maten gente.

—Puede que no.

Levanto una ceja.

—Te gusta mucho centrarte en lo positivo, ¿eh?

—¿Qué más hay? Preferiría que me trataran como a una igual y me hicieran saber qué es

lo que hacen, pero no, sólo soy la niña estúpida a la que no se le pueden confiar los grandes secretos de la mafia.

—No piensan eso, Cal —le aseguro.

—¿En serio?

—No, sólo están... —Dejo escapar un suspiro, porque por mucho que intente tranquilizarla, sé que no va a querer oír mis siguientes palabras—. Tratan de protegerte.

—Bueno, no lo necesito, joder. Soy una chica grande que puede cuidar de sí misma.

—Ya lo sé. Pero los hombres son idiotas.

—Jodidos hombres, hermana —bromea, levantando la mano para chocar los cinco.

—¿Has disparado un arma antes? —pregunto.

—No —se enfurruña—. No me dejan. Incluso tenemos un maldito campo de tiro en la parte trasera de nuestra casa.

—Voy a enseñarte.

—¿Sabes disparar?

—Sí. Llevo disparando desde que soy capaz de levantar un arma.

Ella resopla frustrada.

—¿Por qué mi padre no puede ser más como el tuyo?

—Me ha mentido toda mi vida, Cal. No estoy seguro de que el que me enseñe a disparar haga mucha diferencia.

—Tal vez no. Pero al menos puedes defenderte. Me han dejado para ser una damisela en apuros si pasa algo.

—Lo arreglaremos. Haré que Calvin te entrene y te enseñaré a disparar.

—¿Crees que lo haría?

Sonrío, pensando en el gran osito de peluche que tenemos como jefe de seguridad.

—Por mí, creo que haría casi cualquier cosa.

Asiente y, cuando en la radio suena una canción que le encanta, sube el volumen y nos sumimos en un cómodo silencio. Por mucho que lo aprecie, quedarme con mis pensamientos es peligroso. Realmente peligroso.

—Mi carro —chillo cuando Calli entra en mi garaje y me encuentro con mi precioso Porsche negro mate esperándome y la monstruosidad roja por ninguna parte.

Calli detiene su carro junto a él y me giro hacia ella.

—Gracias por todo.

Abre la boca para decir algo, pero me le adelanto.

—Has respondido a tantas de mis preguntas. Me has dado mucho más que nadie desde que llegué aquí. Y me has hecho sentir que realmente podría tener un hogar aquí.

Se acerca y me aprieta la mano.

—Claro que sí. Que se jodan esos gilipollas. Te quiero aquí. Ahora ve y duerme un poco, trata de hablar con Toby y tal vez llámame más tarde, ¿sí?

—Lo haré. Gracias.

—Cuando quieras.

Salgo de su coche y cojo mis maletas del maletero antes de despedirme de ella y dirigirme a mi Porsche.

Paso los dedos por las elegantes líneas y sonrío para mis adentros, hasta que llego al parabrisas y encuentro un sobre blanco escondido bajo el limpiaparabrisas.

Mi estómago da un vuelco al recordar el primer regalito que encontré el otro día.

Abro la solapa y saco la tarjeta. Esta vez no hay imagen. Lo tomo como una buena señal. No estoy segura de poder soportar saber que Seb ha vuelto a espiarme. He mantenido las cortinas cerradas desde que encontré la primera fotografía, pero algo me dice que eso no le hará desistir.

Al dar la vuelta a la tarjeta, encuentro un texto en rojo garabateado en el reverso.

Alguien ha sido una niña muy traviesa...

—¿Qué coño? —murmuro para mis adentros—. Deja de ser un puto asqueroso —grito, asumiendo que probablemente me esté observando ahora mismo y que las palabras de Theo sobre ir a ver al jefe eran una gilipollez—. Es raro.

Al no oír ni ver nada que confirme mi sospecha de que me está vigilando, me subo la mochila al hombro y me dirijo a la casa.

El silencio me saluda y suspiro aliviada. Por mucho que quiera respuestas, las quiero de mi padre, no de nuestro personal.

Me tomo una botella de agua y una bolsa de patatas fritas de la cocina antes de obligar a mis agotadas piernas a arrastrarme escaleras arriba.

Puede que el spa haya sido relajante, pero todo lo que quiero hacer ahora es acurrucarme en la cama y dormir el resto del fin de semana.

Estoy tan ensimismada cuando llego a la puerta de mi habitación que ni siquiera me doy cuenta de que está entreabierta al empujarla, pero me doy cuenta de que algo va mal cuando entro.

—Putá mierda —suspiro, mis ojos escudriñando todas las nuevas incorporaciones a mi habitación. Tengo el corazón en un puño mientras mi mano temblorosa se estira a ciegas detrás de mí para cerrar la puerta.

Mis paredes están llenas de fotografías, pegadas con cinta adhesiva y ondeando con la brisa que entra por la ventana abierta.

Apresurándome, la cierro y arrastro las cortinas. Ese hijo de puta no va a conseguir que reaccione por esto.

Me encuentro en medio de todos mis errores. Las respuestas a las preguntas que me he estado haciendo están delante de mí.

Mientras miro a cada una de ellas, me vienen recuerdos a la mente.

Besando a Daemon. Bailando con él y Alex.

Desapareciendo en el baño con Seb. Menos mal que no hay nada de lo que pasó dentro de esa habitación, pero mientras mis ojos siguen moviéndose hacia la siguiente imagen, se me revuelve el estómago.

Theo con su lengua profundamente en mi boca, sus manos firmemente en mi culo mientras nos movíamos juntos.

Luego estaba con Nico y otra chica, a la que reconozco vagamente de esta mañana, sólo que en esta imagen iba envuelta en un vestido morado apenas ceñido.

Hay imágenes más con Toby, pero es el único al que no molesto del todo.

No me extraña que estuviera cabreado, viendo que yo estaba encima de sus amigos.

—Oh, Dios —sollozo cuando, al llegar a algunas de las últimas imágenes, descubro que fue él quien me sacó del baño, me despojó del vestido y me ayudó a ponerme la camisa de Theo, después de que él me la quitara de su cuerpo.

No estoy seguro de si el fotógrafo quería captarlo, pero está en el ángulo perfecto para

poder ver todo en los ojos de Toby. Su suavidad, lo mucho que se preocupa, su frustración, su ira. Lo único que no veo que debería ver es su juicio y su decepción hacia mí.

Soy un desastre borracho en sus brazos. Me ha visto con todos sus amigos y sigue siendo él quien intenta sostenerme.

Caigo de rodillas en medio de la cama y me derrumbo.

Soy un desastre, y mi necesidad de castigar a Seb por sus palabras crueles y sus toques viciosos están hiriendo a la persona equivocada.

Toby -Calli y Emmie aparte- es el único que ha intentado ayudarme desde que empecé en *Knight's Ridge*.

Y mira.

Me arriesgo a mirar hacia arriba y me encuentro con su expresión destrozada mientras me mira tumbada en la cama. Puede que la camisa de Theo sea lo bastante larga para cubrirme, pero está fruncida y, con la forma en que me he caído, la marca de Seb me arde en la cara interna del muslo.

—Oh Dios.

Caigo de lado sobre la cama y suelto un fuerte sollozo.

Pero mi fiesta de lástima sólo dura un par de minutos, porque consigo sacar fuerzas de algún lugar profundo de mí, y con las mejillas empapadas de mis lágrimas de arrepentimiento, empiezo a arrancar todas las imágenes de las paredes y a hacerlas trizas.

No es hasta que llego a la última, con el pecho agitado por la emoción y el esfuerzo, cuando mis ojos se posan en el espejo.

Put.

—Te voy a matar, joder —me quejo y voy al baño a por una toallita, pero me encuentro con otro mensaje.

Nunca deberías haber venido aquí.

Limpio eso lo mejor que puedo, dejando manchas rojas alrededor del borde del cristal antes de volver a mi dormitorio para hacer lo mismo con el otro.

Cuando termino, estoy emocional y físicamente agotada y he metido todos los trozos de papel en una bolsa, prometiendo hacer una hoguera privada más tarde para ver cómo arde todo lo de anoche.

Es una pena que no pueda ver a Seb ir con ellos.

Me quito la ropa, entro desnuda en el baño y abro la ducha. Puede que sólo me haya dado una antes de salir del balneario, pero vuelvo a sentirme sucia. Su tacto me eriza la piel y sus besos me irritan los labios. Por no hablar de que se me revuelve el estómago de arrepentimiento.

Sin embargo, hay algo que sí sé sobre todo esto. Si tuviera la oportunidad, probablemente lo volvería a hacer.

A pesar de haber herido a Toby, quería llegar a Seb. Quería hacerle daño, demostrarle algo, y por el esfuerzo y el tiempo que me ha llevado entrar aquí y decorar mi habitación con mis fechorías de anoche, está claro que me he metido de lleno en su piel.

Mi móvil suena en el bolso, y mi necesidad de saber si es él me hace detenerme con un pie en la ducha.

En cuanto veo su nombre iluminado en mi pantalla, se me revuelve el estómago y tengo

que luchar contra la necesidad de vomitar.

Sabe que lo he visto todo, y claramente sólo quiere regodearse de su pequeña travesura. Gilipollas.

No estoy del todo segura de lo que espero cuando abro el mensaje, pero mis ojos se abren de golpe cuando encuentro una fotografía de unas bragas rojas descansando sobre lo que obviamente es su pecho. Su pecho sin camiseta.

Mientras le miro con las cejas fruncidas por la confusión, me llega otra. Esta vez es de la mitad inferior de su cara, no lo suficiente para que los demás sepan que es él, pero yo sí. Sobre todo porque se lleva a la nariz las bragas que me arrancó anoche.

Suelto una maldición cuando la visión de él haciendo algo tan asqueroso... tan erótico, envía una oleada de calor entre mis piernas.

La tercera y última imagen no le incluye a él, pero tiene el primer par de bragas que me robó colgando del cañón de su pistola.

Entonces recibo un mensaje.

Gilipollas: Me pregunto qué color voy a recoger a continuación.

Mi ceño se frunce al pensar en ese par de bragas rojas. Sólo ha arrancado dos de mi cuerpo. He-

Al darme cuenta, me doy la vuelta y mis ojos se posan en el cajón superior, que está ligeramente entreabierto.

Al abrirlo, encuentro una nota más.

Mía.

Me obligo a dejar el móvil en el baño y me meto en la ducha para refrescarme unos minutos antes de disparar algo de lo que me voy a arrepentir.

Tengo que pensar mi próximo movimiento, no sólo actuar con ira y odio. Ambas cosas me vuelven impulsivo y demasiado irracional. Anoche es prueba suficiente de ello.

No es hasta que salgo de la ducha y agarro una toalla para envolverme cuando me viene la inspiración.

Vale, sí, probablemente me arrepentiré más tarde. Pero parece una muy buena idea en este momento. Aunque esté invocando al mismísimo diablo.

CAPÍTULO 25

Sebastian

Vuelvo a sentarme en la cama de Theo, recién salido de la ducha, con una toalla alrededor de la cintura y el cabello goteándose sobre el pecho, mientras me llevo una lata a los labios para beber un trago y levanto el teléfono.

Casi me atraganto con la Coca-Cola cuando veo que me ha contestado. No esperaba oír nada en respuesta a mis fotos, bueno, al menos no hasta el lunes por la mañana, cuando me castre. Extrañamente, lo estoy deseando.

Bebo otro sorbo mientras la imagen se carga gracias al WiFi de mierda de Theo, pero en cuanto lo hace escupo Coca-Cola por todo el teléfono y la mano.

—Mierda.

Acerco mi teléfono, ignorando el líquido que gotea de su parte inferior mientras miro fijamente la imagen.

Al más puro estilo Stella, una vez más me deja pasmado.

—Joder, nena —murmuro, bajando la lata y recorriendo con la mirada cada centímetro de ella.

Está sentada desnuda en el retrete cerrado de su baño, con las piernas abiertas, mostrándose todo lo que me obsesiona desde aquella primera noche en el cementerio. Su mano cubre mi marca en su muslo, tiene la cabeza hacia un lado con una inclinación de —que te den— en la barbilla, y tiene el móvil en la mano haciendo la foto.

En el espejo hay un mensaje en respuesta al que le dejé.

Con el mismo pintalabios rojo que dejé en el lavabo.

No le pertenezco a nadie.

Coño.

Incluso ha dibujado un corazoncito, lo que me hace sonreír. Puede que piense que es una malvada total, pero también es una chica de corazón. La mezcla de las dos cosas amenaza con ponerme de rodillas, aunque nunca se lo admitiré a nadie más que a mí misma.

Saco la toalla de debajo de mí y me limpio la suciedad pegajosa de la mano y el teléfono antes de empezar a responder.

Ella empezó este pequeño juego, y estoy más que feliz de continuarlo.

Envolviendo mis dedos alrededor de mi erección, gracias a su sucio mensaje, hago una foto y escribo una respuesta.

Seb: No me tientes, Diablilla.

Sé exactamente dónde estás y cómo llegar hasta ti.

Añado un emoji de diablillo, porque por qué no, antes de volver a desplazarme hasta esa imagen y ponerme cómodo mientras espero una respuesta.
Sólo le lleva treinta segundos como máximo.

**Diablilla: Siéntete libre. Tengo mi pistola y tu navaja listas.
Imagínate, ser asesinado por tu propia navaja. Qué vergüenza.**

Seb: Estoy dispuesto a correr el riesgo para tener otra saboreada de lo que es mío.

Casi puedo oír su gemido de frustración al otro lado de la línea. Previendo que no va a volver a responder, me concentro en la imagen de su cuerpo mientras dejo volar mi imaginación sobre lo que podría ocurrir si entrara en su habitación ahora mismo.

Es tentador, jodidamente tentador. Pero después del día que he tenido, lo único que quiero es desmayarme. Especialmente después de correrme con su nombre casi como una súplica en mis labios.

Me despierto con el teléfono vibrando en algún lugar de mi cama.

Gimiendo, me muevo, pasando la mano por el colchón hasta localizarlo y, en el último momento, abro los ojos para ver quién es.

Intento no esperar que sea ella la que llama para una sesión de sexo telefónico por la mañana temprano después de las imágenes que intercambiamos anoche, pero aun así, mi corazón se hunde un poco, y también mi excitación, cuando encuentro a mi hermana en su lugar.

—Aguafiestas —murmuro mientras deslizo el dedo por la pantalla y me acerco el teléfono a la oreja.

—¿Olvidas algo, hermano?

—Eh... —Dudo, intentando que mi cerebro se centre en otra cosa que no sea Stella y las curvas de su sexy culo—. Yo no...

—Es domingo a la hora de comer, Sebastian —gruñe, la decepción gotea de sus palabras—. Dijiste que estarías aquí.

Me siento, me quito el teléfono de la oreja y miro la pantalla para ver la hora.

—Joder. Joder. Lo siento. Ya voy.

—Si quemo toda esta mierda entonces es tu culpa.

—Zoe está ahí, ¿verdad? Estoy seguro de que pueden arreglárselas entre las dos. Yo sólo soy el bebé, ¿recuerdas? —digo riendo, sabiendo lo a menudo que les gusta jugar esa carta conmigo.

—Sí, sí, pero no te quejes cuando los pudines de Yorkshire no estén a tu altura, maestro.

—Eres graciosa. Nos vemos pronto.

Me pongo algo de ropa, me paso cera por el cabello y salgo corriendo de casa. A Theo no se le ve por ninguna parte, pero el rastro de su ropa y de la de una mujer que parece desaparecer en su dormitorio me da la pista de que está aquí.

¿Cuánto dormí anoche?

Supongo que eso es lo que pasa cuando te pasas toda la noche anterior vigilando que cierta princesa borracha no se ahogue con su propio vómito. Eso y el hecho de que querías asegurarte de que nadie más la tocara.

En unos minutos llego a mi casa y encuentro los carros de Sophia y Zoe aparcados en la puerta.

La emoción burbujea en mi vientre, mi preciosa sobrina va a estar dentro esperándome.

Salgo por la puerta y me dirijo a la cocina. Ya me ocuparé más tarde del estado en que se encuentre mamá; ahora tengo a otra mujer en el punto de mira, y es mucho menos problemática.

—Ah, mira lo que ha traído el gato —murmura Zoe desde su sitio junto a los fogones.

—¿Dónde está mi niña? —pregunto, sin apenas mirarla, mientras observo los juguetes esparcidos por la cocina—. ¡Phoebe! —digo emocionado cuando la encuentro y doy un paso hacia ella.

—No —grita Sophia desde algún lugar—. Espera a que ella venga a ti.

—Uh, vale.

Los enormes ojos oscuros de Phoebe se clavan en los míos mientras un gorgoteo de excitación le sube por la garganta. Recuerdo que el otro día Sophia me dijo por teléfono que estaba a punto de andar. ¿Lo habrá conseguido y no me lo han dicho?

—Vamos, Phoebe —la animo, me pongo en cuclillas y le tiendo las manos.

Se pone de pie como si fuera a arrastrarse hacia mí, pero luego coge la puerta del armario y se levanta.

—Eso es, pequeña. Ven con el tío Seb. Ven.

Da un paso, con la cara dura por la concentración, antes de soltarse del armario y dar otro.

—Dios mío, puede hacerlo —suspiro, observando asombrado cómo da un paso tambaleante tras otro. Mi hermana sale corriendo de la despensa y se pone detrás de ella por si acaso se apila en el suelo de mármol, pero no necesita su apoyo. Lo hace de puta madre.

Le meto las manos por debajo de los brazos cuando llega a mí, la levanto y le doy vueltas, haciéndola chillar y reír.

Su felicidad y el sonido de su alegría calman algo dentro de mí que no sabía que estaba tan mal.

—Eres tan lista, Phoebe. Estoy muy orgulloso de ti. —La atraigo hacia mí, la abrazo fuerte y respiro su increíble olor a bebé.

—Parece que te has animado —dice Sophia, acercándose y dejando caer un beso en mi mejilla.

—Me has despertado.

—Eran las doce menos cuarto, Seb.

—Ayer fue... Sí. Lo necesitaba.

Sophia arruga el ceño.

—¿Va todo bien? Jason dice que ha pasado algo. —La preocupación tanto por mí como por su marido es evidente en su rostro.

—Sí, todo está bien. Nada de qué preocuparse.

Le sonrío antes de volver a prestar atención a Phoebe, pero sé que no se traga ni una palabra.

—¿Ya han conseguido mamá y la tía Zoe diezmar la cena? —le pregunto.

—Cállate. Somos más que capaces —murmura Zoe.

—Tiene razón —añade Sophia. Puede que ahora sea ama de casa y madre, pero yo nunca usaría la palabra domesticada para describir a mi hermana de ninguna manera. Por suerte, es una madre estupenda para Phoebe, lo que compensa totalmente su falta de habilidades culinarias.

De niños, vivíamos prácticamente de comida para llevar hasta que todos descubrimos que yo podía cocinar sin casi quemar la casa. Era un alivio tener algo más que pizza, hamburguesas y pollo frito.

—¿Les enseñamos cómo se hace? —le pregunto a mi sobrina, acercándome al refrigerador para sacar los huevos y la leche para mis pudines Yorkshire. Puede que hayan hecho el resto, pero no dejaré que se acerquen a esos.

—¿Dónde está mamá? —pregunto finalmente mientras bateo con Phoebe pegada a mi cadera.

—Duchándose y vistiéndose —anuncia Sophia, para mi sorpresa.

—¿Oh?

—Ya estaba despierta cuando llegamos.

—Huh. —No quiero decir nada positivo, algo así como que es una buena señal, porque la experiencia pasada me dice que no lo es. Tendrá días, semanas, a veces incluso meses donde todos empezamos a creer que la vida podría volver a algún tipo de normalidad, pero luego todo se derrumba alrededor de nuestros pies.

Sólo tres minutos después aparece la mujer. De hecho, tengo que mirarla dos veces porque parece casi viva.

—Hola, mamá —le digo.

—Mi niño. ¿Cómo van los Yorkies?

—Bien, como siempre, espero.

Se sienta a la mesa después de servirse un vaso de agua y todos nos quedamos un poco incómodos, esperando a que caiga el otro zapato.

Nuestras comidas quincenales de los domingos son siempre una sorpresa. Podemos tener algo parecido a una comida familiar normal como la de hoy, o puede ser un completo desastre. Estoy agradecido de que hoy pueda ser algo normal, porque no estoy seguro de que esté para más dramas. Ya he tenido bastante estos últimos días.

A medida que pasan los segundos, entablamos una conversación cotidiana sobre nuestras vidas mientras bajo a Phoebe al suelo y me siento con ella a jugar con sus juguetes.

—Entonces, ¿vamos a hablar del lío que te ha hecho una pobre chica en el cuello, o qué? —pregunta Zoe, su voz llena de burla y picardía.

—No. Ya dije que ayer fue interesante.

—En cuanto al trabajo, sí. Eso no me parece mucho trabajo —se une Sophia.

—No la conoces —murmuro, sobre todo para mí, pero ambos lo oyen.

—Bueno, no podemos esperar.

—Jodidamente improbable.

Sophia deja caer la espátula y me fulmina con la mirada.

—¿Cuántas veces? Ninguna mala palabra delante del bebé.

Pongo los ojos en blanco.

—Difícilmente va a repetirme.

—Un día lo hará. Ya estoy convencida de que será su primera palabra.

—Va a ser una malvada. Claro que lo será.

Mis palabras evocan la imagen de otra princesa malvada que no necesito en mi cabeza. Mi teléfono me hace un agujero en el bolsillo cuando vuelvo a pensar en esa imagen.

Maldición, realmente erró el blanco con ese mensaje.

Con suerte, me tiro sutilmente de los jeans, esperando que mi reacción al hablar de Stella

no resulte obvia para todos los demás adultos de la sala.

—¿También intentó matarte? —Mamá dice, siendo extrañamente observadora—. Parece que alguien te ha clavado una navaja en la garganta además de los dientes.

—Sí, en realidad. Sí. Discúlpennme —digo, saltando del suelo y saliendo de la cocina mientras el sonido de sus voces burlonas me sigue hasta el baño.

Me pongo delante del lavabo y gimo al comprobar el estado de mi cuello. No me extraña que no pudieran dejarlo en paz.

Cuando volví ayer, me duché para quitarme el resto de la sangre de esa zorra, pero no presté mucha atención a mi aspecto aparte de eso. Y esta mañana tenía demasiada prisa. Claramente un maldito error, porque sus brillantes marcas rojas de chupetones y dientes marcan mi piel.

Paso las yemas de los dedos por la marca más enfadada y se me hace la boca agua para asaltarla y darle una a juego... suponiendo que no parezca ya atacada por un oso hambriento, lo cual es posible después de cómo la tomé en el baño de Nico.

No tengo ni idea de cuánto tiempo paso en el baño intentando recomponerme, pero cuando vuelvo, recibo miradas curiosas de los tres.

—¿Estás bien ahora, o necesitas un poco más de tiempo en privado? —Zoe dice.

Sophia ahoga una carcajada.

—¿Qué? Yo no estaba allí golpeando a uno, si eso es lo que piensas.

—Dios mío —gimotea mamá—. Mi dulce niño.

—Dulce, mi culo —murmura Zoe—. Ningún chico dulce termina así después de una noche con una chica.

—¿Podemos parar, por favor? Ninguno de ustedes necesita un juego por juego sobre esto. —O cómo tallé su piel para asegurarme de que nadie más la toque.

—Claro. Acaba de sonar el timbre de tus Yorkshires. Es posible que desee comprobar a cabo.

—Estupendo. Centrémonos en la comida.

—Oh, podemos hablar todo el día sobre lo que has estado comiendo.

Agarro el paño de cocina y Zoe grita como una perra cuando la azoto con él.

—Porque eres tan inocente, Zo. Resulta que recuerdo muy bien haberte visto con tu li... —Su mano me cierra la boca, cortando mis palabras.

—Bien —sisea ella—. Dejaremos tu vida sexual en paz.

—Dios mío, ¿pueden parar, por favor? —Sophia ruega.

Pasamos una tarde agradable juntos. Demasiado agradable.

Vale, mamá insiste en sacar el coñac después de que todos hayamos comido y, para cuando nos vamos, ya está tres sábanas al viento, pero borracha es muchísimo mejor que algunos de los estados en los que la he encontrado a lo largo de los años, así que me voy casi seguro de que no la vamos a encontrar muerta sobre su propio vómito por la mañana.

Cuando vuelvo a casa de Theo, sus carros están estacionados en el garaje pero él no está arriba. Echando un vistazo por la ventana del salón, descubro por qué cuando lo encuentro sentado con su propia familia mientras fingen ser normales.

Todos sabemos la verdad. Todos nosotros estamos lejos de ser jodidamente normales.

Mientras Damien y Evan Cirillo están sentados comiendo su cena asada, están tramando en silencio la muerte de cada miembro de la Familia Mariano. Theo y Nico probablemente se estén frunciendo el ceño por encima de la mesa, su constante batalla nunca es más obvia que cuando se ven obligados a estar juntos en situaciones familiares como esa. Las madres de ambos se afanan en asegurarse de que todo el mundo tiene lo que necesita con sonrisas forzadas en sus rostros, a pesar de que su ama de llaves ya ha hecho todo lo posible para que todos estén contentos.

Es falso. Todo. Y exactamente lo que no quiero.

La débil esposa de Stepford, los pretenciosos eventos familiares.

Mentira. Todas.

Prefiero que Zoe me interrogue sobre mis decisiones cuestionables.

Agarro una cerveza del refrigerador, me dirijo a mi dormitorio y agarro mi mochila con toda la buena intención de dejarlo todo hecho para esta semana. Con una guerra inminente, es muy probable que la escuela pase a un segundo plano.

Me pongo los AirPods e intento bloquear el mundo.

Funciona durante unas horas hasta que se corta la música y suena el teléfono.

—Oh, genial —murmuro, sabiendo que estoy a punto de recibir una reprimenda.

—Tobes, ¿cómo te va? —Canto suavemente.

Su gruñido de irritación retumba en la línea.

—¿A qué coño estás jugando, Seb? Has cruzado una puta línea.

Aparto el portátil y vuelvo a apoyarme en las almohadas.

—¿Has tardado tanto en llamarme y decirme eso? Estás perdiendo tu toque.

—Yo... yo...

—Escúpelos. O que te crezcan un par de pelotas y vengas y me des una paliza, si crees que eres lo suficientemente hombre.

—¿Puedes madurar un puto segundo? Stella no te ha hecho nada, Seb. Ella no se merece este tipo de mierda.

—Ni siquiera la conoces —siseo.

—¿Y tú la conoces? Que la hayas tocado no significa que la conozcas.

—Ni siquiera sabes quién es, Toby. Todo lo que ves es su cara bonita y un dulce par de tetas y estás enamorado. Saca tu cabeza del culo por unos minutos y busca algunos hechos.

—¿Qué coño crees que estoy haciendo? —brama—. ¿Quién es ella, Seb? ¿Por qué la odias tanto como para humillarla así?

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras recuerdo el acontecimiento del que habla.

—Puede que la odie, Tobes. Pero a ella le encantó. Deberías haber sentido lo mojada que estaba con todos nuestros ojos puestos en ella.

—Eres un puto cabrón.

—Dime algo que no sepa. Si no tienes nada más interesante que decir, ¿puedo irme? Tengo mejores cosas que hacer que escucharte intentar darme la tabarra cuando no conoces todos los hechos.

—Mantente alejado de ella, Seb. Lo digo en serio.

—Sí, sí. Sabes, ahora que lo dices, podría ir a hacerle una visita sorpresa. Seguro que le encantará encontrarme en su habitación en mitad de la noche.

—Ni se te ocurra —arremete.

—Demasiado tarde, hijo de puta.

Cuelgo, con la idea ya firmemente plantada y echando raíces.

CAPÍTULO 26

Stella

Grito y tiro el móvil por la habitación. Choca contra las cortinas y cae al suelo con un ruido sordo.

Toby me está ignorando, y me está molestando muchísimo.

Debería olvidarlo, pero la expresión de su cara en esa imagen no se me va de la cabeza.

Parecía totalmente devastado por mis acciones, por el estado en el que me había metido. Y sé que disculparme no servirá de mucho a largo plazo. Está claro que nunca va a volver a mirarme de la misma manera, pero aún así, tengo que intentarlo. Necesito hacer algo. No puedo dejarle creyendo que soy la puta inútil que Seb intenta que sea.

Ayer quise acercarme a él, pero ese intercambio de palabras tan jodido con Seb, del que me arrepentí al instante -aunque sacara el vibrador del cajón y me corriera-, casi me mató, y me desmayé todavía envuelta en mi toalla y con el pelo mojado.

Quería decir que me desperté sintiéndome mejor, pero aún tenía ese nudo en el estómago y los acontecimientos de las cuarenta y ocho horas anteriores seguían dando vueltas en mi cabeza.

Calvin me encontró en el sótano unas horas después, dándole una paliza al saco de boxeo que yo imaginaba que era la cara de Seb.

Me puso a prueba y me enseñó algunas técnicas nuevas que estoy deseando probar con Seb en cuanto tenga ocasión.

Estoy bastante seguro de que ahora podría romperle la nariz de un puñetazo, y tengo muchas ganas de ponerlo en práctica.

Apuesto a que seguiría estando guapísimo con la nariz rota.

Me sacudo el pensamiento de la cabeza y lo destierro de mi mente mientras intento concentrarme en mis deberes, pero es difícil cuando mi móvil sigue burlándose de mí desde el suelo.

Este fin de semana he recibido unos cuantos mensajes de papá para saber cómo estaba. No tengo ni idea de dónde está, y no espero averiguarlo pronto a menos que Calli se entere de dónde han estado sus padres, porque apostaré dinero a que están juntos.

Cuanto más pienso en todos los secretos y mentiras, más empieza a envenenarme la ira. La traición del único hombre en el que siempre he confiado me escuece más de lo que jamás podría haber pensado.

El sol se está ocultando tras los árboles del fondo de nuestro patio cuando por fin lo doy por mal hecho y cierro el ordenador. He hecho todo lo que debía para el comienzo de la semana. Sólo me queda esperar que mañana sea un día mejor y pueda concentrarme.

Agarro el móvil y compruebo la pantalla, pero aún no hay respuesta de Toby, solo un

mensaje de Calli en el que me dice emocionada que se ha pasado todo el día enviando mensajes a Ant. Incluso a través de sus palabras, me doy cuenta de que está entusiasmada con la idea de quedar con él el próximo fin de semana, y eso es suficiente para convencerme de que he hecho lo correcto al aceptar ir. Tendré que dejarle claro a Enzo desde el momento en que lleguemos que estoy allí por Calli y no por él, porque no tengo ninguna intención de traer a otro chico a mi vida. Ya tengo bastante con lo que lidiar ahora mismo. No me importa lo guapo que sea, o lo que pueda ofrecer. Estoy firmemente fuera de los chicos para el futuro previsible.

Tengo dos vibradores que hacen el trabajo casi tan bien como cualquier chico, y eso me servirá hasta que tenga toda esta mierda ordenada en mi cabeza y pueda embarcarme realmente en encontrar a un chico decente que no sólo esté interesado en avergonzarme delante de sus amigos igual de gilipollas.

Después de dar vueltas en la cama y sacarme de la cabeza imágenes de *él* y *de* las sensaciones y el placer que consigue arrancarme, por fin me quedo dormida, retorcida entre las sábanas.

Pero mi intento de poner una barrera entre los dos parece desvanecerse en cuanto me quedo dormido.

El sonido de la puerta al abrirse me sobresalta, pero en cuanto descubro de quién se trata, mi pánico disminuye mientras ruedo sobre mi espalda, apartando las sábanas de mi cuerpo, le invito a entrar, olvidando todo lo que me he dicho sobre lo que le haría la próxima vez que le vea.

Alarga la mano por detrás y se sube la camisa, mostrándome su tonificado vientre y su esculpido pecho. Los tatuajes que cubren sus dos brazos se ondulan y tiran de ellos cuando deja caer la camisa al suelo y empieza a arreglarse los pantalones, desabrochando el botón y empujando la tela sobre sus caderas, mostrándome que debajo está desnudo y duro.

Claro que sí.

Si tengo que soportar su presencia, lo haré más que felizmente así.

Su rodilla presiona el colchón, toda la cama se hunde bajo su peso y hace que me deslice un poco hacia él mientras estira la mano y me coge los pechos, pellizcándome los pezones ya duros bajo la fina camiseta.

—Seb —gimo lascivamente mientras un rayo de placer se dispara en mi interior.

Levanto una de mis rodillas y ensancho las piernas con la esperanza de atraerlo exactamente donde lo necesito.

Por mucho que he intentado apartarlo de mi mente, el recuerdo de cómo trabaja mi cuerpo hasta el frenesí nunca está lejos de mi mente.

—Joder, qué guapa eres —jadea, con una voz más suave de lo que creo haber oído nunca, y me derrito.

Sus labios encuentran mi cuello, besándolo y chupándolo, llevándome al borde de la locura antes de que arrastre el cuello de mi camiseta a un lado y succione mi pico profundamente en su boca, arrastrando sus dientes sobre él hasta que mis caderas empiezan a retorcerse sobre la cama por mi necesidad de que me toque.

—Oh, Dios. Por favor —gimoteo.

—Dios no, Diablilla. Sólo el diablo —dice, su voz suena a puro sexo mientras arrastra sus ojos hasta los míos.

El calor y la ardiente lujuria que me devuelve la mirada son casi suficientes para llevarme al límite.

—¿Vas a venir por mí, Diablilla? Ni siquiera te he tocado.

—Seb, por favor. Necesito...

—Shh... Sé lo que necesitas. ¿Confías en mí?

Intento concentrarme un segundo, pero mi cerebro se ha vuelto papilla. Mi cuerpo y su insaciable necesidad de él lo han anulado por completo.

Pero a pesar de mi falta de funciones cerebrales, cuando por fin consigo responder a su pregunta, la verdad cae por su propio peso.

—No. Ni en lo más mínimo.

—Sabio, Diablilla. Muy, muy sabio.

Se ríe contra mi pecho, y yo gimo una maldición cuando él cambia al otro lado.

—Tócate, princesa. Muéstrame cómo lo haces.

Incapaz de hacer otra cosa que seguir sus perversas órdenes, mi mano se desliza por mi vientre hasta que mis dedos topan con el encaje. Sumergiéndolos bajo la tela, me encuentro empapada.

Gimo mientras rodeo mi clítoris, imaginando que son sus dedos los que me trabajan y no los míos.

—Eso es, mi sucia putita. Enséñame cómo te corres cuando piensas en mí—. Su voz suena más lejana cuando habla esta vez, pero estoy demasiado perdida en las sensaciones que recorren mi cuerpo que no le doy importancia.

Bajo los dedos y meto uno dentro de mí. No puedo penetrarme tanto como él, pero me siento tan jodidamente bien que mis caderas se sacuden contra la cama y añadido un segundo, abriéndome más. Mi otra mano sube por mi cuerpo hasta encontrar mi pecho, pellizcando y tirando de mi pezón mientras el placer en mi bajo vientre crece casi hasta el punto de no retorno.

Algo suave roza mis labios y me sobresalto un segundo antes de volver a oír su voz.

—Estoy tan duro para ti ahora mismo, Diablilla. No tienes ni idea de lo que me haces.

La realidad amenaza con arrancarme de esta dicha que consume mi cuerpo y lucho por mantenerme dormida, por permanecer en el momento, por permanecer al borde de perderme en una visión.

—Chúpamela, nena. Eres tan buena en eso.

Separo los labios, hago lo que me dicen, pero en cuanto le doy un lametón en la punta y el sabor de su semen cubre mi lengua, todo se derrumba a mi alrededor y me veo arrastrada de vuelta a la realidad, con mi cuerpo gritando y mi núcleo apretándose violentamente ante la inminente liberación perdida.

—¿Seb? —grito mientras abro los ojos y descubro que mis perversas fantasías no eran algo que mi subconsciente arrastraba durante el sueño, sino la realidad. Grito, retorciéndome debajo de él, pero me tiene inmovilizada en la cama, con las muñecas esposadas con una de sus gigantescas manos.

—Oh sí, porque me voy a ir después de verte perderte en tus sueños conmigo. Pensé que ya me conocerías mejor que eso.

—Dios mío, eres un puto psicópata —grito, agitándome una vez más a pesar de que sé que es un gasto inútil de energía.

CAPÍTULO 27

Sebastian

Entrar en casa de Stella fue mucho más fácil esta vez, gracias a que conseguí una copia de su llave después de que se desmayara en casa de Nico el viernes por la noche. Fue fácil, demasiado jodidamente fácil, asegurarme de que siempre tengo una manera de llegar a ella.

Toda la casa estaba en silencio mientras subía las escaleras. No tenía ni idea de si su personal vivía dentro, o si estaban en las dependencias que venían con esta propiedad, pero guardé silencio mientras me movía por si acaso.

Tenía la esperanza de encontrarla dormida y poder tomarla por sorpresa. Una parte de mí ni siquiera quería que supiera que la había visitado. Tenía imágenes en mi cabeza de mí deslizándome dentro, tomando lo que necesitaba de ella, y desapareciendo de nuevo, dejando atrás sólo un pequeño pedazo de evidencia de mi pequeña visita.

Pero lo que obtuve, en realidad, fue mucho, mucho más de lo que jamás podría haber esperado.

Estaba profundamente dormida, con los ojos cerrados y el rostro tranquilo con los labios entreabiertos, pero su cuerpo estaba fuera de las sábanas y su piel cubierta de un brillo de sudor. Se había bajado la camiseta, dejando los pechos al descubierto mientras se tiraba del pezón y se acariciaba el pecho. Su otra mano había desaparecido bajo sus bragas mientras se retorció de placer, persiguiendo su liberación incluso en su sueño.

La vista era jodidamente hermosa. Y sin pensarlo dos veces, saqué mi teléfono y puse la cámara en vídeo para capturar su caída.

Y sólo dos segundos después, se puso aún mejor.

—Seb —gime, y casi me corro en mis malditos pantalones en el acto.

—Eso es, mi sucia putita. Muéstrame cómo te corres cuando piensas en mí —murmuro, con los ojos clavados en su cuerpo que se retuerce, mi polla deseando estar dentro de ella, sentir lo fuerte que su coño aprieta sus dedos ahora mismo.

Aprovecharse cuando ella dormía era una gilipollez, lo sabía, pero también, realmente me importaba una mierda.

Claramente pensaba que estaba conmigo, así que ¿por qué no hacer realidad su fantasía?

—Joder, eres un puto psicópata —grita, despertándose conmigo encima de ella, intentando de nuevo mover las caderas para apartarme.

—Me han llamado cosas peores, Diablilla. Ahora, ¿dónde estábamos? Oh sí, estabas con los nudillos metidos en tu coño chorreante mientras decías mi nombre.

Aprieta la mandíbula y le rechinan los dientes mientras me mira fijamente.

—Estaba dormida, imbécil, y claramente estaba teniendo una pesadilla.

—Sonaba y parecía aterrador. —Arrastrando un dedo por su pecho hacia sus tetas aún

desnudas, susurro—: Todavía tienes la piel enrojecida por el miedo.

—Te odio.

Sonrío.

—Lo sé, ¿no es divertido?

El gruñido que sale de su garganta me provoca todo tipo de cosas raras por dentro, por no mencionar que hace que mi polla lllore de necesidad.

Me mira fijamente, con el pecho agitado y los pezones pidiendo atención.

—¿Qué haces? —sisea cuando meto la mano libre bajo su almohada y rebusco. Si la conozco como creo, no la encontraré vacía.

Sonrío en cuanto mis dedos tocan algo.

—Seb —advierde, sabiendo exactamente lo que escondía ahí debajo.

—Y tú dices no tener miedo. ¿Por eso duermes con una pistola bajo la almohada, Diablilla?

—No tengo miedo, sólo quiero que me dejes en paz de una puta vez —ladra. Puede que sus palabras estén cargadas de veneno, pero ambos sabemos que están muy lejos de la verdad.

—Oh sí, ¿quieres decirle eso a tu cuerpo?

Sus dientes rechinan una vez más cuando rozo con el cañón de su pistola la suave piel de su mejilla.

Todo su cuerpo se estremece al contacto con el frío metal y sus ojos se entrecierran.

—No lo puse ahí como un maldito juguete sexual, Sebastian.

—Puede que no, pero ya sé que un poco de tiroteo te pone cachonda. —Inclinándome hacia delante, rozo con mis labios la concha de su oreja—. No he olvidado ni un segundo de nuestro tiempo juntos, Princesa.

—Deberías —se queja—, o empezaré a pensar que estás un poco obsesionado conmigo. Ya pienso que estás jodido, y va a ir a peor.

¿Una obsesión? Creo que los dos tenemos muy claro que soy un puto adicto. Si no, ¿por qué iba a coleccionar su ropa interior e irrumpir en su habitación para verla dormir en mitad de la noche?

Y en cuanto a jodido... lo he estado durante mucho tiempo.

—Es bonito que pienses que me importa lo que pienses de mí, Diablilla. Me importa una mierda. Sé lo que quiero, y sé cuál va a ser el final. Sólo estoy disfrutando del viaje.

—Oh sí, ¿te importaría iluminarme?

Tiro hacia atrás y le paso la pistola por el cuello y la clavícula mientras me acerco a sus pechos.

Se me viene a la cabeza una imagen de ella acurrucada en el suelo, con el cuerpo tembloroso, las lágrimas corriendo por su cara mientras su padre la encuentra. Destrozada, arruinada. Jodidamente destruida.

Sí, eso es lo que quiero. Quiero que vea como su mundo cae a sus pies. Quiero ver cómo experimenta sólo una muestra de lo que ha hecho pasar a mi familia.

—Vas a tener que esperar y averiguarlo, Diablilla. ¿Qué gracia tendría decírtelo? —Gruñe una vez más, pero va acompañado de un escalofrío cuando le paso la punta de la pistola por el pezón—. ¿Qué puedo decirte? Va a ser muy divertido... para mí.

Me mira fijamente durante un rato, con los ojos llenos de pensamientos, planes de fuga que ambos sabemos que van a fracasar. Ahora soy yo quien está al mando.

—Vete a la mierda —escupe.

—Sabes, esa es una jodida buena idea, Princesa.

Levanta la barbilla en señal de desafío, aparta sus ojos de los míos y mira al otro lado de la habitación como si no le importara.

Mentiras, putas mentiras totales. Puedo leer su cuerpo mejor de lo que ella cree, y me desea más de lo que admitiría ahora mismo.

Llevo la mano a la cintura y me suelto el cinturón.

—Seb —me advierte. El leve temblor de su voz hace que mi perverso corazón se estremezca mientras le enlazo el cuero alrededor de las muñecas y luego las sujeto a la cabecera de metal, tirando para asegurarme de que la he atado lo bastante fuerte.

—Ya está. Ahora estás totalmente a mi merced. ¿Qué debo hacer contigo?

—Te voy a matar, joder—. El sube y baja de su pecho aumenta, sus respiraciones salen en jadeos cortos y agudos mientras sus ojos entrecerrados sostienen los míos.

—¿Ah, sí? Buena suerte con eso sin usar los brazos.

Agita las caderas, pero soy demasiado pesado para ella.

—Cuidado o también te atarán los tobillos. Entonces sí que estarás indefenso. ¿Es eso lo que quieres?

—Ahhh... —grita, lo bastante alto como para sonar en toda la casa, y me entra el pánico. No tengo ni idea de si hay alguien aquí, pero si lo hay no necesito que vengan corriendo a rescatarla.

Le tapo la boca con la mano y le corto el llanto.

—Si quieres que alguien se una a la fiesta, Diablilla, deberías haberlo dicho. Ya puedo llamar a mis hermanos. Sabes que estarán dispuestos.

—Que te jodan —grita contra mi palma.

Manteniéndola en su sitio, me deslizo por su cuerpo, recogiendo de nuevo su pistola y deslizándola por la tonificada piel de su vientre hasta que puedo pasarla por el borde de sus bragas.

—Serán perfectos para añadirlos a mi colección —pienso antes de volver a mirarla.

Dejo su pistola en la mesilla de noche y suelto su boca para liberar mis dos manos. No dice nada, pero no soy estúpido. Sé que no es porque se lo advertí.

Enrosco los dedos en los tirantes de su camiseta y tiro de él hasta que el ruido de la tela al rasgarse llena la habitación y se desprende de su cuerpo.

—Mejor —murmuro, bajando hasta llegar a sus bragas.

En cuanto me los quito, me los meto en el bolsillo trasero.

—Me pregunto cuántos tendré antes de romperte por fin, Diablilla.

—No va a suceder. No soy una débil damisela en apuros. No me acobardaré ante ti. Tendrás que matarme primero.

—Oh, eso se puede arreglar. Pero entonces nos perderíamos toda esta diversión.

Enrollo mi mano alrededor de sus muslos, abro sus piernas y me acomodo entre ellas.

Se resiste, pero no lo suficiente como para detenerme, y en cuanto soplo un chorro de aire sobre su coño hinchado, se detiene de inmediato, perdiéndose en lo que más desea.

Su cuerpo se estremece cuando vuelvo a hacerlo, pero esta vez más cerca, y sus ojos llenos de odio se clavan en mi cabeza.

Entorno los ojos en su cuerpo, los atrapo con los míos y sonrío.

Quiere volver a exigirme que me vaya, puedo verlo en la dureza de su boca, pero el leve ceño que frunce indica su confusión interior.

—Hueles a pecado y a jodidas malas decisiones, Diablilla.

—Entonces sal tan rápido como has entrado —me dice, aunque la aspereza de su voz me dice que quiere todo lo contrario.

—Sólo te estarías torturando y lo sabes.

—No te necesito. ¿Recuerdas el vibrador que te mencioné? Está completamente cargado y listo.

Una carcajada sale de mis labios y la línea entre sus cejas se hace más profunda.

—Es curioso que pienses que permitiré que eso ocurra.

—Tú no me controlas, Seb. Puedo hacer lo que quiera. Es mi cuerpo. *Mi* placer.

—Ya no. Es mío. Todo.

Abriéndola más, acerco mis labios a su coño antes de que pueda responder mordazmente.

La lamo a lo largo antes de meterme su clítoris en la boca y mordisquearlo hasta que no puede contener más la lengua y chilla de placer.

—Te odio, Sebastian.

Me río contra ella y gime, sus caderas giran contra mi cara, intentando conseguir exactamente lo que necesita.

Bajo la lengua y la introduzco en su interior, lamiendo sus jugos y dejando que su sabor estalle en mi boca.

Sí. Obsesionado ni siquiera se acerca a lo que es esto.

Rodeando sus caderas con mis manos, la mantengo quieta mientras sigo trabajando con ella, alimentando mi adicción mientras gime y grita sobre mí.

Lo observo todo, mi polla imposiblemente dura por su necesidad de hundirse profundamente dentro de ella.

—Joder, por favor —suplica cuando me alejo un poco justo antes de que esté a punto de caer—. Seb.

Me río y rozo con los labios la piel cicatrizada de su muslo que lleva mi nombre.

Joder, sí.

Le doy cinco segundos para que baje del inminente subidón antes de volver a empezar.

No estoy preparado para que caiga. Cuando lo haga, estaré tan dentro de ella que podrá sentirlo hasta la semana que viene por estas fechas.

—Dios mío —solloza, tirando de sus ataduras mientras la lamo una vez más—. S-Seb.

CAPÍTULO 28

Stella

Mi cuerpo arde, mi piel enrojece de sudor mientras él sigue llevándome al borde de la locura.

Era un sueño. Sólo un sueño. Estaba seguro de ello.

Hasta que realmente no lo fue.

La cabeza me da vueltas mientras corro hacia mi liberación una vez más, aunque ya sé que no me va a dejar caer. Idiota sádico.

Si estuviera soñando, ya me habría corrido, él se habría marchado y yo estaría en un sueño tranquilo. Pero no, aquí está, torturándome con su lengua y sus ojos oscuros que se disparan hacia mí cada pocos minutos para asegurarse de que sigo mirándole entre mis muslos. Alerta de spoiler: no puedo arrancárselos, joder, por mucho que me acerque.

Su cinturón me corta las muñecas, los dedos se me entumecen por la falta de flujo sanguíneo, pero con el placer creciendo de nuevo en mi vientre, me olvido de ellos.

Las lágrimas me queman los ojos y la frustración me invade una vez más cuando se echa atrás. Quiero llorar, gritar y arremeter contra él, pero intento contenerme, porque eso es exactamente lo que quiere.

Ansía mi odio, mi ira, mi violencia.

Lo entiendo, porque yo siento lo mismo. Sus movimientos malvados, sus comentarios mordaces y sus toques brutales alimentan algo oscuro dentro de mí también.

Esta cosa entre nosotros, es letal. Y si vamos a continuar con lo que sea esto, entonces uno de nosotros va a terminar quemado. Gravemente.

Me muero de ganas.

Grito una vez más cuando me mete dos dedos hasta el fondo, doblándolos cuando encuentra mi punto G, frotándolo hasta que veo las estrellas.

—Sí, sí, sí —gimo, deseando que esta vez me deje caer—. Putaaaaaaa —chillo cuando me arranca los dedos—. Qué mierda. —Me corto al verle incorporarse, pasarse la mano por la boca y acercar su polla a mi entrada.

Se burla de mí durante unos segundos mientras nuestras miradas se sostienen, el odio y el deseo rezumando de sus oscuras profundidades, y estoy segura de que la misma mirada le está clavando a él también.

Empuja la punta hacia dentro y mis músculos se contraen, intentando desesperadamente succionarlo más profundamente, pero él se queda quieto.

—¿A quién perteneces, Diablilla? —Su pulgar presiona con fuerza mi herida al pronunciar las palabras, provocándome un rayo de dolor.

gruño, aún sin querer decir las palabras.

—Dilo, o me iré ahora mismo.

Miro hacia la puerta y él se echa hacia atrás.

El pánico me obliga a mover los labios antes de que mi cerebro haya tenido la oportunidad de tomar una decisión.

—No, no. No lo hagas. Soy tuya. Tuya, ¿vale?

En sus labios se dibuja la sonrisa más deliciosamente oscura, pero sólo puedo disfrutarla un segundo porque se separa de mí y me da la vuelta como si no pesara más que una pluma.

Aterrizo de rodillas, con el culo en alto.

Crack.

—Joder —grito, agradecidísima de que la casa esté vacía. Si no lo estuviera, seguro que alguien estaría ya aquí arriba pensando que me van a asesinar.

Su palma alivia la explosión de dolor en la mejilla de mi culo antes de que su polla se deslice por mi coño, encontrando mi entrada una vez más.

En lugar de burlarse de mí, esta vez me penetra de golpe, obligándome a absorberlo todo de un solo empujón.

Todo mi cuerpo se estremece ante su fuerza antes de que sus manos se posen en mi cintura, atrayéndome contra él mientras gira sus caderas y hace que un fuerte gemido brote de mis labios.

Se retira y marca un ritmo demoledor, follándome como un poseso. Sus dedos me penetran con tanta fuerza que sé que tendré moratones cuando me despierte por la mañana.

—Ya lo creo que estoy jodidamente obsesionado —murmura como si hablara consigo mismo, pero oigo cada palabra alto y claro incluso a través de mi neblina llena de lujuria—. No me canso de follar.

No digo nada por miedo a que pare.

—Tu coño. Joder, Diablilla.

Grito cuando me pasa la mano por la columna hasta que sus dedos se hunden en mi pelo. Su otra mano libera el cinturón, al darse cuenta de que ya no soy una amenaza para él, y me levanta de la almohada contra la que tenía la cara aplastada mientras me folla hasta dejarme inconsciente.

Mi espalda se aprieta contra su pecho cubierto de camisa mientras sus labios encuentran mi cuello.

—¿Tienes idea de lo bien que te ves empalada en mi polla? Es casi como si te hubieran enviado aquí sólo para mí. Para mi placer.

Estoy demasiado absorta en las chispas que saltan alrededor de mi cuerpo y en mi inminente explosión como para responder. Solo absorbo su áspera voz y ayudo a que alimente mi ascenso hacia el placer sin sentido que realmente espero que se avecine.

—Joder. Joder —me gruñe al oído, sus dedos rozan mi vientre segundos antes de encontrar mi clítoris hinchado.

Me pellizca con fuerza mientras su polla se hincha dentro de mí.

—Córrete para mí, Diablilla. Quiero sentirte ordeñando mi polla mientras te lleno—.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro mientras me pellizca el clítoris una vez más y su polla se sacude con su propia liberación.

—Seeeeb —grito mientras caigo, todo mi cuerpo se bloquea cuando el placer por fin me golpea. Se me cierran los ojos, se me cae la barbilla y juro por Dios que, por un segundo, me desmayo mientras él sostiene mi cuerpo inerte.

Su brazo me rodea la cintura mientras nuestros pechos agitados luchan por aspirar el aire

que necesitamos. No decimos nada mientras disfrutamos de las endorfinas y las réplicas de nuestra explosiva colisión.

Su aliento me hace cosquillas en el cuello, y mi necesidad de girarme y capturar sus labios en ese beso que aún me está negando casi se apodera de mí.

Su polla se ablanda, aunque no mucho, y demasiado pronto sale de mi cuerpo.

El amante tranquilo y suave que fue durante apenas un minuto se desvanece en cuanto me presiona con la palma de la mano entre los omóplatos y me empuja hacia delante, de bruces contra la almohada, con el culo aún en el aire.

Un violento escalofrío me recorre cuando pasa su dedo por mi coño hipersensible.

Sumerge su dedo en mi interior, lo arrastra por su semen antes de volver a sacarlo.

Usando mi pelo para girar mi cabeza hacia un lado, pasa su dedo húmedo por mi labio inferior, cubriéndolo de nuestra liberación conjunta antes de ladrar—: Abre.

Impotente para hacer lo que él dice después de esa liberación alucinante, separo los labios y él empuja su dedo hacia dentro, permitiéndome saborearnos a los dos mientras lo lamo hasta dejarlo limpio.

—Para que la princesa haga lo que se le dice —murmura para sí antes de bajar la longitud de su cuerpo sobre el mío, forzando mis caderas contra la cama.

Todo su maldito peso me presiona contra el colchón mientras la punta de su nariz recorre mi oreja.

—Te veré muy pronto, Diablilla. Trata de no meterte en problemas.

Me da un beso en la mejilla antes de abandonarme. Volteo la cabeza para que la mejilla recién besada se apoye en la almohada y veo cómo se vuelve a meter los jeans y se dobla el cinturón en la mano.

Luego, sin siquiera mirar en mi dirección, desaparece de mi habitación y baja corriendo las escaleras como si no acabara de sacudir mi puto mundo y luego dejarme helada.

—Joder —suspiro, poniéndome boca arriba mientras la evidencia de su pequeña visita gotea de mí—. Qué asco —siseo, voy a tener que levantarme y darme otra ducha.

—Buenos días, cariño —me dice Angie cuando entro en la cocina a la mañana siguiente.

Me duele el cuerpo, me escuece el culo y me arden los ojos por la falta de sueño. Para decirlo sin rodeos, me siento y me veo como una mierda.

—¿No has dormido muy bien?

Y aparentemente, es tan obvio para los demás como lo fue para mí cuando me miré en el espejo. Estupendo.

—No —gruño. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Me dedica una suave sonrisa y se vuelve hacia la cafetera, sabiendo exactamente lo que necesito.

—¿Angie? —Le pregunto mientras se afana en preparar el desayuno.

—Sí.

—¿Sabes dónde está mi padre?

Mira hacia atrás por encima del hombro, con una profunda línea entre las cejas.

—No, no tengo. Lo siento. Sólo dijo que estaría fuera hasta anoche. ¿No volvió a casa?

No, ciertamente no estaba aquí para eso. Y Seb también lo sabía, ¿no? Gilipollas.

—No que yo sepa.

—Seguro que llamará.

Murmuro un acuerdo, pensando en todos los mensajes de mierda que hay en mi móvil.

No quiero un puto mensaje. Quiero la verdad.

—Aquí tienes. Espero que esto te anime un poco. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Tengo un millón de preguntas en la punta de la lengua, pero me las trago todas. Sé que Angie se preocupa por mí. Ha sido lo más parecido a una madre que he tenido nunca, pero, en última instancia, está en nómina de mi padre, así que sería ingenua si pensara que su lealtad no está con él, y si empiezo a hacer preguntas, le pondrá sobre aviso.

Necesito respuestas, pero tendré que esperar. Creo que ya he esperado casi dieciocho años.

—Gracias —digo sinceramente cuando Angie me pone la taza de café delante.

No me siento mejor cuando llego a *Knight's Ridge* una hora más tarde. Lo único positivo es que estoy de vuelta en mi propio coche y que ese gilipollas no me ha dejado una notita como recuerdo de lo que pasamos juntos anoche.

No necesito más de los que dejó en mi cuerpo. Juro por Dios que mi piel parece un punto a punto de las perversas torceduras de Seb.

Me siento en el carro el mayor tiempo posible, pero después de ver cómo casi todos los demás estudiantes se dirigen al interior preparados para ir a clase, sé que tengo que mover el culo.

No ha habido señales de Seb y su banda de idiotas retorcidos, y todavía no he tenido contacto con Toby.

Se me retuerce el estómago una vez más al contemplar sus plazas de aparcamiento vacías.

Esperaba entrar tras ellos, pero parece que ese plan ha fracasado.

Con un pesado suspiro, saco mi cuerpo exhausto del coche y me dirijo hacia el edificio.

El estruendo de una moto detrás de mí me obliga a volverme y, cuando lo hago, una sonrisa se dibuja en mis labios.

Por supuesto Emmie aparecería en la escuela en la parte trasera de una motocicleta ruda.

Se baja y se arranca el casco de la cabeza antes de coger las maletas de la caja superior. El conductor tiene la oportunidad de quitarse el casco y mi barbilla casi cae al suelo.

No me jodas.

Le dice algo antes de que se dé la vuelta y marche hacia mí.

—Mierda, ¿ese es tu padre? —pregunto, con los ojos fijos en él.

Es demasiado viejo para mí, seguro, pero está bueno.

—Uh, asco. Es... viejo.

—Emmie —me río—. No eres ciega ni estúpida. Sabes exactamente lo bueno que está tu viejo.

—También tiene unos abdominales... —murmura mientras se dirige a la entrada, para mi diversión.

—Dios mío. Cuéntame más.

Me lanza una mirada asesina por encima del hombro.

Estoy segura de que sabe que estoy bromeando.

—Lamentablemente, llegas un poco tarde. Estoy bastante segura de que se está tirando a la señorita Hill —anuncia cuando la alcanzo.

—De ninguna puta manera.

Se encoge de hombros.

—Algo está pasando. Está siendo muy reservado. Incluso logró convencerlo de que finalmente me comprara mi propia moto.

—¿Sí?

—Es una pena que el motor no valga una mierda.

—Sólo por un año, luego puedes conseguir uno más grande, ¿verdad?

—Yo también lo haré.

En cuanto entramos en la sala común, todas las miradas se vuelven hacia mí.

Bueno, cualquier esperanza de que lo sucedido el viernes por la noche se mantuviera en secreto era una ilusión.

—¿Qué ha pasado? —Emmie casi gime.

Al menos una persona se ha perdido el cotilleo.

Mis ojos encuentran a Teagan entre la multitud de estudiantes y una sonrisa malévola se dibuja en sus labios.

Por supuesto, la propagación de rumores se debió a ella.

Supongo que no puedo culparla. Parece que he adquirido exactamente lo que ella quiere.

Las huellas de Seb en mis caderas y su marca en mi muslo quemán mientras nuestras miradas se sostienen.

—Hola —dice Calli, apareciendo de la nada—. Probablemente deberíamos salir de aquí.

—No voy a acobardarme ante esa zorra —escupo.

—No estoy sugiriendo que lo hagas. Sólo que prefiero no empezar mi lunes apartándote de ella cuando empieza algo.

—Una pelea de zorras para empezar el día suena exactamente a lo que necesito —murmuro mientras la mano de Calli me rodea el brazo y me saca de la habitación—. Aguafiestas.

Emmie nos sigue mientras bajamos al baño.

—¿Dónde están los chicos? Sus sitios están vacíos.

—Estarán aquí.

Emmie se desliza en uno de los compartimentos y yo doy un paso más cerca de Calli.

—¿Alguna noticia de lo que pasó el sábado? —pregunto, recordando cuando encontré a Seb cubierto de sangre ajena.

Ella niega con la cabeza.

—No, pero papá está muy tenso. Él y mamá volvieron antes de tiempo de su viaje y tuvimos que pasar casi todo el día de ayer en casa de Theo mientras nuestros padres básicamente se encerraban en el despacho de mi tío. Tengo un mal presentimiento.

La preocupación pasa por su rostro mientras el inodoro tira de la cadena.

—Todo irá bien. Esto es lo que hacen, ¿verdad? Matar gente y esas mierdas.

—Quién sabe —murmura.

—¿Pasaste toda la noche sexteando a Ant? —pregunto en voz alta cuando Emmie sale.

—¿Quién está sexteando a quién? —pregunta, cayendo en mi trampa.

Calli gime, sus mejillas se calientan mientras agacha la cabeza.

—Calli ha conocido a un chico.

—Realmente deberías haber venido a la fiesta de mi hermano el viernes por la noche, Em —dice Calli en represalia—. Stella realmente... se soltó el pelo.

No puedo evitar reírme.

—Lo que intenta decir es que casi todo lo que oirás hoy que ha salido de la boca insípida de Teagan es verdad. Soy una puta desvergonzada.

Emmie se encoge de hombros mientras se lava las manos y sus ojos se cruzan con los míos en el espejo.

—Parece que me perdí una buena noche. Cuenta conmigo para la próxima.

El timbre suena a nuestro alrededor y todos nos dirigimos hacia la puerta. Una oleada de aprensión me invade mientras me pregunto qué me deparará el resto del día.

Pronto me doy cuenta, porque en cuanto salgo del baño, mis ojos encuentran a una pareja muy oscura merodeando al otro extremo del pasillo.

Incluso con la distancia que nos separa, la tensión y la química crepitan y todos los pelos de mi cuerpo se erizan.

Guiña un ojo antes de apartarse de la pared y colarse en el aula a su lado.

¿Me estaba esperando?

CAPÍTULO 29

Sebastian

—Escuché que estuvo con todos ellos. En una noche.

—Sí, lo mismo. Está en mi clase de literatura. Podría ver si puedo cambiar de asiento. Estoy más que feliz de ser parte de su próximo harén.

Mis dedos aprietan el tenedor que tengo en la mano mientras escucho a los putos muertos de la mesa de detrás.

Al levantar la vista, mis ojos chocan con los de Alex. Parece tan a punto de perder la cabeza como yo.

Theo no está aquí. Bueno, él estaba aquí, pero él y Nico recibieron una llamada del jefe a mitad de nuestra segunda clase de la mañana y se escabulleron para averiguar lo que quería.

Toby está aquí en alguna parte, pero el hijo de puta parece estar evitándonos a todos. Probablemente esté sentado en su carro, comiendo su almuerzo como un marica en este momento.

Mi mandíbula tics como los chicos detrás de mí continúan hablando mierda sobre Stella.

Sabía que iba a pasar. En cuanto eché a Teagan el viernes por la noche, supe que habría consecuencias. Pero podemos lidiar con un poco de chismes y chicos ricos remilgados hablando.

Asiento a Alex, leyendo sus pensamientos mientras me meto otro trozo de pollo en la boca.

No tengo hambre. Perdí el apetito en cuanto se pusieron detrás de mí, pero si no hago algo no podré esperar a que se vayan para demostrarles exactamente lo que pienso de que planeen acercarse a nuestra princesa.

—La viste anoche, ¿verdad?

Hago una pausa para masticar y vuelvo a mirar a Alex.

—¿Qué te hace decir eso?

—Theo dijo que desapareciste en mitad de la noche y luego reapareciste con cara de haber sido arrasada por un león.

Levanto un hombro encogiéndome de hombros.

—¿Quién dijo que tiene que ser ella?

—Vete a la mierda, hermano. Ni siquiera intentes convencerme de que alguien más te está poniendo la polla dura estos días.

—La tuya también, si el sábado por la mañana nos enseñó algo.

Su risita llega a mis oídos.

—Recibimos el mensaje alto y claro, amigo. ¿Pero verla correrse? Jodidamente hermoso.

—Cuidado —gruño.

—Guárdalo para los pajeros detrás de ti. Se están yendo.

Esperamos dos minutos antes de seguir.

En cuanto ponen un pie fuera del edificio, nosotros dos los agarramos a los cuatro por detrás. Están tan jodidamente sorprendidos que ni siquiera intentan luchar contra nosotros mientras los arrastramos detrás de la sala de calderas y hacia las sombras.

—¿Quieren repetir la mierda de la que estaban hablando en el restaurante? —Ladro mientras cuatro caras pálidas nos miran a los dos.

—U-uh... —tartamudea uno.

—Sólo repetimos lo que hemos oído, amigo —dice otro, encontrando algo de confianza.

—Así que alguien más estaba diciendo que iba a acercarse con la esperanza de conseguir una mamada en clase, ¿verdad? —ladra Alex, reconociendo al chico como el que estaba anunciando alegremente esa mierda para que todos la oyeran.

—Esto...

—Exactamente.

Gruñe, doblándose de dolor cuando mi puño conecta con su estómago.

—Joder —gime, dejándose caer al suelo como un saco de mierda.

—¿Alguien más necesita saber cómo se va a sentir si vuelve a mirar en su dirección?

Tres caras aterrorizadas me sacuden la cabeza.

—N-no. Lo s-sentimos.

—Claro que sí. No te metas en nuestros putos asuntos antes de que te convirtamos en nuestro asunto.

Se quedan temblando como gamberros. Casi espero que les salgan manchas de humedad en los pantalones, pero por desgracia parecen aguantar.

—Pues vete a la mierda —suelto y observo divertido cómo se lanzan hacia su amigo, que sigue rodando por el suelo, lo levantan a rastras y desaparecen por la esquina.

—Mierda —suspira Alex, levantando la mano para echarse el pelo hacia atrás—. Eso ha sido demasiado fácil, joder.

—Apenas le he pegado. —Me crujo los nudillos, necesitando más para librarme de la irritación que corre por mis venas al escuchar sus gilipolleces.

—Tal vez deberías ir a buscar a tu princesa. Desquítate con ella.

Su sugerencia es muy tentadora. O lo sería si no me hubiera convencido cincuenta veces esta mañana de que iba a dejarle un poco de espacio y ver cuánto tardaba en volver arrastrándose hacia mí, suplicándome que repitiéramos lo de anoche.

En cuanto la miré a los ojos al salir de los aseos, supe que seguía pensando en mí.

El resto del día es aburrido y sin incidentes. Tenemos entrenamiento de fútbol después de clase, listos para nuestro primer partido el jueves por la noche. La ausencia de Theo y Nico cabrea al entrenador, pero poco puede hacer al respecto. Cuando el jefe llama, no tiene más remedio que saltar.

Toby da la cara pero apenas murmura una palabra a ninguno de nosotros a pesar del intento de Alex de mantener una conversación con él. Parece que, si bien fui yo quien instigó lo del sábado por la mañana, él está igual de cabreado con los demás por dejar que continúe.

Theo no está en casa cuando Alex me deja, así que me subo al carro y me dirijo a casa de mamá para ver si sigue algo sobria.

Para mi sorpresa, cuando entro me encuentro con que ni siquiera está en casa.

Sintiéndome totalmente perdido, acabo pasando el resto de la noche en el gimnasio de Theo, intentando resolver la frustración que esos capullos me han metido ahí antes, así como mi

ardiente necesidad de volver a casa de Stella y averiguar si ha hecho algo para impedirme entrar esta noche.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Theo a la mañana siguiente, cuando lo encuentro sentado en la barra del desayuno, con la ropa de ayer y un aspecto horrible.

—Ugh, no —gime, terminando su bebida y declarando que se va a la cama.

Sea lo que sea lo que el jefe le llamó ayer era obviamente sobre los italianos, ya que estaba feliz de ponernos en el centro de la misma el sábado y yo como que quiero saber lo que está pasando.

—Nada. Nos envió a buscar información, pero no conseguimos nada.

—¿Asumiendo que no vienes hoy?

Su respuesta es dar un portazo.

—Tomaré eso como un no entonces.

La primera persona que veo cuando llego a la escuela es uno de los chicos de ayer.

Me echa un vistazo cuando salgo del carro y casi echa a correr hacia el edificio.

Sacudiendo la cabeza, me reúno con Alex y juntos entramos.

Teag no me hizo caso ayer mientras se pasaba el día quejándose de Stella a quien quisiera escucharla. Podría haber hecho algo, pero me imagino que Stella es más que capaz de lidiar con una zorra como Teag. Sinceramente, creo que le encantará hacer callar a esa zorra bocazas.

Pero hoy parece que he sido perdonado por mis acciones, porque en el momento en que entro en la sala común ella salta hacia mí y apoya sus brazos sobre mis hombros.

—Eh, tú —ronronea.

—Esto... —Vacilo mientras mi cerebro intenta ponerse al día con su desorden de personalidad.

Alex asintiendo con la cabeza hacia el otro lado del lugar me da una pista de por qué Teag está encima de mí como un sarpullido una vez más.

Stella está observando cada uno de nuestros movimientos, Calli sentada a su lado, la chica emo al otro lado.

—No me interesa, Teag —murmuro.

Al fin y al cabo, es su funeral si quiere que una americana enfadada le arranque el cabello del cuero cabelludo, porque ésas son las vibraciones que desprende Stella ahora mismo.

—Oh vamos, te he echado de menos.

—Entonces necesitas comprar un vibrador mejor.

Alex resopla divertido mientras Teag se echa hacia atrás como si acabara de abofetearla.

—No puedes querer en serio a esa puta falsa antes que a mí.

Antes de que tenga tiempo de parpadear, la tengo inmovilizada contra la pared con la mano alrededor de la garganta.

Me inclino lo suficiente como para que nuestras narices casi se rocen y la miro a los ojos mientras una oleada de conciencia recorre mi espina dorsal.

Un gruñido de advertencia retumba en mi garganta y Teag tiembla en mis brazos, sus ojos se llenan rápidamente de lágrimas.

Nunca he sido tan duro con ella como lo he sido con Stella. No la odio lo suficiente. Diablos, no siento casi nada por la perra bocona. Lo único que tiene a su favor es su coño

apretado, pero estoy más que por encima de eso en este momento.

Miro por encima del hombro y veo que Stella está de pie.

Sé exactamente por qué, y algo dentro de mí canta que está celosa de la forma en que trato a Teag. Stella se derrite literalmente debajo de mí cuando le rodeo la garganta con la mano, y me encanta, joder.

—Tienes que cuidar tu puta boca, Weston. No tienes ni idea de quién estás difundiendo chismes. Es capaz de mucho más de lo que esperas. —Soltándola, doy un paso atrás.

—Ella no es nadie —escupe, claramente encontrando algo de pelea ahora que la he dejado ir.

—No digas que no te lo advertí.

Dándole la espalda, me dirijo directamente hacia Stella, sin detenerme hasta que estoy lo bastante cerca como para que sus pechos rocen mi pecho.

Mi mano se introduce en su cabello y ella jadea, sorprendida, mientras arrastro su cabeza hacia atrás, obligándola a mantener el contacto visual conmigo.

—Es toda tuya, Diablilla. Haz lo que puedas.

El calor chisporrotea entre nosotros y estoy a punto de mandarla a la mierda, estamparla contra la pared y follármela aquí mismo para que todo el grupo de sexto vea en primera fila a quién pertenece.

Mis ojos recorren su rostro mientras me mira fijamente, su respiración aumenta como si estuviera imaginando exactamente lo mismo que yo.

Inclino la cabeza y lamo su garganta expuesta antes de hundir los dientes en su suave piel, deleitándome con su dulzura. Me detengo un segundo, la suelto y salgo antes de hacer algo de lo que no podré volver.

Como besarla.

CAPÍTULO 30

Stella

El corazón me retumba en el pecho cuando Seb me suelta y desaparece de mi vista.

¿Qué coño ha sido eso?

Antes de darme cuenta de que me he movido, mis dedos rozan el trozo de piel que acaba de morder mientras mi cuerpo arde de pies a cabeza.

—Chica, no me extraña que sólo se hable de ti. Casi me corro de solo verlo —anuncia Emmie, sacándome de la neblina en la que acababa de perderme.

—¿Qué? No fue nada.

—Apuesto a que tus bragas no están de acuerdo.

—Uh...

Es entonces cuando me doy cuenta de que toda la sala común está casi en silencio mientras me miran fijamente.

—Todo el mundo está esperando a ver si vas a seguirle y follártelo donde sea que se pare —señala Emmie amablemente.

—Bueno, van a estar decepcionados.

—O eso o cuentan con una pelea de perras.

Siguiendo la línea de visión de Calli, encuentro a Teagan con sus dos cachorros a ambos lados mientras me lanza una mirada fulminante.

Ay, está cabreada.

—¿Crees que su cabeza podría explotar? —murmura Emmie, intentando disimular su diversión.

—Es posible —añade Calli.

—Vamos, salgamos de aquí.

Enlazo mis brazos con los suyos y los conduzco fuera de la habitación antes de ser la causa de más drama.

Si no me echan de aquí antes de que acabe el plazo será un maldito milagro.

—No vas a dejar que se salga con la suya, ¿verdad? —Emmie pregunta.

—¿Qué? Ella no me hizo nada. Y estoy bastante segura de que ser humillada públicamente por Seb fue suficiente lección para ella.

—No fue para ti —murmura Calli suavemente.

—¿Qué pasó realmente el viernes por la noche? —Emmie pregunta—. Y ni se te ocurra alimentarme con tonterías esta vez.

Suena el timbre, poniendo fin a nuestra discusión.

—Nos vemos en el almuerzo y te contaré todos mis secretos traviosos. Si no te enteras de los cotilleos antes.

—Oh, lo he oído todo. Sólo quiero saber qué partes son realmente ciertas.

—Probablemente todas las peores partes.

Sus ojos brillan de emoción.

—Eso es lo que esperaba.

Todavía me estoy riendo cuando entro en mi clase matutina, aunque mi diversión pronto desaparece cuando todas las miradas se vuelven hacia mí.

Demasiado para empezar aquí y esconderme entre la multitud. En solo una semana me he convertido en el objetivo de todos los chicos desesperados por algo de acción y de todas las chicas que necesitan un motivo para ser unas zorras.

En las últimas veinticuatro horas me han hecho más proposiciones hombres que en toda mi vida. Cada una me pone la piel de gallina. Sobre todo porque sé que es culpa mía.

El sábado por la mañana podría haber sido relativamente privado, ya que sólo nosotros seis sabíamos lo que había pasado en el sótano. Pero no fui precisamente discreta en mi plan de venganza del viernes por la noche.

Me desplomo en el asiento y lucho contra un bostezo.

Odio haberme pasado la mayor parte de la noche esperando a un visitante de medianoche que nunca apareció. Cuando me desperté de un sueño agitado lleno de sueños sucios sobre las locuras que me hace, mi cuerpo estaba tan tenso que casi inmediatamente busqué el vibrador en el cajón de arriba.

No tengo ni idea de por qué he retirado la mano en el último momento. Quiero creer que no tiene nada que ver con el hecho de que me dijera que estaba a cargo de mi cuerpo, de mi placer, pero creo que solo me miento a mí misma.

—¿Está ocupado este asiento?

Al levantar la vista, me encuentro con un chico cubierto de granos y de aspecto inocente. No tengo ni idea de cómo puede ser solo unos meses más joven que los chicos, pero parece un niño comparado con ellos.

Probablemente porque nunca ha estado cubierto de la sangre de otra persona y hecho las cosas que ellos han hecho. Sean lo que sean.

—No —digo sinceramente, aunque muevo la silla para dejar más espacio entre los dos.

Juro por Dios, que si intenta acercarse a mí, le romperé el puto cuello.

Por algún milagro, Teagan y sus perras se mantienen fuera de mi camino durante el resto del día, pero sé que mi paz está llegando a su fin a menos que me salte la gimnasia esta tarde, lo que no va a suceder.

Necesito el ejercicio, la liberación. Y si eso viene acompañado de romperle la nariz a Teagan, entonces me apunto.

—¿Lista para esto? —Calli pregunta mientras empuja la puerta de los vestidores.

—Tan lista —digo, haciendo crujir dramáticamente mis nudillos y haciéndola reír.

—Sí, tienes que enseñarme un par de movimientos —murmura, recordándose nuestra conversación del otro día.

—Te enseñaré todo lo que sé —le prometo.

Todas las miradas siguen nuestros movimientos por el vestidor, pero, aunque Teag se queda de pie con las manos en la cadera mirándome fijamente, no dice ni una palabra.

—¿Crees que le arrancó la lengua? —Calli susurra, claramente encontrándolo tan extraño como yo.

—Sólo podemos esperar.

Como si la señorita Peterson lo supiera, nos pone en un equipo diferente por la tarde, así que Teagan y yo siempre estamos en extremos opuestos del gimnasio.

La veo mirarnos a las dos más de una vez, así que me imagino que los cotilleos han corrido entre el personal y los alumnos.

Estoy en alerta máxima cuando me despido de Calli después del entrenamiento y me dirijo al otro extremo del estacionamiento.

Hay unos cuantos chicos merodeando, pero por suerte ninguno me hace caso mientras paso junto a todos ellos.

Voces familiares suenan detrás de mí, y una rápida mirada sobre mi hombro me dice que Teagan y su equipo me están siguiendo. Fantástico.

Me subo la mochila al hombro y me preparo para la inminente pelea, con una mueca de dolor al pensar en sus garras arrastrándose por mi cara, porque es imposible que no vaya a pelear como una chica.

Con la cabeza bien alta, segura de que puedo con todo lo que me eche, doblo la esquina hacia donde dejé el carro.

Pero en cuanto veo a mi chica, es como si alguien me tirara del mundo.

Oh no, no lo hizo.

—Maldita zorra —bramo, girando sobre mis talones, dejando el coche atrás mientras vuelo hacia ella.

No necesito oír su confesión. Sé sin que diga una palabra que fue ella quien organizó cubrir a mi bebé con la puta pintura roja. La culpa y la satisfacción están escritas en su cara.

Cierro el puño y me dispongo a golpearla en su carita engreída. Tiro del brazo hacia atrás, pero no llego a darle el puñetazo que tanto ansío porque un fuerte par de brazos me rodean la cintura y me tiran hacia atrás.

—Quítate de encima. Mira lo que ha hecho. —Lanzo el brazo en dirección a mi carro mientras mi ira se desborda y vuelvo a luchar para intentar escapar. Ni siquiera me molesto en mirar hacia atrás para ver quién me sujeta; mi único objetivo es llegar hasta Teagan.

La sonrisa inocente que me dirige me hace arremeter con más fuerza, pero aun así, no puedo soltarme.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, cariño.

Un gruñido de rabia me desgarró la garganta cuando ella nos rodea, justo fuera de mi alcance.

—Oh. Qué pena. Era un carro tan bonito también. Espero que no cueste mucho limpiarlo. Hasta mañana.

Despega los ojos de los míos y guiña un ojo a quien me sujeta antes de meterse en el coche de Lylah y salir corriendo del estacionamiento.

—Ya puedes bajarme —me quejo, retorciéndome una vez más.

Los fuertes brazos me sueltan por fin y me libero, girando sobre mis talones con los puños aún cerrados, más que dispuesta a aullar a mi captor en lugar de a Teagan.

Hasta que mis ojos encuentran su cara.

—¿Toby? —Suspiro.

Mi enfado disminuye momentáneamente, pero entonces recuerdo que ha hecho todo lo posible por evitarme e ignorarme descaradamente desde el sábado por la mañana y vuelve con toda su fuerza.

—No —ladro—. No puedes intentar protegerme. Protegerla, joder, después de lo que ha

hecho.

—Su padre hará que te echen de aquí si le pegas, Princesa.

Respiro hondo y mi pecho se eleva con la respiración.

—Tú no decides por mí. Si me echan por noquear a la zorra tonta, es cosa mía. No necesito que te metas en medio. Ya soy mayorcita. Puedo tomar mis propias decisiones.

Su rostro palidece ante mis palabras y su mano se frota torpemente la nuca.

—Así me lo han hecho saber.

—¿Qué te pasa? He intentado acercarme. He intentado disculparme pero me has dejado en blanco. Siento que no te gustara lo que viste, pero ya no hay mucho que pueda hacer.

Cegada por la ira, me alejo de él cuando no responde, abro la puerta del carro de un tirón y piso el acelerador en cuanto el motor se pone en marcha.

Mi respiración sigue siendo igual de agitada cuando entro en casa.

Salgo volando por la puerta principal y bajo las escaleras hacia el gimnasio. No me molesto en recoger los guantes de boxeo. No me molesto en vendarme las manos como Calvin siempre insiste en que haga. En lugar de eso, me lanzo a toda pastilla contra el saco, imaginando que es la cara de Teagan.

Mi pecho se agita, el sudor me gotea mientras tiro todo lo que tengo a la bolsa, descargando toda mi frustración contra Teagan y su broma de mierda junto con toda la otra mierda que ha estado manteniendo mis músculos tensos durante los últimos días.

El único alivio que he tenido fue su visita la otra noche. Ha sido la única vez que he podido salir de mi propia cabeza.

Maldito sea.

Quiero odiarle, pero es difícil cuando me da la evasión que ansío.

—Ahhh —grito, lanzando puñetazo tras puñetazo al saco.

El cabello se me pega a la cara y al cuello mientras el sudor me resbala por la espalda.

Pierdo la noción del tiempo y mis músculos se vuelven gelatinosos, pero no me detengo. No puedo parar.

CAPÍTULO 31

Sebastian

—¿Que hizo qué? —Ladro en mi teléfono, empujando mis pies en mis tenis de deporte y marchando fuera de mi habitación en casa de Theo sólo unos segundos después de que entré.

Alex y yo salimos corriendo justo después del entrenamiento cuando su padre llamó y exigió su presencia en casa. Ni siquiera nos quedamos el tiempo suficiente para ducharnos, algo de lo que ahora me arrepiento.

Toby habla por el otro lado, pero apenas oigo las palabras. No me hace falta. Ya sé lo suficiente.

Teagan tiene ganas de morir. Si Stella no la liquida con su bonita navaja rosa -que incluso podría devolver solo para verla amenazar a Teag con ella-, entonces uno de nosotros lo hará.

Teagan debería saberlo. Puede que no forme parte de la Familia, pero sabe muy bien que no debe traicionarnos. O al menos eso pensé. Parece que es más tonta de lo que parece.

—Lo arreglaré —ladro al otro lado de la línea, cuelgo y conecto el teléfono al carro para hacer unas cuantas llamadas más y arreglar la mierda.

Cuando llego a casa de Stella y veo su Porsche estropeado en la puerta, tengo los nudillos blancos de rabia.

No me lo pienso dos veces mientras entro en la parte trasera de la casa como hice el domingo por la noche.

El sonido de la música que suena en la cocina se filtra por el pasillo, pero no oigo ninguna otra señal de que haya alguien cerca.

Subo a su habitación y la encuentro vacía. El baño también.

—Mierda —ladro, llevándome la mano al pelo.

¿Adónde habría ido?

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que en realidad no sé nada de la chica que ha ocupado casi todos mis pensamientos, sueños y pesadillas en las últimas semanas.

El único lugar que se me ocurre es el cementerio.

Pero, ¿realmente volvería allí por esta mierda?

Mientras bajo las escaleras, oigo otro ruido: un golpe rítmico procedente de una puerta abierta al otro lado del pasillo.

Intrigado, bajo las escaleras y me encuentro con un gimnasio de última generación que rivaliza con el de Damien. Y en el extremo más alejado de la enorme sala, encuentro a la persona que busco.

Con unos leggings negros y rosas y un sujetador deportivo, sus pequeños puños golpean el saco de boxeo con todas sus fuerzas.

Su piel brilla de sudor, su cabello se le pega a la piel mientras se mueve, sus músculos

tiran, su cuerpo se retuerce de la forma más hipnotizadora mientras descarga toda su rabia en la bolsa.

Me pierdo mirándola, y no es hasta que dejo caer su bolso al suelo con un fuerte golpe que recuerdo realmente dónde estoy.

No soy el único que se sobresalta, porque Stella se queda inmóvil, con el pecho agitado, antes de mirar lentamente por encima del hombro.

Si pensaba que verla desahogar su rabia me había hecho algo, ver su cara con lágrimas surcando sus mejillas me destroza, joder.

—Diabli...

—No lo hagas —suelta, su voz dura, vacía de cualquier emoción—. Estoy demasiado cabreada para aguantar tus gilipolleces.

Doy un paso adelante y ella se vuelve hacia mí, sus ojos se posan en la bolsa que tengo a los pies.

—¿De dónde has sacado eso?

—Toby me llamó. Lo recogí para ti.

—¿Para mí? —pregunta desconfiada, frunciendo las cejas—. Ni siquiera recuerdo haberlo tirado —murmura para sí misma.

—Siento que ella...

—No, a la mierda, Seb. Las acciones de esa estúpida zorra no tienen nada que ver contigo.

—¿En serio? Porque creo que tiene todo que ver conmigo.

Cierro el espacio entre nosotros, mi ritmo cardíaco comienza a aumentar.

—¿Por qué coño te importa, de todos modos? Me odias, ¿recuerdas?

—Sí —murmuro—. No puedo soportar verte.

Mi cuerpo choca con el suyo un instante antes de que su espalda se estrelle contra la pared.

Su piel está húmeda de sudor, su cabello mojado, pero diablos si eso no me hace desearla más.

El aire se le escapa de los pulmones cuando me lanzo hacia ella, dándole por fin lo que me ha estado suplicando y apretando mis labios contra los suyos, forzando la entrada de mi lengua en su boca.

La beso como si fuera la única oportunidad que voy a tener mientras la levanto del suelo, rodeando mi cintura con sus piernas.

Su cuerpo me sigue mientras se pierde en nuestro beso, el sabor de sus lágrimas saladas golpeando mi lengua.

Necesitado de más, separo mis labios de los suyos y recorro su mejilla con la lengua, recogiendo sus lágrimas y haciéndolas mías.

—Ella va a pagar por esto, Diablilla. Te lo prometo, joder.

—Seb, por favor —me suplica. La desesperación de su voz me hace olvidar mi puto nombre y vuelvo a capturar sus labios, meto la mano en sus leggings y la encuentro resbaladiza para mí—. Por favor —gime de nuevo en nuestro beso.

Mientras le froto el clítoris en círculos, su cabeza cae contra la pared y nuestro reflejo me llama la atención en el espejo que tenemos al lado.

Joder, qué calor.

Lamiendo la columna de su cuello, rozo con mi nariz la concha de su oreja, empujo mis

dedos hacia abajo y los sumerjo dentro de ella.

—Córrete para mí, Diablilla. Déjame oírte gritar mi nombre otra vez—.

—Oh, Dios —gime, su coño intenta arrastrarme más adentro mientras froto sus sensibles paredes—. Seb. Seb —grita. Cada vez que repite mi nombre, lo hace más fuerte, hasta que finalmente cae al borde del abismo.

Veo cómo sus ojos se cierran de golpe y sus labios se entreabren mientras el placer cubre su rostro, su coño arrastra mis dedos más profundamente mientras se pierde.

—Joder, eres preciosa cuando te corres.

Se detiene un instante y el corazón se me sube a la garganta.

Ella no puede cerrarse sobre mí ahora. Simplemente no puede.

En cuanto abre los ojos y se encuentra con los míos, respiro aliviado.

—Fóllame, Sebastian. Hazme olvidar mi propio nombre.

—Hecho.

La pongo de pie, me arrodillo y le bajo los leggings y las bragas mientras ella se quita las zapatillas, lo que me permite tirar de la ropa para quitársela.

—Bingo —digo, metiéndome las bragas de hoy en el bolsillo de los calzoncillos, con una sonrisa que se dibuja en mis labios mientras ella me observa.

—Fenómeno.

—Sí, y algo me dice que no tienes suficiente.

No le permito discutir lo que ambos ya sabemos, la empujo hacia la pared de espejos y aprieto su frente contra ella.

Jadea cuando el frío del cristal choca con su piel acalorada, pero no discute mientras aprieto sus palmas contra él, cojo sus caderas con las manos y la arrastro hacia atrás, exactamente hacia donde la quiero.

—No los muevas. Y no cierres los ojos. Vas a ver como te follo. Ver exactamente lo que te hago y lo mucho que te gusta.

Sus labios se separan para responder, pero mi palma cruje contra la misma zona de piel de su nalga que golpeé el domingo por la noche.

Su piel se enrojece incluso antes de que mueva la mano. Mi polla se estremece al verla y empieza a llorar cuando arquea la espalda, ofreciéndose a mí.

—¿Vas a cumplir tu promesa, o te vas a ir?

—Joder —ladro, bajándome los calzoncillos por el culo y envolviendo con la mano mi dura polla—. Nunca retrocedo ante un desafío, Diablilla. Creía que ya lo habrías aprendido.

No le doy la oportunidad de prepararse. En lugar de eso, encuentro su entrada y me introduzco profundamente, su coño resbaladizo me permite sentarme por completo en un rápido movimiento.

—Sí —grita, sus manos calientes resbalan un poco por el espejo mientras sus ojos se cierran.

—Ojos, Diablilla. Quiero tus malditos ojos.

Su azul choca inmediatamente con mi oscuridad en el espejo y empiezo a moverme, diciéndole todo lo que odio de ella a través de nuestra conexión silenciosa... sólo que en algún momento temo estar desvelando demasiado.

—Córrete conmigo —ladro, y mi mano vuelve a caer sobre su culo, haciéndola gritar mientras su coño se aprieta con tanta fuerza que casi revienta sin previo aviso.

Puede que sea un cabrón en muchos, muchos sentidos, pero me aseguraré de que ella sea

lo primero esta noche aunque me mate.

Enroscando el puño en su pelo, tiro de su cabeza hacia atrás, arqueando su espalda para golpearla en el lugar que sé que la hará gritar.

—Córrete, Stella. Ahora.

La rodeo con la mano y encuentro su clítoris, acariciándolo hasta que se rompe a mi alrededor, arrastrándome con ella.

—Santa mierda —jadea, su respiración agitada empaña el espejo antes de colgar la cabeza entre los hombros mientras intenta recomponerse.

Salgo de ella y me recojo, dando dos pasos atrás.

Al cabo de un rato, se levanta y se vuelve hacia mí, sin importarle un carajo su desnudez. Su confianza en sí misma brilla y amenaza con hacer que mi polla se ponga de punta en blanco una vez más.

Es feroz, y me encanta.

—Fuera —me suelta, sosteniéndome firmemente la mirada para enfatizar su seriedad.

—¿Q-qué? —pregunto, sintiendo como si me acabara de abofetear.

—Joder. Fuera. De. Mi. Casa.

Se me cae la barbilla.

—No te quiero aquí.

—Pero...

—Vete a la mierda, Seb —dice con una risa amarga—. Sólo estás aquí para verme en mi momento más débil. Bueno, lo viste. Te aprovechaste. Puedes irte ahora, sintiéndote engreído por haberlo presenciado. Y si eres lo suficientemente rápido, puede que no te encuentres con el mentiroso de mi padre al salir.

—¿Q-qué?

—VETE A LA MIERDA —grita, lo bastante alto como para hacerme estremecer.

Doy un paso atrás, con el ceño fruncido en los labios. No sé qué esperaba después de follármela, pero no era esto.

Su pecho se agita mientras me mira fijamente y sus puños se vuelven a cerrar. Mis ojos se posan en ellos y es ahora cuando me doy cuenta del estado de sus nudillos.

—Déjame verlos.

Sus cejas se fruncen mientras sigue mi línea de visión.

Cuando sus ojos vuelven a los míos, son fríos y duros, su máscara completamente impenetrable.

Asiento, aceptando que no hay más remedio que marcharse.

Es cierto, pero por alguna razón no quiero reconocerlo, es lo último que quiero hacer ahora mismo.

—De acuerdo. Pero no esperes que venga corriendo la próxima vez que la vida te estalle en la cara.

—¿Te pedí que estuvieras aquí ahora? No. No, joder, no lo hice.

Levantando las manos en señal de derrota, le doy la espalda y salgo furioso de la casa, sin mirar atrás ni cuestionarme mi decisión.

Hasta que vuelvo a casa de Theo y me tumbo en la cama, mirando al techo.

Luego me paso cada segundo de nuestro tiempo juntos por la cabeza, intentando averiguar por qué todo salió tan mal.

CAPÍTULO 32

Stella

No me permito sentir nada hasta que el sonido de sus pies subiendo las escaleras se desvanece y una puerta en algún lugar de la planta baja se cierra de golpe.

Sólo entonces me permito caer de rodillas y dejar caer las lágrimas de rabia y arrepentimiento.

Me doy cinco minutos y cinco minutos sólo para derrumbarme. Y una vez que se acaba el tiempo, me limpio las mejillas con el dorso de la mano y me pongo la ropa que me he quitado, con una mueca de dolor mientras el semen de Seb resbala por mis muslos con cada movimiento que hago.

Dando la espalda al gimnasio, a las huellas de manos sudorosas y ensangrentadas que sé que he dejado en el espejo, fuerzo las piernas para moverme y subo a mi dormitorio.

Estoy entumecida cuando me quito la ropa y me meto en la ducha. El agua caliente me quema los nudillos, pero aparto el dolor para no sentir nada.

Es más fácil desconectar y olvidar toda esta mierda.

La sonrisa rencorosa de Teagan, los ojos preocupados de Toby, el tacto acalorado de Seb y las palabras viciosas que ansío como nada que haya experimentado antes.

No me doy cuenta de que mis cortinas y una de mis ventanas están abiertas hasta que he dejado caer la toalla y me he puesto una camiseta limpia y unos pantalones cortos de dormir, y un motor retumba fuera, el sonido de la grava crujiendo bajo los neumáticos golpeando mis oídos.

Rezo para que sea Calvin o Angie y me acerco a la ventana. El aire se me escapa de los pulmones cuando veo detenerse el carro de mi padre.

—Por supuesto. Justo como quiero acabar este día de mierda —murmuro para mis adentros.

En cuanto sale de su carro, se acerca al mío y pasa los dedos por una de las mayores salpicaduras de pintura del capó.

—Allá vamos —murmuro mientras desaparece de mi vista y entra en la casa.

—¿Stella? —retumba su voz profunda, haciendo que el corazón me salte a la garganta—. Estoy en casa.

Normalmente, bajaba corriendo las escaleras para saludarle después de su ausencia, pero ahora no. Hoy va a tener una bienvenida muy diferente, porque se acabó el tiempo de ocultarme cosas.

Es hora de la verdad.

Cuando llego abajo, papá ya se ha quitado la chaqueta y está de pie en la cocina, bebiendo un vaso de whisky.

—Aquí estás, pequeña. Me alegro de verte.

No reacciono a sus palabras, y él es lo bastante observador como para darse cuenta.

—¿Qué pasa?

—¿Aparte del estado de mi carro?

—Bueno, sí, pero estoy más preocupado por ti que por un carro.

—Claro —murmuro, sin creermelo ni una palabra. Si de verdad sintiera eso, no me habría mentado todos los días de mi maldita vida—. Bueno, la que se cree la reinita de la escuela organizó ese pequeño convite para mí mientras hacíamos la práctica de gimnasia.

—¿Por qué? Llevas aquí una semana, ¿qué podrías haber hecho ya?

—No lo sé, papá. ¿Por qué no me dices por qué podría no gustarle?

—¿Cómo se llama? —pregunta, frunciendo las cejas.

Me trago un millón de cosas que podría decir para darle una pista de lo que sé. Pero no quiero incitarle, sólo quiero que confiese. Que sea sincero conmigo por una vez.

—No es importante.

—Entonces, ¿por qué crees que lo sabría?

Mis ojos se clavan en los suyos, suplicándole que me lo diga. Que me explique quiénes somos y por qué estamos aquí.

—¿Dónde has estado? —pregunto, subiendo a un taburete.

—Encuentro con clientes en Manchester.

—¿Clientes para qué?

Sus ojos se entrecierran con desconfianza.

—¿Por qué tantas preguntas?

—Sólo quiero que me digas algo. Algo real. Mudarme aquí me ha hecho darme cuenta de que ni siquiera te conozco.

—¿Qué? No seas tonta, cariño. Me conoces mejor que nadie.

—¿Yo?

Me estudia un momento, con la preocupación brillando en sus ojos.

Duda un instante antes de decirme algo.

—He quedado con unos empresarios interesados en invertir en algo de lo que formo parte.

El corazón me late en el pecho al oír la sinceridad de su tono. Creo que es lo más sincero que ha dicho nunca sobre lo que ha hecho. Así que el hecho de que aún esté lleno de mentiras me quema.

—Dime la verdad —susurro, odiando la emoción que se cuele en mi voz.

—Lo siento.

Salto del taburete y vuelvo hacia la puerta, ya he tenido más que suficiente.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? Incluso ahora, incluso estando aquí, todavía no puedes decirme la maldita verdad.

—Stella, yo no...

—No te preocupes, papá. La chica que hizo eso... —Extiendo el brazo para indicar hacia mi carro—. Su nombre no es griego.

Huyo antes de que pueda encontrar una réplica. Cierro la puerta de un portazo cuando llego a mi habitación y arrastro la cómoda delante de ella. No quiero ver a nadie, ni a papá ni a Seb, si es tan estúpido como para volver a aparecer.

Camino hacia mi cama después de cerrar las cortinas, abro la cremallera de la bolsa de

deporte que Seb trajo consigo, ignorando la vocecita en mi cabeza que trata de decirme lo dulce que fue esa jugada. Tanto de Toby como de Seb. Hablan claramente después del evento.

Se me corta la respiración cuando bajo la cremallera y descubro mi navaja rosa apoyada en la parte superior del uniforme escolar. Pero no es eso lo que realmente capta mi atención. Es la nota.

Dale duro, Princesa.

Todavía estoy sentada con su nota en la mano y un nudo enorme en la garganta cuando el familiar golpeteo de los pies de papá en las escaleras se hace más fuerte.

Estupendo.

—Stella —retumba su puño atronando la puerta.

—Vete. No quiero hablar de eso ahora.

—Vamos, cariño.

—Tuviste tu oportunidad. La desperdiciaste.

Dejo que la nota revolotee hasta mi cama mientras huyo a mi baño.

—No pensé. Mierda...

—No, tienes razón. No has pensado —respondo antes de dar un portazo y abrir la ducha para intentar ahogarlo.

Me quedo de pie con las manos sobre la encimera y la cabeza colgando en señal de derrota mientras él sigue aporreando mi puerta. Suena como si intentara entrar, y el corazón me salta a la garganta.

Puede que quiera la verdad, pero no así. No quiero estar gritándole, forzándolo a salir de sus labios.

Así no es como nada de esto debía ir.

Pasan casi quince minutos cuando por fin se da por vencido y se va. Y si pensaba que no saber nada de él era malo, tengo que confesar que oírle marcharse me destroza.

Cierro la ducha, vuelvo a la cama, tiro al suelo la bolsa que trajo Seb y me acurruco bajo las sábanas.

Tengo muchos deberes que hacer, pero me olvido de todo mientras me tumbo en un ovillo y dejo que mi mente vuele sobre todo lo que ha pasado.

El pitido de mi móvil en el bolso me saca de mis pensamientos y me acerco para sacarlo.

Encuentro una serie de mensajes de Calli, y sólo puedo suponer que se ha enterado de lo ocurrido. Pero no son sus mensajes los que abro primero. Es el de Toby el que despierta mi curiosidad.

Fui un capullo con él antes. Tendría todo el derecho a ignorarme.

Toby: Espero que estés bien y que haya hecho lo correcto llamándole.

Lo siento :(

El emoji triste que pone al final me toca la fibra sensible, y no puedo evitar responder.

Stella: Yo también lo siento.

Cuando no contesta inmediatamente, leo los mensajes de Calli y me pierdo en una conversación con ella sobre todo lo sucedido antes de apagar la luz mucho antes de lo habitual y

sin cenar nada, obligándome a bloquearlo todo e irme a dormir.

Cuando me despierto a la mañana siguiente y me arriesgo a echar un vistazo a través de mis cortinas, encuentro mi carro allí sentado tan perfecto como el día en que me lo entregaron. Supongo que era la forma que tenía papá de intentar arreglar las cosas.

No sabía que iba a hacer falta mucho más que eso.

Cuando por fin salgo de mi habitación, descubro que se ha vuelto a ir. Me irrito cuando Angie me explica que no volverá hasta tarde.

Eso me dice todo lo que necesito saber sobre sus lealtades. Realmente es un hombre de Cirillo hasta la médula. Y yo... ni siquiera sé dónde estoy ahora mismo en su línea de prioridades.

Tal vez debería haberme quedado en Rosewood.

Este lugar no ha sido más que un dolor de cabeza. Tenía una vida allí. Tenía amigos.

Aunque tengo a Calli, e incluso a Emmie, aunque ella se mantiene tan cerrada como yo, aquí no me siento como en casa. Todos los demás me odian y quieren que me vaya.

Suelto un fuerte suspiro.

—Penny por tus pensamientos —dice Angie suavemente.

—Es que... creo que este no es mi sitio —confieso.

Se detiene ante el mostrador y me tiende la mano.

—Las cosas serán más fáciles, cariño. Aquí es donde tú y tu padre necesitan estar.

—¿Por qué? Dime por qué es aquí donde debo estar y tal vez lo deje pasar.

La simpatía cubre su rostro.

—Tienes que confiar en él —me tranquiliza.

—Lo intento —digo bruscamente, saltando del taburete y saliendo furiosa de casa sin mi café matutino ni nada de comida, otra vez.

Paro en un sitio de comida para llevar de camino a *Knight's Ridge* y me siento al fondo del estacionamiento a comer y esperar a que empiecen a aparecer los demás por el día.

Es el último lugar donde quiero estar después de lo que pasó ayer, pero me niego a huir. Me niego a permitir que esa zorra piense que le tengo miedo.

El tiempo pasa deprisa, demasiado deprisa, y pronto me encuentro dentro del edificio y, una vez más, objeto de la atención de todo el mundo.

Aunque, para mi sorpresa, Teagan y sus amiguitas permanecen al otro lado de la sala común cuando encuentro a Calli, y ni siquiera veo a los chicos.

Extrañamente, así transcurren los dos días y medio.

Ni una sola vez, ni siquiera durante las prácticas de porristas o de gimnasia, Teag intenta decirme una palabra.

Quiero decir que es porque es inteligente, pero creo que todos sabemos que es todo lo contrario después de la payasada que ha hecho.

Una parte de mí piensa que uno, o varios, de los chicos le han advertido que me deje en paz. Pero no quiero pensar en ellos. En ninguno de ellos.

Bueno, aparte de Toby. Hemos intercambiado algunos mensajes desde el martes por la noche, y por fin siento que estamos haciendo algunos progresos, aunque ni siquiera él ha explicado su repentina ausencia en mi vida.

Es como si estuvieran allí, dondequiera que mirara, y ahora simplemente se han ido. No me malinterpreten, la paz y el espacio de sus culos dominantes es agradable, es sólo ... extraño.

Supongo que todos están ocupados después de lo que pasó el fin de semana, pero Calli no sabe nada, y no es que me sorprenda. Es la única persona que parece estar tan al tanto de sus vidas como yo. Lo siento por ella. Todos se mueven a su alrededor, haciendo sus cosas, y es casi como si se olvidaran de que existe.

Pero todo cambia durante nuestro partido de hockey del viernes por la tarde.

Estoy agotada después de la semana más rara de mi vida, y odio admitirlo, pero sigo sin dormir bien, esperando que Seb se cuele en mi habitación en cualquier momento.

Cualquier persona racional habría hecho cambiar las cerraduras de la casa, o incluso habría instalado una extra en la puerta de su habitación. Pero yo no soy así, y al menos puedo admitir que tengo ganas de que aparezca en mitad de la noche y me haga gritar de nuevo.

Apenas presto atención al partido que estamos jugando y, en lugar de mirar el balón, merodeo por la banda, preguntándome si puedo dejar de animar para irme a casa a dormir. Así que cuando alguien empieza a gritar, me saca de mis pensamientos.

Levanto la vista justo a tiempo para ver a Emmie lanzar su palo de hockey al otro lado del campo y marchar hacia Teagan con los puños cerrados, lista para tirar.

—Atrás, puta motera —responde Teagan, con los hombros erguidos, lista para pelear.

—¿Qué coño acabas de llamarme? —Emmie gime, su voz gotea veneno.

Teagan la mira de arriba abajo, con el labio curvado por el asco.

—Put a motera.

Emmie vuela hacia ella y la nariz de Teagan recibe el impacto con un crujido satisfactorio.

Lo único que sería mejor de todo el asunto sería que fuera yo quien diera el puñetazo.

—Chicas, ya basta —chilla la señorita Peterson, que de repente se da cuenta de que algo va mal desde donde estaba coqueteando con uno de los profesores varones.

Empieza a moverse, pero no es lo bastante rápida, como tampoco lo soy yo, porque Teagan contraataca y golpea a Emmie en la cara antes de que las dos empiecen a pelearse de verdad.

Por mucho que quiera quedarme ahí y animar a Emmie... bueno, ¿qué estoy diciendo? Quiero meterme en medio e involucrarme. Pero sé que no puedo y, en cuanto llego, rodeo a Emmie con los brazos y la arrastro para apartarla de una Teagan muy cabreada.

La visión de la sangre manando de su nariz satisface algo dentro de mí.

—Buen golpe, chica.

—Voy a matarla, joder —gime Emmie, luchando por zafarse de mi agarre mientras la señorita Peterson levanta a Teagan del suelo.

—Ve a asearte —le sisea a Emmie—. Me ocuparé de ti en un minuto.

Emmie suelta una bocanada de aire y su cuerpo se afloja en mis brazos al admitir su derrota.

—Venga, vamos a arreglarnos.

—Bien. Pero esto no ha terminado —advierde Emmie, sus palabras dirigidas a Teagan, para irritación de la señorita Peterson.

—Demasiado jodidamente cierto que no lo hace. Le espera algo mucho peor.

—Chicas —ladra la señorita P, obligándonos a movernos.

No es hasta que estamos a medio camino de vuelta al edificio cuando me doy cuenta de

que tenemos un poco de público.

Theo, Alex y Daemon están de pie en el borde del campo de fútbol, observándonos. Alex y Daemon sólo parecen divertidos, sonrisas de satisfacción cubren sus rostros. ¿Pero Theo? Parece muy cachondo. Me irrita saber exactamente cómo se ve cuando está excitado, pero me obligo a no pensarlo.

—¿Qué? —Ladro—. ¿Nunca has visto una pelea de zorras de verdad?

Ninguno de ellos dice nada mientras pasamos, pero sus ojos no se apartan de nosotros. Gilipollas.

—¿Estás bien? —pregunto, llevando a Emmie a los lavabos del vestidor y mojando un pañuelo para limpiar la sangre que mana de su ceja.

Ella no responde más allá de un gruñido furioso que retumba en su garganta.

Todavía estamos tratando de contener la sangre cuando la señorita P aparece con una mirada asesina en su cara normalmente bonita.

—Emmie —ladra, deteniéndose frente a nosotras con las manos en la cadera.

—No debería haberla golpeado, lo sé. Ahórreme el sermón, señorita. Ha estado hablando mal toda la semana. Se lo merecía.

Entrecierro los ojos mirando a Emmie. No había dicho nada de que Teagan y sus zorras le estuvieran echando la bronca. Si lo hubiera sabido, además de lo que me ha hecho, no habría contenido mi ira durante tanto tiempo.

Tal vez por eso no dijo nada.

—Pelear nunca es la respuesta —le responde la señorita P.

—Claro. Por supuesto. ¿Hemos terminado aquí? —Emmie salta del mostrador, asegurándose de que el pañuelo que había presionado en su frente caiga al suelo, sangre fresca casi al instante comienza a correr por su cara una vez más.

—No, no creo... —Pero es demasiado tarde, Emmie se ha ido—. Genial —murmura la señorita P en voz baja.

—Sabes que tiene razón. Teagan se merece eso y algo más.

La señorita P me mira fijamente durante un rato antes de soltar un suspiro y alejarse.

Sí, está totalmente de acuerdo.

Me presento en casa de Calli una hora antes el sábado por la mañana para ayudarla a prepararse para su gran cita con Ant.

Espero que sea ella la que responda cuando toque el timbre, ya que le avisé de que venía, pero cuando se abre la puerta, me encuentro con un Nico sin camiseta y exhausto que me mira fijamente.

—Princesa —gruñe, frotándose la nuca, un movimiento que hace saltar sus abdominales, arrastrando mis ojos mucho más abajo de lo que deberían.

—H-hey, um... He quedado con Calli.

—Maldita sea, y yo que pensaba que estabas aquí por mí. —Sonríe burlón.

Doy un paso más hacia él y miro a través de mis pestañas.

—Sabes, es tentador, pero eres demasiado guapo para que Seb te parta la cara. —Le doy una palmadita condescendiente en la mejilla antes de pasar a su lado y entrar en casa.

—Como si pudiera hacer algo al respecto —se enfurruña, siguiéndome escaleras arriba, a

pesar de que vive en el sótano.

—Siento que me miras —digo.

—Eso es porque lo estoy. —Resoplo con frustración y él continúa—. Sé lo que se esconde bajo esa faldita descarada, princesa. No sería un hombre si no lo imaginara.

—Eres un perro. Ahora vete a la mierda, a menos que quieras que te peine también.

Estoy a punto de alcanzar la puerta de Calli cuando su mano me rodea el brazo, deteniendo mi avance.

—Amo a mi hermana, Princesa —advierde, su voz baja y mortal—. Pero ella no está hecha para este tipo de vida. No dejaré que la arrastres a ella.

Retrocedo como si me hubiera abofeteado.

—Vete a la mierda, Nico. Tu hermana es una chica grande. Ella es lo suficientemente inteligente como para tomar sus propias decisiones.

Sin decir una palabra más, me arranco el brazo de su agarre y entro furiosa en su habitación.

—¿Qué pasa? —me pregunta Calli en cuanto cierro la puerta tras de mí, asegurándose de que el gilipollas entrometido no siga con su sermón.

—Encuentro con tu hermano.

—Ugh —se queja—. Ha sido como un oso con dolor de cabeza toda la semana—.

Dejo el bolso sobre su cama, me acerco y me pongo a su lado, delante de su armario.

—No sé qué ponerme —gime.

—Hemos quedado en una cafetería, ¿verdad? Así que jeans y una blusa. Que sea sencillo. Bonito.

—No quiero ser mona. Siento que eso es lo que he sido toda mi vida. No quiero ser la dulce y gentil Calli. Quiero ser Calli Cirillo.

La miro y sé exactamente a qué se refiere.

—Ve a sentarte. Yo me encargo.

Ella hace lo que le digo y yo rebusco en su armario hasta que encuentro algo que creo que será perfecto.

—¿No crees que es un poco corto? —pregunta Calli, mirándose al espejo una hora después—. Estoy bastante segura de que me lo regalaron por mi duodécimo cumpleaños.

—Es perfecto. Te lo prometo. Pero no... ya sabes, no te agaches. —Ahogo una carcajada ante la expresión de horror de su cara—. Llevas bragas, ¿verdad?

—Dios mío, me voy a cambiar. Debería haber ido con los jeans.

—Ni lo pienses. Te ves preciosa, y a Ant se le van a saltar los ojos cuando te vea. Venga, vamos. Tenemos que escabullirnos. Estamos jodidos si Nico o cualquiera de los chicos nos pilla.

—Bueno, eso no es tranquilizador.

Me detengo frente a ella y le pongo las manos sobre los hombros.

—¿Pensé que querías dejar atrás a esa Calli?

—Yo sí —dice, y observo cómo encuentra algo de confianza y levanta la cabeza—. Yo sí. Vámonos.

Asiento, me alejo, abro la puerta y le hago un gesto para que vaya primero.

Está buenísima cuando pasa a mi lado con sus botas de estoperoles, su falda negra y su jersey gris de cuello recortado. No enseña mucha piel, pero supongo que cuando estás acostumbrado a esconderte puede parecer mucho. Lleva el cabello con suaves ondas y un maquillaje un poco más cargado de lo habitual, lo que le da un aire atrevido.

Estoy segura de una cosa. Si Nico o cualquiera de los chicos nos atrapan, estamos en problemas.

—¿Qué es este sitio? —pregunto cuando salgo despacio de la dirección que Calli marcó en mi GPS.

—Sólo un restaurante. He estado aquí varias veces. Es bueno.

—Me parece justo. —Estaciono en una plaza un poco más abajo y salgo del carro.

—Ya están dentro —dice Calli nerviosa, dejando caer el móvil en el bolso.

—Vamos entonces.

Entrelazo mis brazos con los suyos y la empujo en dirección a casa de Marco.

En cuanto cruzamos la puerta, dos tipos se levantan de un reservado al fondo de la cafetería y Calli tiembla a mi lado. Al instante me siento como en casa en la cafetería roja, blanca y negra de estilo americano. Pero no tengo ocasión de disfrutarlo. Los nervios de Calli son demasiado intensos.

—Cálmate de una puta vez —susurro—. Mira lo emocionado que está por verte.

No miento. Tenía razón cuando le dije que a Ant prácticamente se le saldrían los ojos de la cabeza.

—Vamos.

Nos acercamos con sonrisas en la cara mientras los dos chicos nos comen.

—Hola —le dice Ant a Calli—. Estás increíble. Me encanta el cabello.

—Gracias —dice, acercándose para tocarlo nerviosamente—. Fue algo improvisado.

Le hace un gesto para que se siente a su lado, así que me deslizo junto a Enzo, que me sonríe como el gato que acaba de recibir la crema.

—Hacen una bonita pareja, ¿eh? —digo, cogiendo el menú y haciendo todo lo posible para demostrarle lo poco interesada que estoy en él—. Entonces, ¿qué hay de bueno aquí?

Me sobresalto cuando sus dedos rozan mi hombro.

—Me alegro de volver a verte, Stella. He pensado mucho en ti esta semana.

Dios mío. Trago saliva nerviosa y me obligo a mirarle.

—Bailamos como diez minutos. Apenas me conoces.

—Tal vez no. Pero realmente me gustaría llegar a conocerte. Y mirando a esos dos, puede que consiga mi deseo.

Al mirar a Calli, me doy cuenta de que ya se ha perdido en una conversación con Ant como si fueran amigos perdidos.

Es bonito, y me alegro mucho por ella de que haya encontrado algo fuera de su prepotente familia. Pero ojalá no tuviera que hacer de niñera de la amiga del chico mientras ella se encuentra a sí misma.

—Ya veremos —murmuro, adelantando de nuevo el menú.

Todos pedimos cuando viene el mesero y Enzo sigue arrastrándome a la conversación mientras los otros dos apenas salen a tomar aire.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunta, deslizándose un poco más cerca.

Estoy justo en el extremo del banco gracias a las últimas veces que ha intentado el mismo movimiento. Ahora estoy jodido a menos que quiera acabar en el suelo.

—Voy al baño. —Me excuso y me levanto—. Calli, ¿vienes?

—Eh... —Mira entre Ant y yo, indecisa.

—Seguiremos aquí cuando vuelvas —asegura Ant, y se levanta, siguiéndome por la puerta que da al baño.

—Dios mío —chilla en cuanto nos perdemos de vista—. Es increíble. Totalmente increíble. ¿No crees?

—Parece que le gustas de verdad —digo. Apenas tengo una opinión sobre él, ya que no me ha dirigido más de cinco palabras desde que llegamos.

—Dios mío —vuelve a chillar—. Gracias. —Se lanza sobre mí, abrazándome fuerte.

—De nada —digo riendo—. Enzo quiere saber si queríamos ir a ver una película después de esto —digo de mala gana. No me apetece nada sentarme en el cine con el señor Handsy, pero lo haré por Calli. Me va a deber mucho por esto.

—Nos vamos, ¿verdad? Di que sí. Por favor, di que sí —suplica.

—Lo que tú quieras. Hoy mandas tú. Aunque te va a costar —añado mientras ambos entramos en el patio de butacas.

—Enzo es guapo. Deberías ir a por él.

—Él lo es —estoy de acuerdo honestamente. Él sólo... no me afecta de ninguna manera. Bailar con él era divertido, pero no era nada como tener mi cuerpo apretado contra el de otra persona.

—No me digas que esto tiene algo que ver con Seb —advierte.

—¿Qué? No, claro que no. Le odio.

—Sí —se ríe—. Eso es lo que sientes por él.

—No importa. Ahora mismo no puedo acercarme a nadie mientras tenga sus putas iniciales grabadas en el muslo —siseo.

—Eso se curará y desaparecerá, ¿verdad? —me pregunta un momento antes de tirar de la cadena, así que me guardo la respuesta hasta que me reúno con ella en el lavabo.

—Realmente lo espero. No voy a vivir el resto de mi vida con su nombre sobre mí—.

Calli hace un gesto de dolor.

—O tendré que tatuármelo encima o algo.

—Todo irá bien. Estoy segura de ello.

—Ya veremos.

—¿Así que sí a la película, y harás un esfuerzo con Enzo? Eso no tiene que involucrarlo... —Sus ojos caen a mi entrepierna.

—Claro. Suena divertido.

Volvemos a la mesa, para regocijo de los dos chicos que nos esperan.

Enzo no se ha movido ni un milímetro, así que cuando vuelvo a sentarme, estamos básicamente hombro con hombro.

No debería importarme. La antigua yo habría estado dispuesta a todo lo que me ofreciera.

Maldito Sebastian. Está en mi cabeza, y tiene que irse a la mierda.

Treinta minutos después, los cuatro estamos entrando en el cine. Dejo todas las decisiones en manos de Calli, algo de lo que me arrepiento al instante cuando descubro que ha optado por la nueva comedia romántica recién estrenada. ¿Qué tenía de malo un thriller, o al menos algo con un tiroteo decente y una persecución en coche?

Con un suspiro, sigo a la feliz pareja hasta la oscura última fila del cine y me tumbo entre Calli y Enzo.

Como ha sido nuestra tarde, Ant acapara inmediatamente la atención de Calli, así que me veo obligada a seguirle la corriente a Enzo.

La película es aburrida. Todo son bromas ridículas y romanticismo dulzón, algo de lo que Ant parece beneficiarse porque aquí mismo, al fondo del cine, Calli le da su primer beso de

verdad y los dos se pasan casi toda la película besándose.

Es dulce. Y no estoy nada celosa. Nop. Ni un poco.

Parece que Enzo también se ha sentido un poco excluido, porque sus dedos, que se contentaban con rozarme el hombro y la mano en la cafetería, han conseguido llegar hasta mi muslo.

—Esta noche vamos a una fiesta —me susurra al oído, con sus labios demasiado cerca de mi cuerpo—. Deberían venir las dos.

—Creo que estoy ocupada esta noche.

—Qué pena. Podríamos habernos divertido de verdad.

—Seguro —acepto, apartando su mano de mi pierna por lo que ya debe ser al menos la cuarta vez.

Entiende el mensaje, gilipollas.

Dejando a un lado las manos errantes de Enzo, ha sido una tarde bastante buena. Y estoy más que contenta de que Calli haya conseguido divertirse sin su hermano y sus tontos amigos respirándole en la nuca.

Hace tiempo que me he relajado y olvidado de la posibilidad de verlos cuando salimos del edificio al cálido sol de la tarde.

Ant aparta a Calli y la empuja contra las ventanas esmeriladas mientras Enzo me echa el brazo por encima del hombro, tirando de mí hacia su lado.

—Ojalá pudieras venir esta noche —dice Ant, rodeándole el cuello con la mano.

—Quizá en otra ocasión. —Le sonrío, y no se me escapa la decepción en su voz.

Estoy a punto de ceder y decirle que podemos irnos cuando Ant choca con nosotros dos, con la cara llena de sangre.

—¿Qué dem...?

—Nico, ¿qué demonios? —grita Calli, corriendo hacia Ant, pero no consigue acercarse porque su hermano le rodea la cintura con los brazos y la arrastra de nuevo contra su cuerpo.

—¿Pero qué...? —empiezo a decir cuando me tiran hacia atrás y casi me lanzan contra el edificio mientras tres tipos enfadados y excitados se abalanzan sobre Ant y Enzo.

—¿Qué coño estás haciendo? Quítatelos de encima —grito, tratando de agarrar el brazo de Seb cuando golpea a Enzo contra las ventanas con el puño en la camisa—. Seb, para.

Pero está demasiado perdido en su ira. Tira del brazo hacia atrás sin pensar, y yo no soy lo bastante rápida para moverme. Su codo me golpea en la cuenca del ojo y grito mientras se balancea, asestando un sólido puñetazo en la cara de Enzo.

Me alejo de la escena, las sirenas suenan a lo lejos, no hay nada que pueda hacer para ayudar. Demonios, ni siquiera merecen que intente detenerlos. Merecen que los atrapen por esto.

—Stella —llama Seb al darse cuenta.

—No —ladro—. Eres un puto gilipollas. Sea lo que sea esto —hago un gesto entre los dos—, está hecho una puta mierda. No te quiero cerca de mí nunca más.

Theo y Alex toman las riendas para asegurarse de que tanto Ant como Enzo no estén en condiciones de tocar a ninguno de los dos.

Con una mirada más a sus ojos oscuros y embrujados, casi corro hacia mi carro para alejarme de él y de su alma venenosa.

No me paro a pensar en lo mucho que me duele el ojo, ni en dónde ha desaparecido Nico con Calli, sólo arranco el carro y piso el acelerador para alejarme de ellos, de él.

Al salir de casa, veo que mi padre está aquí y gimo. Ahora mismo no tengo paciencia

para tratar con él. He conseguido evitarlo casi tan bien como Seb a mí en los últimos días, y estoy más que feliz de que siga así.

Cierro la puerta del carro de un portazo y corro hacia la casa. Casi estoy en la puerta cuando alguien me llama por mi nombre.

Me detengo, reconociéndolo, y miro por encima del hombro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Toby, corriendo hacia mí, la preocupación juntando sus cejas mientras se fija en el estado de mi cara.

—Pregunta a tus amigos. Aunque es probable que antes tengan que pagar la fianza — murmuro y continúo hacia el interior de la casa. El hecho de que no le cierre la puerta en las narices es un maldito milagro.

—Stella, espera —dice suavemente, y mi cuerpo sigue órdenes, demasiado agotado para pensar siquiera en discutir con él—. ¿Estás bien?

Doy un paso atrás, chocando con la pared. Mis rodillas casi ceden y creo que él lo nota porque se pone delante de mí en un santiamén.

Me mira fijamente a los ojos y las lágrimas llenan los míos más rápido de lo que soy capaz de comprender.

—Mierda. ¿Qué es lo que pasa? Dime cómo ayudar.

Respiro entrecortadamente cuando su mano se posa en mi cintura, su apoyo, su presencia, casi suficiente para hacerme caer en el reino de los colapsos emocionales.

—Yo no... Sólo quiero olvidarlo todo —susurro.

Sus ojos se apartan de los míos y se dirigen a mis labios mientras hablo, y mi ritmo cardíaco se acelera. Cuando vuelven a subir, el azul es mucho más oscuro que hace unos segundos, lo que me dice todo lo que está pensando en este momento.

Mi pecho se agita mientras espero a que gane la batalla interna que esté librando y, cuando lo hace, todo mi cuerpo se hunde de alivio cuando sus labios se encuentran con los míos.

Apenas percibo los estruendosos pasos que se dirigen hacia nosotros mientras él aprieta la longitud de su duro cuerpo contra el mío, aprisionándome deliciosamente entre él y la pared, pero estoy segura como la mierda de que oigo el pánico en la rugiente voz de mi padre.

—Stella, no.

Un segundo Toby está ahí dándome todo lo que necesito, y al siguiente, se ha ido.

Cuando abro los ojos, encuentro su brazo agarrado por el de mi padre, la confusión en su rostro rivaliza con la mía.

—N...no, no puedes —repite papá, sus palabras salen entre jadeos como si acabara de correr una maldita maratón.

No es la primera vez que me pilla con un chico, ni mucho menos, pero nunca se había asustado así.

—¿Por qué? No es como si normalmente te importara lo que hago —escupo.

—Esto... esto es diferente. No puedes estar con Toby—. El hecho de que sepa exactamente de quién se trata cuando sólo ha visto su espalda es extraño, pero no es nada comparado con las palabras que caen de sus labios un segundo después.

—Es tu hermano.

Todo el aire sale corriendo de mis pulmones mientras empujo desde la pared.

—¿Estás jodiendo qué? —Ladro, convencida de que esto debe ser una puta broma.

Toby palidece y me mira con ojos muy abiertos y horrorizados.

Parece que todo el mundo le ha estado mintiendo, también.

—T-Toby es tu hermano —repite papá como si no lo hubiera oído perfectamente claro la primera vez.

—A la mierda con esto —ladro—. A la mierda todo esto. Estoy tan jodidamente harta—.

Salgo corriendo por la puerta principal justo cuando un carro entra a toda velocidad en la entrada. Un puto Maserati. Sí, claro.

Pero Seb no es lo suficientemente rápido.

Ya he pasado el carro y me dirijo hacia la calle cuando la puerta del copiloto se abre de golpe.

Mis pies aceleran el paso mientras corro, mis pulmones ya me gritan que arrastre el aire que necesito. No estoy segura de haber respirado desde que papá soltó aquella bomba demoledora.

No miro por dónde voy. Mi único objetivo es escapar. Unas voces retumban detrás de mí, obligándome a ir más rápido, a esforzarme más.

Mis piernas bombean, mis pies golpean el suelo. Estoy rezando para que sea suficiente cuando choco contra algo parecido a un muro de ladrillos.

—Estoy tan... ¿Qué?

Miro justo a tiempo para ver el destello de mi navaja rosa antes de que se hunda en mi estómago y el dolor estalle por todo mi cuerpo.

Levanto la vista justo a tiempo para ver una figura enmascarada a escasos centímetros de mí antes de que todo se oscurezca y me arrojen a la parte trasera de un vehículo.

Algo me golpea en el brazo cuando caigo al suelo. Levanto las piernas para luchar, el dolor se dispara desde mi estómago antes de que todo se vuelva negro y, finalmente, el mundo y toda su mierda se desvanecen de mí.

La historia de Seb y Stella continúa en Princesa Cruel.